Morris West

Las sandalias del pescador



Lectulandia

En plena guerra fría, Cirilo Lakota, de origen eslavo, es elegido Papa. Un único tema parece preocupar a la Iglesia: la renovación, el constante debate de sus ideas. Tras diecisiete años de prisión en los gulags, Cirilo I ocupa el trono de Pedro. Su antiguo verdugo es ahora el primer ministro de la Unión Soviética: el poder material frente al poder espiritual. La posibilidad de una terrible hambruna se cierne sobre el pueblo ruso, y con ella el peligro de invasión de los países vecinos y, quizás, un enfrentamiento armado con las potencias occidentales. En esta obra fascinante -llevada al cine con Anthony Quinn en el papel protagónico-, además de contarnos una historia extraordinaria, Morris West nos invita a reflexionar sobre el sentido de la justicia, tanto la terrena como la divina. Las sandalias del pescador es la novela con la que el consagrado autor australiano inicia la trilogía del Vaticano, que continúa con Los bufones de Dios y culmina con Lázaro. Escrita hace más de treinta años, se convirtió en una profecía una década y media más tarde, con la elección de Karol Wojtyla como Papa con el nombre de Juan Pablo II

Morris West

Las sandalias del pescador

ePUB v1.0

Tetralogía del Vaticano - 1

Lecram / OZN 15.03.12

Título Original: The Shoes of the Fisherman
Año de publicación: 1963

Nota del Autor

Roma es una ciudad más antigua que la Iglesia católica. Todo lo que puede suceder ha sucedido allí y, sin duda, sucederá otra vez. Éste es un libro situado en una época de ficción, poblado por personajes de ficción, y en el cual no se pretende hacer referencia a persona viviente alguna, ya sea dentro de la Iglesia o fuera de ella.

No puedo pedir a mis amigos que acepten la responsabilidad de mis opiniones. De manera que aquellos que me ayudaron en este libro deberán permanecer en el anonimato.

A aquellos que me entregaron sus historias, a aquellos que pusieron su sabiduría a mi disposición, a aquellos que me brindaron la caridad de la Fe, ofrezco mis sinceros agradecimientos.

También debo dar las gracias a «Penguin Books, Ltd.», por su autorización para incluir tres extractos de las traducciones de Eurípides de Philip Vellacott (Alcestis, Iphigenia in Tauris, Hyppolytus).

Y también al reverendo padre Pedro González, O. P., por su pasaje de su tesis sobre Miguel de Unamuno, que ha sido incorporado sin comillas al contexto.

Capítulo 1

El Papa había muerto. El camarlengo lo había anunciado. El maestro de Ceremonias, los notarios, los médicos, lo habían consignado bajo su firma para la eternidad. Su anillo estaba ya destrozado, y rotos sus sellos. Las campanas habían sonado en la ciudad. El cuerpo pontifical había sido entregado a los embalsamadores para ofrecerlo decorosamente a la veneración de los fieles. Ahora yacía entre velas blancas, en la Capilla Sixtina, y la Guardia Noble velaba sus restos bajo los frescos del Juicio Final de Miguel Ángel.

El Papa había muerto. Mañana, el clero de la Basílica reclamaría su cuerpo y lo expondría al pueblo en la capilla del Santísimo Sacramento. Al tercer día lo sepultarían, vestido con sus hábitos pontificios, con una mitra sobre la cabeza, un velo púrpura sobre el rostro y una manta de armiño rojo para que lo abrigase en la cripta. Las medallas y monedas que había acuñado serían sepultadas con él, para identificarlo ante quienquiera que lo exhumase mil años después. Lo encerrarían dentro de tres urnas selladas: una de ciprés, una de plomo para protegerlo de la humedad y para que llevase su escudo de armas y el certificado de su muerte; la última, de roble, para que su apariencia fuese la de otros hombres que bajan a la tumba en una caja de madera.

El Papa había muerto. Y orarían por él como por cualquier otro hombre: «No juzgues a tu siervo, oh, Señor… Líbralo de la muerte eterna.» Luego, lo descenderían dentro de la bóveda que quedaba bajo el altar mayor, donde, tal vez, y sólo tal vez, sus restos se desharían en polvo con el polvo de Pedro; y un albañil cerraría la bóveda con ladrillos y fijaría una placa de mármol con su nombre, su dignidad, la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

El Papa había muerto. Lo llorarían con nueve días de misas y le darían nueve absoluciones; pues habiendo sido en vida más grande que otros hombres, su necesidad de ellas podría ser también mayor después de la muerte.

Entonces lo olvidarían, porque la Sede de Pedro estaba vacante, la vida de la Iglesia se hallaba en síncope y el Todopoderoso carecía de Vicario en este mundo atormentado.

La Sede de Pedro se hallaba vacante. De manera que los cardenales del Sacro Colegio se transformaron en depositarios de la autoridad del Pescador, aunque no poseyeran facultades para ejercerla. El poder no residía en ellos, sino en Cristo, y nadie podía asumirlo sino mediante una transmisión y elección legítimas.

La Sede de Pedro estaba vacante. De manera que acuñaron dos medallas, una para el camarlengo, que ostentaba un gran paraguas sobre llaves cruzadas. Bajo el paraguas no había nadie, indicándose así incluso a los más ignorantes que la Silla de los Apóstoles estaba vacía y que todo lo que se hacía era sólo con carácter interino.

La segunda medalla era la del gobernador del Conclave: aquel que debía reunir a los cardenales de la Iglesia y encerrarlos bajo llave dentro de las habitaciones del Conclave, manteniéndolos allí hasta que hubiesen designado al nuevo Papa.

Cada moneda acuñada ahora en la Ciudad del Vaticano, cada estampilla emitida, llevaba las palabras sede vacante, que incluso los poco versados en latín, entendían como «mientras la Silla está vacante». El periódico del Vaticano llevaba la misma leyenda en su portada, y mantendría su franja negra de duelo hasta que se nombrase al nuevo Pontífice.

Todos los servicios informativos del mundo tenían algún representante instalado ante el umbral de la oficina de Prensa del Vaticano; y desde todos los puntos cardinales acudían ancianos doblegados por los años o las enfermedades, a vestir el escarlata de los príncipes y a sentarse en el Conclave, del que saldría un nuevo Papa.

Entre ellos estaban Carlin el americano, y Rahamani el sirio, y Hsin el chino, y Hanna el irlandés proveniente de Australia. Y estaban también Coucha de Brasil, y Da Costa de Portugal. Y Morand de París, y Lavigne de Bruselas, y Lambertini de Venecia, y Brabdon, de la ciudad de Londres. Había también un polaco y dos alemanes, y un ucraniano al cual nadie conocía porque su nombre había permanecido oculto en el pecho del último Papa, proclamándosele sólo algunos días antes de su muerte. En total eran ochenta y cinco hombres, el mayor de los cuales tenía noventa y dos años, y el menor, el ucraniano, cincuenta. A medida que llegaban a la ciudad, cada uno de ellos se presentaba y presentaba sus credenciales al fino y amable Valerio Rinaldi, cardenal camarlengo.

Rinaldi les daba la bienvenida con una mano esbelta y seca y con una sonrisa de suave ironía. Administraba a cada uno de ellos el juramento de los miembros del Conclave: que comprendía y observaría rigurosamente todas las reglas de la elección, tal como estaban expresadas en la Constitución Apostólica de 1945; que preservaría el secreto de la elección bajo pena de una excomunión reservada, que no serviría con sus votos los intereses de poder secular alguno, que en caso de ser elegido Papa no renunciaría a los derechos temporales de la Santa Sede que se considerasen necesarios a su independencia.

Nadie rehusó prestar este juramento; pero Rinaldi, que tenía sentido del humor, se preguntó muchas veces por qué era necesario exigirlo… a menos que la Iglesia sintiese una saludable desconfianza de las virtudes de sus príncipes. Los ancianos son, generalmente, muy susceptibles. De manera que al esbozar los términos de esta promesa, Valerio Rinaldi acentuaba levemente el consejo expresado por la Constitución Apostólica, que recomendaba que los procedimientos de la elección se desarrollasen con «prudencia, caridad y calma singular».

Su cautela no era injustificada. La historia de las elecciones papales había sido

tormentosa y, a veces, turbulenta. Cuando en el siglo XV se eligió a Dámaso el Español, hubo masacres en las iglesias de la ciudad. León V sufrió prisión, torturas, y, finalmente, cayó asesinado por los teofilactos, de manera que durante casi un siglo la Iglesia se vio regida por títeres manejados por las mujeres teofilactas Teodora y Marozia. En el Conclave de 1623, ocho cardenales y cuarenta de sus ayudantes murieron de malaria, y en la elección del santo Pío X hubo escenas violentas y palabras duras.

A fin de cuentas, decidió Rinaldi, callando discretamente sus conclusiones, era más prudente no confiar demasiado en el mal genio y las vanidades frustradas de los ancianos. Lo que le llevó una vez más al problema de alojar y alimentar a ochenta y cinco de ellos, con sus servidores y ayudantes, hasta el final de la elección. Seguramente algunos tendrían que instalarse en el recinto de la Guardia Suiza. Ninguno podría quedar muy lejos de baños y tocadores, y todos requerían un servicio mínimo de cocineros, barberos, cirujanos, médicos, ayudas de cámara, mandaderos, secretarios, camareros, carpinteros, fontaneros, bomberos (¡por si algún prelado exhausto se quedaba dormido con el cigarrillo en la mano!). Y si, ¡Dios no lo permitiese!, algún cardenal se hallase preso o bajo alguna acusación, habría que traerlo al Conclave y hacerle ejercitar sus funciones bajo una guardia militar.

Esta vez, sin embargo, ninguno se hallaba en prisión, excepto Krizanic, en Yugoslavia; pero se hallaba preso por la Fe, lo cual era muy diferente. Y el último Papa había organizado una eficiente administración, de manera que Valerio, cardenal Rinaldi, incluso tuvo tiempo para reunirse con su colega Leone, del Santo Oficio, el cual era también decano del Sacro Colegio. Leone hacía honor a su nombre. Tenía una blanca melena leonina y un humor gruñón. Y además era romano hasta la médula de los huesos. Para él, Roma constituía el centro del mundo, y el centralismo era una doctrina casi tan inmutable como la de la Trinidad y la de la Procesión del Espíritu Santo. Con su gran nariz aguileña y su mandíbula poderosa, parecía un senador surgido de los tiempos de Augusto, y sus ojos pálidos miraban al mundo con helada desaprobación.

Toda innovación era para él el primer paso hacia la herejía, y ocupaba su lugar en el Santo Oficio como un perro guardián, erizándose ante todo lo que le parecía desusado en la interpretación o la práctica de la doctrina. Uno de sus colegas franceses había dicho, con más ingenio que caridad, «Leone huele a fuego». Pero era creencia general que el prelado pondría su propia mano sobre las llamas antes de estampar su firma bajo la menor desviación de lo que fuese ortodoxo.

Rinaldi lo respetaba, aunque jamás había logrado simpatizar con él, de manera que sus relaciones se habían limitado a las cortesías propias de su común oficio. Esta noche, sin embargo, el viejo león parecía de mejor talante y dispuesto a la charla. Sus ojos pálidos vigilantes se hallaban encendidos con momentánea diversión.

—Tengo ochenta y dos años, amigo mío, y he sepultado a tres Papas. Estoy comenzando a sentirme solo.

—Si no buscamos ahora a un hombre más joven, bien podrá enterrar a un cuarto dijo Rinaldi dulcemente.

Leone le lanzó una mirada bajo sus tupidas cejas:

—¿Qué quiere decir?

Rinaldi se encogió de hombros y extendió sus hermosas manos en un gesto muy romano.

—Lo que digo, simplemente. Somos todos demasiado viejos. Entre nosotros no hay más de media docena de cardenales que puedan dar a la Iglesia lo que necesita en este momento: personalidad, una política decisiva, tiempo y continuidad para que esta política pueda fructificar.

—¿Cree usted pertenecer a esa media docena?

Rinaldi sonrió con sutil ironía.

—Sé que no. Cuando el nuevo Papa esté elegido, sea quien fuere, pienso ofrecerle mi renuncia y pedir su autorización para retirarme a mi casa. Me ha costado quince años formar allí un jardín. Desearía algo de tiempo para gozarlo.

—¿Cree que tengo alguna posibilidad de ser elegido? —preguntó Leone abruptamente.

—Espero que no —dijo Rinaldi.

Leone echó atrás su melena y rió.

—No se preocupe. Ya sé que no la tengo. Necesitan a alguien muy diferente; a alquien que… —vaciló, buscando la frase—, a alguien que emane compasión hacia las multitudes, que las vea como las vio Cristo, como ovejas sin pastor. No soy esa clase de hombre. Me gustaría serlo.

Leone alzó su cuerpo voluminoso de la silla y caminó hasta la gran mesa cubierta de libros, entre los cuales se erguía un antiguo globo terráqueo. Hizo girar lentamente el globo sobre un eje de manera que los países apareciesen por turno bajo la luz.

—¡Mírelo, amigo mío! ¡El mundo, nuestra viña! Una vez lo colonizamos en nombre de Cristo. No siempre rectamente, no siempre con justicia o con sabiduría, pero allí estaba la Cruz, y allí estaban los Sacramentos, y viviese el hombre cubierto de púrpura o de cadenas, tenía siempre la oportunidad de morir como hijo de Dios. ¿Y ahora…? Ahora nos batimos en retirada en todas partes. Hemos perdido la China, y Asia, y a los rusos. Pronto perderemos África, y luego, Sudamérica. Usted lo sabe. Lo sé yo. Que hayamos permanecido todos estos años sentados en Roma, viéndolo suceder, da la medida de nuestro fracaso.

Detuvo el girar del globo con mano vacilante y luego se volvió, encarando a su visitante con una nueva pregunta:

—Si usted pudiese vivir otra vez su vida, Rinaldi, ¿qué haría de ella?

Rinaldi alzó la vista con una sonrisa displicente que era parte de su encanto.

—Creo que volvería a hacer las mismas cosas. No porque me sienta muy orgulloso de ellas, sino porque son las únicas que puedo hacer bien. Me llevo bien con la gente porque nunca he podido experimentar sentimientos muy profundos respecto a ella. Me imagino que eso me convierte en un diplomático nato. No me gusta disputar. Y aún menos me agrada verme implicado emocionalmente. Me gusta la soledad y el estudio. De manera que soy buen canonista, historiador aceptable y lingüista adecuado. Nunca he tenido pasiones fuertes. Si se siente malicioso, puede decirme que no llevo sangre en las venas. De manera que he adquirido una reputación de correcto comportamiento sin haber tenido que esforzarme para obtenerla… En suma, he tenido una vida muy satisfactoria…, satisfactoria para mí, por supuesto. En qué forma la juzga el ángel que registra nuestros actos, es otra cosa.

—No se subestime, hombre —dijo Leone agriamente—. Usted ha hecho mucho más de lo que desea reconocer.

—Necesito tiempo y reflexión para poner mi alma en orden —dijo Rinaldi suavemente—. ¿Puedo contar con su ayuda para renunciar?

—Por supuesto.

—Gracias. Y ahora supongamos que el inquisidor responde a su propia pregunta. ¿Qué haría usted si tuviese que comenzar otra vez?

—Lo he pensado a menudo —dijo Leone pausadamente—. Si no llegase a casarme, que es tal vez lo que necesitaría para humanizarme en parte, sería sacerdote campesino, con suficientes conocimientos de Teología para escuchar confesiones, y un latín que me bastase para decir la misa y las fórmulas sacramentales. Pero con corazón suficiente para saber lo que muerde las entrañas de otros hombres y los hace sollozar de noche contra las almohadas. Me sentaría frente a mi iglesia en las tardes de verano y leería mi breviario y charlaría del tiempo y de las cosechas, y aprendería a ser amable con los pobres y humilde con los desdichados… ¿Sabe lo que soy ahora? Una enciclopedia viva de dogma y controversia teológica. Puedo oler un error con más rapidez que un dominico. ¿Y qué significa todo esto? Nada. ¿A quién le preocupa la Teología, exceptuando a los teólogos? Somos necesarios, pero menos importantes de lo que creemos. La Iglesia es Cristo… Cristo y los seres humanos. Y lo que los seres humanos quieren saber es si hay o no hay un Dios, cuál es su relación con ellos y cómo pueden volver a Él cuando se extravían.

—Preguntas inmensas —dijo Rinaldi suavemente—, que no pueden ser respondidas por mentes pequeñas o incultas.

Leone sacudió obstinadamente su melena leonina.

—¡Para la gente, se reducen a cosas muy sencillas! ¿Por qué no puedo desear a la mujer de mi prójimo? ¿Quién ejecuta la venganza que a mí me está prohibida? ¿A quién le importa cuando estoy enfermo y fatigado, y agonizo en algún cuarto al final

de la escalera? Puedo darles una respuesta de teólogo. Pero, ¿a quién creen sino al hombre que siente las respuestas de su corazón y lleva las cicatrices de sus consecuencias en su propia carne? ¿Dónde están esos hombres? ¿Hay uno solo de ellos entre los que llevamos el capelo rojo? ¡Bah…! —Su boca severa tembló en una mueca confusa y extendió los brazos con burlona desesperación—. ¡Somos lo que somos, y Dios tiene que asumir la mitad de la responsabilidad, incluso por los teólogos…! Y ahora, dígame: ¿dónde buscamos a nuestro Papa?

—Esta vez —dijo Rinaldi con voz tersa— debemos elegirlo para el pueblo y no para nosotros.

—Habrá ochenta y cinco de nosotros en el Conclave. ¿Cuántos estarán de acuerdo en lo que es mejor para el pueblo?

Rinaldi bajó la vista hacia el dorso de sus cuidados dedos. Dijo con suavidad:

—Si les enseñásemos primero al hombre, tal vez lograríamos ponerlos de acuerdo.

La respuesta de Leone fue corta y enfática.

—Tendría que comenzar por enseñármelo a mí.

—¿Y si usted aprobase mi elección?

—Entonces habría que formular otra. En ese caso se presentaría otro problema —añadió Leone categóricamente—. ¿Cuántos de nuestros hermanos pensarían como nosotros?

La pregunta era más sutil de lo que parecía, y ambos lo sabían. En efecto, en ella estaba contenido el difícil problema de la elección, la paradoja del Papado. El hombre que llevaba el anillo del Pescador era Vicario de Cristo, representante del Todopoderoso. Su dominio era espiritual y universal. Era el siervo de todos los siervos de Dios, incluso de aquellos que no lo aceptaban.

Por otra parte, era obispo de Roma, metropolitano de una sede italiana. Por tradición histórica, los romanos reclamaban la prioridad a su presencia y a sus servicios. Confiaban en él para tener trabajo, para atraer al turismo y para afirmar su economía mediante las inversiones del Vaticano, y para la preservación de sus monumentos históricos y privilegios nacionales. Su Corte era italiana por sus características: la mayoría de los miembros de su casa y su administración eran italianos. Si no podía tratar con ellos familiarmente en su propia lengua, se hallaba desamparado ante las intrigas palaciegas y todo tipo de intereses partidistas.

Hubo una época en la cual el punto de vista romano había tenido un aspecto curiosamente universal. El numen del antiguo Imperio se aferraba aún a él, y el recuerdo de la Pax Romana no había desaparecido todavía de la conciencia europea. Pero ese numen se desvanecía ya. La Roma Imperial no había dominado jamás Rusia y Asia, y los latinos que conquistaron Sudamérica no llevaron allí la paz, sino la espada. Inglaterra se había rebelado largo tiempo atrás, así como antaño se rebeló

contra las legiones romanas. De manera que había motivos fundados para una sucesión nueva, no italiana, al trono papal, así como había también razones fundadas para creer que un Papa extranjero pudiera convertirse en un títere en manos de sus ministros, o en una víctima del talento de aquéllos para la intriga.

La perpetuidad de la Iglesia era un artículo de Fe; pero su desmedro y sus corrupciones, y los obstáculos creados por las insensateces de sus miembros, eran parte del canon de la Historia. Había base para cierto cinismo. Pero una y otra vez, la misteriosa capacidad de autorrenovación de la Iglesia y del Papado confundía a los cínicos. Éstos tenían sus propias explicaciones. Los fieles lo atribuían a la presencia del Espíritu Santo. En ambos casos subsistía un misterio incómodo: por qué el caos de la Historia se atenía en forma tan consistente al dogma, o por qué un Dios omnisciente elegía un método tan desordenado para conservar su posición en la mente de sus criaturas.

De manera que cada Conclave comenzaba con la invocación al Paráclito. El día en que habían de tapiarse las habitaciones, Rinaldi guió a los ancianos y a sus servidores hasta la basílica de San Pedro. Luego llegó Leone, vestido con una casulla escarlata y acompañado por sus diáconos y subdiáconos, para dar comienzo a la misa del Espíritu Santo. Mientras observaba al oficiante, abrumado por el peso de sus elaborados atavíos y moviéndose dificultosamente en el ritual del Sacrificio, Rinaldi sintió un aguijonazo de piedad y una súbita comprensión.

Estos jefes de la Iglesia…, y él con ellos, se hallaban todos en la misma galera. Eran hombres sin descendencia, que «se habían hecho eunucos por amor a Dios». Tiempo atrás habían dedicado sus vidas con mayor o menos sinceridad al servicio de un Dios oculto y a la propagación de un misterio indemostrable. A través de la temporalidad de la Iglesia habían obtenido honores mayores, probablemente, que los que hubiesen obtenido en la vida seglar; pero todos ellos soportaban la carga común de la edad: facultades en decadencia, la soledad de la cumbre y el temor a la rendición final de cuentas que podía encontrarlos en bancarrota.

Rinaldi pensó también en la estratagema que había planeado con Leone para presentar un candidato desconocido aún a la mayoría de los votantes, y para promover su causa sin quebrantar la Constitución Apostólica, que todos habían jurado mantener. Se preguntó si su maniobra no sería una presunción, una tentativa de embaucamiento a esa Providencia que invocaban en aquellos precisos momentos. Pero si la Fe enseñaba que Dios había elegido al hombre como un libre instrumento de su plan divino, ¿en qué otra forma se podía actuar? Era imposible dejar que una ocasión tan trascendental como la elección de un Papa se desarrollase como un juego de azar. Se les recomendaba prudencia mediante la plegaria, una acción meditada, y luego, resignación y sumisión. Pero los planes más prudentes no bastaban para escapar a la sensación pavorosa de hallarse caminando descuidadamente, sin

purificación, en terreno sagrado.

El calor, el temblor de las velas, los cánticos del coro y el ritmo hipnótico del rito lo adormilaron, y lanzó una mirada subrepticia a sus colegas para ver si alguno había observado su cabeceo.

Los cardenales se sentaban a ambos lados del santuario, como coros gemelos de ancianos arcángeles, con sus pechos adornados por cruces de oro, los sellos principescos resplandecientes en sus manos cruzadas, sus rostros señalados por la edad y la experiencia del poder.

Allí estaba Rahamani de Antioquía, con su barba partida y sus cejas desiguales y sus ojos brillantes, casi místicos. Allí estaba Benedetti, redondo como una tarta, con sus mejillas rosadas y sus cabellos que recordaban hilillos de caramelo. Benedetti dirigía el Banco del Vaticano. Junto a él se hallaba Potocki de Polonia, el del cráneo alto y calvo y la boca dolorosa y los ojos sabios, calculadores. Tatsue de Japón, sólo necesitaba la túnica azafranada para convertirse en una imagen budista, y Hsien, el chino exiliado, se sentaba entre Rugambwa, el cardenal negro de Kenya, y Pallenberg, el enjuto asceta de Munich.

Los ojos astutos de Rinaldi recorrieron los sidales del coro, repitiéndose las virtudes o limitaciones de los cardenales, aplicando a cada uno de ellos el marbete clásico de papábile, el que tiene hechuras de Papa. Teóricamente, todos los miembros del Conclave podían lucirlo. En la práctica, sólo unos pocos podían ser elegidos.

Para algunos, la edad era un obstáculo. A otros, se lo impedía el temperamento, talento o reputación. La nacionalidad era un problema vital. Era imposible elegir a un norteamericano sin que la Iglesia pareciese dividir aún más al Este y el Oeste. Un Papa negro podría parecer un símbolo espectacular de las nuevas naciones revolucionarias, así como un japonés podría ser un útil eslabón entre Asia y Europa. Pero los Príncipes de la Iglesia eran hombres viejos y desconfiaban de los gestos espectaculares, así como desconfiaban de los legados de la Historia. Un Papa alemán podía enajenar las simpatías de aquellos que sufrieron en la Segunda Guerra Mundial. Un francés, haría recordar los tiempos de Aviñón y de las rebeliones tramontanas. En las actuales circunstancias, un Papa ibérico significaría una indiscreción diplomática. Gonfalone, el milanés, tenía reputación de santo, pero se estaba convirtiendo en un recluso, lo que podía perjudicarle en un cargo tan público. Leone era un autócrata que bien podía confundir el fuego del fanatismo con la llama de la compasión.

El lector leía los Hechos de los Apóstoles. «En esos días, Pedro comenzó y dijo: Hombres, hermanos, el Señor nos encomendó que predicásemos a la gente y que diésemos testimonio de que Él es quien ha sido designado por Dios para ser el juez de los vivos y de los muertos…» El coro cantó «Veni, Sancte Spiritus… Ven, Espíritu Santo y llena el corazón de los fieles». Entonces, Leone comenzó a leer con su voz fuerte y obstinada el Evangelio para el día del Conclave: «Aquel que no entra por la

puerta en el redil, sino que trepa por otro camino, es un ladrón y un bandolero. Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas.» Rinaldi inclinó la cabeza entre sus manos y oró por que el hombre que ofrecía fuese en verdad un pastor, y por que el Conclave le entregase el cayado y el anillo.

Cuando la misa terminó, el celebrante se retiró a la sacristía para quitarse sus vestiduras, y los cardenales relajaron sus nervios en los sitiales. Algunos cuchichearon, dos cabeceaban, aún adormilados, y uno sorbió subrepticiamente una pizca de rapé. La parte siguiente de la ceremonia era sólo una formalidad, pero prometía ser una formalidad tediosa. Un prelado les leería una homilía en latín, acentuando una vez más la importancia de la elección y su obligación moral de llevarla a cabo en forma ordenada y honesta. Tradicionalmente, se elegía a este prelado por la pureza de su latín, pero el camarlengo había hecho otros arreglos.

Un murmullo de sorpresa agitó a la asamblea al ver que Rinaldi abandonaba su lugar y caminaba hasta el extremo alejado de los sitiales, por el costado del Evangelio en el altar. Rinaldi ofreció su mano a un cardenal alto y delgado y lo condujo hasta el púlpito. Cuando apareció allí en lo alto, recibiendo las luces de lleno en el rostro, sus hermanos vieron que era el más joven entre ellos. Tenía el pelo negro, su barba cuadrada también era negra, y su mejilla izquierda estaba surcada por una larga cicatriz lívida. En su pecho, junto a la cruz, colgaba un icono pectoral que representaba una imagen bizantina de la Madonna y el Niño. Al persignarse, lo hizo de derecha a izquierda, a la manera eslava; pero cuando comenzó a hablar no lo hizo en latín, sino en un toscano puro y melodioso. A través de la nieve, Leone sonrió su severa aprobación a Rinaldi, y luego, como sus colegas, ambos se entregaron a la sobria elocuencia del desconocido:

—Me llamo Cirilo Lakota, y he llegado último y mínimo a este Sacro Colegio. Hoy os hablo invitado por nuestro hermano el cardenal camarlengo. Para la mayoría de vosotros soy un desconocido, porque mi pueblo está disperso y he pasado los últimos diecisiete años en prisión. Si tengo algún derecho entre vosotros, algún mérito, que sea éste su fundamento: hablo por los extraviados, por aquellos que caminan en la oscuridad y en el valle de las sombras de la muerte. Por ellos y no por nosotros nos reunimos en este Cónclave. Por ellos y no por nosotros debemos elegir un Pontífice. El primer hombre que ostentó este título caminó junto a Cristo y fue crucificado como el Maestro. Aquellos que mejor han servido a la Iglesia y a los fieles han sido los que se hallaban más próximos a Cristo y a los demás seres humanos, que son la imagen de Cristo. Tenemos un gran poder en nuestras manos, hermanos míos. Pondremos un poder aún mayor en manos del hombre a quien elijamos, pero debemos usar ese poder como siervos y no como amos. Debemos recordar que somos lo que somos: sacerdotes, obispos, pastores, mediante un acto de dedicación a los seres humanos que son el rebaño de Cristo. Lo que poseemos,

incluso las ropas que llevamos, llega a nosotros por su caridad. La trama material de la Iglesia se alzó piedra a piedra, ofrenda a ofrenda de oro, por el sudor de los fieles, y nos la han entregado para que nuestras manos la administren. Son ellos quienes nos han educado para que podamos enseñarlos a ellos y a sus hijos. Son ellos quienes se humillan ante nuestro sacerdocio, como ante el Divino Sacerdocio de Cristo. Para ellos ejercemos los poderes sacramentales y sacrificiales que nos han sido concedidos en la unción y la imposición de las manos. Si en nuestras deliberaciones servimos a otra causa que no sea ésta, somos traidores. No se nos pide que estemos de acuerdo en lo que es mejor para la Iglesia, sino sólo que deliberemos con caridad y humildad, y, finalmente, demos nuestra obediencia al hombre elegido por la mayoría. Se nos pide que actuemos con rapidez para que la Iglesia no quede sin su cabeza. Y en todo esto seremos lo que finalmente nuestro Pontífice declarará ser: siervos de los siervos de Dios. Y en estos momentos finales, seamos complacientes instrumentos en sus manos. Amén.

Fue dicho en forma tan simple, que podría haber sido la formalidad acostumbrada, pero este hombre y su rostro marcado, y su voz poderosa, y sus manos deformadas y elocuentes, prestaban a las palabras una inesperada y conmovedora intensidad. Un largo silencio cubrió su retiro del púlpito y el regreso a su lugar. Leone movió su melena leonina aprobadoramente y Rinaldi susurró una callada plegaria de gracias. Luego, el maestro de Ceremonias se hizo cargo de los procedimientos y condujo a los cardenales y a sus servidores, con su confesor, y su médico y su cirujano, y el arquitecto del Conclave, y los obreros del Conclave, fuera del recinto de la Basílica y dentro de los confines del propio Vaticano.

En la Capilla Sixtina se les tomó juramento otra vez. Luego, Leone ordenó que tocaran las campanas, de manera que todos los que no perteneciesen al Conclave abandonaran de inmediato el área sellada. Los servidores condujeron a cada cardenal a sus habitaciones. Luego, el prefecto del maestro de Ceremonias y el arquitecto del Conclave comenzaron su inspección ritual del recinto cerrado. Avanzaron de habitación en habitación, descorriendo cortinas, iluminando rincones oscuros, abriendo armarios, hasta declarar que el lugar se hallaba libre de intrusos.

Se detuvieron en la entrada de la gran escalinata de Pío X, y la Guardia Noble marchó fuera del recinto del Conclave, seguida por el mariscal del Conclave y sus ayudantes. Se cerró la gran puerta. El mariscal del Conclave dio vuelta a la llave en el exterior. En el interior, los maestros de Ceremonias dieron vuelta a sus propias llaves. El mariscal ordenó alzar su bandera sobre el Vaticano, y desde aquel momento nadie podía entrar o salir, o hacer llegar mensaje alguno hasta que se eligiese y nombrase un nuevo Papa.

Solo en sus habitaciones, Cirilo, cardenal Lakota, comenzaba a vivir un purgatorio privado. Era éste un estado recurrente cuyos síntomas le eran familiares:

sudor frío en el rostro y en las palmas, temblores en sus miembros, crispaciones en los nervios seccionados de su rostro, el horror de sentir que la habitación se estrechaba para aplastarlo. Dos veces se había visto tapiado en las literas de una prisión subterránea. Durante cuatro meses había soportado los terrores de la oscuridad, el frío, la soledad y el hambre, hasta que los pilares de su razón se habían derrumbado en el esfuerzo. En todos sus años de exilio siberiano, nada le había afectado tanto ni dejado tan profunda huella en su memoria. Nada lo había acercado más a la abjuración y la apostasía.

Lo habían golpeado a menudo, pero los tejidos así dañados habían sanado con el tiempo. Lo habían interrogado hasta que todos sus nervios parecían gritar y su mente caía en confusión misericordiosa. De esto también había emergido más fuerte en su fe y en la razón, pero el horror del confinamiento solitario permanecería en él hasta su muerte. Kamenev había cumplido su promesa. «No podrá olvidarme jamás. Adondequiera que usted vaya, estaré yo. Y dondequiera que usted llegue a ser, yo seré parte de usted.» Aun aquí, en los confines neutrales de la Ciudad del Vaticano, en la habitación principesca bajo los frescos de Rafael, Kamenev, su atormentador insidioso, se hallaba a su lado. Sólo había una manera de escapar a él, la que había aprendido en las literas cerradas: la proyección del espíritu torturado hacia los brazos del Todopoderoso.

El cardenal cayó de rodillas, sepultó el rostro entre sus manos y trató de concentrar todas las facultades de su mente y cuerpo en una sencilla acción de abandono.

Sus labios no buscaron palabras, pero su voluntad se aferró al lamento de Cristo en el Getsemaní. «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz.»

Sabía que, finalmente, el cáliz se apartaría, pero debía soportar primero esa agonía. Las murallas lo estrechaban implacablemente. El cielo raso pesaba sobre él como una vestidura de plomo. La oscuridad oprimía sus ojos y se acurrucaba dentro de su cráneo. Cada músculo de su cuerpo se anudaba dolorosamente y sus dientes castañeteaban como en los rigores de la fiebre. Luego se sintió mortalmente helado, mortalmente tranquilo, y esperó pasivamente la luz que era el comienzo de la paz y de la comunión.

La luz era una especie de aurora vista desde una alta montaña, derramándose suavemente sobre cada pliegue del terreno, de manera que todo el esquema de su historia se revelase de una vez. Allí estaba la ruta de su propio peregrinar, como una cinta escarlata que se extendía cuatro mil millas desde Lvov, en Ucrania, a Nicolaievsk, en el mar de Ojotsk.

Cuando terminó la guerra contra los alemanes, y a pesar de su juventud, Cirilo Lakota fue designado metropolitano de Lvov, sucesor del piadoso Andrew Szepticky, gran líder de los católicos rutenos. Poco después fue arrestado con otros seis obispos

y deportado a las fronteras orientales de Siberia. Los otros seis murieron, y Lakota había quedado solo, pastor de un rebaño perdido y debiendo llevar la cruz sobre sus hombros.

Había estado diecisiete años en prisión o en campamentos de trabajos forzados. Sólo una vez, durante ese tiempo, había podido decir misa con un poquitín de vino y una corteza de pan blanco. Sólo podía aferrarse a la doctrina, a las plegarias y las fórmulas sacramentales que su mente atesoraba. Toda la fortaleza y la compasión que había gastado en sus compañeros de prisión tuvieron que salir de sí mismo y del pozo de la misericordia divina. Y, sin embargo, su cuerpo debilitado por la tortura había recuperado milagrosamente sus fuerzas en la esclavitud del trabajo en minas y en cuadrillas camineras, de modo que ni siquiera Kamenev pudo mofarse de él, demostrando, en cambio, su asombro ante esta supervivencia.

Porque Kamenev, su atormentador en los primeros interrogatorios, volvía siempre; y cada vez que aparecía había escalado un peldaño más en el orden marxista. Cada vez parecía un poco más cordial, como si poco a poco se dejase ganar por cierto respeto hacia su víctima.

Incluso desde la cima de la contemplación, Lakota podía ver a Kamenev: frío, sardónico, buscando en él los más pequeños vestigios de debilidad, el menor indicio de rendición. Al comienzo había tenido que forzarse a orar por su carcelero. Luego habían llegado a una especie de helada fraternidad, mientras uno se elevaba y el otro parecía hundirse más profundamente en su camaradería con los esclavos siberianos. Finalmente, había sido Kamenev quien había organizado su fuga, infligiéndole la ironía final de darle la identidad de un muerto.

—Quedará en libertad —le había dicho Kamenev— porque le necesito libre. Pero siempre sera: usted mi deudor, porque maté a un hombre para darle su nombre. Algún día acudiré a usted para exigirle el pago. Y usted me pagará, cueste lo que cueste.

Parecía casi que el carcelero hubiese adoptado el manto de la profecía, porque Cirilo Lakota había escapado y se había dirigido a Roma, para descubrir allí que un Papa agonizante lo había hecho cardenal in pettore: cardenal, hombre del destino, soporte de la Madre Iglesia.

Hasta este punto el camino retrospectivo estaba claro. En sus tragedias podía discernir la promesa de gracias futuras. Por cada uno de los obispos que habían muerto por sus creencias, un hombre había muerto en sus brazos en el campamento, bendiciendo al Todopoderoso por la absolución final. Su rebaño disperso no perdería totalmente la Fe por la cual había sufrido. Algunos vivirían para propagar su credo y para mantener encendida esa luz pequeñita que algún día podría hacer arder mil antorchas. En la degradación de las cuadrillas camineras había visto cómo los hombres más extraños sostenían las dignidades humanas. Había bautizado a niños con un poco de agua sucia y los había visto morir incontaminados con la miseria del

mundo.

Y él mismo había adquirido humildad y gratitud y el valor para creer en una Omnipotencia que trabajaba una evolución gigantesca hacia el bien último. Había aprendido compasión y ternura y el significado de los llantos en la noche. Había aprendido a esperar que su persona pudiese ser para Kamenev, si no un instrumento de iluminación, por lo menos uno de absolución final. Pero todo esto pertenecía al pasado, y el esquema de su vida tenía aún que desenvolverse más allá de Roma en un futuro insondable. Incluso la luz de la contemplación se detenía en Roma. Había tendido allí un velo, y el velo era el límite impuesto a la presciencia por un Dios misericordioso…

La luz cambiaba ahora; el paisaje de las estepas se había convertido en un mar ondulante por el cual avanzaba hacia él una figura vestida con ropajes antiguos, el rostro resplandeciente, sus manos horadadas tendidas hacia él en un saludo de bienvenida. Cirilo, cardenal Lakota, se echó atrás e intentó sumergirse en el mar iluminado, pero no había escapatoria. Cuando las manos lo tocaron y el rostro luminoso se inclinó para besarlo, se sintió desgarrado por una alegría y un dolor intolerables. Luego penetró en ese momento de paz.

El sirviente destinado a su servicio entró en el cuarto y lo vio arrodillado como un cataléptico, con los brazos extendidos en actitud de crucifixión. Rinaldi, que recorría las habitaciones de los miembros del Conclave, llegó hasta él y trató en vano de despertarlo. Entonces Rinaldi también se alejó, estremecido y humilde, para consultar con Leone y sus colegas.

En su oficina, atestada y poco elegante, George Faber, el canoso decano de la Prensa romana, corresponsal en Italia del Monitor de Nueva York desde hacía quince años, escribía un artículo sobre la época en que se desarrollaba la elección papal:

«…Fuera del pequeño recinto medieval del Vaticano el mundo se halla en estado de crisis. Soplan vientos de cambios y se alzan tormentas de advertencia, ora en un lugar, ora en otro. La carrera de armamentos entre los Estados Unidos y Rusia continúa sin atenuación. Todos los meses hay nuevas penetraciones hostiles en las altas órbitas del espacio. Hay hambre en la India y guerra de guerrillas en las penínsulas del sur de Asia. Hay truenos sobre África, y en las capitales de Sudamérica flamean banderas revolucionarias desgarradas. Hay sangre en las arenas del norte de África, y en Europa la batalla por la supervivencia económica se libra tras las puertas cerradas de los Bancos y en las salas de juntas directivas. Muy alto sobre el Pacífico, los aviones vuelan para tomar muestras de la contaminación atmosférica causada por partículas atómicas letales. En China, los nuevos dinastas luchan por llenar los estómagos de millones de hambrientos mientras sujetan sus mentes a la rígida ortodoxia de la filosofía marxista. En los nebulosos valles del

Himalaya, donde ondean las banderas de las plegarias y los recolectores de té trabajan en las terrazas, hay correrías e incursiones desde el Tibet y Sinkiang. En las fronteras de la Mongolia Exterior, la inquieta amistad de Rusia y China está tensa y a punto de romperse. Barcos patrulleros recorren las ciénagas de mangle y las ensenadas de Nueva Guinea, mientras las tribus montañesas tratan de proyectarse dentro del siglo xx en un brinco gigantesco desde la Edad de Piedra.

»En todas partes el hombre ha tornado conciencia de sí mismo como un animal de tránsito, y lucha desesperadamente por afirmar su derecho a lo mejor del mundo durante el breve período que habita en él. El nepalés acosado por sus demonios montañeses; el culi que gasta su corazón tirando del rickshaw; el israelí sitiado en todas sus fronteras, todos y cada uno de ellos están reafirmando su derecho a una identidad; y todos tienen los oídos dispuestos para cualquier profeta que les prometa alguna.»

El periodista dejó de mecanografiar, encendió un cigarrillo y se echó atrás en su silla, meditando sobre la idea que acababa de expresar: «derecho a una identidad)). Curioso observar cómo todos debían reclamarlo, tarde o temprano. Curioso ver esa larga aceptación aparentemente ecuánime de la persona que parecemos ser, de la situación para la cual la vida parece habernos designado. Y súbitamente, esa identidad nos parece dudosa… Su propia identidad, por ejemplo. George Faber, solterón, experto en asuntos italianos y en la política del Vaticano…, ¿por qué se había visto obligado, a estas alturas de su vida, a preguntarse quién era, quién había aceptado ser hasta ese momento? ¿Por qué esa agitada insatisfacción con su propia supervivencia sin un suplemento permanente de su ser…? Una mujer, por supuesto. Siempre había habido mujeres en su vida, pero Chiara era algo nuevo, algo muy especial… Este pensamiento lo perturbó. Intentó guardarlo otra vez, y se inclinó nuevamente sobre la máquina de escribir.

«En todas partes se clama por la supervivencia, pero como la ironía suprema de la creación es que el hombre debe morir inevitablemente, aquellos que se esfuerzan por conquistar su mente o su músculo tienen que prometerle una extensión de su lapso en alguna apariencia de inmortalidad. El marxista le promete la unidad con los trabajadores. El nacionalista le entrega una bandera y una frontera, y una prolongación local de sí mismo. El demócrata le ofrece la libertad a través del sufragio, pero le advierte que tal vez deba morir para conservarla.

»Mas para el hombre y para todos los profetas que el hombre eleva, el enemigo último es el tiempo; y el tiempo es una dimensión relativa, limitada directamente por la capacidad del hombre para hacer uso de él. Las comunicaciones modernas, rápidas como el relámpago, han reducido a la nada el lapso entre un acto humano y sus consecuencias. Un disparo en Berlín puede hacer estallar al mundo en pocos minutos. Una plaga en las Filipinas puede infectar Australia en el día. El hombre que se

tambalea en la cuerda en un circo de Berlín agoniza ante los ojos de Londres y Nueva York.

»Así, en todo momento, el hombre se ve acosado por las consecuencias de sus propios pecados y los de sus semejantes. Y así también, cada profeta y cada erudito se ve acosado por el rápido transcurso del tiempo, sabiendo que deberán rendir cuentas por falsas predicciones y promesas quebrantadas, con celeridad hasta hoy desconocida en la Historia. Ésta es precisamente la causa de la crisis. Aquí nacen los vientos y las olas y se forjan los truenos que, en una semana cualquiera, en un mes cualquiera, pueden rugir alrededor del mundo bajo un cielo oscurecido por hongos nubosos.

»Los hombres del Vaticano tienen conciencia del tiempo, aunque muchos de ellos han dejado de tenerla con la necesaria intensidad…»

¡Tiempo…! Su mente había adquirido una vívida conciencia de esta menguante dimensión de la existencia. Tenía más de cuarenta años. Durante un año había estado intentando activar la petición de nulidad de Chiara ante la Sagrada Rota Romana, para librar a su amada de Corrado Calitri y poder casarse con ella. Pero el caso avanzaba con lentitud desesperante, y Faber, a pesar de haber nacido católico, comenzó a sentir un amargo resentimiento contra el sistema impersonal de las Congregaciones romanas y la actitud de los ancianos que las dirigían.

Continuó escribiendo en forma vívida, precisa, profesional:

«Como la mayoría de los ancianos, están habituados a considerar el tiempo como un relámpago entre dos eternidades, y no como un quántum de tiempo concedido a cada individuo para madurar hacia la visión de su Dios.

»Les preocupa también la identidad del hombre, que están forzados a reafirmar como la identidad de hijo de Dios. Pero aquí se ven ante otro abismo: que a veces afirman su identidad sin comprender su individualidad, y que tiene que crecer en el jardín en el cual se le plantó, sea el suelo dulce o amargo, sea el aire cordial o tempestuoso. Los hombres, como los árboles, crecen en formas diferentes, torcidos o rectos, según el clima que los ha alimentado. Pero mientras la savia fluya y las hojas germinen, no debería ponerse reparos a la forma del hombre o del árbol.

»Los hombres del Vaticano se preocupan también de la eternidad y de la inmortalidad. También ellos comprenden la necesidad que experimenta el hombre de una extensión de sí mismo que traspase el límite de los años efímeros. Afirman como artículo de fe la persistencia del alma en una eternidad de unión con el Creador, o de exilio de Su rostro. Van más lejos, prometen al hombre la conservación de su identidad y la victoria final incluso sobre los terrores de la muerte física. Lo que a menudo dejan de comprender es que la inmortalidad debe comenzar en el tiempo, y que el hombre debe recibir los recursos físicos para sobrevivir, antes de que su

espíritu pueda elevarse a desear algo más que la supervivencia física…»

Chiara había llegado a hacérsele tan necesaria como el respirar. Sin su juventud, su apasionamiento, le parecía que debería declinar rápidamente hacia la vejez y la desilusión. Hacía ya seis meses que era su amante, pero le atormentaba el temor de perderla en cualquier momento ante un hombre más joven, y de que la promesa de hijos y continuidad no se cumpliese jamás en él… George Faber tenía amigos en el Vaticano. Tenía fácil acceso a renombrados hombres de la Iglesia, pero éstos se hallaban sujetos a la ley y al sistema, y no podían ayudarle. Faber escribió con vehemencia:

«Esos hombres viejos y cautos están atrapados en la paradoja de toda eminencia: mientras más se eleva un ser humano, más ve del mundo, pero menos capta los pequeños factores determinantes de la existencia humana: que un hombre sin zapatos puede morir de hambre porque no puede caminar hasta el lugar donde conseguir un empleo. Que un recaudador de impuestos que sufre del hígado puede hacer estallar una revolución. Que la hipertensión arterial puede sumir a un hombre noble en la melancolía y en la desesperación. Que una mujer puede venderse por dinero porque no puede darse a un hombre por amor. El peligro de todos los gobernantes está en que comienzan a creer que la Historia es el resultado de grandes generalidades y no la suma de millones de pequeños detalles, tal como alcantarillados deficientes, la obsesión sexual y los mosquitos Anopheles…»

No era lo que había pensado escribir, sino una descripción de sus sentimientos personales ante el acontecimiento que se aproximaba… ¡Que quedase así entonces! ¡Si a los directores en Nueva York no les agradaba, que lo echasen al cesto…! Se abrió la puerta y entró Chiara. George la cogió en sus brazos y la besó. Envió a la Iglesia v a su periódico y al marido de Chiara a un infierno especial, y luego la llevó a almorzar a la Via Veneto.

El primer día del Conclave los cardenales quedaban en libertad de reunirse y conversar discretamente, sondeando mutuamente sus prejuicios y cegueras y razones de interés privado. Por eso, Rinaldi y Leone se movieron entre ellos a fin de prepararlos cuidadosamente para su proposición final. Una vez comenzada la votación, una vez que los cardenales tomasen partido por tal o cual candidato, sería mucho más difícil ponerlos de acuerdo.

No todas estas conversaciones mantuvieron el nivel de las verdades eternas. Muchas de ellas fueron simples y brutales, como la de Rinaldi con el norteamericano, mientras bebían una taza de café traído de los Estados Unidos y preparado por el sirviente personal de Su Eminencia, porque el café italiano le causaba indigestión.

Su Eminencia Charles Corbet Carlin, cardenalarzobispo de Nueva York, era un hombre alto y rubicundo, de modales expansivos y ojos astutos y pragmáticos. Expuso su problema descarnadamente, como un banquero que pone reparos a un

sobregiro.

—No queremos un diplomático ni queremos un funcionario de la Curia que vea el mundo a través de un cristal romano. Un hombre que haya viajado, sí, pero alguien que haya sido rector y comprenda cuáles son nuestros problemas del momento.

—Me interesaría escuchar de Su Eminencia la descripción de esos problemas —dijo Rinaldi con la máxima cortesía.

—Estamos perdiendo nuestro asidero sobre la gente —adujo Carlin categóricamente—. Estamos perdiendo su lealtad. Creo que gran parte de la culpa es nuestra.

Rinaldi se sorprendió. Carlin tenía la reputación de ser un magnífico banquero de la Madre Iglesia, y se le atribuía la convicción de que todos los males del mundo..podían solucionarse mediante un sistema escolar bien dotado y un sermón vivificante cada domingo. Escucharle hablar tan llanamente de defectos que le atañían directamente resultaba al mismo tiempo reconfortante y perturbador.

Rinaldi preguntó:

—¿Por qué perdemos terreno?

—¿En los Estados Unidos? Por dos razones: prosperidad y respetabilidad. Ya no se nos persigue. Pagamos nuestro avance. Podemos lucir la Fe como una insignia rotaria… y con la misma falta de trascendencia. Cobramos nuestras cuotas como si fuésemos un club, gritamos más fuerte que los comunistas, y nuestra contribución al Dinero de Pedro es la mayor del mundo. Pero eso no basta. Para muchos católicos, en todo esto no…, no hay corazón. Los jóvenes se alejan de nuestra influencia. No nos necesitan como debieran. No confían en nosotros como acostumbraban hacerlo. Y, en parte —terminó gravemente—, creo que la culpa es mía.

—Ninguno de nosotros tiene mucho derecho a sentirse orgulloso —dijo Rinaldi sosegadamente—. Piense en Francia… Piense en los hechos sangrientos ocurridos en Argelia. Y, sin embargo, se trata de un país con una mitad católica, y dirigido por católicos. ¿Dónde está nuestra autoridad en esta situación monstruosa? Una tercera parte de la población del mundo vive en América del Sur, y, sin embargo, ¿qué influjo tenemos allí? ¿Qué impresión causamos a los ricos indiferentes y a los pobres oprimidos, que no ven esperanza en Dios y menos aún en aquellos que lo representan? ¿Dónde debemos comenzar a cambiar?

—He cometido errores —dijo Carlin, melancólicamente—, Errores de importancia. Ni siquiera puedo comenzar a repararlos todos. Mi padre era un jardinero, un buen jardinero. Siempre decía que lo más que se podía hacer por un árbol era abonarlo y podarlo una vez al año, y dejar el resto en manos de Dios. Siempre me enorgullecí de ser un hombre práctico, como lo fue él, ¿sabe? Construir la iglesia y luego la escuela. Instalar a las monjas y luego a los hermanos. Construir el seminario, preparar a los sacerdotes y mantener el ingreso de dinero. Lo demás

quedaba en manos del Todopoderoso.

Sonrió por primera vez, y Rinaldi, al cual le había sido antipático durante muchos años, comenzó a simpatizar con él.

Carlin continuó con singular acento:

— ¡Romanos e irlandeses! Nosotros somos grandes maquinadores y grandes constructores, pero perdemos de vista la esencia de las cosas con más rapidez que nadie. ¡Atengámonos al libro! ¡Abstenerse de carne los viernes, no dormir con la mujer del prójimo y dejar los misterios a los teólogos! ¡No basta! ¡Que Dios nos ayude, pero no basta!

—Usted está pidiendo un santo. Dudo que tengamos muchos de ellos en nuestros registros en este momento.

—Un santo, no. —Carlin habló otra vez enfáticamente—. Un hombre para los demás hombres y de los hombres, como lo era Sarto. Un hombre que pueda sangrar por ellos, y amonestarlos, y hacerles saber siempre que los ama. Un hombre que pueda romper el cerco de este jardín dorado y convertirse en otro Pedro.

—Lo crucificarían también, por supuesto respondió agriamenté Rinaldi.

—Tal vez es eso precisamente lo que necesitamos —dijo Su Eminencia de Nueva York.

Y entonces Rinaldi, el diplomático, juzgó oportuno hablar del ucraniano barbudo, Cirilo Lakota, como del hombre que tenía hechuras de Papa.

En una habitación algo más pequeña del Conclave, Leone discutía al mismo candidato con Hugh, cardenal Brandon, de Westminster. Siendo inglés, Brandon era un hombre sin ilusiones y de pocos entusiasmos. Frunció sus delgados labios grisáceos, jugueteó con su cruz pectoral y expresó su política en italiano preciso, aunque pomposo:

—Nosotros opinamos que un romano sigue siendo la mejor elección. Nos deja cierta libertad de acción, ¿comprende lo que quiero decir? No hay problemas de nuevas actitudes o de alineaciones políticas de nuevo cuño. No se producen disturbios en las relaciones entre el Vaticano y la República de Italia. El Papado seguiría siendo una barrera efectiva contra cualquier crecimiento del comunismo italiano. —El cardenal se permitió una chanza árida—: Podríamos seguir contando con la simpatía de los románticos ingleses por la romántica Italia.

Leone, veterano de muchos sutiles debates, asintió con la cabeza y añadió, como al desgaire:

—¿Entonces no consideraría usted a nuestro recién llegado, al que nos habló esta mañana?

—Lo dudo. Como a todos, me pareció impresionante en el púlpito. Pero la elocuencia no nos indica absoluta idoneidad, ¿no cree? Y, además, subsiste el problema de los ritos. Ese hombre es ucraniano y pertenece al rito ruteno.

—Si fuese elegido, practicaría automáticamente el romano.

Su Eminencia de Westminster sonrió débilmente.

—La barba podría preocupar a algunos. Un aspecto demasiado bizantino, ¿no le parece? No hemos tenido un Papa con barba en mucho tiempo.

—Seguramente se la afeitaría.

—¿Continuaría usando su icono?

—Creo que también se le podría persuadir para que lo dejase.

—Y en ese caso tendríamos a un romano modelo. Entonces, ¿por qué no elegir directamente a un italiano? No puedo creer que desee usted algo diferente.

—Puede creer que lo deseo. Estoy dispuesto a afirmar en este momento que mi voto será para el ucraniano.

—Temo no poder prometerle el mío. Usted sabe…, ingleses y rusos… Históricamente no nos hemos entendido nunca… Nunca.

—Siempre, siempre —dijo Rahamani el sirio, con su hablar blando y cortés— buscamos al hombre que posea el único don necesario: el don de la cooperación con Dios. Incluso entre los hombres buenos, este don es escaso. La mayoría de nosotros pasamos la vida tratando de plegarnos a la voluntad de Dios, y aun así, a menudo debe doblegarnos una gracia violenta. Los otros, los contados, se entregan a una especie de acto instintivo para ser instrumentos en las manos del Hacedor. Si este hombre nuevo es uno de ellos, entonces es a él a quien necesitamos.

—¿Y cómo podremos saberlo? —preguntó secamente Leone.

—Lo sometemos al juicio de Dios —dijo el sirio—. Pedimos a Dios que lo juzgue, y esperamos con confianza el resultado.

—Sólo podemos votar en su elección. No hay otro camino.

—Hay otro camino, prescrito por la Constitución Apostólica. El camino de la inspiración. Cualquier miembro del Conclave puede proclamar públicamente al hombre que cree debe ser elegido, confiando en que si éste es candidato aceptable para Dios, Él inspirará al resto de los miembros del Conclave a aprobarlo públicamente. Es un método válido de elección.

—Requiere valor… y mucha fe.

—Si nosotros, los jefes de la Iglesia, carecemos de fe, ¿qué esperanza queda para el resto de los hombres?

—Una censura justa —dijo el cardenal secretario del Sacro Colegio—. Es hora de abandonar mi solicitud de votos y de comenzar a orar.

A la mañana siguiente, muy temprano, los cardenales se reunieron en la Capilla Sixtina para la primera votación. Para cada uno de ellos había un trono, y sobre el trono, un dosel de seda. Los tronos estaban dispuestos junto a las murallas de la capilla, y ante cada asiento había una mesilla que llevaba el escudo de armas del

cardenal y su nombre inscrito en latín. El altar de la capilla aparecía cubierto con un tapiz que ostentaba una imagen bordada del Espíritu Santo descendiendo sobre los primeros apóstoles. Ante el altar estaba situada una mesa grande, sobre la cual había un cáliz de oro y una bandejilla, también de oro. Junto a la mesa se veía una sencilla estufa redonda cuya chimenea se proyectaba a través de una ventana pequeña que miraba a la Plaza de San Pedro.

Al efectuarse la votación, cada cardenal escribiría el nombre de su candidato en el papel del voto, lo colocaría primeramente en la bandejilla de oro, y luego lo pondría dentro del cáliz, para significar que había ejecutado un acto sagrado. Después de que se contasen los votos, éstos se quemarían en la estufa, y el humo saldría por la chimenea hacia la Plaza de San Pedro. Para elegir Papa se requería una mayoría de dos tercios.

Si la mayoría no era concluyente, los votos se quemaban con paja mojada, lo que producía nubarrones de humo oscuro. Sólo cuando la votación alcanzaba un resultado definitivo, los votos se quemaban sin paja, para que el humo blanco informase a las multitudes expectantes que tenían un nuevo Papa. Era ésta una ceremonia arcaica y engorrosa para la edad de la Radio y la Televisión, pero servía para subrayar el dramatismo del momento y la continuidad de dos mil años de historia papal.

Una vez sentados los cardenales, el maestro de Ceremonias recorrió los tronos, entregando a cada votante un solo voto. Luego abandonó la capilla y echó llave a la puerta, dejando tras él a los príncipes le la Iglesia en la elección del sucesor de Pedro.

Éste era el momento que habían esperado Leone y Rinaldi. Leone se levantó en su lugar, sacudió su blanca melena y se dirigió al Conclave:

—Hermanos míos, me alzo para hacer uso de un derecho acordado por la Constitución Apostólica. Proclamo ante ustedes mi convicción de que hay entre nosotros un hombre elegido ya por Dios para sentarse en la Silla de Pedro. Como el primero de los Apóstoles, ha sufrido prisión y torturas por la Fe, y la mano de Dios lo ha liberado de su cautiverio para que se nos uniese en este Conclave. Lo proclamo como mi candidato, y a él ofrezco mi voto y obediencia: Cirilo, cardenal Lakota.

Hubo un instante de silencio absoluto, interrumpido por el jadear ahogado de Lakota. Entonces Rahamani el sirio se levantó de su trono y dijo con firmeza:

—Yo también lo proclamo.

—También yo —dijo Carlin el americano. —Y yo —dijo Valerio Rinaldi.

Y luego, de dos en dos, de tres en tres, los ancianos se incorporaron repitiendo esta proclamación, hasta que todos, excepto nueve, se hallaron de pie bajo los doseles, mientras Cirilo, cardenal Lakota, permanecía en su trono con el rostro tenso e inexpresivo.

Luego Rinaldi se levantó y se dirigió a los electores:

—¿Hay aquí alguien que niegue la validez de esta elección, y que una mayoría

superior a los dos tercios ha elegido a nuestro hermano Cirilo?

Nadie respondió.

—Sentaos, por favor —dijo Valerio Rinaldi.

Al sentarse, cada cardenal tiró de la cuerda que sujetaba su dosel, de modo que éste cayese y los cubriera. El único dosel que permaneció levantado fue el del trono de Cirilo, cardenal Lakota.

El camarlengo hizo sonar una campanilla de mano y avanzó para abrir la puerta. Inmediatamente entraron el secretario del Conclave, el maestro de Ceremonias y eI sacristán del Vaticano. Estos tres prelados, con Leone y Rinaldi, caminaron ceremoniosamente hasta el trono del ucraniano. Con voz firme, Leone le preguntó:

—*Acceptasne electionem?* (¿Aceptas la elección?)

Todos los ojos se volvieron hacia el forastero alto y enjuto, hacia su rostro marcado y su barba oscura y sus ojos remotos y perseguidos por mil imágenes, Los segundos transcurrieron lentamente, y luego los cardenales le escucharon responder con voz opaca y muerta:

—Acepto… *Miserere mei Deus*… Acepto… ¡Que Dios se apiade de mí!

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I PONT. MAX.

> Ningún gobernante puede escapar al veredicto de la Historia, pero el gobernante que lleva un Diario se expone a maltratos posteriores… No me gustaría que me sucediese lo que al anciano Pío II, que hizo atribuir sus Memorias a su secretario, las hizo expurgar por sus parientes, y quinientos años después reaparecieron en ellas todas sus indiscreciones, restauradas por un par de literatas americanas. Y, sin embargo, comprendo su dilema, que tiene que ser el dilema de todos los hombres que ocupan la Silla de Pedro. Un Papa sólo puede hablar libremente con Dios o consigo mismo: y el Pontífice que habla consigo mismo puede tornarse excéntrico, como lo ha demostrado la historia de algunos de mis predecesores.
>
> Mi debilidad es el temor a la soledad y al aislamiento. De manera que necesitaré válvulas de escape: el Diario, por una parte, un compromiso entre mentirse a sí mismo sobre el papel y contar a la posteridad las realidades que es necesario ocultar a nuestra propia generación. Pero hay una dificultad, por supuesto. ¿Qué se hace con un Diario papal? ¿Se lega a la biblioteca del Vaticano? ¿Se hace sepultar junto a uno en el triple ataúd? ¿O se subasta de antemano para la propagación de la Fe? Tal vez lo mejor es no comenzarlo. Pero, ¿en qué forma es posible asegurarse un vestigio de intimidad, de humor e incluso tal vez de cordura

en esta noble prisión a la cual estoy condenado?

Hace veinticuatro horas mi elección hubiera parecido una fantasía. Incluso ahora no comprendo por qué la acepté. Podría haberla rechazado. No lo hice. ¿Por qué…?

Consideremos lo que soy: Cirilo I, obispo de Roma, Vicario de Jesucristo, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Supremo Pontífice de la Iglesia Universal, Patriaca del Oeste, Primado de Italia, Arzobispo y Metropolitano de la provincia romana, soberano de la Ciudad—Estado del Vaticano… ¡y gloriosamente reinante, por supuesto!

Pero esto es sólo el comienzo. El Anuario Pontificio publicará una lista de dos páginas de lo que me está reservado en concepto de abadías y prefecturas, y de lo que «protegeré» en concepto de órdenes, congregaciones y hermandades. El resto de sus dos mil páginas será un verdadero catastro de todos mis ministros y súbditos, mis instrumentos de gobierno, de educación y de disciplina.

Por la naturaleza de mi cargo, debo ser poligloto, aunque el Espíritu Santo ha sido conmigo menos generoso en el don de las lenguas que con el primer hombre que ocupó mi lugar. Mi lengua natal es el ruso; mi lengua oficial es el latín de los escolásticos, una especie de lengua mandarina que se presume conserva mágicamente la más sutil definición de la verdad, como una abeja en ámbar. Debo hablar italiano con mis colaboradores y conversar con todos en ese altisonante «nosotros», que sugiere un diálogo secreto entre Dios y yo, incluso en asuntos tan mundanos como el café que «nosotros» bebemos para el desayuno, y la gasolina que «nosotros» emplearemos en los automóviles del Vaticano.

Pero es la fórmula tradicional, y no debe disgustarme en exceso. El anciano Valerio Rinaldi me lo advirtió sin ambages al ofrecerme a la vez su lealtad y su renuncia una hora después de efectuada la elección, esta mañana. «No trate de cambiar a los romanos, Santidad. No intente combatirlos ni convertirlos. Han manejado Papas durante los últimos mil novecientos años, y lo destruirán antes que usted pueda doblegarlos. Avance lentamente, hable con dulzura, guárdese sus opiniones, y, finalmente, serán cera entre sus manos.»

El cielo sabe que es muy prematuro hablar aún de éxito en la mutua acogida entre Roma y yo, pero Roma ya no es el mundo, y el resultado no me preocupa trascendentalmente…, de manera que puedo utilizar la experiencia de aquellos que me han jurado fidelidad como príncipes cardenales de la Iglesia. Hay algunos de ellos en los cuales tengo gran confianza. Hay otros… Pero no debo juzgar precipitadamente. No todos pueden ser como Rinaldi, un hombre sabio y benévolo, con sentido del humor y conciencia de sus propias limitaciones. Entretanto, debo tratar de sonreír y mantener el buen humor mientras encuentro mi camino en este dédalo que es el Vaticano… Y debo confiar mis pensamientos a un

Diario antes de exponerlos a la Curia o al Consistorio.

Tengo una ventaja; por supuesto nadie sabe con certeza hacia dónde iré; ni siquiera lo sé yo. Soy el primer eslavo que ha ocupado el trono de San Pedro, y el primer Pontífice extranjero desde hace cuatro siglos y medio. La Curia me observará con cautela. Los cardenales pueden haberse sentido inspirados al elegirme, pero ya deben de estar preguntándose qué especie de tártaro han ungido, y en qué forma alteraré sus nombramientos y sus esferas de influencia. ¿Cómo pueden saber hasta qué punto siento temor y dudas de mí mismo? Espero que algunos de ellos se acuerden de orar por mí.

El Papado es el cargo más paradójico del mundo; el más absoluto y, sin embargo, el más limitado; el más rico en rentas, pero el más pobre en ganancia personal. Lo instituyó un carpintero nazareno que no tenía dónde reposar la cabeza, pero se halla rodeado de pompa y panoplia excesivas para este mundo hambriento. No reconoce fronteras, pero está siempre sujeto a las intrigas nacionales y a las presiones partidistas. El hombre que lo acepta afirma tener garantía divina contra el error, pero tiene menos seguridad de salvación que el más mísero de sus súbditos. De su cinto cuelgan las llaves del Reino, pero puede encontrarse desterrado para siempre de la paz, de la elección y de la comunidad de los Santos. Si dice que no le tientan la autocracia y la ambición, es un embustero. Si no avanza a veces aterrorizado, ni ora a menudo en la oscuridad, entonces es un necio.

Lo sé ya…, o, por lo menos, estoy comenzando a saberlo. Fui elegido esta mañana, y esta noche estoy solo en el Monte de la Desolación. Aquel cuyo Vicario soy esconde Su rostro de mí. Aquellos cuyo pastor debo ser no me conocen. El mundo se extiende ante mis ojos como un mapa de campaña, y veo piras funerarias en cada frontera. Hay ojos ciegos que miran a lo alto, y un caos de voces que invocan a lo desconocido…

« ¡Oh, Dios, dame luz para ver, y fortaleza para saber, y valor para soportar la servidumbre de los siervos de Dios…! »

Mi ayuda de cámara ha estado aquí hace un momento, para preparar mi dormitorio. Es un hombre melancólico, que se parece mucho a un guardián siberanio que noche tras noche me insultaba llamándome perro ucraniano, y todas las mañanas me tildaba de cura adúltero. Pero éste, en cambio, pregunta humildemente si Mi Santidad necesita algo. Luego se arrodilla y me pide que lo bendiga a él y a su familia. Muy confuso, se atreve a sugerir que si no estoy demasiado fatigado, tal vez pueda dignarme aparecer otra vez ante la gente que aguarda aún en la Plaza de San Pedro.

Las multitudes me aclamaron esta mañana cuando se me condujo fuera para

dar mi primera bendición a la ciudad y al mundo. Pero parece que mientras mi luz esté encendida, habrá siempre algunos que esperan Dios sabe qué señales de poder o benevolencia desde las habitaciones papales. ¿Cómo puedo decirles que nunca deben esperar demasiado de un hombre maduro que use pijamas de algodón listado? Pero esta noche es diferente. «En la Plaza hay una multitud de romanos y de turistas, y sería una cortesía… ¡Perdón, Santidad, una gran condescendencia…! aparecer y darle una breve bendición…»

Condesciendo, y me reciben con nuevas olas de aclamaciones y estrépito de cornetas. Soy un Papa, su Padre, y me invitan a vivir largo tiempo. Los bendigo y les tiendo los brazos, y me aclaman otra vez, y mi corazón se detiene durante un momento extraño, y me parece que mis brazos abarcan al mundo y que mis fuerzas no alcanzan a sostenerlo. Entonces mi ayuda de cámara… ¿o mi carcelero…? me hace retroceder, cierra las ventanas y corre las cortinas, de manera que, al menos oficialmente, Su Santidad Cirilo I está en cama y dormido.

El nombre de mi ayuda de cámara es Gelasio, también nombre de un Papa. Es un buen muchacho, y me agrada ese minuto en su compañía. Hablamos durante algunos momentos, y luego me pregunta, tartamudeando y sonrojado, por mi nombre. Es el primero que ha osado preguntármelo, exceptuando al viejo Rinaldi, quien al anunciarle que deseaba mantener mi nombre bautismal, asintió sonriendo irónicamente y me dijo: «Hay nobleza en ese nombre, Santidad, y también desafío. Pero, por el amor de Dios, no permita que se lo traduzcan al italiano.»

Seguí su consejo, y expliqué a los cardenales, tal como ahora lo explico a mi ayuda de cámara, que conservé mi nombre porque perteneció al apóstol de los eslavos, al cual se atribuye la invención del moderno alfabeto cirílico y que fue defensor obstinado del derecho de su pueblo a guardar su propio idioma en la Fe. También les expliqué que prefería que mi nombre se emplease en su forma eslava, como testimonio de la universalidad de la Iglesia. No todos lo aprobaron, pues comprenden que los primeros actos de un hombre fijan el molde para los siguientes.

Sin embargo, ninguno opuso objeciones, a excepción de Leone, el cual dirige el Santo Oficio y tiene la reputación de un moderno san Jerónimo, aunque no sé aún si la debe a su amor por la tradición y la vida espartana o a su carácter reconocidamente áspero. Leone preguntó mordazmente si un nombre eslavo no estaría fuera de lugar en el latín purísimo de las encíclicas papales. Aunque Leone fue el primero que me proclamó en el Conclave, tuve que responderle suavemente que me interesaba más que la gente leyese mis encíclicas, no halagar a los latinistas; y que habiéndose transformado el ruso en la lengua canónica para los marxistas, no nos perjudicaría tener un pie puesto en el otro campo.

Aceptó el reproche con ecuanimidad, pero no creo que lo olvide fácilmente.

Los hombres que sirven profesionalmente a Dios tienden a considerarlo un bien personal, vedado a los demás. Algunos de ellos también querrían transformar al Vicario de Dios en su bien personal. No digo que Leone sea uno de ellos, pero debo tener cuidado. Tendré que trabajar en forma diferente a la de mis predecesores, y no puedo someterme a los dictados de hombre alguno, por alto que esté colocado o por bueno que sea.

Nada de esto, por supuesto, es para los oídos de mi ayuda de cámara, quien se llevará a casa sólo un sencillo relato de santos misioneros y se sentirá un gran hombre por haber recibido las confidencias del Pontífice. El Osservatore Roinano repetirá mañana la misma historia, mas para él será «un símbolo de la solicitud paternal de Su Santidad por aquellos que se aferran, aunque de buena fe, a comuniones cismáticas…». Tendré que hacer algo, lo antes posible, respecto al Osservatore Romano… Si mi voz ha de oírse en el mundo, debe oírsela en sus tonos auténticos.

Ya sé que se han suscitado interrogantes en torno a mi barba. He escuchado murmullos acerca de mi «aspecto demasiado bizantino». Los latinos son más sensibles que nosotros a tales costumbres, de manera que tal vez lo cortés sería explicarles que me rompieron la mandíbula durante los interrogatorios, y que, sin la barba, mi rostro aparece algo desfigurado… Es un asunto baladí, pero ha habido cismas que comenzaron por nimiedades mayores.

Me gustaría saber lo que dijo Kamenev al conocer mi elección. No sé si tendrá humor para enviarme sus saludos.

Estoy cansado, terriblemente cansado, y tengo miedo. Mi misión es muy sencilla: mantener la pureza de la Fe y traer al rebaño a las ovejas dispersas. Pero sólo puedo adivinar hasta qué extraña región puede esto conducirme… No nos dejes caer en la tentación, oh, Señor, sino líbranos del mal. Amén.

Capítulo 2

En el vestíbulo de mármol blanco del «Club de la Prensa Extranjera», George Faber estiró sus elegantes piernas y emitió su veredicto sobre la elección:

—Un obstáculo para el Este, una locura para el Oeste, un desastre para los romanos.

Una risa respetuosa recorrió la habitación. El hombre que había pasado tantos años a cargo de las noticias del Vaticano tenía derecho a hacer frases, aunque fuesen malas. Seguro de la atención de su público, Faber continuó con voz tranquila y aplomada:

—Míresele como se le mire, Cirilo I significa confusión política. Ha sido prisionero de los rusos durante diecisiete años, por lo que borramos de golpe cualquier esperanza de acercamiento entre el Vaticano y los soviéticos. Y Estados Unidos también está comprometido. Creo que podemos esperar un abandono progresivo de la política neutralista y una alineación gradual del Vaticano con el Oeste. Hemos vuelto a la alianza Pacelli—Spellman. Para Italia… —Y aquí extendió sus manos elocuentes, que abarcaban toda la península—. ¡Bah! ¿Qué sucederá ahora con el milagro de la recuperación italiana? Se hizo en cooperación con el Vaticano: dinero del Vaticano, prestigio del Vaticano en el extranjero, ayuda del Vaticano a la emigración, autoridad confesional de la Iglesia para contener el avance de la Izquierda. ¿Qué sucederá ahora? Si Cirilo I comienza a hacer nuevos nombramientos, los eslabones que unen al Vaticano y la República italiana pueden romperse fácilmente. Puede alterarse el delicado equilibrio entre estos dos poderes. —Su rostro se relajó, y se volvió a sus colegas con una sonrisa simpática y deprecatoria, la sonrisa del hacedor de reyes—. Por lo menos, ése es mi punto de vista, y a él me atendré. ¡Pueden citar mis palabras indicando su origen, y si alguien me roba los titulares, entablaré la demanda correspondiente!

Collins, del Times de Londres, se encogió de hombros quisquillosamente y regresó al bar con un alemán de Bonn.

—Faber es un charlatán, desde luego, pero no se equivoca del todo respecto a la situación italiana. Esta elección me ha dejado estupefacto. Por lo que he oído, la mayoría de los cardenales italianos eran partidarios de ella, aunque ninguno lo dejó traslucir antes de comenzar el Conclave. La elección es un arma maravillosa para la Derecha o la Izquierda. En cuanto el Papa hable de asuntos italianos, pueden tildarlo de extranjero y echarle en cara su intromisión en asuntos de política local… Es lo que sucedió al holandés… ¿quién fue, Adriano VI? La evidencia histórica demuestra que fue un hombre prudente y un excelente administrador, pero cuando murió, la Iglesia se hallaba en un estado aún más caótico que el anterior a su elección. Nunca me ha gustado el tipo de catolicismo barroco que los italianos entregan al mundo, pero en

asuntos de Estado tienen gran valor político… como los irlandeses, si comprende usted lo que quiero decir.

—Para los reportajes gráficos, la barba resulta maravillosa —decía una morena de boca ávida, en el otro extremo del bar—. Y puede ser divertido presenciar algunas ceremonias griegas y rusas en el Vaticano. Con todos esos ropajes extraño., y esos hermosos iconos sobre el pecho… Podría lanzarse la idea: ¡dijes colgantes para la moda de, invierno! Un ángulo interesante, ¿no le parece?

Estalló en una carcajada aguda y discordante.

—En esto hay un misterio —dijo Boucher, un francés con rostro de zorra—: ¡Un forastero, un desconocido, tras el Conclave más corto de la Historia! Estuve conversando con Morand y con algunos de los nuestros. La impresión general era de desesperación, como si los cardenales viesen el fin del mundo y desearan a alguien muy especial para guiarlos hacia él. Podrían estar en lo cierto. Los chinos han ido a Moscú, y se dice que desean la guerra ahora, o producirán la división del mundo marxista. Y si consiguen su propósito, será el fin de toda política, y nosotros deberemos comenzar a recitar nuestras oraciones…

—Supe una noticia extraña esta mañana. — Feuchtwanger, el suizo, sorbió su café y habló en voz baja con el sueco Erikson—. Ayer llegó a Roma un correo de Moscú, vía Praga y Varsovia. Esta mañana, un funcionario de la Embajada Soviética visitó al cardenal Potocki. Por supuesto que nadie dice nada, pero es posible que Rusia desee algo de este hombre. Kamenev tiene problemas con los chinos, y siempre ha mirado más allá de sus narices…

— ¡Curioso! —terció Fedorov, el representante de la «Agencia Tass»—. ¡Muy curioso! Hoy se siente el influjo de Kamenev en todas partes, incluso aquí… Nómbresele o no, se siente su presencia…

Beron, el checo, asintió prudentemente, pero no dijo nada. El gran Kamenev estaba fuera del alcance de su humilde pluma, y después de veinte años de supervivencia había aprendido que es preferible el silencio de un año a la indiscreción de un instante.

El ruso continuó, con el tranquilo celo del ortodoxo:

—Hace meses escuché el rumor, entonces era sólo un rumor…, de que Kamenev había organizado la fuga de este hombre y que el Presidium pedía su cabeza. Ahora, aunque se nos ha dicho que no lo repitamos, el secreto ha dejado de serlo. Kamenev fue el autor de esa fuga. Y debe de estar riendo al ver en el trono apostólico a un hombre en cuyo rostro ha dejado sus señales.

—¿Y qué piensa de eso el Presidium? —preguntó cautamente el checo.

Fedorov se encogió de hombros y extendió sus rechonchos dedos sobre la mesa.

—Lo aprueban, por supuesto. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Ellos también llevan la marca de Kamenev, el cual, además, es un genio. ¿Quién que no fuese

Kamenev hubiera podido lograr lo que no lograron los planes quinquenales: hacer que floreciesen las llanuras siberianas? ¡Contemple su obra desde el Báltico hasta Bulgaria! Por primera vez tenemos paz en las marcas occidentales. Incluso los polacos nos odian menos que antes. Estamos exportando granos. ¡Imagínese! El Presidium y el pueblo aprobarán todo lo que este hombre haga, créalo.

El checo asintió gravemente, y luego hizo otra pregunta:

—Esa marca de Kamenev que menciona usted, ¿qué es?

El hombre de la «Tass» bebió de su vaso pensativamente, y luego dijo:

—Cierto que una vez Kamenev habló de esto. Yo no estuve presente, pero escuché ciertos comentarios al respecto. Dijo: «Cuando se ha destrozado a un hombre durante los interrogatorios, y se han diseminado sus partes sobre la mesa y se han vuelto a unir, sucede algo muy extraño. A ese hombre se le ama o se le odia por toda la vida. Y él también nos odiará o nos querrá en retribución. ¡Es imposible conducir a un hombre o a un pueblo por los caminos del infierno sin desear compartir también el cielo con ellos! » Por eso nuestro pueblo lo quiere. ¡Lo tuvo en el potro durante tres años, y entonces le mostró de pronto un mundo nuevo! —Fedorov vació su copa de un trago y la golpeó sobre la mesa—. ¡Un gran hombre, el más grande que hemos tenido desde Pedro el Emperador!

—Y este Papa, este Cirilo, ¿qué clase de hombre será?

—No lo sé —dijo el ruso pensativamente—. Si Kamenev siente afecto por él, pueden suceder cosas muy extrañas. Pueden suceder cosas muy extrañas a ambos.

Aún no había sido coronado, pero Cirilo el Papa había sentido ya el impacto del poder. Y la conmoción que le producía era mayor de lo que jamás había imaginado. En sus manos se hallaban ahora dos mil años de tiempo y toda la eternidad. Tenía por súbditos a quinientos millones de personas, y sus tributos afluían en todas las monedas del mundo. Si caminaba, como lo hacía hoy, en los jardines del Vaticano, podía medir los confines de su reino en un día; pero sus estrechos dominios eran sólo una plaza fuerte desde la cual su poder se extendía hasta abarcar el planeta inclinado.

Los hombres que lo habían elevado dependían ahora de su palabra. Podía gastar a voluntad o derrochar tontamente los tesoros de siglos que habían puesto en sus manos. Su burocracia era más compleja, pero funcionaba con menos gasto que cualquier otra en el mundo. Los soldados de juguete que resguardaban su sagrada persona estaban respaldados por legiones de hombres que habían jurado servirlo con su talento, sus corazones, sus voluntades y todas sus vidas célibes. Otros hombres ejercían el poder por la voz tornadiza del sufragio, por la presión de posiciones partidistas o por la tiranía de juntas militares. Sólo el Pontífice lo ejercía por delegación divina, y ninguno de sus súbditos osaba oponerse.

Pero la conciencia del poder era una cosa; su uso, otra muy diferente. Cualesquiera que fuesen sus planes para la Iglesia, cualesquiera fuesen los cambios

que hiciera en el futuro, por el momento debía emplear los instrumentos de que disponía y la organización que sus predecesores le habían legado. Tenía que aprender tanto, con tanta rapidez, y, sin embargo, en los días anteriores a la coronación casi parecía que una conspiración le robara tiempo para pensar y planear. Había momentos en los cuales se sentía como un títere al cual se viste y se hace ensayar para la representación.

Los zapateros acudieron a tomar medidas para sus zapatos; los sastres, para coser sus sotanas blancas. Los joyeros le sometían diseños para su anillo y su cruz pectoral. Los heraldos le presentaban dibujos para su escudo de armas: llaves cruzadas, por la misión de Pedro; un oso rampante sobre campo blanco; sobre él, la paloma del Paráclito, y debajo, la divisa «Ex oriente lux… Una luz que viene del Oriente».

Cirilo lo aprobó a primera vista. Excitaba su imaginación y su sentido del humor. Se necesitaba tiempo para dar forma a un oso…, pero cuando alcanzaba su madurez era un ejemplar formidable. Con el Espíritu Santo para guiarlo, esperaba poder hacer mucho por la Iglesia. Y tal vez el Oriente había permanecido tanto tiempo en las sombras porque el Occidente había dado una forma muy local a un evangelio universal.

Los chambelanes lo llevaron de audiencia en audiencia: con la Prensa; con las familias nobles que reclamaban un lugar junto al trono pontificio; con prefectos y secretarios de congregaciones y tribunales y comisiones. La Congregación de Partes mantenía su mesa de trabajo cubierta de respuestas, en perfecto latín, a todas las cartas y telegramas de felicitación. La Secretaría de Estado le recordaba diariamente crisis y revoluciones y las intrigas de las Embajadas.

A cada paso tropezaba políticamente con la Historia, el protocolo y el ritual, y con la engorrosa metodología de la burocracia vaticana. Adondequiera que se volviese, había algún funcionario junto a él dirigiendo la atención de Su Santidad a esto o aquello: un cargo que llenar, una cortesía que cumplir, un talento que reclama urgentemente preeminencia.

La escenografía era grandiosa; la dirección de escena, diligente, pero tardó una semana en descubrir el título de la obra. Era una antigua comedia romana, popular en otro tiempo, pero caída ahora hasta cierto punto en desgracia: su título era El manejo de los príncipes. El tema era muy simple: cómo dar poder absoluto a un hombre y limitar luego el uso que pudiese hacer de él. La técnica consistía en hacerlo sentirse tan importante y mantenerlo tan ocupado con pomposas trivialidades, que no tuviese tiempo para idear una política o ponerla en ejecución.

Cuando Cirilo el ucraniano captó esta burla, rió secretamente y decidió burlarse también.

Así, dos días antes de su coronación convocó, sin aviso previo, una reunión privada de todos los cardenales en los salones Borgia del Vaticano. Lo brusco de esta

convocatoria estaba calculado, como estaba calculado también su riesgo.

Todos los cardenales, excepto los de la Curia; abandonarían Roma el día siguiente de su coronación y regresarían a sus respectivos países. Cada uno de ellos sería un auxiliar bien dispuesto o un discreto obstáculo a la política papal. No se llegaba a ser príncipe de la Iglesia sin cierta ambición y cierto gusto por el poder. No se envejecía en estos cargos sin cierto endurecimiento del corazón y la voluntad. Eran más que súbditos estos hombres clave; eran también consejeros celosos de su sucesión apostólica y de la autonomía que ella les confería. Incluso el Papa debía avanzar con tiento entre ellos, sin forzar excesivamente su prudencia, su lealtad o su orgullo patrio.

Cuando Cirilo los vio sentados ante él, viejos y astutos, sagazmente expectantes, se descorazonó y se preguntó por centésima vez qué ofrecer a ellos o a la Iglesia. Y entonces, una vez más, pareció que las fuerzas renacían en él, e hizo la señal de la cruz, invocó al Espíritu Santo y se lanzó de lleno a los asuntos del Consistorio. No usó el «nosotros» de autoridad, sino que habló íntimamente, personalmente, como ansioso por establecer una relación de amistad:

—Hermanos míos, mis colaboradores en la causa de Cristo… —Su voz era poderosa, pero curiosamente tierna, como si les suplicase fraternidad y comprensión —. Vosotros me habéis hecho lo que soy. Pero si lo que creemos es verdad, no habéis sido vosotros, sino Dios, quien me ha instalado en la Silla del Pescador. Noche y día me he preguntado qué puedo ofrecer a Dios y a su Iglesia…, tan poco es lo que tengo, ya lo veis. Soy un hombre devuelto a la vida, como Lázaro, y que ha retornado a Él por la mano de Dios. Todos vosotros sois hombres de vuestro tiempo. Habéis crecido en él, habéis cambiado con él, habéis contribuido a cambiarlo para bien o para mal. Es natural que cada uno de vosotros guarde celosamente ese lugar, y ese conocimiento, y esa autoridad que habéis ganado en el tiempo. Ahora, sin embargo, debo pediros que seáis generosos conmigo y que me cedáis lo que tenéis de conocimiento y experiencia en nombre de Dios. —Su voz tembló levemente y los ancianos creyeron por un momento que el Pontífice iba a llorar. Pero Cirilo se recobró y pareció crecer en estatura, mientras su voz adquiría mayor fuerza—. Por el contrario, yo no soy un hombre de mi tiempo…, porque he estado diecisiete años en prisión, y el tiempo se ha deslizado junto a mí. Hay tanto del mundo que me resulta nuevo… Lo único que no es nuevo es el hombre, y a éste le conozco y le amo, porque he vivido muchos años con él en la sencilla intimidad de la supervivencia. Incluso la Iglesia me es desconocida, pues tuve que prescindir durante tanto tiempo de todo lo que en ella es innecesario, y aferrarme a lo que constituye su naturaleza y su esencia: el depósito de Fe, el sacrificio y los actos sacramentales.

El Pontífice sonrió por primera vez a los cardenales, percibiendo su inquietud y tratando de calmarla.

—Sé lo que estáis pensando: que vuestro Papa puede ser un innovador, un hombre ávido de cambios. No es así. Aunque es preciso hacer muchos cambios, debemos efectuarlos juntos. Sólo estoy intentando explicaros mi posición, para que podáis comprenderme y ayudarme. Me es imposible asirme con el mismo celo de otros al ritual y a las formas tradicionales de devoción, porque durante años me apoyé sólo en las plegarias más simples y en los elementos esenciales de los sacramentos. Sé bien, creedme, sé muy bien que hay seres para quienes el camino más recto es el más seguro. Quiero que ellos encuentren el máximo de libertad dentro de la Fe. No deseo cambiar la prolongada tradición de un clero célibe. También yo soy célibe, como vosotros. Pero he visto mantener la Fe ante la persecución a sacerdotes casados, que la legaron a sus hijos como una joya envuelta en sedas. No puedo exaltarme por los legalismos de los canonistas o las rivalidades de las congregaciones religiosas, porque he visto a mujeres violadas por sus carceleros y he traído al mundo a sus hijos con estas manos consagradas.

Sonrió una vez más y tendió hacia ellos sus manos deformadas, en un gesto de súplica.

—Tal vez no sea yo el hombre apropiado para vosotros, hermanos míos…, pero Dios me ha colocado aquí, y tendréis que aceptarme por lo que soy.

Hubo una pausa prolongada, y luego Cirilo continuó con mayor energía aún, sin suplicar ni pedir, sino exigiendo con todo el poder que brotaba de su persona:

—Os preguntáis adónde quiero conduciros, adónde quiero conducir a la Iglesia. Os lo diré. Quiero conduciros nuevamente hacia Dios, a través de los hombres. Comprendedlo así, comprendedlo en vuestras mentes y en vuestros corazones, con obediente voluntad. Somos lo que somos para servir a Dios por medio del servicio al hombre. Si perdemos contacto con el ser humano, con hombres que lloran atormentados, en la oscuridad, pecadores, perdidos y confusos; con mujeres angustiadas y niños que sollozan, entonces nosotros también estaremos perdidos, porque habremos sido pastores negligentes que lo han hecho todo, excepto lo que era necesario. —Se detuvo (alto, pálido y extraño, con su rostro marcado, sus manos deformadas y su renegrida barba bizantina), se encaró con su auditorio y le lanzó, como un desafío, la pregunta latina de rigor—: Quid vobis videtur…? (¿Qué os parece?)

Había un ritual que regía este momento, así como había un ritual para cada acto de la vida vaticana. Los cardenales se quitarían sus capelos rojos e inclinarían la cabeza sumisamente, y luego esperarían a que se les despidiese para hacer o no hacer lo que se les había aconsejado. Una alocución papal rara vez se convertía en diálogo, pero esta vez imperaba una sensación de urgencia y casi de conflicto en la asamblea.

El cardenal Leone alzó su pesado cuerpo de la silla, agitó su blanca melena y se

dirigió al Pontífice:

—Todos los que nos hallamos aquí hemos brindado el servicio de nuestra vida a Su Santidad y a la Iglesia. Pero no estaríamos cumpliendo con el propósito de este servicio si no ofreciésemos consejo cuando estimásemos que ese consejo era necesario.

—Es lo que os he pedido —dijo Cirilo mansamente—. Hable libremente, por favor.

Leone le dio las gracias con grave ademán y continuó firmemente:

—Es muy prematuro aún medir el efecto de la elección de Su Santidad en el mundo, y especialmente sobre la Iglesia italiana y la romana. Mi intención no es irrespetuosa cuando digo que hasta que conozcamos esta reacción, hay que mostrar prudencia en las palabras públicas y los actos públicos.

—No tengo nada que objetar a eso —dijo Cirilo con la misma mansedumbre—. Pero tampoco deben oponérseme objeciones cuando digo que deseo fervientemente que la voz de Cristo sea escuchada por todos los hombres…, no otra voz, ni otro acento, sino mi voz. Un padre no habla a sus hijos a través de la máscara del actor. Habla sencillamente, libremente, y esto es lo que me propongo conseguir.

El viejo león se mantuvo firme y continuó obstinadamente:

—Hay que encarar realidades, Santidad. La voz cambiará, hágase lo que se haga. Saldrá de boca de un campesino, y de un académico inglés, y de un misionero alemán en el Pacífico. Será interpretada por la Prensa hostil u por algún teatral corresponsal de Televisión. Su Santidad sólo puede esperar que la primera voz sea la suya propia y que la primera grabación sea auténtica. Se permitió una sonrisa severa—. También nosotros somos sus voces, Santidad, y también nosotros hallaremos difícil interpretar la partitura sin defectos.

Leone se sentó en medio de un tenue susurro de aprobación.

Entonces Pallenberg, el alemán delgado y frío, se adelantó para presentar su propio problema:

—Su Santidad ha hablado de cambios. Es mi opinión y la de mis hermanos obispos que hay ciertos cambios que debieron efectuarse hace largo tiempo. Somos un país dividido. Nuestra prosperidad es grande, y nuestro futuro, incierto. La población católica se está alejando de la Iglesia porque nuestras mujeres deben casarse fuera de ella, puesto que nuestros hombres cayeron diezmados durante la guerra. Nuestros problemas al respecto constituyen legión. Sólo podemos resolverlos en un nivel humano. Y, sin embargo, aquí en Roma los están resolviendo llonsignori que ni siquiera hablan nuestra lengua, que se rigen exclusivamente por los cánones y que no comprenden el sentido de nuestra Historia ni de nuestros problemas presentes. Demoran las soluciones, ganan tiempo, centralizan. Tratan los asuntos del alma como si fuesen ingresos en el libro mayor. Nuestra carga es ya muy pesada; no podemos

llevar también sobre nuestros hombros el peso de Roma. ¡Para mí y para mis hermanos, Appello ad Petruin…, apelo a Pedro!

Hubo un murmullo de sorpresa ante tanta crudeza. Leone enrojeció encolerizado, y Rinaldi ocultó una sonrisa tras su pañuelo de seda.

Después de un momento, Cirilo el Papa habló otra vez. Su tono era siempre manso, pero esta vez empleó el plural de la realeza:

—Prometemos a nuestros hermanos alemanes que otorgaremos inmediata y total consideración a sus problemas específicos, y que conferenciaremos privadamente con ellos antes de su regreso a su patria. Sin embargo, los instamos a demostrar paciencia y caridad hacia sus colegas de Roma. Deben recordar también que a menudo se dejan de hacer las cosas por hábito y por tradición más que por falta de buena voluntad. —Se detuvo un instante, permitiendo que el reproche hiciese su efecto; luego rió brevemente—. He tenido mis propios problemas con otra burocracia. Incluso los hombres que me torturaban no carecían de buena voluntad. Deseaban construir un mundo nuevo en una generación, pero la burocracia los derrotaba una y otra vez. Veamos si podemos hallar más sacerdotes y menos burócratas…, menos funcionarios y más almas sencillas que comprendan el corazón humano.

Tocó ahora el turno al francés, el cual se expresó con la misma crudeza que Pallenberg.

—Todo lo que hacemos en Francia, todo lo que proponemos desde Francia, llega a Roma oscurecido por las sombras de la Historia. Cada uno de nuestros proyectos, desde los sacerdotes obreros a los estudios sobre el desarrollo del dogma y la creación de una Prensa católica inteligente, se recibe aquí como si fuese una nueva rebelión tramontana. No podemos trabajar libremente ni con cierta continuidad en un ambiente así. No podemos sentirnos apoyados por la fraternidad de la Iglesia si sobre todo lo que planeamos o proponernos se cierne una nube de censura. —El francés se volvió airadamente hacia sus hermanos y lanzó un desafío a los italianos—. También hay herejías aquí en Roma, y ésta es una de ellas: creer que unidad y uniformidad son términos idénticos, que la manera romana es la mejor para todos desde Hong Kong al Perú. Su Santidad ha expresado el deseo de hacer escuchar su voz con sus tonos auténticos. Nosotros también deseamos que nuestra voz se escuche sin distorsiones ante el trono de Pedro. Es necesario hacer algunos nombramientos, y que éstos recaigan en hombres que puedan representarnos y representar el clima en el cual vivimos con veracidad y comprensión.

Ése es un problema que también nos preocupa —dijo Cirilo cuidadosamente—. También nosotros llevamos sobre nuestros hombros el peso de la Historia, de manera que no siempre podemos atender sólo a la simplicidad de un asunto sin considerar una complejidad de matices y de asociaciones históricas. —Se llevó una mano a la barba y sonrió—. Creo que esto ha sido también fuente de escándalo para algunos,

aunque nuestro Maestro y los primeros apóstoles llevasen barba. No me gustaría pensar que la roca de Pedro pudiese trizarse por falta de una navaja. Quid vobis videtur?

En ese momento todos rieron y lo amaron. Sus cóleras recíprocas amainaron y escucharon con mayor humildad mientras los hombres de Sudamérica exponían sus propios problemas: pueblos pobrísimos, escasez de sacerdotes preparados, asociación histórica de la Iglesia con los ricos y los colonizadores, falta de fondos, la fuerza de la ideología marxista que se alzaba como una antorcha para reunir a los desposeídos…

Hablaron luego los hombres del Este, quienes contaron que las fronteras se cerraban una a una a los ideales cristianos. Y que las antiguas bases misioneras se desplomaban, mientras la idea del paraíso terrenal se apoderaba de las mentes de los hombres, que necesitaban desesperadamente de él, puesto que tenían tan poco tiempo para gozarlo. Sus palabras constituían un brutal balance para hombres que debían rendir cuentas al Todopoderoso. Y cuando terminaron, la asamblea guardó silencio, esperando que Cirilo el Papa hiciese su síntesis final.

El Pontífice se alzó entonces, una figura extrañamente sola, como un Cristo de tríptico bizantino, y se encaró con su auditorio:

—Hay algunos —dijo solemnemente— que creen que hemos llegado a las postrimerías del mundo porque el hombre tiene ahora el poder de destruirse sobre la faz de la Tierra, y porque cada día es mayor el peligro de que así lo haga. Y, sin embargo, nosotros, hermanos míos, por la salvación del mundo no tenemos más ni menos que ofrecer de lo que teníamos al comienzo. Predicamos a Cristo y a Cristo crucificado…, un verdadera obstáculo para los judíos; para los gentiles, una necedad. Ésta es la locura de la Fe, y si no la aceptamos así, entonces estamos aceptando una ilusión. ¿Qué hacemos entonces? ¿Adónde vamos desde aquí? Creo que no hay más que un camino. Cogemos la verdad como una lámpara y salimos como los primeros apóstoles a contar la buena nueva a quien quiera escucharnos. Si la Historia nos cierra el paso, la ignoramos. Si los sistemas nos inhiben, prescindimos de ellos. Si las dignidades nos oprimen, las apartamos. Y ahora tengo una misión que encomendar a aquellos que os alejaréis de Roma y a los que permaneceréis aquí, a la sombra de nuestros triunfos y de nuestros pecados: ¡Buscadme hombres! Hombres buenos que sepan lo que es amar a Dios y a sus criaturas. Encontradme hombres con fuego en el corazón y alas en los pies. ¡Enviádmelos! Y yo los enviaré a llevar amor a los que no lo tienen y esperanza a los que esperan en la oscuridad… ¡Id ahora en nombre de Dios!

Inmediatamente después del Consistorio, Potocki, el cardenal de Polonia, solicitó una urgente audiencia privada con el Papa. Ante su sorpresa, la respuesta llegó una hora más tarde, en forma de una invitación a cenar. Cuando llegó a las habitaciones papales, encontró al nuevo Pontífice solo, sentado en un sillón y leyendo un pequeño

volumen encuadernado en un cuero desteñido. Cuando el cardenal se arrodilló ante él, Cirilo tendió una mano y lo hizo alzarse, sonriendo:

—Esta noche debemos ser hermanos que están juntos. La comida es mala, y no he tenido tiempo de reformar la cocina del Vaticano. Espero que su compañía me brinde una cena superior a la acostumbrada. —Señaló las páginas amarillentas del libro y rió suavemente—: Nuestro amigo Rinaldi es un humorista. Me hizo un regalo para celebrar mi elección. Un relato del reinado del holandés Adriano VI. ¿Sabe usted cómo llamaban a los cardenales que lo eligieron? Traidores a la sangre de Cristo, que entregaron el hermoso Vaticano a la furia extranjera y sometieron a la Iglesia y a Italia en servidumbre ante los bárbaros. ¿Qué estarán diciendo de usted y de mí en este momento? —Cerró bruscamente el libro y se relajó otra vez en su sillón—. Es sólo el principio, pero me va tan mal y me siento tan solo… ¿Qué puedo hacer por usted, amigo mío?

Potocki se sintió conmovido por la simpatía de su nuevo Amo, pero en él la cautela era un hábito arraigado, y se contentó con una formalidad:

—Esta mañana me entregaron una carta, Santidad. Me dicen que viene de Moscú. Y me pidieron que se la entregase directamente en propia mano.

Extrajo un abultado sobre sellado con cera gris y lo entregó a Cirilo, el cual lo sostuvo un momento en sus manos y luego lo dejó sobre la mesa.

—Lo leeré más tarde, y si le concierne a usted también, le haré llamar. Y, ahora, dígame… —Se inclinó hacia delante en su silla, solicitando gravemente una confidencia—. Usted no habló hoy en el Consistorio, y sin embargo sus problemas son tan grandes como los de los demás. Deseo escucharlos.

El rostro arrugado de Potocki se puso tenso y sus ojos se nublaron.

—Ante todo existe un temor privado, Santidad.

—Compártalo conmigo —dijo Cirilo suavemente—. Tengo tantos temores propios, que tal vez haga que me sienta mejor.

—La Historia tiende sus celadas para todos nosotros —dijo el polaco gravemente —. Su Santidad lo sabe. La historia de la Iglesia rutena en Polonia es una historia amarga. No siempre hemos actuado como hermanos en la Fe, sino como enemigos recíprocos. La época de las disensiones ya ha pasado, pero si Su Santidad la recordase demasiado duramente, sería perjudicial para todos nosotros. Nosotros los polacos somos latinos en nuestro temperamento y lealtades. Hubo un tiempo en el cual la Iglesia polaca se prestaba a persecuciones de sus hermanos del rito ruteno. En esa época, usted y yo éramos jóvenes, pero es posible, y ambos lo sabemos, que muchos de los que murieron viviesen hoy si hubiéramos mantenido la unidad del espíritu en la unión de la Fe.

Potocki vaciló, y luego luchó torpemente con la próxima pregunta:

—No quiero parecer irrespetuoso, Santidad, pero debo preguntar con lealtad lo

que otros preguntarán de mala fe: ¿Cuál es la actitud de Su Santidad hacia nosotros los polacos? ¿Qué opina de lo que estamos tratando de hacer?

Se produjo un largo silencio. Cirilo el Pontífice bajó la vista hasta sus manos roídas y luego se levantó bruscamente de su sillón y las puso sobre los hombros del otro obispo. Dijo dulcemente:

—Ambos hemos estado prisioneros. Ambos sabemos que cuando trataban de quebrantarnos no lo hacían a través de nuestros afectos, sino a través de los resentimientos ocultos en lo más profundo de nuestro ser. Cuando se hallaba en la oscuridad, temblando y aguardando la próxima sesión con las luces, y el dolor, y las preguntas, ¿qué le tentaba más?

—Roma —dijo Potocki rudamente—, donde sabían tanto y parecían preocuparse tan poco.

Cirilo el Pontífice sonrió y asintió gravemente.

—Y a mí, la memoria del gran Andrew Szepticki, metropolitano de Galitzia. Lo quería como a un padre. Me dolía amargamente lo que se le había hecho. Lo recordaba antes de morir, un cascarón paralizado, destrozado por el dolor, contemplando la destrucción de todo lo que había construido, de las escuelas, los seminarios, de la vieja cultura que se había esforzado tanto por conservar. Me oprimía la futilidad de su esfuerzo, y me preguntaba si valdría la pena sacrificar tantas vidas, tantos espíritus nobles, para intentarlo otra vez… Eran días malos aquéllos y noches peores.

Potocki enrojeció hasta la raíz del cabello. —Me avergüenzo, Santidad. No debía haber dudado.

Cirilo se encogió de hombros y sonrió torcidamente.

¿Por qué no? Somos humanos. Usted camina en la cuerda floja en Polonia; yo lo hago en Roma. Ambos podemos resbalar, y necesitamos una red que nos reciba. Puede usted creer que si a veces carezco de entendimiento, no carezco de amor.

—Lo que hacemos en Varsovia —dijo Potockino siempre se comprende en Roma.

—Si usted necesita un intérprete —dijo Cirilovivamente—, envíeme uno. Prometo escucharlo siempre prontamente.

— ¡Habrá tantos, Santidad, y hablarán en tantos idiomas, con tantos matices distintos…! ¿Cómo podrá escucharlos a todos?

—Lo sé. —La figura delgada de Cirilo pareció encogerse de pronto, como bajo un gran peso—. Curioso. Profesamos y enseñamos que el Pontífice está a salvo de todo error fundamental por habitarlo el Espíritu Santo. Oro, pero no escucho el trueno en la montaña. Mis ojos no ven esplendores sobre las cumbres. Estoy colocado entre Dios y el hombre, pero sólo oigo al hombre y la voz de mi corazón.

El rostro duro del polaco se relajó por primera vez, y extendió sus manos en un gesto tranquilo de voluntaria derrota.

—Escúchelo, Santidad. Cor ad cor loquitur. El corazón habla al corazón, y bien puede ser ése el diálogo de Dios con el hombre.

—Vamos a cenar —dijo Cirilo el Pontífice—, y perdone a mis monjas el exceso de salsas. Son criaturas muy buenas, pero tendré que encontrarles un libro de cocina adecuado.

Comieron tan mal como el Pontífice había vaticinado y bebieron un vinillo muy flojo de los montes Albanos. Pero hablaron con más libertad, y entre ellos creció la cordialidad, y al llegar a la fruta, Cirilo el Pontífice dejó hablar su corazón respecto a otro asunto:

—Dentro de dos días seré coronado. No es cosa de importancia, probablemente, pero me perturba tanta ceremonia. El Maestro entró en Jerusalén cabalgando en un asno. Y a mí me llevarán sobre los hombros de algunos nobles, entre los abanicos de plumas de los emperadores romanos. Por todo el mundo hay hombres descalzos y con el estómago vacío. A mí me coronarán con oro, y millones de luces iluminarán mi triunfo. Me avergüenza que el sucesor del Carpintero reciba el trato de un rey. Me gustaría cambiar esto,

Potocki sonrió débilmente y sacudió la cabeza: —No le permitirán hacerlo, Santidad.

—Lo sé. —Los dedos de Cirilo juguetearon con las migajas en su plato—. Pertenezco también a los romanos, y éstos deben tener su fiesta. No puedo caminar por la nave de san Pedro, porque no me verían, y aunque los visitantes no acudan a orar, sí acuden a ver al Pontífice. Un tratado me convierte en príncipe, me recuerdan, y un príncipe debe lucir corona.

—Lúzcala, Santidad —dijo Potocki con ácido humor—. Lúzcala por ese día y no se preocupe. !Muy pronto lo coronarán de espinas!

A una hora de distancia, en su villa de los montes Albanos, Valerio, cardenal Rinaldi, daba otra comida. Sus invitados formaban una asamblea curiosa pero imponente, y Rinaldi los manejaba con la habilidad de un hombre que acaba de demostrarse un hacedor de reyes.

Allí estaban Leone y Semmering, el padre general de los jesuitas, al cual el vulgo llamaba el Papa negro. También estaban Goldoni, de la Secretaría de Estado, y Benedetti, el príncipe de las finanzas del Vaticano, y Orlando Campeggio, el hombre moreno y sagaz que dirigía el Osservatore Romanro. A los pies de la mesa, como una concesión a los místicos, se hallaba Rahamandi el sirio, suave, cortés y siempre sorprendente.

La cena estaba dispuesta en un mirador que dominaba un jardín clásico, donde antaño se elevaba un templo órfico, y desde el cual se contemplaban tierras labrantías y el lejano resplandor de Roma. El aire estaba templado, la noche se iluminaba con

mil estrellas, y los solícitos servidores de Rinaldi habían logrado que todos esos hombres se sintiesen a sus anchas en su mutua compañía.

Campeggio, el seglar, fumaba un cigarro y hablaba libremente, príncipe entre príncipes.

—Ante todo, parece que debemos presentar al Pontífice desde el punto de vista más aceptable. Lo he pensado largamente, y ustedes, seguramente han leído ya en la Prensa lo que hemos hecho. Hasta ahora el tema central ha sido «cautivo por la Fe». La reacción ha sido satisfactoria; se ha producido una ola de simpatía, una expresión de vivoafecto y de lealtad. Esto es sólo el comienzo, por supuesto, y no resuelve todos nuestros problemas. Nuestra idea siguiente era presentar al «Papa del pueblo». En esto probablemente necesitaremos ayuda, especialmente desde el punto de vista italiano. Afortunadamente, el Pontífice habla bien el italiano, y por tanto puede expresarse por sí mismo en las funciones públicas, y en sus contactos con el populacho… En esto necesitamos dirección y ayuda de los miembros de la Curia…

Campeggio era un hombre hábil, y se interrumpió en este punto, dejando la proposición en manos de los clérigos.

Fue Leone quien se hizo cargo de ella, con su habitual preocupación obstinada, mientras mondaba una manzana y la cortaba con un cuchillo de plata.

—Las cosas no son tan simples como parecen —dijo—. Es verdad que tenemos que presentarlo, pero también tenemos que editarlo y comentarlo. Ustedes saben ya lo que sucedió hoy en el Consistorio. —Señaló con la hoja del cuchillo a Rinaldi y a Rahamani—. Si se publica en forma descarnada y sin explicaciones lo que dijo el Pontífice, los que leyesen sus palabras podrían creer que el nuevo Papa está dispuesto a arrojar por la ventana dos mil años de tradiciones. Yo comprendí su posición, todos la comprendimos, pero también comprendí que había aspectos en las cuales debíamos protegerlo.

—¿Y cuáles son? —Semmering, el jesuita magro y rubio, se inclinó hacia delante en su asiento.

—El Pontífice nos mostró su propio talón de Aquiles —dijo Leone firmemente—. Dijo que era un hombre que había quedado fuera del tiempo. Creo que deberemos recordarle continuamente cómo son nuestros tiempos y con qué instrumentos de trabajo contamos.

—¿Usted cree que el Papa no lo percibe? —preguntó otra vez el jesuita.

Leone frunció el ceño.

—No puedo decirlo con certeza. Aún no he comenzado a comprender lo que tiene en la mente. Sólo sé que está pidiendo algo nuevo sin haber tenido tiempo para examinar lo que en la Iglesia es viejo y permanente.

Si no recuerdo mal dijo el sirio mansamente—, nos pidió que le buscásemos hombres. Eso no es nuevo. Los hombres constituyen el fundamento de todo trabajo

apostólico. ¿Cómo lo expresó? «Hombres con fuego en el corazón y alas en los pies.»

—Tenemos cuarenta mil hombres —dijo secamente el jesuita—, y todos están atados al Papa por solemnes votos de obediencia. Todos esperamos sus órdenes.

—No todos —dijo Rinaidi sin rencor—. Y deberíamos tener la honradez de confesarlo. Nosotros estamos habituados al cuartel general de la Iglesia, en el cual el nuevo Pontífice se mueve aún desmañadamente, con extrañeza. Aceptamos su inercia y sus ambiciones, y su burocracia, porque nos hemos criado en él, y hemos contribuido en parte a construirlo. ¿Saben ustedes lo que me dijo ayer el Pontífice? —Se detuvo como un actor, esperando que la atención de todos se concentrara en lo que iba a decir—. Me dijo: «Celebré la misa una vez en diecisiete años. Viví donde cientos de miles de seres morirán sin haber visto un sacerdote o escuchado la voz de Dios, y, sin embargo, aquí veo a cientos de sacerdotes timbrando documentos y marcando sus tarjetas en el reloj—control, como vulgares empleados…» Comprendo su punto de vista.

¿Qué desea que hagamos? —preguntó Benedetti ácidamente—. ¿Qué organicemos el Vaticano sobre la base de máquinas IBM y que enviemos a todos los sacerdotes a la labor misionera? No puede ser tan ingenuo.

—No me parece que sea ingenuo —dijo Leone—. Al contrario. Pero creo que tal vez desestima con excesiva presteza lo que Roma significa para la Iglesia en cuanto a orden, disciplina y administración de la Fe.

Por primera vez terció en el debate Goldoni, el canoso y robusto secretario de Estado. Su dura voz romana restalló como varilla al fuego mientras daba su propia versión del nuevo Pontífice.

—Ha acudido a mí varias veces. No me hace llamar, sino que entra calladamente e interroga a mi personal y a mí. Me parece que comprende a fondo la política, especialmente la política marxista, pero que no le interesan las personalidades ni los detalles. A menudo usa una palabra: presiones. Pregunta cuáles son las presiones en cada país, cómo actúan sobre el pueblo y sobre aquellos que lo gobiernan. Cuando le pedí que se explicase, me dijo que Dios había plantado la Fe en los hombres, pero que la Iglesia tenía que construirse sobre los recursos humanos y materiales de cada país, y que para sobrevivir tenía que contrarrestar las presiones que sufría la mayoría humana. Y también me dijo algo más: que hemos centralizado en exceso, y que hemos tardado demasiado en preparar a aquellos que pueden mantener la universalidad de la Iglesia en la autonomía de una cultura nacional. Habló de vacíos creados por Roma, vacíos en clases y países, y en cleros locales… No sé hasta qué punto puede estar bien inspirada su política, pero no se ciega ante los defectos de la existente.

—La escoba nueva —dijo Benedetti agriamente—. ¡Quiere barrer todas las habitaciones a la vez…! ¡Y también sabe interpretar un balance financiero! Se opone

a que tengamos tanto en el Haber cuando existe tanta pobreza en Uruguay o entre los urdus. No sé si comprende que cuarenta años atrás el Vaticano estaba casi en bancarrota y que Gasparri tuvo que concertar empréstitos por diez mil libras esterlinas para financiar la elección papal. Por lo menos, ahora podernos pagar lo que necesitamos y movernos con cierta fuerza para el bien de la Iglesia.

—Cuando nos habló dijo Rahamani nuevamente—, no oí que mencionase el dinero. Me hizo recordar la misión de los primeros apóstoles, sin vales ni dinero para la ruta. Si comprendí bien, fue así como Cirilo llegó desde Siberia hasta Roma.

—Es posible —dijo Benedetti, malhumorado—. Pero, ¿ha examinado usted alguna vez las cuentas de viaje de un par de misioneros, o calculado el costo de la preparación de un profesor de seminario?

Bruscamente, Leone echó atrás su melena blanca y rió de manera que los pájaros nocturnos se agitaron en los cipreses y los ecos rodaron por los valles iluminados de estrellas.

—Ése es el problema. Lo elegimos en nombre de Dios, y ahora, de pronto, nos atemoriza. No ha formulado amenazas, no ha alterado nombramientos, nos ha pedido sólo lo que podamos ofrecer. Y, sin embargo, aquí estamos, midiéndole como conspiradores y disponiéndonos a combatirlo. ¿Qué nos ha hecho?

—Tal vez nos ha comprendido mejor de lo que desearíamos —dijo Semmering, el jesuita.

—Tal vez —dijo Valerio Rinaldi—, tal vez confía en nosotros más de lo que merecemos…

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I PONT. MAX.

> …Es tarde, y la luna trepa en las alturas. La Plaza de San Pedro está vacía, pero el rumor de la ciudad aún llega hasta mi en la brisa nocturna… Pasos huecos sobre las piedras, chirridos de neumáticos, el balido de una bocina, fragmentos de una canción lejana y el lento clop clop de algún caballo cansado. Esta noche estoy desvelado, y siento más que nunca mi soledad. Quiero salir por la Puerta Angélica y encontrar a mi pueblo mientras pasea o se sienta en los callejones del Trastévere, o se apiña en cuartos estrechos con sus temores y sus afectos. Necesito de él mucho más que él de mí.
>
> Algún día, muy pronto, tendré que hacerlo. Tendré que zafarme de los lazos del protocolo y la precaución, y enfrentarme con mi ciudad para poder verla yo y para

que ella me vea, tal como realmente somos…

Recuerdo los cuentos de mi niñez: cómo el califa Harún se disfrazaba y salía cada noche para penetrar los corazones de sus súbditos. Recuerdo que Jesús se sentaba con recaudadores de impuestos y mujeres públicas, y no comprendo por qué sus sucesores estuvieron tan dispuestos a aceptar el castigo de los príncipes: el de gobernar desde una habitación secreta y exhibirse como un semidiós sólo con ocasión de festividades públicas…

El día ha sido muy largo, pero he aprendido algo acerca de mí mismo, y también de otros. Creo que cometí un error en el Consistorio. Cuando los hombres son viejos y poderosos, es preciso atraerlos por la razón y el cálculo, porque la savia del corazón se consume con la edad…

Cuando se está en el poder, no es conveniente mostrarse públicamente humilde, porque el que gobierna debe inspirar confianza por su energía y despliegue de resolución. Hay que mostrar el corazón en privado, para que el hombre que lo vea sienta que ha recibido una confidencia…

Escribo como un cínico, y me avergüenzo. ¿Por qué? Tal vez porque me vi confrontado con hombres fuertes, decididos a doblegarme a sus opiniones…

Leone fue quien me irritó más. Esperaba hallar en él a un aliado, pero encontré un crítico. Me tienta la idea de designarlo para otro cargo y alejarlo de la posición de influencia que ahora ocupa. Pero siento que sería un error, y el comienzo de errores mayores. Si me rodeo de hombres débiles y condescendientes, privaré a la Iglesia de nobles servidores… y, finalmente, no tendré consejeros. Leone es un hombre formidable, y creo que a menudo sustentaremos opiniones contrarias. Pero no hay en él nada de intrigante. Me gustaría tenerlo por amigo, porque soy un hombre que necesita amistad, pero no creo que Leone pueda entregarse así…

Me gustaría mantener a Rinaldi a mi lado, pero creo que debo acceder a su petición de retiro. No creo que sea un hombre profundo, aunque sí es sutil y muy capaz. Me parece que se ha encarado a Dios sólo al final de su vida y que necesita libertad para ordenar las cuentas de su alma. Fundamentalmente, ésa es la razón por la cual estoy aquí: mostrar a los hombres la escalera que los lleve a la unión con Dios. Si alguien tropieza por mi causa, seré yo quien responda de su caída…

La carta de Kamenev está abierta ante mí, y junto a ella yace su regalo para mi coronación: unos pocos granos de tierra rusa y un paquetito de semillas de girasol.

No sé si las semillas crecerán en Roma —me escribe—, pero si usted mezcla con ellas un poco de tierra rusa, tal vez florezcan el próximo verano. Recuerdo que, durante su interrogatorio, le pregunté qué añoraba más, y usted sonrió y me dijo que los girasoles de Ucrania. Le odié en aquel momento porque también yo los añoraba, y ambos éramos exiliados en las tierras congeladas. Ahora usted sigue siendo un exiliado, y yo soy el primer hombre de Rusia.

¿Nos añora usted? A veces me lo pregunto. Me gustaría creerlo, porque yo lamento su ausencia. Usted y yo podríamos haber hecho grandes cosas juntos; pero usted estaba uncido a ese alocado sueño del más allá, mientras yo creía, y creo aún, que lo mejor que puede hacer el hombre es convertir la tierra estéril en fructífera, y a los hombres ignorantes, en sabios, y ver que los hijos de padres débiles crecen altos y erguidos entre los girasoles.

Sería cortés, supongo, felicitar a usted por su elección. Reciba, pues, mis felicitaciones, valgan lo que valieren. Siento curiosidad por saber lo que ese destino puede hacerle. Lo dejé partir porque no pude cambiarlo ni pude decidirme a degradarlo más. Me avergonzaría verlo ahora corrompido por la eminencia.

Tal vez usted y yo nos necesitemos mutuamente. Usted no ha visto sino una mínima parte de ella, pero afirmo sinceramente que hemos traído a este país una prosperidad que no había conocido en sus siglos de existencia. Y, sin embargo, estamos rodeados de espadas. Los norteamericanos nos temen; los chinos nos miran con resentimiento y quieren hacernos retroceder cincuenta años en nuestra historia. Dentro de nuestras fronteras tenemos fanáticos que no se satisfacen con pan, paz y trabajo para todos, sino que quieren convertimos otra vez en místicos barbudos salidos de las páginas de Dostoievski.

Para usted, tal vez sea yo el Anticristo. Lo que yo creo, lo rechaza usted categóricamente. Pero, por el momento, yo soy Rusia y el guardián de su 'pueblo. Sé que en sus manos hay armas cuya fuerza reconozco, aunque no puedo admitirlo públicamente. Sólo puedo esperar que no las vuelva usted contra su tierra natal ni las comprometa con una alianza en el Este o en el Occidente.

Cuando las semillas comiencen a germinar, recuerde a nuestra Madre Rusia y recuerde que me debe una vida. Cuando llegue el momento de exigir el pago, le enviaré un hombre que hablará de girasoles. Crea lo que le diga, pero no trate con otros, ahora o despues. El Espiritu Santo no me protege, como a usted, y debo ser prudente con mis amigos. Desearía poder decir que usted lo es. Saludos. Kamenev.

…He leído la carta una docena de veces, y no sé decidir si me lleva al umbral de la revelación o al borde del precipicio. Conozco a Kamenev tan íntimamente como él me conoce a mí, pero no he penetrado la esencia de su alma. Conozco la ambición que lo impulsa, su deseo fanático de extraer lo bueno de la vida para pagar el envilecimiento al cual se sometió y sometió a otros durante tantos años…

He visto a veces cómo los campesinos recogen un puñado de tierra de alguna nueva labranza y lo saborean para saber si es dulce o amarga. Puedo imaginar a Kamenev haciendo lo mismo con la tierra de Rusia.

Sé en qué forma los fantasmas de la Historia amenazan a Kamenev y a su pueblo, porque comprendo en qué forma me amenaza también a mí. No veo en Kamenev al Anticristo, ni siquiera a un archihereje. Ha comprendido y aceptado el

dogma marxista como el instrumento más rápido y aguzado que se conoce para hacer estallar una revolución social. Creo que lo abandonaría en cuanto viere que no cumplía este propósito. Me parece, aunque no puedo decirlo con certeza, que Kamenev está solicitando mi ayuda para conservar lo que ya ha logrado en favor de su pueblo, y para permitirle progresar pacíficamente hacia otras mutaciones.

Creo que al haberse elevado tan alto, Kamenev ha comenzado a respirar un aire más libre y a desear la misma suerte para el pueblo al cual ha aprendido a amar. Si esto es así, entonces debo ayudarlo…

Y, sin embargo, hay hechos que lo contradicen en todo momento. En todas las fronteras se producen invasiones y correrías bajo la bandera de la hoz y la estrella. Todavía hay hombres que sufren hambre y torturas, y a los cuales se mantiene alejados del libre comercio de las ideas y de los canales de la gracia.

La gran herejía del paraíso terrenal se extiende aún por el mundo como un cáncer, y Kamenev luce todavía su manto de sumo sacerdote. Y esto es lo que he jurado combatir, lo que he resistido ya con mi sangre…

Y, sin embargo, no puedo desestimar la extraña obra de Dios en las almas de los hombres más improbables, y creo discernir esta obra en el alma de Kamenev… Veo, aunque muy tenuemente, que nuestros destinos pueden estar ligados en el designio divino… Lo que no puedo ver es cómo debo conducirme en la situación que existe entre nosotros…

Kamenev solicita mi amistad, y yo le daría gustoso mi corazón. Creo que pide una especie de tregua, pero no puedo concertar una tregua con el error, aun atribuyendo los más nobles móviles a aquellos que lo propagan. Sin embargo, no me atrevo a arriesgar a la Iglesia y a los fieles por una ilusión, porque sé que Kamenev podría traicionarme, y que yo podría traicionarme a mí mismo y a la Iglesia.

¿Qué debo hacer?

Tal vez la respuesta esté en el girasol: la semilla debe morir antes que aparezcan los retoños; la flor debe crecer mientras los hombres pasan por su lado, sin advertir el milagro que se desarrolla ante ellos.

Tal vez es esto lo que llaman «confiar en la misericordia de Dios». Pero no podemos limitarnos a esperar, porque la naturaleza con la cual nos ha dotado Él nos impulsa a la acción. Debemos orar también, en la oscuridad y en la aridez, bajo un cielo ciego…

Mañana ofreceré la misa por Kamenev, y esta noche deberé orar pidiendo luz para Cirilo el Pontífice, cuyo corazón está inquieto y su alma vagabunda tiene sed de su tierra natal…

Capítulo 3

Para George Faber, la coronación de Cirilo I significaba tedio en todos sus prolongados detalles. Las ovaciones lo ensordecían, las luces le causaban dolor de cabeza, las sonoridades del coro deprimían su espíritu, y la procesión de prelados, sacerdotes, monjes, chambelanes y soldados de juguete constituían un desfile operístico que le producía resentimiento y no le divertía en absoluto. Las emanaciones de ochenta mil cuerpos hacinados como sardinas en todos los rincones de la Basílica le producían debilidad y náuseas.

Su artículo estaba ya preparado para la transmisión: tres mil palabras ardientes sobre el espectáculo, el simbolismo y el esplendor religioso de esta festividad romana. Lo había visto todo antes, y la única razón para sufrir otra vez ese tedio era tal vez la vanidad de sentarse en el lugar de honor en el palco de la Prensa, magnífico dentro de su levita nueva, con la cinta de su última condecoración italiana prendida en el pecho.

Ahora estaba pagando su vanidad. Sus nalgas estaban comprimidas entre las amplias caderas de un alemán y los muslos angulares de Campeggio, y no había escapatoria alguna durante dos horas o más, hasta que la distinguida congregación saliese a la plaza a recibir la bendición del Papa recién coronado junto a los turistas a los ciudadanos más humildes de Roma.

Exasperado, Faber se encorvó flojamente en su asiento y trató de hallar una migaja de consuelo en lo que este Cirilo podría significar para Chiara y para sí mismo. Hasta ahora la Curia había mantenido al Pontífice a cubierto. Había hecho pocas apariciones públicas, y no se había pronunciado sobre ningún asunto trascendental. Pero corría ya la voz de que el Papa era un innovador, un hombre cuya juventud y extracción diferente le permitían tener opiniones propias y el vigor para expresarlas en sus actos. Se hablaba de palabras duras en el Consistorio, y más de algún funcionario del Vaticano hablaba de cambios no sólo en el personal, sino también en la totalidad de la organización central.

Si se efectuaban cambios, algunos de ellos podrían afectar a la Sacra Rota, donde la petición de nulidad para el matrimonio de Chiara dormía desde hacía dos años en los casilleros. Los italianos repetían una chanza mordaz sobre la labor de este cuerpo augusto: «Non c'é divorcio en Italia… No hay divorcio en Italia…, ¡y sólo los católicos pueden obtenerlo! » Como la mayor parte de los chistes italianos, éste tenía su aguijón. Ni la Iglesia ni el Estado admitían la posibilidad del divorcio, pero ambos aceptaban con aparente ecuanimidad el concubinato en gran escala entre los ricos, y un número creciente de uniones irregulares entre los pobres.

La Rota era por constitución un organismo clerical, pero gran parte de su labor recaía en manos de abogados seglares, especialistas en leyes canónicas, los cuales

habían formado para su mutuo provecho un sindicato tan rígido y exclusivo como otro cualquiera en el mundo, de manera que las causas matrimoniales encallaban en un callejón sin salida, sin que se tuviesen en cuenta las tragedias humanas que casi todas ellas escondían.

En teoría, la Rota debía juzgar igualmente a los que podían pagar y a los que no podían hacerlo. En la práctica, el solicitante que pagaba, o aquel con influencias o amistades romanas, podía esperar decisiones mucho más rápidas que sus hermanos de Fe más pobres. La ley era idéntica para todos, pero sus resoluciones llegaban con más celeridad a aquellos que podían costearse el mejor servicio de los abogados.

El chiste tenía también otro sentido. Era mucho más fácil obtener un decreto de nulidad si ambos cónyuges consentían en la primera petición. Si era necesario probar error, en el contrato, o conditio, o crimen, era más fácil hacerlo a dos voces. Pero si sólo uno de los cónyuges presentaba la solicitud y el otro proporcionaba pruebas contradictorias, el caso estaba condenado a un lento avance y a un muy probable fracaso.

En estos casos, la Rota establecía una distinción muy clara, pero escasamente satisfactoria: que en el foro privado de la conciencia, y por tanto de hecho, el contrato podría ser nulo, pero hasta que esto se probase en el foro externo, mediante pruebas documentales, los cónyuges debían considerarse casados, aunque no viviesen juntos. Si la parte agraviada conseguía el divorcio y se casaba fuera del país, la Iglesia excomulgaba y el Estado perseguía por bigamia.

En la práctica, pues, la situación más simple en Italia era el concubinato, puesto que era más cómodo estar condenado dentro de la Iglesia que fuera de ella, y se era más feliz amando en pecado que cumpliendo una sentencia en la cárcel de Regina Coeli.

Ésta era precisamente la situación de George Faber y Chiara Calitri.

Mientras contemplaba al nuevo Pontífice, al cual vestían sus acólitos frente al altar mayor, Faber se preguntaba con amargura cuánto sabía o podría saber algún día el Papa de las tragedias íntimas de sus súbditos, o de las cargas que sus creencias y lealtades echaban sobre sus hombros. Y se preguntaba también si no habría llegado el momento de abandonar la prudencia de toda una vida y romper lanzas, o su propia cabeza, en la causa más contenciosa de Roma: la reforma de la Sacra Rota.

Faber no era un hombre brillante ni valeroso. Su talento consistía en observar y en escribir cultos reportajes, además de poseer una habilidad casi teatral para congraciarse con la gente educada. En Roma, estas cosas constituían un talento valioso para un corresponsal. Pero ahora, al acercarse al climaterio y a los años solitarios, el talento no le bastaba. George Faber estaba enamorado, y siendo nórdico y puritano en lugar de latino, necesitaba casarse a toda costa.

La Iglesia también deseaba su matrimonio, puesto que le preocupaba la salvación de su alma; pero prefería verlo condenado por rebeldía y contumacia que aparecer poniendo en duda el lazo sacramental que por revelación divina consideraba indisoluble.

De manera que, lo quisiese o no, su propio destino y el de Chiara se hallaba en las manos rígidas de los canonistas y en las palmas suaves y epicenas de Corrado Calitri, ministro de la República. A menos que Calitri cediese, ambos permanecerían hasta el día del Juicio Final en el limbo de los fuera de la ley.

Al otro extremo de la nave, en el recinto reservado a los dignatarios de la República italiana, Faber veía la esbelta figura patricia de su enemigo, su pecho cubierto de condecoraciones, su rostro pálido como una máscara de mármol.

Cinco años antes había sido un diputado joven espectacular, respaldado por dinero milanés y con una carrera ministerial en el futuro. Sus únicas desventajas eran su soltería y su afición a jovencitos alegres y a estetas en tránsito. Su boda con una heredera romana recién salida de un colegio de monjas le conquistó el Ministerio e hizo reír a su espalda a los chismosos de Roma. Dieciocho meses después, Chiara, su mujer, ingresaba en un hospital, víctima de una depresión nerviosa. Cuando se repuso, la separación del matrimonio Calitri era ya un hecho. El próximo paso fue presentar una solicitud de nulidad ante la Sacra Rota, y allí comenzó el tedioso diálogo con la tragicomedia:

«La solicitante, Chiara Calitri, alega, ante todo, defecto de intención —repusieron los abogados por ella—, por cuanto su marido llegó al matrimonio sin la total intención de cumplir con todos los términos del contrato respecto a cohabitación, procreación y relaciones sexuales normales.»

«Yo tuve cabal intención de cumplir con los términos del contrato… —Ésta era la réplica de Corrado Calitri—. Pero mi mujer carecía de voluntad y de experiencia para ayudarme a cumplirlos. El estado matrimonial implica mutua asistencia; no recibí apoyo ni asistencia moral de mi esposa.»

«La demandante alega también que era condición esencial del matrimonio que su marido fuese un hombre de hábitos sexuales normales.»

«Mi esposa sabía lo que yo era —decía Corrado Calitri al efecto—. No intenté ocultarle mi pasado. Gran parte de él era públicamente conocido. Mi esposa se casó conmigo a pesar de ello.»

« ¡Magnífico! —decían los oidores de la Rota—. Ambos fundamentos de la demanda serían suficientes para obtener un decreto de nulidad, pero la simple declaración no constituye prueba. ¿Cómo piensa probar su caso la demandante? ¿Su esposo expresó ante ella u otros sus intenciones viciadas? ¿Se estableció explícitamente esa condición antes del contrato? ¿En qué ocasión? ¿En qué forma? ¿Oral o escrita? ¿Quién puede verificar esa condición?»

De manera que las ruedas de la justicia canónica se detuvieron inevitablemente y los abogados convencieron discretamente a Chiara de que era preferible suspender la causa mientras se buscaban pruebas, en lugar de forzarla hasta una conclusión desfavorable. Los hombres de la Rota mantenían firmemente los principios dogmáticos y las disposiciones de la ley; Corrado Calitri continuó protectoramente casado y alegremente libre, mientras Chiara se encontraba atrapada como una rata en la trampa que su marido le había tendido. Toda la ciudad adivinó su próximo paso antes de que la joven lo hubiese dado. Chiara tenía veintiséis años, y a los seis meses era la amante de George Faber. Roma sonrió con su habitual cinismo ante esta unión y se volvió hacia los alegres escándalos de la colonia cinematográfica de Cinecittá.

Pero George Faber no era un amante satisfecho. Le escocía la conciencia y odiaba al hombre que lo obligaba a refregarla día tras día…

De pronto, el periodista se sintió mareado. Notó que el sudor le empapaba el rostro y las palmas de las manos, y luchó por recuperar su compostura mientras el Papa subía los peldaños del altar, apoyándose en sus ayudantes.

Campeggio lanzó una ojeada astuta a su alterado colega, y luego se inclinó hacia delante y lo golpeó en el hombro:

—Tampoco a mí me gusta Calitri; pero no logrará vencerlo por ese camino.

Faber se irguió tiesamente y lo miró con ojos hostiles.

—¿Qué diablos quiere decir?

Campeggio se encogió de hombros y sonrió.

—No se enfade, amigo mío; es un secreto a voces. Y aun si no lo fuera, lo lleva escrito en el rostro… Por supuesto que usted odia a Calitri, y no le culpo. Pero hay más de una manera para desollar a un gato.

—Me gustaría saber cuáles —dijo Faber con irritación.

—Invíteme a almorzar algún día, y se lo diré.

Y Faber tuvo que contentarse con estas palabras, pero la esperanza zumbaba en su mente como un abejorro mientras Cirilo el Pontífice entonaba la misa de Coronación y las voces del coro resonaban en la cúpula de la Basílica.

Rudolf Semmering, padre general de la Compañía de Jesús, permanecía rígido como un centinela en su puesto de la nave y se entregaba a una meditación acerca de la coyuntura y su significado.

Una vida entera de disciplina en los ejercicios ignacianos le habían procurado la habilidad suficiente para proyectarse fuera de los términos del tiempo y el espacio hacia una soledad de contemplación. No oía la música, ni el murmullo de la concurrencia, ni el sonoro latín de la ceremonia. Sus sentidos amortiguados rechazaban toda intrusión. Una gran quietud lo circundaba mientras las facultades de su espíritu se concentraban sobre la esencia del momento: la relación entre el Creador y Sus criaturas, confirmadas y renovadas por el advenimiento de Su Vicario.

Aquí, en su símbolo, ceremonia y acto de sacrificio, se desplegaba la naturaleza del Cuerpo Místico: Cristo el Dios—Hombre como Cabeza, con el Pontífice como Vicario, dando vida a todo este Cuerpo con Su presencia permanente y a través de la infusión del Paráclito. Aquí estaba todo el orden físico que Cristo había establecido como símbolo visible e instrumento visible de Su obra en la Humanidad: la iglesia, la jerarquía de Papa, obispos, sacerdotes y fieles, unidos en una Fe única por un sacrificio único y en un único sistema sacramental. Aquí estaba resumida toda la misión de la redención: el retorno del hombre a su Creador mediante la gracia y las enseñanzas del Nuevo Testamento.

También aquí radicaba la oscuridad de un misterio monstruoso: por qué un Dios omnipotente había hecho instrumentos humanos capaces de rebelión, que podrían rechazar el designio divino, o destruirlo, o inhibir su avance; por qué el Todopoderoso permitía que aquellos a quienes había hecho a su imagen avanzasen a tientas hacia Él por un camino estrecho como el filo de una navaja, en diario peligro de perderse para siempre de Su rostro. Aquí estaba finalmente el misterio del ministerium, de esa servidumbre a la cual algunos hombres —él entre ellos— se sentían llamados, para asumir una mayor responsabilidad y un riesgo mayor, y para mostrar en ellos la imagen de la Deidad para la salvación de sus semejantes.

Y así llegó la mente de Semmering a la aplicación de todas estas meditaciones: lo que debía hacer él, personalmente, por el servicio del Pontífice, de la Iglesia y de Cristo, a los cuales se hallaba unido por votos perpetuos. Era, por elección, el jefe de cuarenta mil hombres célibes sometidos a la voluntad del Pontífice en la misión que éste quisiese señalarles. Bajo sus órdenes estaban algunas de las inteligencias más eminentes del mundo, algunos de los espíritus más inspirados, los especuladores más osados. Y su tarea no era sólo emplearlos como instrumentos pasivos, sino ayudar a cada uno de ellos a crecer de acuerdo con su naturaleza y su talento, y con el espíritu de Dios obrando dentro de él.

Tampoco era suficiente que presentase al Pontífice la sólida organización de la Compañía y esperase sus órdenes para ponerla en movimiento. Como toda organización o individuo en la Iglesia, la Compañía de Jesús debía buscar y proponer nuevos caminos y nuevos esfuerzos para promover la misión divina. No podía entregarse al temor a lo nuevo o a la comodidad de los métodos tradicionales. La Iglesia no era un cuerpo estático. Era, según la parábola del Evangelio, un árbol cuya vida está implícita en una semilla diminuta, pero que debe fructificar y crecer año a año con forma diversa, mientras más y más pajarillos anidan en sus ramas.

Pero ni siquiera los árboles crecen siempre al mismo ritmo o con idéntica profusión de hojas y flores. Hay ocasiones en las cuales parece que la savia es más escasa, o el suelo menos nutritivo, y el jardinero debe acudir entonces para abrir la tierra e inyectar nuevo alimento en las raíces.

Hacía va tiempo que Rudolf Semmering estaba inquieto por los informes provenientes de todas partes del mundo y que hablaban de una disminución de la influencia de su Compañía y de la Iglesia. Eran muchos los estudiantes que abandonaban las prácticas religiosas durante sus primeros años universitarios. Los candidatos al sacerdocio y a las Órdenes religiosas disminuían. El impulso misionero parecía carecer de vitalidad. Las prédicas desde el púlpito habían decaído hasta convertirse en una simple fórmula…, y todo esto mientras el mundo entero vivía bajo la sombra de la destrucción atómica, y los hombres preguntaban con voz cada vez más apremiante con qué objeto se los hizo y por qué debían concebir hijos para un futuro tan incierto.

En su primera época dentro de la Compañía, el padre Semmering había hecho estudios profundos de Historia, y toda su experiencia posterior había confirmado su creencia en el punto de vista cíclico y climático de ella. Sus años en la Iglesia le habían enseñado que ésta crecía y cambiaba junto con el esquema humano, a pesar, o tal vez a causa, de su perenne conformidad con el Ser Divino. Había períodos de mediocridad y períodos de decadencia. Había siglos de esplendor, cuando el genio parecía surgir de calles y avenidas. Había épocas en las cuales el espíritu humano, largo tiempo abrumado por la existencia material, saltaba de su prisión y se lanzaba libre y ardiente a gritar por los tejados del mundo, de manera que los hombres escuchaban truenos provenientes de un cielo olvidado y veían una vez más los rastros esplendorosos de lo divino.

Al mirar hacia el altar mayor y ver al oficiante, que se movía con rigidez bajo veintisiete kilos de vestiduras doradas, Semmering se preguntó si esto podría ser el comienzo de una nueva época. Recordando la demanda del Papa de hombres con pies alados y corazones ardientes, se preguntó también si no debería ser ésa la primera ofrenda de su Compañía: un hombre que pudiese decir las verdades antiguas en formas nuevas y caminar como un nuevo apóstol en este mundo extraño surgido de un hongo nebuloso.

Y ese hombre lo tenía. Estaba seguro. Incluso dentro de la Compañía se le conocía poco, porque había pasado la mayor parte de su vida en lugares remotos, dedicado a proyectos que parecían tener poco en común con los asuntos del espíritu. Pero sabía que estaba preparado para que se le emplease en otra forma.

Concluida su meditación, el magro y metódico Rudolf Semmering sacó su cuadernillo de notas y escribió en él que debía enviar un cable a Yakarta. Luego, en la cúpula de la Basílica, las trompetas hicieron oír su charanga prolongada y melodiosa, y Semmering alzó la vista para ver cómo Cirilo el Pontítice levantaba sobre su cabeza el cuerpo de Dios, a quien representaba en la Tierra.

La noche de su coronación, Cirilo Lakota vistió la sotana negra y el sombrero de

los sacerdotes romanos y cruzó solo la Puerta Angélica para inspeccionar su nuevo obispado. Los guardianes de la puerta lo miraron apenas, habituados a la diaria procesión de Monsignori que entraban y salían del Vaticano. Cirilo sonrió para sí y ocultó su marcado rostro tras un pañuelo mientras apresuraba el paso por el Borgo Angélico hacia el castillo de Sant'Angelo.

Eran las diez y algunos minutos. El aire estaba aún tibio y polvoriento, y las calles, bullentes de vehículos y transeúntes. El Pontífice avanzó libremente, excitado como colegial que escapa de su encierro.

En el puente de Sant'Angelo se detuvo y se inclinó sobre el parapeto, contemplando las aguas grises del Tíber, que durante cinco mil años había reflejado las locuras de los emperadores, el desfile de Papas y príncipes, y las muertes y nacimientos de la Ciudad Eterna.

Era ahora su ciudad. Le pertenecía como sólo podía pertenecer al sucesor de Pedro. Sin el Papado, Roma podía morir otra vez y convertirse en una reliquia provincial, porque su acervo estaba en su historia, y la historia de la Iglesia era la mitad de la historia de Roma. Más aún, Cirilo el ruso era ahora obispo de los romanos, su pastor, su maestro, su monitor en las materias del espíritu.

Antaño eran los romanos quienes elegían al Papa. Aún hoy decían que el Papa les pertenecía, y, en cierto sentido, así éra. Estaba anclado en su sueño, confinado entre sus murallas hasta el día de su muerte. Los romanos tal vez llegasen a amarlo, como lo deseaba. Podrían llegar a odiarlo, como habían odiado a tantos de sus predecesores. Dirían chistes a su costa, como lo habían hecho por siglos, llamando figli di Papa, hijos del Papa, a los granujas de la ciudad y culpándolos por las limitaciones de sus cardenales y de su clero. Y si se los provocaba suficientemente, incluso podrían tratar de asesinarlo y arrojar su cuerpo al Tíber. Pero les pertenecía, y ellos a él, aunque la mitad de los romanos no ponían jamás los pies en una iglesia, y muchos de ellos tenían tarjetas que probaban que eran hombres de Kamenev y no del Papa. La misión del Pontífice abarcaba al mundo entero, pero su hogar era éste, y como todo otro dueño de casa, debía mantener las mejores relaciones posibles con sus vecinos.

Cirilo cruzó el puente y penetró en la red de avenidas y callejones entre la calle del Espíritu Santo y la Via Zanardelli, y antes de cinco minutos la ciudad lo había engullido. A ambos lados se alzaban edificios grises, descascarillados y dañados por la intemperie. Una lámpara mortecina parpadeaba en el santuario de una Madonna polvorienta. Un gato que escarbaba en un montón de desperdicios se volvió hacia él y bufó. Una mujer embarazada se apoyaba en un portal, bajo el escudo de armas de algún príncipe olvidado. Un muchacho gritó al pasar desde su «Vespa» bulliciosa. Un par de prostitutas que chismorreaban bajo un farol callejero rieron al ver al sacerdote, y una de ellas hizo el ademán prescrito contra el mal de ojo. Un incidente trivial, pero

que causó profunda impresión en Cirilo. Ya le habían hablado de esta antigua costumbre romana; pero era la primera vez que la veía. Los sacerdotes llevaban faldas. No eran hombres ni mujeres, sino criaturas extrañas que probablemente tenían mal'occhio. Más valía prevenir que lamentar, y los romanos tendían hacia ellos el índice y el meñique imitando los cuernos diabólicos.

Un momento después, Cirilo desembocó en una estrecha plaza en cuyo ángulo había un bar con mesitas en la acera. Una de las mesas estaba ocupada por un grupo familiar que comía pasteles y parloteaba en duro acento romano; la otra mesa estaba libre, de modo que Cirilo se sentó y pidió un espresso. El servicio era descuidado, y los demás clientes hicieron caso omiso de su presencia. Roma estaba llena de clérigos; uno más o uno menos, tenía poca importancia.

Mientras Cirilo sorbia su café amargo, un hombrecillo marchito, con los zapatos rotos, se acercó a venderle un periódico. Cirilo hurgó en su sotana en busca de algunas moneditas, y en seguida recordó, sobresaltado, que había olvidado coger algún dinero. Ni siquiera podría pagar su café. Por un momento se sintió humillado e incómodo, pero luego vio lo absurdo de la situación y decidió sacar partido de ella. Hizo una seña al camarero y le explicó su situación, dando vueltas a sus bolsillos para demostrar su buena fe. El hombre hizo una mueca malhumorada, y se alejó murmurando una imprecación contra los sacerdotes que chupan la sangre de los pobres.

Cirilo lo cogió por la manga y lo hizo volver.

—¡No, no, me ha entendido mal! Yo quiero pagar, y pagaré.

El vendedor de periódicos y la familia esperaron silenciosamente el comienzo de una agitada comedia romana.

— ¡Bah! —El camarero hizo un ademán de desprecio—. ¡De manera que quiere pagar! Pero, ¿cuándo y con qué? ¿Cómo sé quién es usted o de dónde viene?

—Si usted quiere —dijo Cirilo sonriendo—, puedo dejarle mi nombre y mi dirección.

—¿De manera que tendré que trotar por toda Roma para cobrar cincuenta liras?

—Se las enviaré o se las traeré personalmente.

—Y, entretanto, ¿quién debe pagar? ¡Yo! ¿Cree que tengo dinero suficiente para pagar el café a todos los sacerdotes de Roma?

Rieron todos, y quedaron satisfechos. El padre de familia buscó en su bolsillo y echó expansivamente algunas monedas sobre la mesa.

—¡Déjeme pagar su café, padre! Y también el periódico.

—Gracias… Le estoy muy agradecido. Pero quisiera pagárselo.

— ¡No es nada, padre, no es nada! —el pater familias agitó una mano tolerante—. Y disculpe usted a este Giorgio. Tiene problemas con su mujer.

Giorgio gruñó apesadumbrado y se echó las monedas al bolsillo.

—Mi madre quería que fuese sacerdote. Tal vez tenía razón.

—Los sacerdotes también tienen sus problemas —dijo Cirilo mansamente—. Incluso el Papa los tiene, me han dicho.

—¡El Papa! ese sí que es divertido!

El que hablaba era el vendedor de periódicos, que, por vender noticias, reclamaba su derecho a comentarlas.

—Esta vez sí que nos han aviado. ¡Un ruso en el Vaticano! ¡Ahí tienen ustedes una bonita historia! —Extendió el periódico y apuntó dramáticamente a un retrato del Pontífice que cubría casi la mitad de la primera página—. Y ahora, díganme si no es un Papa extraño para los romanos. Miren ese rostro y esa… —Se interrumpió y contempló fijamente el semblante barbudo del recién llegado. Su voz se hizo un susurro—: Dio! Es igual a usted.

Los demás se inclinaron sobre su hombro, examinando el retrato.

—Extraño —dijo Giorgio—, muy extraño. Podría ser su doble.

—Soy el Papa —dijo Cirilo, y todos lo miraron boquiabiertos, como si fuese un fantasma.

—No lo creo —dijo Giorgio—. Se parece al Papa, seguro. Pero usted está sentado aquí, sin una lira en el bolsillo, bebiendo café, y ni siquiera es buen café.

—Es mejor que el que me dan en el Vaticano.

Y viendo su confusión y su apuro, pidió un lápiz y escribió sus nombres y sus direcciones en el reverso de una cuenta del bar.

—Les diré lo que voy a hacer. Enviaré una carta a cada uno de ustedes invitándolos a almorzar conmigo en el Vaticano. Y entonces les pagaré lo que les debo.

—¿No se está burlando de nosotros, padre? —preguntó el vendedor de periódicos ansiosamente.

—No, no me estoy burlando. Ya tendrán noticias mías.

Se puso en pie, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo de la sotana. Luego puso las manos sobre la cabeza del anciano y murmuró una bendición.

—Y ahora, dígale a todos que el Papa lo ha bendecido. —Hizo la señal de la cruz sobre el pequeño grupo—. Y ustedes digan a sus amigos que me han visto y que no tenía dinero para pagar el café.

Todos lo miraron, estupefactos, y Cirilo se alejó, una figura delgada y oscura, pero curiosamente triunfante de este primer encuentro con su pueblo.

Era un triunfo insignificante, por supuesto, pero oró desesperadamente para que fuese presagio de otros mayores. Si la Creación y la Redención tenían algún significado, este significado era una relación de amor entre el Hacedor y Sus criaturas. Si así no fuese, toda la existencia se convertiría en una horrorosa ironía, indigna de la Omnipotencia. El amor es cosa del corazón. Su lenguaje es el lenguaje

del corazón. Los gestos del amor son los gestos simples de las relaciones cotidianas, y no el ritual barroco del teatro eclesiástico. Las tragedias de amor son las tragedias de un camarero con los pies doloridos y a quien su mujer no comprende. El terror del amor es que el rostro del Amado está siempre oculto tras un velo, de manera que al alzar los ojos en busca de esperanza, sólo vemos el rostro oficial de un sacerdote, o un Papa, o un político.

Una vez, y por un corto tiempo en la Tierra estrecha, Dios mostró su rostro a los hombres en la persona de su Hijo, y éstos lo vieron como pastor amante, curando a los enfermos y alimentando a los hambrientos. Luego Dios se ocultó otra vez, dejando a la Iglesia como una extensión de sí mismo a través de los siglos, y dejando también a sus vicarios y a su sacerdocio para que fuesen otros Cristos para la multitud. Si desdeñaban el comercio con hombres sencillos y olvidaban el lenguaje del corazón, muy pronto se hallarían hablando en el desierto…

Las callejas se cerraron otra vez a su alrededor y se encontró deseando poder mirar tras sus puertas inexpresivas y sus ventanas ciegas, dentro de las vidas de sus habitantes. Sintió una curiosa y momentánea nostalgia por los campamentos y la prisión, donde había respirado el aliento de sus compañeros de sufrimientos y despertado en la noche con los balbuceos de sus sueños.

Se hallaba a medio camino, en una callejuela maloliente, cuando se encontró atrapado entre una puerta cerrada y un automóvil estacionado. En aquel momento se abrió la puerta y un hombre salió por ella, haciéndolo vacilar contra el automóvil.

El hombre masculló una disculpa, y luego, viendo la sotana, se detuvo. Dijo brevemente:

—Allá arriba se está muriendo un hombre. Tal vez usted pueda hacer por él más que yo…

—¿Quién es usted?

—Un médico. Nunca nos llaman a tiempo.

—¿Dónde está el hombre?

—En el segundo piso… Tenga cuidado. Es un enfermo infeccioso. Tuberculosis… Neumonía secundaria y neumotórax.

—¿No hay nadie cuidándolo?

—Sí, una mujer joven. Muy eficiente… Vale más que dos de nosotros en un momento así. Apresúrese. No le doy más que una hora de vida.

Y, sin decir más, dio media vuelta y se alejó rápidamente por la calla ja, mientras sus pasos resonaban sobre los adoquines.

Cirilo el Pontífice empujó la puerta y entró. El edificio era uno de esos viejos palacios deteriorados, con el patio en desorden y una escalera que olía a repollo y a alimentos rancios. Los peldaños crujían bajo sus pies, y el pasamanos se notaba grasoso al tacto.

En el segundo rellano encontró a un grupo de personas apiñadas alrededor de una mujer que lloraba. Le lanzaron una mirada inquieta, de soslayo, y, ante sus preguntas, uno de los hombres señaló con el pulgar hacia una puerta abierta.

—Está allí.

—¿Ha venido algún sacerdote?

EJ hombre se encogió de hombros y se volvió hacia otro lado; los sollozos de la mujer continuaron sin interrupción.

El apartamento constaba de un cuarto grande, mal ventilado, abarrotado de objetos como un baratillo y con un morboso olor a enfermo flotando en el ambiente. En un rincón estaba el gran lecho matrimonial, y en él yacía un hombre descarnado y encogido bajo un cobertor manchado. Estaba sin afeitar; su cabello ralo y húmedo se pegaba a la frente, y su cabeza se agitaba de lado a lado sobre un montón de almohadas. Su respiración era entrecortada, dolorosa, con grandes estertores, y en las comisuras de la boca había una espuma sanguinolenta.

Junto a la cama se hallaba una joven, absurdamente elegante en tal lugar, que secaba el sudor de la frente del agonizante y limpiaba sus labios con una esponja de hilas.

Al entrar Cirilo, la mujer alzó la vista, y el Pontífice vio un rostro joven, curiosamente sereno, y un par de ojos oscuros e interrogadores.

—Encontré al médico allá abajo —dijo Cirilo—. Pensó que tal vez yo podría ayudar en algo.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Temo que no. Está en coma. No creo que dure mucho.

Su voz educada y sus modales tranquilos y profesionales intrigaron al sacerdote. La interrogó otra vez con curiosidad:

—¿Es pariente suyo?

—No. La gente del barrio me conoce. Me llaman cuando tienen algún problema.

—¿Es usted enfermera?

—Lo fui.

—¿Ha visto el enfermo a algún sacerdote? La muchacha sonrió por primera vez.

—Lo dudo. Su mujer es judía, y él tiene su tarjeta del Partido Comunista. Los sacerdotes no son muy queridos en este barrio.

Una vez más, Cirilo el Pontífice comprendió cuán lejos estaba de ser un simple pastor. Los sacerdotes llevaban normalmente una pequeña cápsula con los óleos Sagrados para administrar los últimos sacramentos. Él no los tenía, y este hombre se moría ante sus ojos. Se acercó a la cama, y la muchacha le hizo sitio, repitiendo la advertencia del médico:

—Cuidado. Es muy contagioso.

Cirilo el Pontífice cogió la mano lacia y húmeda entre las suyas, y luego se

inclinó hasta que sus labios rozaron la oreja del agonizante. Comenzó a repetir lenta y distintamente las palabras del acto de contrición. Cuando terminó, lo apremió suavemente:

—Si puede escucharme, oprima mi mano. Si no puede hacerlo, diga a Dios en su corazón que se arrepiente. Él lo aguarda con amor; basta un pensamiento para llegar hasta Él.

Repitió su exhortación una y otra vez, mientras la cabeza del hombre se agitaba inquieta y su respiración, cada vez más tenue, gorgoteaba en su garganta.

Finalmente, la muchacha dijo:

—Es inútil, padre. Está demasiado inconsciente para escucharle.

Cirilo el Pontífice alzó su mano, y pronunció la absolución.

—Deinde ego te absolvo a peccatis tuis… Te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Luego se arrodilló junto al lecho y comenzó a orar apasionadamente por el alma de aquel pobre viajero que había comenzado su último y solitario peregrinaje mientras él, Cirilo, era coronado en la Basílica de San Pedro.

La pequeña tragedia terminó en menos de diez minutos, y el Pontífice recitó sus plegarias por aquel espíritu que había abandonado su envoltura, mientras la joven cerraba con delicadeza los ojos fijos y acomodaba decorosamente el cuerpo en la actitud de la muerte. Luego la mujer dijo con voz firme:

—Debemos partir, padre. No seremos bien acogidos ahora.

—Desearía ayudar a la familia —dijo Cirilo el Pontífice.

—Debemos salir de aquí. —La muchacha hablaba con resolución—. Saben entendérselas con la muerte. Sólo la vida los desconcierta.

Al salir del cuarto, dio, con brusquedad, la noticia al grupo.

—Está muerto. Si necesitan ayuda, llámenme.

Luego se volvió y descendió las escaleras, con Cirilo pisándole los talones. El agudo lamento fúnebre de la mujer los persiguió como una maldición.

Un minuto después, ambos se hallaban solos en la calle desierta. La joven hurgó en su bolso buscando un cigarrillo, y lo encendió con mano temblorosa. Luego apoyó la espalda contra su automóvil y fumó silenciosamente algunos instantes. Después dijo bruscamente:

—Trato de dominarme, pero nunca deja de conmoverme. ¡Está tan desamparada esta gente…!

—Cuando llega el fin, todos estamos desamparados —dijo Cirilo sobriamente—. ¿Por qué hace usted eso?

—Es una historia muy larga. No quisiera hablar de ella ahora. Me iré a casa… ¿Quiere que lo deje en alguna parte?

Cirilo estuvo a punto de rehusar; luego se dominó y preguntó:

—¿Dónde vive usted?

—Tengo un apartamento cerca del Palatino, detrás del Foro Romano.

—Entonces iré con usted hasta el Foro. No lo he visto jamás de noche…, y me parece que usted necesita compañía.

La mujer le lanzó una mirada extraña, y después abrió la portezuela del automóvil sin decir palabra.

—Vamos, pues. Para una noche tengo ya de sobra.

Condujo con velocidad y audacia hasta que salieron al espacio libre en que se elevaba el Foro, helado y fantasmal bajo la luna que remontaba el cielo. La muchacha detuvo el automóvil. Ambos descendieron y caminaron hasta la balaustrada, más allá de la cual los pilares del Templo de Venus se alzaban hacia las estrellas. En la forma concisa que parecía serle habitual, la mujer interrogó, con cierto desafío:

—Usted no es italiano, ¿verdad?

—No, soy ruso.

—Y yo lo he visto antes, ¿no es así?

—Probablemente. Han publicado muchas fotografías mías últimamente.

—¿Qué hace entonces en la Roma Vieja?

—Soy el obispo de la ciudad. Me pareció que por lo menos debía conocer su aspecto.

—Eso nos convierte a ambos en forasteros —dijo la muchacha enigmáticamente.

—¿De dónde viene usted?

—Nací en Alemania, soy ciudadana norteamericana, y vivo en Roma.

—¿Es católica?

—No sé lo que soy. Estoy tratando de descubrirlo.

—¿De esta manera? —preguntó Cirilo suavemente.

—Es la única que conozco. He intentado ya todas las otras. —Rió, y, por primera vez desde su encuentro, pareció relajar sus nervios—. Perdóneme, me estoy comportando muy mal. Me llamo Ruth Lewin.

—Yo soy Cirilo Lakota.

—Lo sé. El Papa de las estepas.

—¿Así me llaman?

—Entre otras cosas… —Otra vez lo desafiaba—. Estas historias que publican de usted, su estancia en prisión, su fuga, ¿son verídicas?

—Sí.

—Y ahora está otra vez dentro de una prisión.

—En cierto sentido; mas espero escapar de ella.

—En una u otra forma, todos estamos en prisión.

—Es verdad… Y aquellos que así lo comprenden son los que más sufren.

La muchacha permaneció silenciosa largo rato, mirando fijamente los mármoles

caídos del Foro. Luego preguntó:

—¿Cree realmente que está representando a Dios?

—Sí.

—¿Y cómo se siente?

—Aterrorizado.

—¿Dios le habla? ¿Puede usted escucharlo? El Pontífice meditó un momento, y luego respondió gravemente:

—En cierto sentido, sí. El conocimiento de Dios, que Él reveló en el Antiguo y el Nuevo Testamento, impregna a la Iglesia. Está en las Escrituras y en la tradición transmitida desde la época de los Apóstoles y que nosotros llamamos depósito de Fe. Ésta es la lámpara que guía mis pies… En otro sentido, no. Oro pidiendo iluminación divina, pero debo obrar según el raciocinio humano. No puedo pedir milagros. En este momento, por ejemplo, me pregunto lo que debo hacer por la gente de esta ciudad…, lo que puedo hacer por usted. No tengo una respuesta inmediata. No tengo un diálogo privado con Dios. Avanzo a tientas en la oscuridad, y espero que Su mano se extienda para guiarme.

—Es usted un hombre peculiar.

—Todos somos peculiares —dijo Cirilo, con una sonrisa—, ¿y por qué no, puesto que cada uno de nosotros es una chispa arrancada al ardiente misterio de la Divinidad?

Las próximas palabras de la muchacha tuvieron tan punzante sencillez, que conmovieron al Pontífice casi hasta las lágrimas.

—Necesito ayuda, pero no sé cómo ni dónde obtenerla.

Cirilo vaciló un momento, desgarrado entre la prudencia y los impulsos de un corazón vulnerable. Y entonces sintió en él una vez más el sutil despertar de su poder. Era el Pastor y no otro. Esta noche se había deslizado un alma de entre sus dedos; no osaba arriesgar otra.

—Lléveme a su casa —le dijo—. Prepáreme una taza de café, y luego cuéntemelo todo. Después podrá llevarme de regreso al Vaticano.

En un pequeño apartamento acurrucado bajo las sombras del Cerro Palatino, la mujer le contó su historia. La contó tranquilamente, gravemente, sin huellas de esa histeria que todos los confesores temen en sus relaciones con mujeres.

—Nací en Alemania hace treinta y cinco años. Mi familia era judía, y estábamos entonces en la época de los pogroms. Nos perseguían de un país a otro, hasta que finalmente tuvimos la oportunidad de entrar en España. Antes de que solicitásemos visados, se nos advirtió que nos favorecería convertirnos al catolicismo…, de modo que mis padres hicieron lo necesario y se transformaron en conversos: ¡moriscos sería tal vez la palabra mejor! Adoptamos nuestra nueva identidad y nos admitieron en España.

»Yo era una niña, pero me pareció que el nuevo país y la nueva religión abrían los brazos para recibirme. Recuerdo la música, el colorido, las procesiones de Semana Santa serpenteando por las calles de Barcelona, mientras otras pequeñuelas como yo, con velos blancos y guirnaldas de flores en el cabello, lanzaban pétalos de rosas ante el sacerdote que llevaba la Custodia. Había vivido durante tanto tiempo en medio del temor y la incertidumbre, que me parecía hallarme de pronto en un país de hadas,

»Luego, a comienzos de 1941, nos dieron visados para los Estados Unidos. Las Organizaciones Católicas de Caridad se ocuparon de nosotros, y por su intermedio ingresé en un colegio de monjas. Por primera vez en mi vida me sentí totalmente segura y, lo que era curioso, totalmente católica.

»Mis padres no parecieron preocuparse. También ellos habían llegado a puerto seguro, y tenían que reconstruir sus propias vidas. Durante algunos años fui serenamente feliz; entonces…, ¿cómo explicarlo…?, mi mundo y mi yo comenzaron a partirse en dos. Era aún una niña, pero las mentes de los niños se abren con una facilidad que los adultos no sospechan.

»En Europa morían millones de judíos. Yo era judía, y me oprimía la idea de ser una renegada que había comprado la seguridad abjurando de su raza y de su religión. Y era católica, además, y mis creencias religiosas se identificaban con la época más libre y feliz de mi vida. Pero no podía aceptar esta libertad y esta felicidad porque me parecían pagadas con sangre.

»Comencé a rebelarme contra las enseñanzas y la disciplina del convento, sabiendo siempre que en realidad me rebelaba contra mí misma. Cuando comencé a salir con muchachos, lo hacía siempre con los rebeldes, con los que rechazaban toda creencia religiosa. Tal vez fuese mejor no creer en nada que verse desgarrada entre dos lealtades.

»Entonces, después de cierto tiempo, me enamoré de un muchacho judío. Como aún era católica, discutí el caso con el sacerdote de mi parroquia. Le pedí la dispensa habitual para casarme con una persona que no pertenecía a la religión católica. Pero ante mi sorpresa y vergüenza, el párroco me espetó una amarga filípica. Lo escuché hasta el fin, salí de la casa parroquial, y desde entonces no he vuelto a poner los pies en una iglesia. El párroco era un necio, y le cegaban los prejuicios. Lo odié durante algún tiempo, pero luego comprendí que me estaba odiando a mí misma.

»Mi matrimonio fue feliz. Mi marido no tenía creencias religiosas definidas ni tampoco parecía tenerlas yo; pero ambos poseíamos una raza y una herencia comunes y pudimos vivir en paz. Hicimos dinero y amigos. Creí haber logrado la continuidad que había faltado a mi vida desde el comienzo. Pertenecía a alguien, a un orden establecido, y, por fin, me pertenecía a mí misma.

»De pronto, sin causa aparente, sucedió algo extraño. Mi ánimo se hizo morboso y deprimido. Vagaba desconsolada por la casa, con las lágrimas rodando por las

mejillas, sumida en la más total desesperación. A veces estallaba en cóleras violentas ante la menor provocación. Incluso llegué a considerar el suicidio, convencida de que estaría mejor muerta que infligiendo tantos sufrimientos a mi marido y a mí misma.

»Finalmente, mi marido tomó el asunto en sus manos. Exigió que fuese a ver a un psiquiatra. Al principio me negué indignada, pero él me dijo llanamente que me estaba destruyendo y estaba destruyendo nuestro matrimonio. De manera que acepté iniciar el tratamiento y comencé un ciclo de psicoanálisis.

»El psicoanálisis es un camino extraño y aterrador, pero cuando se avanza por él, es imposible volver atrás. Vivir la vida es ya difícil. Revivirla, seguirla paso a paso en símbolo, fantasía y recuerdo, es una experiencia sobrecogedora. La persona que viaja con nosotros, el psicoanalista, adopta una multitud de identidades: padre, madre, marido, maestro…, incluso Dios.

»Cuanto más largo es el viaje, más difícil se hace el camino, porque cada paso nos acerca más al momento de revelación en el cual hay que encararse de una vez y para siempre con aquello de lo cual hemos estado huyendo. Entonces tratamos repetidamente de salirnos del camino o de volver atrás. Y siempre hay que avanzar. Tratamos de dilatar el momento, de ganar tiempo. Creamos nuevas mentiras para engañarnos y engañar a nuestro guía, pero las mentiras caen destruidas una a una.

»Cuando me hallaba en la mitad del tratamiento, mi marido murió en un accidente automovilístico. Fue una culpa más sobre mis hombros, que debí añadir a las anteriores. Ahora no podría restituirle jamás la felicidad que le había robado. Mi personalidad pareció desintegrarse ante el golpe. Me llevaron a un sanatorio, y el tratamiento recomenzó. Lentamente comprendí la naturaleza de mi temor oculto. Sabía que cuando llegase al núcleo de mi ser, lo encontraría vacío. No sólo estaría sola, sino también hueca, porque había construido a Dios a mi imagen y luego lo había destruido, sin que hubiera nadie que pudiese ocupar su lugar. Téndría que vivir en un desierto, sin identidad, sin objeto, puesto que aun cuando hubiese un Dios, no podía aceptarlo porque no había pagado su presencia.

»¿Le parece extraño? Para mí era un terror continuo. Pero cuando me hallé en el desierto, vacía y solitaria, me sentí tranquila. Incluso me sentí entera. Recuerdo la mañana que siguió a la crisis: miré por la ventana de mi cuarto y vi el sol que brillaba sobre el césped, muy verde. Me dije: "He visto lo peor que puede sucederme, y aún estoy aquí. El resto, sea lo que fuere, puedo soportarlo."

»Me dieron de alta un mes después. Puse orden en los asuntos de mi marido y vine a Roma. Tenía dinero, era libre, podía pensar en una vida nueva. Incluso podía enamorarme otra vez… Lo intenté; pero en el amor hay que entregarse, y yo no tenía nada que entregar.

»Entonces comencé a comprender algo. Si vivía para mí y conmigo, siempre estaría vacía, siempre estaría sola. Mis deudas con mi pueblo y mi pasado estaban

aún impagadas. No podía aceptar nada de la vida antes de comenzar a pagarlas.

»Esta noche me preguntó usted por qué presto este tipo de servicios. Es muy sencillo. Hay muchos judíos en Roma… Antiguas familias sefardíes que vinieron de España en tiempos de la Inquisición, inmigrantes de Bolonia y de las ciudades lombardas. Aún forman un pueblo aparte. Muchos de ellos son pobres, como los que vio esta noche. Puedo darles algo. Sé que puedo. Pero, ¿qué me doy a mí misma? ¿Dónde estoy…? No tengo Dios, aunque lo necesito desesperadamente… Usted dice que lo representa… ¿Puede ayudarme…?

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

…Esta noche estoy acongojado. Me siento solo y perdido. Mi instalación en la Sede de Pedro está completa. Fui coronado con la triple tiara. Llevo en el dedo el anillo del Pescador. He impartido mí bendición a la ciudad y al mundo. Y a pesar de todo esto…, o tal vez a causa de todo esto, jamás me había sentido tan vacío, tan inadecuado. Soy el cordero dejado en el desierto con los pecados de todos a mi espalda…

Debo pedir a Rinaldi que me busque algún sabio sacerdote con quien confesarme cada día, no sólo por la absolución y la gracia sacramental, sino para purgar este espíritu mío acorralado y reprimido. No creo que los fieles puedan comprender que el Vicario de Cristo necesita con frecuencia, más que ellos, del confesonario…

He visto morir a muchos hombres, pero el fin triste y solitario que presencié hoy en una vivienda romana me aflige extrañamente. Las palabras de la mujer que lo vio aún resuenan en mis oídos: «Saben entendérselas con la muerte. Es la vida lo que los desconcierta.» Me parece que esta derrota es la medida de nuestro fracaso en el ministerio del Verbo.

Aquellos que más nos necesitan son los que se encorvan bajo el peso de la existencia, cuya vida es una lucha diaria por la mera subsistencia, que carecen de talento y oportunidades, que viven temerosos de los funcionarios, de los recaudadores de impuestos y de los acreedores, de manera que no les quedan tiempo ni energías que dedicar al cuidado de sus almas. Sus vidas enteras se convierten en una rastrera desesperación… Si no fuese por la infinita sabiduría y la infinita misericordia de Dios, también yo desesperaría fácilmente.

El caso de la mujer Ruth Lewin me inspira mayores esperanzas. Mientras me hallaba en prisión y bajo el largo tormento de los interrogatorios, aprendí mucho acerca del intrincado funcionamiento de la mente humana. Estoy convencido de

que aquellos que se dedican al estudio de sus procesos y de sus debilidades pueden prestar grandes servicios al hombre y a la causa de su salvación… Como pastores de almas, no debemos mirar con suspicacia o con crítica precipitada esta ciencia naciente. Como cualquier otra ciencia, puede aplicarse a fines innobles. Es inevitable que quienes exploran la nebulosa región del alma cometan errores o lleguen a falsas conclusiones; mas toda investigación honrada de la naturaleza del hombre es también una exploración del designio divino respecto a él.

La psique humana es el lugar de reunión del hombre y Dios. Me parece posible que algo del significado del misterio de la Gracia Divina pueda revelarse cuando comprendamos mejor el funcionamiento de la mente subconsciente, donde los recuerdos y culpas ocultas, los impulsos reprimidos, germinan durante años v luego brotan en extraña floración… Dentro de la Iglesia debo alentar a hombres competentes para que profundicen en estos estudios y cooperen con quienes lo hacen fuera de ella, para el mejor empleo de sus descubrimientos…

La mente enferma es un instrumento defectuoso en la gran sinfonía que es el diálogo de Dios con el hombre. Tal vez en esto podamos ver una revelación más completa del significado de la responsabilidad humana y de la compasión de Dios hacia su criaturas. O podamos tal vez iluminar la diferencia entre la culpa formal y el verdadero estado del alma ante los ojos de Dios…

Es posible que escandalice a muchos al decir que en una mujer como Ruth Lewin veo, o creo ver, a un espíritu escogido. Lo que caracteriza a estos espíritus es su conciencia de que su lucha con la vida es en realidad una lucha con Dios…

La historia más extraña del Antiguo Testamento es la historia de Jacob, que luchó con el ángel y lo venció, obligándole a decir su nombre… Pero Jacob se alejó de la refriega cojeando.

También mi espíritu cojea. He sentido vacilar mi razón y los fundamentos de mi fe en los calabozos oscuros y bajo las luces y los implacables interrogatorios de Kamenev.

Creo aún. Me he entregado en forma aún más total al depósito de Fe, pero ya no me contento con decir: «Dios es así, el hombre es así», deteniéndome aquí. Adondequiera que me vuelvo en este pináculo, me hallo cara a cara con el misterio. Creo en la armonía divina, que es resultado del eterno acto creador… Pero no siempre escucho esa armonía. Debo luchar con la cacofonía y la aparente discordancia de la partitura, sabiendo que no escucharé el gran acorde final hasta el día en que me muera y me una esperanzadamente a Dios…

Es esto lo que traté de explicar a Ruth, aunque, no sé si lo hice bien. No me decidí a ponerla frente a secas proposiciones teológicas. Su espíritu conturbado no estaba dispuesto para recibirlas.

Traté de hacerle ver que la crisis de desesperación casi total que aflige a

muchas personas inteligentes y de espíritu noble es a menudo un acto providencial, destinado a hacerlas aceptar su propia naturaleza con todas sus limitaciones e insuficiencias, y la conformidad de esa naturaleza con un designio divino cuyo bosquejo y finalidad no podemos captar plenamente.

Comprendo sus terrores, porque también los sufrí. Y esto sé que lo comprendió. Le aconsejé que fuese paciente consigo misma y con Dios, pues aunque no pudiese creer en Él, el Creador actuaba siempre a su manera y a su tiempo, misteriosos para nosotros.

Le dije que continuara la obra en que estaba empeñada, pero que no la considerase siempre como un pago de deudas. Ninguno de nosotros podría pagar sus deudas si no fuese por el acto de redención consumado por Cristo en la cruz.

Traté de hacerle comprender que rechazar la alegría de vivir es insultar a Aquel que nos la da y que nos concedió el don de la risa junto con el de las lágrimas…

Creo que debiera escribir estas cosas para otros, porque la enfermedad de la mente es un síntoma de nuestra época, y todos debemos tratar de curarnos mutuamente. El hombre no está hecho para vivir solo. El propio Creador lo ha afirmado. Somos miembros de un cuerpo. La cura de un miembro enfermo es función de todo el organismo…

He pedido a Ruth que me escriba, y que venga a verme alguna vez. No quiero que mi cargo me aparte del contacto directo con mi pueblo… Por ello creo que debo sentarme en el confesionario una hora a la semana, y administrar los Santos Sacramentos a los que acuden a San Pedro.

Estuve próximo a perder mi fe y mi alma cuando yacía desnudo y solitario en una mazmorra subterránea… Cuando me llevaron de regreso a las cabañas, el sonido de las conversaciones humanas, incluso el ruido de la cólera, la grosería y la blasfemia, fueron para mí una nueva promesa de salvación…

No sé si será ésta la forma en que el acto creador se renueva día tras día: el Espíritu de Dios que alienta sobre las aguas oscuras del espíritu humano, infundiendo en él una vida cuya intensidad y diversidad sólo podemos adivinar…

In manos tuas, Domine… A tus manos, oh, Dios, encomiendo todas las almas atribuladas.

Capítulo 4

Transcurrieron seis semanas desde la coronación antes de que Faber combinase un almuerzo con Campeggio. Podría haberlo postergado aún más, si Chiara no le hubiese apremiado con lágrimas y berrinches. Faber era un hombre expedito por naturaleza, pero su larga permanencia en Roma le había enseñado a desconfiar de los gestos gratuitos. Por supuesto, Campeggio era un colega distinguido, pero no un amigo, y Faber no veía motivo alguno para que se preocupase del lecho o del matrimonio de Chiara Calitri.

De manera que en lontananza divisaba alguna combinazione, alguna proposición cuyo precio permanecería oculto hasta el último minuto. Cuando se almorzaba con romanos, era necesario tener cuchara larga y pulso firme, y George Faber aún se sentía estremecido por su disputa con Chiara.

La primavera maduraba lentamente hacia el verano. Las azaleas estallaban en mil colores en la Escala Española, y los floristas hacían buen negocio con las rosas nuevas de Rapallo. Los turistas de pies doloridos buscaban refugio en el English TeaRoom, y el tránsito giraba irritado alrededor del bote de mármol de Bernini en la Piazza.

Para envalentonarse, George Faber compró un clavel y lo prendió garbosamente en su ojal antes de cruzar la plaza y entrar en la Via Condotti. El restaurante que Campeggio había indicado para esta entrevista era un lugarcillo discreto, alejado de los centros habituales de reunión de periodistas y políticos… Asuntos de tal delicadeza —había dicho Campeggio— no debían exponerse a oídos indiscretos; aunque Faber no veía el objeto de tanto secreto, puesto que el asunto Calitri era a lugar común en Roma. Sin embargo, entraba en las reglas del juego que cada combinazione, cada progetto, debía aderezarse con algo de teatro. Por tanto, se sometió sin protestas excesivas.

Campeggio lo entretuvo durante media hora con una crónica vivaz y cómica del Vaticano, describiendo la agitación en los palomares clericales al imponer el Papa su voluntad. Luego, con tacto de diplomático, dirigió la charla hacia Faber:

—Tal vez le agrade saber, amigo mío, que Su Santidad tiene una opinión favorable de sus artículos. Me han dicho que está ansioso por establecer contactos más directos con la Prensa. Se ha hablado de un almuerzo regular con los corresponsales más importantes, y su nombre, por supuesto, encabeza la lista.

—Me siento muy halagado —dijo Faber secamente—. Siempre tratamos de escribir honradamente, pero este hombre es un tema interesante por derecho propio.

—También Leone siente debilidad por usted, y se le considera favorablemente en la Secretaría de Estado… Ésas son fuentes y voces importantes, como bien sabe usted.

—Así es.

—Bien —dijo Campeggio con vivacidad—. Entonces usted comprende la importancia de mantener buenas relaciones, sin… digamos, sin incidentes molestos.

—Siempre lo he comprendido. Me interesa saber por qué lo menciona ahora.

Campeggio frunció sus labios delgados y con templó el dorso de sus manos largas y bien cuidadas. Dijo cuidadosamente:

—Lo menciono para explicar mi próxima pregunta. ¿Piensa usted instalar casa con Chiara Calitri?

Faber enrojeció y dijo acremente:

—Lo hemos discutido. Hasta ahora no hemos resuelto nada.

—Entonces, permítame aconsejarle encarecidamente que no lo haga en este momento… No me interprete mal. Su vida privada es asunto suyo.

—Difícilmente podría llamarla privada. En Roma todos conocen nuestra situación. Me imagino que los rumores habrán llegado al Vaticano hace ya tiempo.

Campeggio le ofreció una breve sonrisa.

—En tanto siga siendo rumor, el Vaticano reserva su juicio y lo deja en manos de Dios. No hay infamia pública que dañe su causa ante la Rota.

—Por ahora no tenemos causa —dijo Faber bruscamente—. Todo está suspendido hasta que Chiara pueda proporcionar nuevas pruebas. Hasta el momento, no ha logrado hallarlas.

Campeggio asintió lentamente, y luego comenzó a dibujar un intrincado diseño sobre el blanco mantel.

—Personas que conocen el pensamiento de la Rota me han dicho que su mejor esperanza de un veredicto descansa en la intención viciada. En otras palabras, si usted puede probar que Calitri firmó el contrato matrimonial sin la intención cabal de cumplir todos sus términos, y esa intención incluye la fidelidad, entonces tienen ustedes posibilidad de una decisión favorable.

Faber se encogió lastimosamente de hombros.

—¿Cómo probar lo que hay en la mente de un hombre?

—De dos maneras: mediante su propia declaración jurada, o por el testimonio de quienes le escucharon expresar esa intención viciada.

—Ya buscamos por ese lado. No encontramos a nadie, y Calitri no testificará contra sí mismo.

—Si se le presiona lo suficiente, tal vez lo haga.

—¿Qué tipo de presión?

Por primera vez pareció Campeggio sentirse inseguro. Permaneció silencioso un instante, trazando largas líneas ondulantes con el extremo del tenedor. Finalmente, dijo con deliberación:

—Un hombre como Calitri, que ocupa un alto cargo y que lleva, digamos, una

vida privada desusada, es muy vulnerable. Vulnerable a su partido y a la opinión pública. Vulnerable a los que han caído en desgracia ante él… No necesito decirle que el mundo que él habita es un mundo extraño, un mundo de amores raros y odios curiosos. Nada en él es permanente. El favorito de hoy es rechazado mañana. Siempre hay corazones sangrantes dispuestos a contar su historia a quien sepa escucharlos. Yo he escuchado algunas. Y cuando tenga ya suficientes, va usted a ver a Calitri.

—¿Yo a ver a Calitri?

—¿Quién si no? Usted publica noticias, ¿verdad?

—No ese tipo de noticias.

—¿Pero conoce a muchos que lo hacen?

—Sí.

—Entonces no necesito decirle más.

—Eso es chantaje —dijo George Faber categóricamente.

—O justicia —repuso Orlando Campeggio—. Depende del punto de vista.

—Incluso si lográsemos arrancarle una declaración, Calitri podría sostener que hubo presión indebida, y el tribunal rechazaría el caso definitivamente.

—Ese es un riesgo que hay que correr. Si lo que está en juego lo merece, creo que debe usted arriesgarse… He de añadir que tal vez yo pueda proporcionarle alguna ayuda en su investigación.

—¿Por qué? —preguntó Faber mordazmente—. ¿Qué puede importarle lo que nos suceda a Chiara y a mí?

—Ya veo que se ha convertido usted en un verdadero romano —dijo Campeggio con helada ironía—. Pero su pregunta es muy justa. Siento simpatía por usted. Creo que tanto usted como la joven merecen mejor suerte. No me gusta Calitri.

Nada me agradaría más que verlo caído. Eso es casi imposible; pero si su Chiara gana el pleito, le causará un gran daño.

—¿Por qué lo detesta así?

—Preferiría no responder a esa pregunta.

—Tenemos intereses comunes. Lo menos que podemos hacer es mostrarnos mutuamente sinceros.

El romano vaciló un momento, y luego extendió las manos en un ademán de derrota.

—¿Qué importancia tiene, por lo demás? En Roma no hay secretos. Tengo tres hijos. Uno de ellos trabaja con Calitri y ha…, digamos…, ha caído bajo su influencia. No culpo al muchacho. Calitri es un hombre fascinante y no tiene escrúpulos para servirse de su fascinación.

—¡Qué asunto tan asqueroso!

—Estamos en una ciudad asquerosa —dijo Orlando Campeggio—. No soy yo

quien debe decirlo, pero a menudo me he preguntado por qué la llaman la Ciudad de los Santos.

Mientras George Faber continuaba rumiando desdichadamente su diálogo con Campeggio, Chiara Calitri tomaba el sol en la playa de Fregene.

Chiara era una muchacha morena, flexible como una gata; y los jóvenes que vagaban por la playa silbaban y se pavoneaban para llamar su atención. A salvo tras sus gafas oscuras, Chiara los contemplaba ir y venir, y se estiraba decorativamente sobre su toalla de colores.

Se hallaba invadida por una sensación de solaz y bienestar. Era joven, y la admiración de los muchachos le decía que era hermosa. Era amada. George Faber se había hecho cargo desgarbadamente de las batallas de su amante. Chiara se sentía libre, más libre que nunca.

Era esta libertad lo que la intrigaba más que todo, y cada día tomaba mayor conciencia de ella, y ansiaba prolongarla más. Aquella mañana había llorado y gritado a George como una verdulera, porque éste parecía poco dispuesto a hablar con Campeggio. Y si George vacilaba nuevamente, volvería a disputar con él, porque desde este momento ya no podría amar sin la libertad de ser ella misma.

Con Corrado Calitri se había sentido desgarrada, traída y llevada en todos sentidos como un papel al viento. Durante algún tiempo —período aterrador— le pareció que había dejado de existir como mujer. Ahora, por fin, había reunido todos sus fragmentos; pero ya no era la misma Chiara, sino una Chiara nueva, y nadie debía tener otra vez la facultad de destruirla.

Había elegido deliberadamente a un hombre mayor que ella, porque sería más tolerante, menos exigente. Los hombres mayores deseaban una vida más plácida. Ofrecían afecto además de pasión. Se movían con autoridad en un mundo más amplio. Hacían que la mujer se sintiese menos vulnerable…

Chiara se incorporó comenzó a juguetear con la arena tibia, filtrándola entre sus dedos para formar un montoncillo a sus pies. Sin saber por qué, pensó en un reloj de arena en el cual el tiempo se midiese inexorablemente con un hilillo de granos de oro. Incluso durante su niñez, Chiara había sentido la obsesión del tiempo, y lo había buscado como ahora buscaba su libertad, gastándolo impetuosamente, como si al hacerlo pudiese traer el futuro al presente. Cuando estaba en su casa, clamaba por ir al colegio. En el colegio deseaba crecer. Crecida, deseó casarse. En el matrimonio, en el amargo fracaso de su matrimonio con Calitri, el tiempo se había detenido súbitamente, hasta que le pareció que estaría anclada eternamente en esta unión con un hombre que despreciaba su femineidad y la degradaba en toda ocasión.

De este terror en el tiempo estático había escapado finalmente hacia la histeria y la enfermedad. El futuro que había esperado tan ansiosamente se le hacía ahora

intolerable. Ya no deseaba avanzar, sino retroceder hacia la oscura matriz de la dependencia.

Incluso aquí el tiempo era su enemigo. La vida era tiempo; una extensión insoportable de años sin amor. Las únicas maneras para ponerle fin eran morir o permanecer para siempre en ese retroceso. Pero en el hospital vigilaban las enfermera para alejar la muerte, mientras los médicos la traían lenta y pacientemente hacia otro encuentro con la vida. Chiara había luchado contra ellos, pero sabían ser inflexibles. La despojaron una a una de sus ilusiones, como si fuesen capas de su epidermis hasta exponer sus nervios desnudos, haciéndola clamar contra su crueldad.

Y luego los médicos comenzaron a enseñarle una extraña alquimia: que el dolor podía transmutarse en bendición. Si lo soportaba el tiempo suficiente, comenzaba a disminuir. Si escapaba de él, la seguía, cada vez más monstruoso, como un perseguidor de pesadilla. Si luchaba contra él, finalmente se establecería una tregua, no siempre en los términos más favorables ni en los más prudentes, pero sí en un tratado soportable.

Chiara había hecho ahora su propio tratado con la vida, y bajo sus términos vivía mejor de lo que había esperado. Su familia desaprobó su decisión, pero su generosidad le daba amor y cierto afecto. No podía casarse, pero tenía un hombre que la quería. La Iglesia la condenaba, mas en tanto Chiara guardase decoro público, no pronunciaría pública censura contra ella.

La sociedad, como siempre paradójica, insinuó una mansa protesta, y luego la aceptó de bastante buen grado… No estaba totalmente libre, ni totalmente amada, ni totalmente protegida, pero tenía lo suficiente de estas cosas como para hacer soportable la vida y el tiempo, porque ambos ofrecían una promesa de superación.

Y, sin embargo, la respuesta no era total, y Chiara lo sabía. El tratado era menos favorable de lo que parecía. Había en él una trampa, una cláusula que, al invocarse, podría destruirlo todo.

Chiara contempló el agua vacía del mar Tirreno y recordó las historias de su padre acerca de la vida extraña que se desarrollaba en sus profundidades: árboles de coral; ballenas del tamaño de un barco; peces que agitaban las alas como pájaros; joyas que crecían en el lodo de las ostras, y algas semejantes a los cabellos de princesitas ahogadas. Bajo la superficie iluminada del sol bullía un mundo misterioso, y a veces las aguas se abrían y engullían al viajero que se arriesgaba en ellas con demasiada osadía. A veces, pero no siempre… Los marineros más inesperados sobrevivían y llegaban a puerto seguro.

Precisamente aquí estaba el riesgo de su propio contrato con la vida. Creía en Dios. Creía en lo que la Iglesia enseñaba acerca de Él. Conocía la pena de ruina eterna que se cernía sobre las cabezas de quienes desafiaban imprudentemente la cólera divina. Cada paso, cada minuto constituía un peligro inminente de

condenación. En cualquier momento podría expirar el contrato… ¿Y entonces…?

Pero tampoco era éste todo el misterio. Había otros, y más profundos. ¿Por qué había sido ella y no otra quien debió sufrir la injusticia inicial de un falso contrato matrimonial? ¿Por qué había sido ella y no otra quien se había visto empujada a la confusión suicida de una depresión nerviosa, y a este asirse precipitadamente a cualquier tablilla para sobrevivir? ¿Por qué? ¿Por qué?

No bastaba decir, como el confesor parroquial, que Dios lo había dispuesto así para ella. Era Corrado quien, en primer lugar, lo había dispuesto de ese modo. ¿Transigía Dios con la injusticia y luego amenazaba con la condenación a aquellos que se marchitaban bajo su peso? Chiara sintió que el mar se alzaba y la envolvía otra vez en la confusión de su enfermedad.

No había cura para el pensamiento inoportuno que acudía de día o de noche, aguijoneando la carne como un viento helado. No podía abandonarse a él por temor a una nueva Iocura. No podía borrarlo sino por el ejercicio del amor y la pasión, lo cual parecía afirmar extrañamente lo que los predicadores le acusaban de negar: la realidad del amor y de la misericordia, y la mano que ayudaba a la mayoría de los marineros desafortunados para que escaparan a la condenación de las profundidades…

Chiara se estremeció en el aire tibio y se puso en pie, envolviéndose en la toalla. Un muchacho bronceado, con la apostura de un dios griego, silbó y la llamó, pero Chiara lo ignoró y se apresuró playa arriba, hacia el automóvil. ¿Qué sabían de la vida quienes se pavoneaban como emblemas fálicos al sol? George lo comprendía mejor… George, querido George, maduro, inquieto, que comprendía sus riesgos y que, por lo menos, trabajaba por librarla del peligro. Ansió el consuelo de sus brazos y el sueño que seguía al acto del amor…

Rudolf Semmering, padre general de la Compañía de Jesús, se sentó en el aeropuerto de Fiumicino y aguardó al hombre que venía de Yakarta. Para quienes lo conocían bien, su vigilia tenía gran significación. Rudolf Semmering era un hombre eficiente, adaptado por naturaleza y por los ejercicios ascéticos al espíritu militar de Ignacio de Loyola. Para él, el tiempo era precioso, porque sólo en el tiempo es posible prepararse para la eternidad. Una pérdida de tiempo significaba entonces un derroche de los medios de salvación. Los asuntos de su Orden eran complejos y apremiantes, y con facilidad hubiese podido enviar algún delegado a aguardar a ese oscuro miembro de la Compañía que se retrasaba ya treinta minutos.

Pero la ocasión parecía exigir algo más que una cortesía normal. El viajero era francés, forastero en Roma. Había vivido más de veinte años en el exilio: en China, en África, en la India y en las dispersas islas de Indonesia. Era un mero sacerdote y un distinguido estudioso, a quien Rudolf Semmering había mantenido silencioso bajo

su voto de obediencia.

Para un hombre de estudio, el silencio era peor que el exilio. El sacerdote había tenido libertad para trabajar, para mantener correspondencia con sus colegas del mundo entero, pero se le había prohibido publicar los resultados de sus investigaciones o enseñar en alguna tribuna pública. En la última década, Rudolf Semmering había interrogado varias veces a su conciencia por esta prohibición impuesta a una mente tan brillante. Pero siempre había llegado a confirmar su primera convicción: que este hombre era un espíritu escogido a quien la disciplina refinaría, y cuyas audaces especulaciones necesitaban un período de silencio para fundamentarse firmemente.

Semmering tenía el sentido de la Historia, y estaba convencido de que la efectividad de una idea dependía de las condiciones de la época en la cual hacía su primera aparición. Era demasiado tarde en la Historia para arriesgarse a otro asunto Galileo o para quemar a otro Giordano Bruno. La Iglesia sufría aún las consecuencias de los desdichados debates acerca del rito chino. Semmering temía menos a la herejía que a un clima intelectual que podría transformar en herejía algún nuevo aspecto de la verdad. No carecía de compasión ni dejaba de comprender los sacrificios que exigía a una mente noble como ésta, pero, como todos los miembros de la Compañía, Jean Télémond había hecho voto de obediencia y se había sometido al exigírsele su cumplimiento.

Para Semmering, ésta era la prueba final del temple de un religioso, la evidencia final de su capacidad para una labor piadosa desde una posición de responsabilidad. La prueba había concluido, y Semmering quería explicar su actitud a Télémond y ofrecerle el afecto que cada hijo tenía derecho a esperar de su padre espiritual. Pronto pediría a Télémond que caminase por una nueva ruta, no ya solitaria o inhibida, sino expuesto, como no lo había estado nunca, a las tentaciones de la influencia y a los ataques de intereses celosos. Télémond necesitaría ahora más apoyo que disciplina, y Semmering quería ofrecérselo con calor y generosidad.

También necesitaría diplomacia. Desde la época de Pacelli, los cardenales de la Curia y los obispos de la Iglesia habían temido la introducción de una eminencia gris en los consejos del Pontífice. Deseaban, y hasta ahora lo habían logrado, un regreso al orden natural de la Iglesia, por el cual los miembros de la Curia eran los consejeros del Papa, y los obispos sus colaboradores, reconociendo su primacía como sucesor de Pedro, pero manteniendo también su propia autonomía apostólica. Si la Compañía de Jesús aparecía intentando forzar un favorito en la Corte papal, despertaría inevitablemente suspicacia y hostilidad.

Y, sin embargo, el Pontífice había pedido hombres, y el problema estaba ahora en la manera de ofrecerle éste sin dar la impresión de una campaña en su favor… La voz del anunciador restalló en los amplificadores, confirmando la llegada del vuelo

«BOAC» procedente de Yakarta, Rangún, Nueva Delhi, Karachi, Beirut. Rudolf Semmering se puso en pie, alisó su sotana y caminó hasta la puerta de la Aduana para recibir al exiliado.

Jean Télémond habría llamado la atención en cualquier parte. De seis pies de estatura, erguido, rostro delgado, cabello gris y ojos azules fríos y llenos de humor, llevaba sus atavíos religiosos como un uniforme militar, mientras el tinte amarillo que la malaria dejara en su tez y los surcos sobre su boca, de comisuras altas, hablaban de sus campañas en lugares exóticos. Saludó a su superior con respetuosa reserva, y luego se volvió hacia el mozo de cuerda, que luchaba con tres pesadas maletas.

—Cuidado con esas maletas. Hay media vida de trabajo en ellas.

Con leve encogimiento de hombros dijo a Semmering:

—Supuse que esto era un traslado. Traje conmigo todos mis papeles.

El padre general le dedicó una de sus escasas sonrisas.

—Y tenía razón, padre. Ha estado alejado demasiado tiempo. Ahora lo necesitaremos aquí.

Una chispa de malicia brilló en los ojos azules de Télémond.

—Temí que quisieran arrastrarme ante la Inquisición.

Semmering rió.

—Aún no… Estamos muy satisfechos de tenerlo con nosotros, padre.

—Me alegro —dijo Télémond con curiosa sencillez—. Estos años han sido difíciles para mí. Rudolf Semmering se sobresaltó. No había esperado que fuese un hombre tan franco y de comprensión tan rápida. Y al propio tiempo sintió un destello de satisfacción. Éste no era un sabio abstraído, sino un hombre de mente resuelta y corazón fuerte. El silencio no lo había quebrantado, ni lo había domado el exilio. Estaba bien tener espíritu de obediencia, pero un hombre con la voluntad quebrantada resultaba inútil a sí mismo y a la Iglesia.

Semmering respondió gravemente:

—Conozco su trabajo, y sé lo que ha sufrido. Tal vez le he hecho la vida más difícil de lo necesario. Sólo le pido que crea que lo hice de buena fe.

—Nunca lo dudé —dijo Jean Télémond abstraídamente—. Pero veinte años es mucho tiempo.

Permaneció silencioso un instante, observando las verdes planicies de Ostia, salpicadas de antiguas ruinas y modernas excavaciones, y las amapolas rojas que crecían entre las resquebrajaduras de las viejas piedras. De pronto dijo:

—¿Aún estoy bajo sospecha, padre?

—¿Sospecha de qué?

Télémond se encogió de hombros.

—De herejía, de rebelión, de modernismo oculto, qué sé yo. Usted nunca me lo explicó claramente.

—Traté de hacerlo —dijo Semmering suavemente—. Traté de explicarle que se trataba de un problema de prudencia, no de ortodoxia. El Santo Oficio examinó algunos de sus primeros trabajos y conferencias. Ni los condenó, ni los censuró. Opinaron, como yo, que usted necesitaba más tiempo, más estudio, más maduración. Usted posee una gran autoridad. Deseábamos emplearla como mejor favoreciera a la Fe.

—Es lo que creo —dijo Jean Télémond—. De otro modo, habría abandonado totalmente mi trabajo. —Vaciló un momento y luego preguntó—: ¿Cuál es mi posición ahora?

—Le hemos hecho regresar —dijo Semmering dulcemente—, porque lo valoramos y lo necesitamos. Vamos a encomendarle una misión difícil y apremiante.

—Nunca he puesto condiciones, usted lo sabe. Nunca he tratado de negociar con Dios ni con la Compañía. Trabajé como mejor pude dentro de los límites que se me impusieron. Ahora…, ahora desearía pedirle algo.

—Pídalo —dijo Rudolf Semmering.

—Creo —dijo Télémond cuidadosamente—, creo que he avanzado cuanto es posible avanzar en este camino solitario. Estimo que lo que he hecho necesita la prueba de discusiones y debates. Desearía comenzar a publicar para someter mi tesis a la crítica. Ésta es la única forma en la cual el conocimiento crece, la única forma en la cual se ensanchan los horizontes del espíritu… Nunca he pedido algo antes, pero en esto pido su apoyo, y el apoyo de la Compañía.

—Lo tiene —dijo Rudolf Semmering.

En los estrechos asientos del automóvil que los llevaba velozmente, los dos hombres se encararon, superior y subordinado, el hombre que debía obedecer y el que le exigía el cumplimiento de su voto.

El rostro de Télémond se encogió levemente y sus ojos azules se hicieron nebulosos. Dijo torpemente:

—No…, no esperaba tanto. Ésta es una verdadera bienvenida al hogar.

—Es aún más —dijo el padre general afectuosamente—. Pero todavía hay riesgos.

—Siempre supe que los habría. ¿Qué desea que haga?

—Ante todo, deberá someterse a una prueba. Será dura, y deberá prepararse en menos de un mes.

—¿Qué tipo de prueba?

—El treinta y uno de julio es el día de San Ignacio de Loyola.

—Me ordené en semejante día.

—Eso es un buen presagio, pues, porque ese día Su Santidad visitará la Universidad Gregoriana, que, como usted sabe, debe su iniciación a nuestro fundador y a san Francisco de Borja… Quiero que pronuncie usted el discurso conmemorativo

en presencia de Su Santidad, del profesorado y de los estudiantes.

—Que Dios me ayude —dijo Jean Télémond—. Que Dios ayude a mi temblorosa lengua.

Y mientras se dirigían hacia el clamor de la ciudad a través de la Puerta de San Paolo, escondió el rostro entre las manos y lloró.

Ruth Lewin estaba sentada bajo una sombrilla listada en la Via Veneto, bebiendo una aranciata y observando a las multitudes que se dispersaban de sus almuerzos hacia la siesta. El aire suave del verano levantaba su espíritu, y sentía que con un bostezo largo podría librarse de todo el peso del mundo. Incluso la ciudad parecía haber adquirido un nuevo rostro. El bullicio del tránsito sonaba amistosamente en sus oídos. La gente vestía mejor que de costumbre. Los camareros se mostraban más corteses. Las miradas de los hombres la halagaban.

Su situación no había variado. Sus dudas y dilemas no estaban resueltos, pero su carga parecía más liviana y la llevaba de mejor ánimo. Le parecía que su larga convalecencia había terminado y que ahora podía tomar confiadamente su lugar en el comercio normal del mundo.

No todo era ilusión. Había sufrido durante demasiado tiempo las peligrosas alternativas de euforia y depresión para engañarse respecto a su estado de salud espiritual. Pero los vaivenes eran ahora más cortos; las alturas, menos elevadas; los abismos, menos aterradores. El pulso de la vida recobraba su ritmo normal. La fiebre desaparecía por fin, y su momento de crisis había sido su encuentro con Cirilo el Pontífice en una callejuela romana.

Incluso ahora se iluminaba este recuerdo con una especie de extasiada admiración. Era tan extraño el aspecto del Papa… La cicatriz, la barba, el contraste entre su posición y su humilde vestimenta… Pero cuando estuvo frente a frente con él en su propia casa, ante la trivialidad del café y las galletas, ya no la impresionó su rareza, sino su extraordinaria sencillez.

Desde su ruptura con la Iglesia, Ruth había sentido una profunda antipatía hacia las formas orales y las costumbres clericales. Este hombre no las cultivaba. Llevaba su Fe como una epidermis y expresaba sus convicciones con la suavidad de quien las ha adquirido a un precio que no deseaba exigir a otros. Sus palabras fluían espontáneas y vibrantes de sinceridad:

«…Toda la vida es un misterio; pero la respuesta a ese misterio está fuera de nosotros, no dentro. No podemos quitarnos capa tras capa de nuestra piel, como si fuésemos cebollas, esperando que al quitar la última capa descubramos la verdadera cebolla. Al final no queda nada. El misterio de la cebolla sigue sin explicación, porque, como el hombre, es el producto de un eterno acto creador… Yo represento a Dios, pero no puedo decirle nada más. ¿No comprende? Eso es precisamente lo que

debo enseñar: ¡un misterio! La gente que exige una explicación absoluta de la Creación, pide lo imposible. ¿Ha pensado alguna vez que al pedir el conocimiento de toda explicación comete un acto de orgullo? Somos limitados. ¿Cómo podemos abarcar la eternidad…?»

En boca de otros, estas palabras hubiesen sonado secas y pomposas; pero en Cirilo surgían con cierto poder de curación, porque no provenían de un libro, sino de las profundidades de su corazón. No le reprochó su abandono de la Fe bautismal, sino que había hablado bondadosamente de esa Fe, como si fuese, de por sí, una especie de gracia.

—No hay dos personas que lleguen a Dios por el mismo camino. Hay muy pocos que llegan a Él sin tropezar y caer. Hay semillas que crecen largo tiempo en la oscuridad antes de echar sus retoños al sol… Hay otras que salen a la luz de una vez, en un solo día… Usted está ahora en la oscuridad, mas si desea la luz, ésta llegará a su debido tiempo… ¿Comprende? El alma humana encuentra barreras que debe salvar, y no siempre es posible salvarlas de un solo salto. Lo importante es la dirección en que viaja el alma. Si se aleja de sí misma, entonces llegará finalmente a Dios. Si se vuelve hacia sí misma, inicia el camino del suicidio, porque nada somos sin Dios… Por tanto, todo lo que la impulsa hacia un crecimiento exterior: servir, amar, los intereses sencillos del mundo, todo eso puede ser un paso hacia Dios…

Perturbada como se hallaba aquella noche, Ruth no pudo captar el significado total de lo que Cirilo le dijo. Pero las palabras permanecieron impresas en su memoria, y cada día encontró en ellas nuevo sentido y nueva aplicación. Si ahora podía permanecer tranquilamente al sol, observando los coqueteos y las insensateces de la ciudad, sin juzgarlos ni juzgarse, era debido a ese Cirilo cuya misión podía impulsarlo a juzgar, pero que, sin embargo, rehusaba pronunciar un veredicto.

¡Amor…! Una palabra camaleónica, y Ruth había conocido de sus variaciones y matices más de lo que podía admitir sin ruborizarse.

Toda gran ciudad tiene su cuota de lisiados, vagos y seres extraños que soportan la vida como pueden y agradecen cualquier alivio temporal de su miseria solitaria. Aquí, en Roma, el reino de los mendigos de amor era una región misteriosa y poliglota, y Ruth la había recorrido casi en su totalidad.

Había sido un viaje traicionero para una viuda de treinta y cinco años, con dinero en el Banco y un corazón vacío. Sobre su pecho habían sollozado muchachos desconsolados que lloraban por sus madres. A su puerta habían golpeado maridos descarriados y turistas en busca de placeres. Hombres de nobles apellidos le habían confiado sus exóticos afectos. La hermandad secreta femenina le había brindado el acceso a sus misterios sálicos. Finalmente, había emergido, estremecida e insatisfecha, sabiendo que tampoco había lugar para ella en el mundo de los seres extraños.

¡Amor…! Aquí, en la Via Veneto, noche tras noche lo vendían por entregas hermosas muchachas que tiraban de la correa de sus poodles. En los clubs y bares, cualquier mujer con acento extranjero podía comprarlo por una sonrisa y el coqueteo de un pañuelo de encaje… Pero, ¿dónde y cómo encontrar la persona en quien derrochar este ser que acababa de descubrir en sí misma, tan frágil y súbitamente tan precioso?

Milagrosamente se habían unido otra vez los fragmentos de Humpty Dumpty y éste se hallaba suavemente sobre la muralla, sonriendo y batiendo palmas ante la concurrencia. Pero si volvía a caer y la goma se despegaba…, ¿quién podía pegar de nuevo su cascarilla? ¡Oh, pequeño espíritu blanco y vagabundo, por favor, por favor, continúa de una pieza!

En el bullicio del tránsito, Ruth escuchó pronunciar su nombre.

— ¡Ruth Lewin! ¿Dónde te habías escondido?

Ruth alzó la vista y vio ante ella a George Faber, con sus cabellos grises, y gallardo como un galán romano.

En su estudio privado, Cirilo el Pontífice se hallaba conferenciando con dos de sus ministros más importantes: el cardenal Goldoni, su Secretario de Estado, y el cardenal Clemente Platino, prefecto de la Congregación para la Propagación de la Fe. El propósito de su reunión consistía en un balance prolongado de los asuntos de la Iglesia, Santa, Universal y Apostólica. El estudio era un cuarto grande, desprovisto de ornamentos, con la excepción de un crucifijo de madera tallada tras el pupitre del Pontífice, y en la pared opuesta, una caja llena de mapas que señalaban la distribución de las comunidades católicas a través del mundo.

En otro ambiente y con otras vestimentas, habrían parecido un trío de hombres de negocios internacionales: el Pontífice, moreno, barbudo y exótico; el Secretario de Estado, canoso, rechoncho y de ruda elocuencia; Platino, alto, de cutis aceitunado, cortés y con una nariz aguileña heredada de algún antepasado español.

Pero en este lugar y en ese momento se hallaban dedicados, hasta el límite de sus respectivos talentos, a una locura que prometía escasos beneficios a cualquier negocio: la preparación de todos los hombres para la muerte y para la unión con un Dios invisible. Su charla versó sobre una multitud de temas: dinero, política, tratados militares, acuerdos económicos, personalidades en los altos cargos del mundo entero; pero la esencia de la discusión era siempre la misma: cómo difundir por el mundo el conocimiento de Cristo, sus enseñanzas y la sociedad que Él había establecido para conservarla y diseminarla.

Para ellos, cada problema —cómo se casaba un hombre, cómo se le educaba, cuánto se le pagaba, su lealtad nacional— era, en el fondo, una cuestión teológica. Se referían al Creador, y a las criaturas, y a la eterna relación entre ellos. Todo lo que se

hacía en la dimensión del tiempo tenía sus raíces y su prolongación en la eternidad.

Cuando el Secretario de Estado designaba un embajador para Austria o un cónsul para Uruguay, su función consistía en mantener una relación oficial con el Gobierno, de modo que, en un clima de armonía entre la Iglesia y el Estado, las almas pudiesen avanzar más fácilmente hacia el conocimiento y la práctica de una verdad salvadora.

Cuando Platino designaba tal o cual congregación misionera para internarse en las junglas del Amazonas, lo hacía con el total convencimiento de que estaba obedeciendo un claro mandato de Cristo: llevar el Evangelio de esperanza a quienes vivían en la oscuridad y en la sombra de la muerte.

Pero este punto de vista traía consigo una secuela de problemas. Los hombres que ejecutaban una misión sagrada descuidaban a menudo su aspecto humano. Los hombres que hablaban en términos de eternidad tendían a mirar esperanzadamente hacia el futuro y a dejar que el presente escapara de entre sus manos. Aquellos a quienes sostenían los dos mil años de estructura de la Iglesia, se hallaban protegidos con excesiva blandura de las consecuencias de sus propios errores. Con tanta tradición tras ellos, a menudo se mostraban quisquillosos y suspicaces ante nuevas modalidades de la acción cristiana.

Pero, a pesar de todo, hombres como Platino y Goldoni eran plenamente conscientes del mundo en que vivían, y sabían que para efectuar el trabajo de Dios, tenían que reconciliarse con lo que el hombre había hecho para sí mismo o de sí mismo. Y esto era lo que Platino acentuaba ahora. Su dedo largo y moreno señaló un lugar en el sudeste de Asia.

—…Por ejemplo, Santidad, aquí está Tailandia. Constitucionalmente es una monarquía. De hecho, es una dictadura militar. La religión del Estado es el budismo. Todos los varones de la familia real y todos los dignatarios del reino adoptan en algún período de su vida la túnica azafranada y pasan algún tiempo en un monasterio. Tenemos allí algunas escuelas, dirigidas por monjas y sacerdotes dedicados a la enseñanza. Se les permite impartir instrucción religiosa, pero no dentro de las horas de escuela. Los que desean recibir instrucción en la Fe deben acudir a la escuela fuera de estas horas. Ésta es nuestra primera dificultad. Hay otra. Los nombramientos gubernativos, necesarios para todo cargo de cierta importancia, sólo se conceden a los budistas. Oficialmente, por supuesto, esta discriminación no existe, pero en la práctica, sí. El país está subdesarrollado. La mayor parte del comercio se halla en manos de los chinos, de manera que quien se hace cristiano debe renunciar prácticamente a toda esperanza de progreso social o económico… El temperamento del pueblo, condicionado también por la creencia budista, resiste a los cambios y recela de la influencia exterior…

»Por otra parte, entre los hombres jóvenes se hace evidente un creciente conflicto interior. Cada día se hallan en contacto más estrecho con la civilización occidental a

través de la ayuda militar y económica de los Estados Unidos, pero encuentran pocas oportunidades y escasas posibilidades de trabajo. Una estadística, que creo fidedigna, afirma que el veinticinco por ciento de los estudiantes varones de los últimos cursos son adictos a la heroína antes de abandonar el colegio. Ya ve usted el problema. ¿Cómo actuamos para penetrar realmente la mente y el corazón del pueblo?

—¿Cómo resumiría usted la labor que ahora estamos desarrollando allí? —preguntó gravemente el Pontífice.

—Básicamente, como una labor de educación y caridad. En el aspecto humano, estamos ayudando a elevar el nivel de alfabetización. Tenemos hospitales que sirven de centros de entrenamiento. Poseemos un hogar para la rehabilitación de las muchachas que hemos sacado de los prostíbulos… Servimos a la comunidad. Exponemos nuestra fe a los que pasan por nuestras manos. Sin embargo, el número de conversiones es pequeño, y no hemos penetrado con eficacia la mente y el corazón del país.

—Nuestra posición en Japón es peor —dijo Goldini con su habitual energía—. Tenemos un concordato que nos asegura condiciones de trabajo mucho más efectivas que las que tenemos en Tailandia, pero tampoco allí hemos logrado traspasar realmente la barrera.

—Y, sin embargo, lo hicimos una vez —dijo Cirilo, con una sonrisa—. Comenzó con un hombre, san Francisco Javier. Los descendientes de sus conversos aún permanecen allí: los antiguos cristianos de Nagasaki y Nara. ¿Por qué fracasamos ahora? Tenemos el mismo mensaje. Dispensamos la misma gracia que dispensaba la Iglesia de las catacumbas. ¿Por qué fracasamos? —Se alzó de la silla y se detuvo junto al mapa, señalando un país tras otro y midiendo los fracasos y retiradas de la Iglesia—. Miren África. Mis predecesores proclamaron constantemente la necesidad de una rápida preparación del clero nativo: hombres identificados con su propio pueblo, que comprendiesen sus símbolos y sus especiales necesidades. Se ha hecho demasiado poco y demasiado lentamente. Ahora el continente avanza hacia una federación de naciones africanas independientes, y nosotros perdimos nuestra oportunidad… Aquí en Brasil hay una fabulosa expansión industrial y una inmensa población de campesinos que viven en la pobreza más agobiante. ¿Y a quién vuelven sus ojos los campesinos como campeones de su causa? Hacia los comunistas. ¿No predicamos nosotros la justicia? ¿No debiéramos estar preparados a morir por ella, como por cualquier otro artículo de Fe? Les pregunto una vez más. ¿Dónde está nuestro fallo?

Goldoni dejó escapar un silencioso suspiro de alivio y esperó la respuesta de su colega. Después de todo, el ministro de Estado tenía que hacer frente a las situaciones tal como se le presentaban, con los diplomáticos y políticos de que disponía: buenos o malos, paganos o cristianos. Platino, por el contrario, estaba directamente encargado

de la difusión de la Fe cristiana a través del mundo. Su autoridad era inmensa, y dentro de la Iglesia se le llamaba «el Papa rojo», así como al padre general de los Jesuitas se lo denominaba «el Papa negro».

Platino no respondió directamente, sino que cogió del escritorio dos fotografías, que tendió al Pontífice. Una de ellas mostraba a un papú de cabello rizado, con camisa blanca, un laplap blanco y un crucifijo al cuello. La otra era la imagen de un nativo de las montañas de Nueva Guinea, con un tocado de plumas de ave del paraíso en la cabeza y un colmillo de cerdo atravesado en la nariz.

Mientras el Pontífice examinaba ambas fotografías, Platino se las explicaba cuidadosamente:

—Tal vez estos dos hombres respondan a la pregunta de Su Santidad. Ambos provienen de la misma isla, Nueva Guinea, lugar pequeño, de escasa importancia económica, pero que políticamente puede transformarse en el eje de la federación de islas del Pacífico Sur. Dentro de dos años, o de cinco como máximo, Nueva Guinea será un país independiente. Este hombre… —señaló la fotografía del nativo que llevaba el crucifijo— es un muchacho de las misiones. Maestro en una de nuestras escuelas católicas de la costa. Ha residido toda su vida en la misión. Habla inglés y pidgin y motu. Enseña catecismo, y ha sido propuesto como candidato al sacerdocio… Este otro es un jefe tribal de las montañas: tiene veinte mil hombres bajo su mando. No habla inglés, comprende el pidgin, pero habla sólo su dialecto montañés. Aquí lleva un atavío ceremonial. Se mantiene apegado a sus antiguas creencias paganas… Pero cuando se otorgue la independencia a su país, él será probablemente uno de los cabecillas, mientras que nuestro muchacho de las misiones no tendrá influencia alguna.

—Explíqueme por qué —dijo Cirilo el Pontífice.

—Lo he meditado mucho, Santidad —dijo Platino deliberadamente—. He orado mucho. Aún no sé si estoy en lo cierto, pero esto es lo que creo. Con nuestro muchacho de las misiones —y en cierto sentido— hemos tenido un éxito admirable. Educamos a un ser humano bueno. Lo iniciamos en la ruta de la salvación. Vive castamente, trata a todos con justicia y es, en sí mismo, un ejemplo de vida piadosa. Si llega a sacerdote, enseñará la Palabra de Dios y dispensará los sacramentos a aquellos con quienes tenga contacto. En él, y en otros como él, la Iglesia cumple con su misión primordial: la santificación de las almas humanas individuales… Pero en otro sentido hemos fracasado, porque en este muchacho…, ¿cómo decirlo…?, hemos limitado la pertinencia de la Fe… En la misión creamos para él un mundo pequeño y seguro. Un mundo cristiano, sí, pero que se ha apartado del mundo más vasto que es aún la viña del Señor. Le hemos hecho un individuo apolítico, y el hombre, por naturaleza, es un individuo político y social que tiene un alma imperecedera… Lo hemos dejado en gran parte sin preparación para el diálogo que deberá sostener

durante su vida con el resto de, sus semejantes en carne y hueso… Miren a nuestro amigo, el del colmillo en la nariz. Es un hombre poderoso porque practica la poligamia, y cada esposa aporta un pedazo de tierra y la cultiva para él. Se aferra a sus antiguas creencias porque son su medio de comunión con la tribu. Es su mediador con los espíritus, así como es su mediador con hombres de otras lenguas. Comprende las leyes tribales y la justicia tribal. En medio de las dificultades y confusión que seguirán a la concesión de la independencia, hablará con más autoridad y más propiedad que nuestro muchacho de las misiones, por que no ha estado divorciado de las realidades de la existencia social… Su Santidad habló de Brasil y de Sudamérica. Hay una analogía entre ambas situaciones. La Iglesia tiene que tratar con el hombre en las circunstancias en que éste vive. Si está hambriento, debemos alimentarlo; si se lo oprime, debemos defenderlo para que por lo menos tenga un mínimo de libertad que le permita poner orden en su alma. No podemos predicar desde el púlpito: «No robarás», y luego permanecer inactivos cuando se cometen injusticias políticas o sociales contra aquellos que se sientan a escuchar nuestras prédicas… Vemos un extraño ejemplo en Polonia, donde, para sobrevivir, la Iglesia ha debido entrar en activas conversaciones con elementos que le son útiles. Allí la Iglesia tuvo que demostrar su pertinencia, y lo hizo. Y vive con más fuerza precisamente por esa razón, aunque vive más dolorosamente.

Platino calló y se enjugó la frente con su pañuelo.

—Disculpe, Santidad, si hablo aún más enérgicamente. Todos hemos visto el progreso logrado bajo su predecesor hacia un aumento de la unidad entre las diversas comunidades cristianas. Nuestro trabajo en este campo ha comenzado recientemente, pero me parece que cuando hemos estado a la defensiva, cuando hemos retrocedido estrechando la Fe contra nosotros como si pudiese mancillarse al contacto con el mundo, entonces hemos fracasado. Donde la hemos alzado como un testimonio, donde hemos afirmado con osadía que el Evangelio no es ajeno a situación humana alguna ni a acto humano alguno, allí hemos triunfado.

—Usted lo afirma —dijo Cirilo el Pontífice categóricamente—. Yo lo afirmo, como lo hacen nuestros hermanos obispos dispersos por el mundo, pero la afirmación no llega a la gente con la misma claridad ni con los mismos frutos; ni siquiera llega a mis romanos aquí. ¿Por qué?

—Creo —dijo el Secretario de Estado bruscamente— que el mundo se está educando con más rapidez que la Iglesia. Digámoslo de otra manera. Saber que es preciso ejecutar un acto de Fe y un acto de contrición no es suficiente para fundar una sociedad cristiana o crear un clima religioso. Los hombres se han visto proyectados a una nueva y aterradora dimensión de la existencia durante los últimos veinte años… El gráfico de la ciencia humana desde la invención de la rueda hasta el motor de combustión interna muestra una lenta ascensión. Abarca…, digamos…, cinco, diez,

quince mil años. Desde el motor de combustión interna hasta este momento, la línea sube casi verticalmente, apuntando a la Luna… Tempora mutantur… —citó torcidamente—. «Los tiempos cambian, y el hombre cambia con ellos.» Si nuestra misión tiene algún significado, quiere decir que cada expansión de la mente humana debe ser una ampliación de la capacidad del hombre para conocer, amar y servir a Dios.

—Creo que debería enviarlos a ambos a una gira misional —dijo Cirilo el Pontífice, con una sonrisa. Cruzó el cuarto hasta su mesa de trabajo y se sentó frente a ellos. Pareció reunir sus fuerzas un instante, y luego, mansa y casi humildemente, explicó su propia posición—: Ya saben ustedes que soy un hombre impaciente. Desde que ocupo el Trono de Pedro he temido obrar con demasiada precipitación y dañar así a la Iglesia, que me ha sido entregada… He tratado de ser prudente, de contenerme; también he comprendido que un hombre no puede cambiar el mundo en el lapso de su vida. El símbolo de la Cruz es un símbolo del aparente fracaso y el aparente desatino del propio Dios… Pero mi misión es la de enseñar y dirigir, y he decidido ahora dónde quiero comenzar… Lo que ustedes me han dicho confirma mi decisión. Les estoy agradecido. Deseo pedirles que oren por mí.

Los dos cardenales permanecieron silenciosos en sus asientos, esperando que el Pontífice continuara. Sorprendidos, lo vieron mover la cabeza.

—Sean pacientes conmigo. Necesito tiempo y oración antes de definirme. Vayan en nombre de Dios.

—Supongo —dijo George Faber, con su habitual desasosiego—, supongo que te estarás preguntando por qué te cuento todo esto respecto a Chiara y a mí.

Ruth Lewin rió y se encogió de hombros.

—Así son las cosas en Roma: todo el mundo tiene alguna historia que contar. Y, generalmente, los desconocidos escuchan mejor.

—Pero nosotros no somos dos desconocidos. ¿Cuántas veces nos hemos encontrado? Por lo menos media docena. Quizá más. En casa de los Antonelli, en la de Herman Sleider y…

—Acepto que no somos desconocidos. Continúa desde ese punto.

—Me sentía deprimido, y me alegra mucho verte.

—Gracias, amable señor.

—Y no le cuento la historia de mi vida a todas las muchachas que encuentro en las esquinas.

—No creo que en Roma importe mucho si uno la cuenta o no. La gente siempre la conoce…, ¡en diferentes versiones, por supuesto!

Faber sonrió, y durante un instante pareció un chico confuso.

—Nunca he escuchado tu historia, Ruth.

La muchacha consideró la pregunta con una sonrisa.

—Nunca la he contado. Y no pertenezco al grupo que circula en los cócteles.

—¿A cuál perteneces?

—Eso me he preguntado muchas veces.

—¿Tienes muchos amigos aquí?

—Algunos. A veces me invitan a cenar. Los visito cuando deseo hacerlo. Trabajo un poco entre los necesitados de la Vieja Roma. En cuanto al resto… Mi arrangio. Me las arreglo en una u otra forma.

—¿Eres feliz?

Una vez más esquivó la respuesta.

—¿Lo es alguien? ¿Lo eres tú?

—Mi vida es un lío —dijo George Faber, sin ambages.

—No es ésa tu reputación.

Faber alzó la vista vivamente, sin saber si la muchacha se burlaba. Tenía un limitado sentido del humor, y las bromas lo amoscaban.

—¿Y cuál es mi reputación?

—Llevas la vida más ordenada de Roma…, y tienes una hermosa amante para completarla.

—No es así como lo veo yo. Quiero casarme. Y parece que sólo podré hacerlo enredándome en chantajes, sucias maniobras políticas y un ramillete de muchachos alegres y de lesbianas.

—¿Crees que vale la pena correr ese riesgo?

Nublose el rostro macizo y bien parecido de Faber, y se pasó una mano nerviosa sobre los grises cabellos.

Me imagino que sí. En realidad no he tenido tiempo para pensarlo.

Eso quiere decir que no estás seguro.

—No, no lo estoy.

Como si quisiese distraer la atención de la joven, Faber indicó al camarero que trajera otra taza de té. Luego encendió un cigarrillo y miró melancólicamente la fachada de la tienda, al otro lado de la calzada. A pesar de su despego, Ruth Lewin sintió compasión por él. Ya no era joven, aunque, seguramente, la mayoría de las mujeres lo considerarían atractivo. Había hecho una carrera satisfactoria y logrado un nombre respetable en el oficio. Ahora se le pedía que arriesgara ambas cosas por una muchacha que, al verse libre, podría cansarse de él y volverse hacia amores más jóvenes. Ruth abandonó su tono malicioso y lo interrogó con mayor bondad.

—¿Qué desea Chiara?

—Libertad a todo precio.

—¿Incluso al precio de tu carrera?

—Tampoco lo sé con certeza.

—¿No crees que deberías preguntárselo?

—Eso es lo que me preocupa… Ni siquiera yo mismo sé con claridad cuáles son los riesgos. Sólo sé que por una parte hay elementos de chantaje, y que seré yo el chantajista… No me entiendas mal. He estado en el juego durante mucho tiempo. Sé que todos los periodistas se ven tentados en algún momento a usar de su posición en provecho propio. La experiencia me dice que quienes lo hacen, terminan siempre perdiendo. Nunca me he dedicado a los escándalos, de lo que me enorgullezco bastante… Por otro lado, estoy luchando por algo y por alguien que me son muy caros.

—Si vas a luchar contra Corrado Calitri —dijo Ruth Lewin gravementete aseguro que la lucha será dura.

Faber la miró sorprendido.

—¿Conoces entonces a Calitri?

—Conozco a alguna gente a quien él conoce. Juegan muy sucio cuando se los hiere.

Faber vaciló un momento, y luego, frente a frente le formuló la siguiente pregunta:

—¿Me ayudarías a conocer a alguna de esa gente?

—No.

Su respuesta fue definitiva.

—¿Por qué no?

—Viví en esa pequeña Arcadia durante cierto tiempo. No me gusta. No quiero volver allí. Por otra parte, tú eres periodista. Tienes tus propios contactos.

—No muchos en quienes pueda confiar. ¿Estarías dispuesta a darme ciertos nombres, alguna información?

Ante su sorpresa, Ruth estalló en carcajadas, y luego, viendo su desazón, posó una mano conciliadora sobre su muñeca.

—¡Pobre George! No debería reírme de ti. Pero… no sé…, realmente no sé…

—¿Qué?

—Tú y Chiara. ¿Estáis seguros de que podréis llegar al fin de la lucha, ganéis o perdáis? Ya sabes que si pierdes, te destrozarán, y tus fragmentos irán a parar a los leones, como los de los cristianos primitivos. La Iglesia no querrá saber nada de ninguno de los dos. No te recibirán en el Vaticano ni en el Quirinal. ¿Estáis ambos dispuestos a soportarlo? ¿Tanto quieres a Chiara? ¿Tanto te quiere ella?

Faber se encogió de hombros y extendió las manos en un romano gesto de perplejidad.

— ¡Bah! En Roma todos hablan de amor. Todos juegan al amor a su manera. También he jugado yo, pero ahora es ya muy tarde en la vida para seguir jugando. No quiero equivocarme.

—Me gustaría ayudarte —dijo Ruth sosegadamente—; pero se trata de tu vida y de tu muchacha… Tengo que irme; se está haciendo tarde.

—¿Me permites llevarte hasta tu casa?

—Prefiero que no lo hagas. Tomaré un taxi.

—¿Puedo verte otra vez?

—¿Por qué, George?

Faber enrojeció, incómodo.

—Ha sido agradable conversar contigo. Tengo la esperanza de que decidas ayudarme. Y si sigo adelante con este asunto de Calitri, necesitaré hablar con alguien en quien pueda confiar.

—¿Por qué crees que puedes confiar en mí?

—Tú misma dijiste que no perteneces a esos círculos de chismosos. Y debo agregar que eres una joven muy madura.

—¿No puedes aplicarme otro calificativo?

De nuevo resurgió en el hombre aquel su humor poco frecuente:

—Dame tiempo, y tal vez piense otros.

—Si lo haces, y cuando lo hagas, puedes llamarme. Mi nombre figura en la guía de teléfonos.

Con estos términos imprecisos se separaron. Mientras Ruth Lewin se dirigía hacia su casa en medio del bullicioso tránsito vespertino, recordó que también para ella era ya tarde, y sintió otra vez esa piedad traicionera por George Faber y por su confuso corazón de hombre maduro.

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

Ha pasado una hora desde la medianoche… El comienzo de un nuevo día. Día importante para mí, porque por primera vez me dirigiré a toda la Iglesia. Ayer, entrada la noche, llamé a mi confesor para purgar mi alma de los pecados del día y purificarme para la tarea que debo iniciar.

Luego le rogué que permaneciera un rato a mi lado y me ayudase en la misa que deseaba celebrar inmediatamente antes de la medianoche… Es extraña la variedad que puede encontrar el sacerdote en el ofrecimiento del Sacrificio. A veces uno se siente seco e inconmovible, debe hacer un esfuerzo de voluntad para concentrarse en el rito familiar y en la sobrecogedora significación del acto de la consagración. Otras veces parece que uno se halla fuera de sí mismo y «en el espíritu», como dice san Juan. Se tiene conciencia de Dios. Y uno se siente al mismo tiempo humillado y exaltado, temeroso y feliz…

Esta noche también fue diferente. Empecé de una nueva forma la naturaleza de mi cargo. Y cuando en la elevación alcé la Hostia sobre mi cabeza, vi el sentido real del «nosotros» con el cual se han dirigido habitualmente los Pontífices al mundo. No soy «yo» quien habla o escribe, es la Iglesia a través de mí, y Cristo a través de mí y de la Iglesia…

Yo soy yo, sí. Pero si hablo sólo de mí mismo, y por mí mismo, no soy nada. Soy como las campanas al viento, cuyo sonido cambia con cada brisa… Pero el Verbo no puede cambiar. El Verbo es inmutable… «En el comienzo hubo el Verbo, y el Verbo estuvo en Dios, y el Verbo era Dios.» Pero, en otro sentido, el Verbo debe renovarse en mí como el acto redentor de la Crucifixión se renueva en las manos de cada sacerdote al decir misa. Soy el instrumento a través del cual debe soplar la voz del Espíritu para que el hombre pueda escucharla en la modalidad de su propia época…

El papel ante mí está en blanco; las plumas, dispuestas. ¿Está dispuesto Cirilo? Oro por que así sea. ¿Qué debe escribir? ¿Cómo, y a quién?

Mi tema es la educación, la preparación del hombre para que ocupe su lugar en este mundo y en el otro. Mi carta será un examen de la función educacional de la Iglesia, de su misión de guiar el alma humana desde las sombras de la ignorancia, desde las servidumbres de la carne, hacia la luz y la libertad de hijos de Dios…

¿Cómo escribiré? Con cuanta sencillez pueda, porque la verdad más profunda es la que se expone más simplemente. Debo escribir con el corazón… cor ad cor loquitur. Y debo escribir en mi propia lengua, porque así es como mejor habla el hombre de Dios, y a Dios. Después los latinistas tomarán mis palabras y las endurecerán en esas formas antiguas que las conservarán para los anales permanentes de la Iglesia. Luego vendrán los traductores, que las volcarán en cien otras lenguas en las cuales debe predicarse la Palabra de Dios… El mundo es una torre de Babel de voces contradictorias, pero dentro de la Iglesia debe existir siempre «la unidad del espíritu dentro de los lazos de la Fe».

Fuera de la Iglesia también existe una unidad que olvidamos con excesiva frecuencia. La unidad de los hombres que sufren juntos una existencia común, gozan con alegrías comunes y comparten los mismos pesares, confusiones y tentaciones…

Recuerdo algo que los pastores olvidamos muy a menudo. El testimonio del alma, de Tertuliano… «Hombre es un nombre que pertenece a todas las naciones sobre la Tierra. En ellos todo es un alma a través de muchas lenguas. Cada país tiene su propia lengua, pero los temas de los cuales sin enseñanzas habla el alma, son los mismos en todas partes.»

Hay otra razón por la cual deseo también escribir en ruso. Quiero que Kamenev vea mi carta tal como salió de mi mano. Deseo que a través de ella

escuche los tonos de mi voz, para que sepa que mi afecto está con él y con el pueblo entre el cual nací. Si fuese posible, me gustaría que recibiera mi manuscrito; pero sería difícil hacerlo llegar a sus manos, y no puedo arriesgarme a comprometerlo.

¿A quién escribiré…? A la Iglesia toda, a mis hermanos obispos, a todos los sacerdotes y monjes y monjas, a todos los fieles, sin los cuales nuestro ministerio carece de significado. Debo mostrarles que su misión no es sólo enseñar, sino educarse mutuamente con amor e indulgencia, dando cada uno de su fortaleza al débil, de su conocimiento, al ignorante, de su caridad, a todos…

¿Y qué sucederá después que haya escrito? Debo comenzar a actuar a través de la administración de la Iglesia para que se efectúen reformas donde sea necesario y para que la inercia de una organización vasta y dispersa no obstruya el camino de la intención divina. Debo tener paciencia y tolerancia, y debo comprender que no tengo derecho a exigir a Dios un éxito visible en todo lo que intente. Soy el jardinero. Planto la semilla y la riego, sabiendo que la muerte puede llevarme antes de que pueda ver el capullo o la flor. Es tarde y debo comenzar…

«Cirilo, siervo de los siervos de Dios, a los obispos y hermanos de todas las Iglesias, paz y bendición apostólica…»

Capítulo 5

La llegada al hogar de Jean Télémond, S. J. transcurrió en un ambiente seco y monótono que desmentía la cordialidad de la acogida de su superior.

El cuartel general de la Compañía de Jesús, que ocupaba el número 5 del Borgo Santo Spirito, era un gran edificio gris, helado como cuartel militar, que se cobijaba a la sombra de la cúpula de San Pedro. Sus muebles eran escasos, funcionales y sin belleza aparente. El único ser que saludó al recién llegado fue el hermano portero, un gris y áspero veterano que por haber visto ir y venir a tantos miembros, daba poca importancia a éste.

Triste y con carácter de provisionalidad, el aspecto general del lugar era el de un refugio de hombres entrenados para despojarse de las comodidades y los afectos humanos y convertirse en soldados de Cristo. Incluso los emblemas religiosos eran feos y producidos en serie, como meros recordatorios de la vida interior que ningún símbolo podía expresar adecuadamente.

Después de haber orado juntos, el padre general condujo a Télémond a su cuarto, una celda pequeña, enjalbegada y provista de una cama, un reclinatorio, un crucifijo, un escritorio y un conjunto de estantes para libros. Sus polvorientas ventanas daban a un patio frío y desierto, incluso bajo el sol de verano. Jean Télémond había vivido en condiciones más duras que la mayoría de sus hermanos y en lugares menos acogedores, mas esta primera mirada a la Casa Central lo sumió en una profunda depresión espiritual. Se sintió solitario y desnudo, y extrañamente temeroso. El padre general le entregó el horario de la casa, prometió presentarlo a sus colegas a la hora de la cena, y luego lo dejó entregado a sus propios recursos.

Sólo tardó algunos minutos en desempaquetar sus escasas pertenencias personales, y en seguida se dedicó a distribuir sobre la mesa notas, manuscritos y voluminosos archivos que representaban el trabajo de su vida. Ahora que había llegado el momento de rendir cuentas y presentarlo al mundo, le pareció pequeño e insignificante.

Durante veinte años había trabajado como paleontólogo en China, en África, en América, en la lejana India, investigando la geografía del cambio, la historia de la vida registrada en la corteza terrestre. Eminentes hombres de ciencia fueron sus colegas y colaboradores. Había sobrevivido a guerras y revoluciones, a enfermedades y a la soledad. Hubo de soportar la peligrosa dicotomía entre su función como científico y su vida como sacerdote de una religión. ¿Con qué fin?

Durante años había arraigado en él la convicción de que el único propósito inteligible de tanto esfuerzo y sacrificio era exponer la vasta concordancia de la Creación, la convergencia última de lo espiritual y lo físico que señalaría la consumación eterna de un eterno Impulso creador. Meditó muchas veces sobre el

significado del antiguo proverbio: «Dios escribe recto con líneas torcidas», y estaba convencido hasta la médula de que el vector final de todas las diversas fuerzas de la Creación era una flecha que apuntaba directamente a una divinidad personal.

Muchos habían intentado antes que él esta justificación de Dios ante el hombre. Sus resultados y sus fracasos eran los hitos del pensamiento humano: Platón, san Agustín, Alberto Magno, Tomás de Aquino… Cada uno de ellos había añadido otra etapa al viaje de la razón sin apoyos; cada uno de ellos elevó otro tanto al hombre sobre la jungla que lo producía.

Para Télémond este proyecto adquiría otra forma: trazar, basándose en el texto de la tierra viviente, el viaje desde la no vida a la vida, de la vida a la conciencia, de la conciencia a la unidad final de la Creación con su Creador.

Télémond creía que el estudio del pasado era la clave para el esquema del futuro. La justificación del pasado y del presente estaba en el mañana que emergería de ellos. No podía creer en un Creador exclusivamente pródigo, ni en una Creación difusa, accidental, carente de objetivo. Como raíz de todos sus pensamientos y —creía Télémond— como raíz de toda aspiración humana, existía un deseo instintivo de unidad y de armonía en el Cosmos. Si los hombres abandonaban su esperanza de alcanzarla, se condenaban al suicidio o a la locura.

De que la armonía existía, estaba convencido más allá de toda duda. Que podía ser demostrada, lo creía también…, pero con otro tipo de certidumbre. Había esbozado el esquema, mas aún no estaba completo. Creía haber captado sus líneas generales, y, sin embargo, el problema consistía en explicarlas en términos inteligibles y aceptables. Una exposición de tal grandiosidad requería nuevas palabras, nuevos niveles de pensamiento, nuevas analogías y una nueva audacia en la especulación.

Hacía ya demasiado tiempo que el pensamiento occidental tendía a apartarse del conocimiento unificado del mundo. Incluso en 1. Iglesia, el pensamiento espiral de los padres orientales, los tradicionales gnosis cristianos, se había visto oscurecido por la tradición nominalista y racionalista de los teólogos occidentales. La esperanza de supervivencia del mundo habría de estribar, ahora o nunca, en un salto fuera de los límites de la mera lógica hacia el reconocimiento de nuevas y más audaces modalidades de comunión.

Pero el terror de este primer momento en Roma radicó en que, bajo el impacto de la ciudad bulliciosa y pendenciera —en la cual se codeaban a cada paso presente y pasado—, Télémond sintió que su convicción parecía debilitarse. Roma estaba tan segura de sí misma, era tan sofisticada, tan escéptica, tan convencida de que todo lo que había sucedido y podía suceder había sido ya pasado y juzgado sin apelación, que su propia voz tendría que sonar parva e insignificante.

Hacía mucho tiempo que Télémond había escrito desde una cabaña en las

márgenes del desierto de Gobi: «Comprendo ahora lo poco que brinda al hombre el mero viajar. A menos que el espíritu se expanda con la explosión de espacio a su alrededor, regresa el mismo que partió.» Aquí, en la casa matriz de la Compañía, donde todas las estancias parecían iguales, donde todos vestían la misma sotana negra y asistían a los mismos ejercicios piadosos y comían en la misma mesa, no supo si realmente había cambiado y si la expansión que creyó haber alcanzado no era sólo una amarga ilusión.

Con ademán de impaciencia guardó los últimos manuscritos en el escritorio, cerró la puerta de su celda tras ellos y salió a contemplar la ciudad que; tan vívidamente lo amenazaba.

Tras algunos minutos de andar se encontró ante el amplio panorama de la calle de la Conciliación y a plena vista de la Piazza de San Pedro. El esbelto dedo del obelisco señalaba al cielo, y, a ambos lados, las columnatas de Bernini retrocedían hasta la cúpula de la Basílica, iluminada por el sol. La súbita majestad de esta visión: la elevada cúpula, las gigantescas figuras de piedra, la empinada masa de columnas y pilastras, todo ello le oprimió, y se sintió ebrio ante el violento choque con el sol y el espacio.

Instintivamente bajó sus ojos hacia el aspecto humano: el vagabundear de los turistas de la tarde; los cocheros que chismorreaban junto a las cabezas de sus caballos; los mercaderes con sus cajitas de rosarios; los autobuses y los automóviles; los tenues chorros de agua de las fuentes. Una vez más funcionaron los engranajes de la memoria, y Télémond recordó lo que había escrito después de su primera visión del Gran Cañón del Colorado. «Quedo insensible o terriblemente perturbado ante la visión de grandezas naturales, e incluso de algún artefacto espectacular abandonado por sus hacedores. En cuanto el hombre aparece, me siento reconfortado, porque el hombre es el único eslabón trascendente entre el orden físico y el espiritual. Sin el hombre, el Universo es un erial gimiente contemplado por una Deidad invisible…» Si el hombre abandonara incluso el esplendor sin edad de la Piazza de San Pedro, éste decaería y se pudriría hasta convertirse en refugio de cabras, donde las raíces de los árboles crecerían entre las piedras y los animales beberían en los tazones enlodados de las fuentes.

Con nuevos bríos, Télémond caminó a través de la Piazza hacia la entrada de la Basílica, deteniéndose a mirar hacia las habitaciones papales y a preguntarse cómo sería el hombre que las ocupaba. Pronto se hallarían frente a frente, y Jean Télémond tendría que justificar el trabajo de su vida ante el hombre que debía perpetuar la vida de toda la Iglesia. Circulaban ya muchos rumores respecto al nuevo Pontífice y su desafío a los reaccionarios y a los tradicionalistas extremados del Vaticano. Había algunos que veían en él al impulsor de un segundo renacimiento dentro de la Iglesia, un eslabón nuevo e inesperado entre el Oeste lógico y el Este iluminado.

Si los rumores eran verídicos, entonces había alguna esperanza de que Jean Télémond se liberara finalmente de su exilio. Si no lo eran…

En el extremo opuesto de la Piazza se hallaba el palacio del Santo Oficio, donde los Mastines de Dios guardaban el Depósito de Fe. Allí conocían ya a Jean Télémond. Cuando un sacerdote era sometido a sus escrutinios, ya no lo olvidaban más, y todo lo que escribía debía pasar por sus manos antes de publicarse. Todavía estaba allí el cardenal Leone, el de la melena blanca, los ojos fríos y el humor incierto. Era un secreto a voces que Leone no simpatizaba con el padre general de los jesuitas, y que favorecía las opiniones y modalidades de las órdenes más antiguas de la Iglesia. Télémond no pudo comprender los motivos que habían impulsado a Semmering a arriesgarse a disgustar al viejo león trayendo de regreso a Roma a un hombre de opiniones sospechosas.

Tanto dentro como fuera de la Iglesia existían consideraciones de política. Había mentes investigadoras y mentes reacias; tradicionalistas enceguecidos e innovadores demasiado ansiosos; hombres que sacrificaban el orden al crecimiento, y otros que buscaban cambios con tanta osadía, que los atajaban por siglos. Había pietistas obstinados y feroces ascéticos; administradores y apóstoles…, y que Dios asistiese al desdichado que se dejara coger entre las ruedas del molino.

Sólo había un refugio, una decisión, que Télémond había adoptado hacía mucho tiempo. El hombre sólo puede caminar por la senda que ve a sus pies o por aquella que le señala su legítimo superior. Más allá de eso, se halla en manos de Dios… Y el alcance de esas manos es más generoso, y su contacto, más tranquilizador que los de las manos de cualquier hombre.

A pesar de la tibieza del ambiente, Télémond se estremeció y apresuró sus pasos hacia el interior de la Basílica. Sin mirar a derecha ni a izquierda, cruzó la nave sonora hacia el santuario, y se arrodilló durante largo rato, orando en la tumba de Pedro.

En las heladas horas entre la medianoche y el alba, George Faber permanecía despierto, luchando con su nueva situación. A su lado, saciada y tranquila, Chiara dormía como un niño. En todos aquellos meses de amor, nunca había experimentado una pasión tan tumultuosa, un abandono semejante al de esa noche. Todos sus sentidos se exacerbaron, todas las emociones surgieron y se apagaron en una culminación de unión tan intensa, que la propia muerte pareció hallarse a sólo un suspiro de distancia. Jamás se había sentido tan hombre. Nunca se mostró Chiara tan generosamente, mujer. Nunca había sucedido tan rápidamente la palabra a las efusiones de ternura y a los transportes del deseo… Nunca en su vida se había sentido tan súbitamente abrumado por la tristeza del después.

En cuanto terminaron de hacer el amor, Chiara dejó escapar un leve suspiro de

satisfacción, enterró el rostro en la almohada y se quedó dormida. Fue como si lo hubiese abandonado sin previo aviso y sin despedida para embarcarse en un viaje privado; como si habiendo alcanzado los límites del amor, se le dejase solitario para hacer frente a la oscuridad y los terrores de la noche sin fin.

Los terrores fueron más reales de lo que lo habían sido jamás. Alguna vez, en alguna forma, era preciso pagar un placer de tal intensidad. Y sabía, sin género de duda alguno, que sería él quien pagaría. Lo que aquella noche sintió fue un florecimiento primaveral que podría no repetirse, porque su vida se acercaba al fin del verano, al fin de la cosecha, y el recaudador esperaba en la puerta para reclamar su parte.

Para Chiara, la vida era aún su deudora. El pago se había demorado en exceso, y su cuerpo estaba ávido del tributo. Para él, que había traspasado ya la línea de los cuarenta años, el caso era muy distinto. Sabía dónde se ocultaban los rótulos con los precios. Conocía la necesidad que seguía a la viva satisfacción del acto de unión: el ansia de continuidad, la necesidad de hijos nacidos de la semilla derrochada en la lujuria o el amor, la necesidad de un puerto tranquilo y de una mañana de sol tras las tormentas de la noche.

Mientras George meditaba así, Chiara se agitó y se volvió hacia él en busca de su tibieza. Era un gesto ejecutado en sueños, pero más elocuente que las palabras. Hasta su matrimonio con Calitri, Chiara había estado siempre protegida: por padres ricos y afectuosos, por monjas cariñosas, por las tradiciones de su clase. Al fracasar su matrimonio, Chiara encontró otro refugio, y ahora acudía a reposar contra su pecho buscando olvido entre sus experimentados brazos. Mientras George la sujetase en ellos con fuerza, protectoramente, Chiara permanecería a su lado. Pero en cuanto sus brazos aflojaran o su valor disminuyese, se deslizaría hacia otro refugio.

Lo extraño era que Chiara no veía la injusticia de este trato. Había dado a George su cuerpo, su reputación; ¿qué más podía pedirle? Y si George se lo hubiese dicho, no habría comprendido. Casada y madre, Chiara llegaría finalmente a la madurez, pero en su posición actual sería siempre la mujer—niña, en parte encantada con la aventura, en parte temerosa de sus consecuencias, pero sin comprender que la deuda de amor no se pagaba totalmente con la moneda de su carne.

Para la mujer, el delirio amoroso de aquella noche, magnífico, agotador y maravilloso, había sido también una especie de fuga; y George era demasiado viejo, demasiado sabio o demasiado calculador para acompañarla. Instintivamente se volvió, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él, preguntándose al hacerlo por qué la milagrosa unidad de la carne debía durar tan breve tiempo, y por qué, finalmente, los amantes permanecen tan a menudo y durante tanto tiempo como islas en un mar oscuro. La mano inerte de Chiara se atravesaba sobre su cuerpo, sus cabellos rozaban sus labios, su perfume lo rodeaba. Pero el sueño no acudía, y George repasó una y

otra vez la charla que ambos habían mantenido mientras cenaban, cuando repitió a Chiara el consejo de Campeggio, y le explicó adónde podría llevar a ambos este consejo…

Chiara lo había escuchado atentamente, con la barbilla apoyada en las manos, sus ojos oscuros brillantes de ansiedad, intrigada por la perspectiva de una conspiración.

— ¡Por supuesto, querido! Es tan sencillo… ¿Por qué no lo pensamos antes? Tiene que haber muchas personas en Roma que se sientan felices de proporcionar pruebas contra Corrado. Lo único que debemos hacer es encontrarlas.

—¿Conoces a alguna de ellas, Chiara?

—En realidad, no. Corrado siempre fue discreto conmigo. Pero si hablamos con diversas personas, seguramente llegaremos a conseguir una lista de nombres.

—Eso es justamente lo que no debemos hacer —dijo Faber firmemente—. No hay que hablar con nadie. Si llega a saberse lo que estamos haciendo, será el fin. ¿No comprendes? Estamos en medio de una conspiración.

—George, querido, no seas tan melodramático. Sólo estamos intentando que me hagan justicia. Y eso seguramente no puede llamarse conspiración, ¿verdad?

—Tiene mucha semejanza. Y para la Iglesia y la ley civil significa casi lo mismo. Sólo hay dos cosas que podemos hacer: emplear un investigador profesional o conducir yo mismo la investigación. Si usamos un detective, me costará más de lo que puedo pagar, y al final podría traicionarme ante tu marido. Si lo hago personalmente… me comprometo hasta el cuello.

Chiara lo miró con ojos muy abiertos e inocentes.

—¿Tienes miedo, George?

—Sí.

—¿De mi marido?

—De su influencia, sí.

—¿Quieres casarte conmigo, amor mío?

—Bien lo sabes. Pero cuando nos casemos tendremos que vivir. Si pierdo mi reputación en Roma, ya no podré trabajar más aquí. Tendríamos que regresar a los Estados Unidos.

—No me importaría… Y, además, ¿has pensado en mi propia reputación? Y no te la he echado en cara, ¿no es así?

— ¡Por favor, Chiara! Trata de comprender que éste no es un problema de moral, es un problema de autoridad, de situación profesional…, del prestigio del cual vivo. Si se me tilda de chantajista…, ¿dónde podré comenzar otra vez? Estamos cara a cara con los dos niveles de conducta, mi amor. Puedes dormir con quien quieras, puedes hacer millones explotando a los pobres. Pero si das un cheque sin fondos por diez dólares o infringes el código de ética profesional, estás muerto y sepultado sin apelación. Así es el mundo. Haz lo que quieras, coge lo que quieras, pero si

tropiezas…, ¡que Dios te ayude! Y a eso es a lo que tendremos que enfrentarnos.., juntos.

—Si yo no tengo miedo, George, ¿por qué habrías de tenerlo tú?

—Necesito estar seguro de que sabes lo que se halla en juego.

—Ignoro si sabes realmente lo que está en juego para mí. Las mujeres necesitamos el matrimonio, George. Necesitamos tener un hogar e hijos, y un hombre que nos pertenezca. Lo que tenemos es maravilloso, pero no basta. Y si tú no luchas por nuestro matrimonio, George, ¿qué puedo hacer yo?

Allí estaba el desafío que lo había llevado a los brazos de Chiara; un desafío a su virilidad, un desafío a la única locura en la cual no había caído jamás: la de considerar que el amor bien valía un mundo. Pero George Faber era un hombre de su propio mundo. Se conocía demasiado bien para creer que podía vivir sin ese mundo. Había hecho el gesto heroico, sí, había lanzado su gorra contra los molinos de viento, pero cuando llegara el momento de atacarlos con lanza y espada, ¿cuál sería su aspecto? ¿El del caballero de la armadura resplandeciente con una prenda de su dama en el yelmo…? ¿O un Quijote envejecido sobre un rocín flaco, objeto de mofa para hombres y ángeles?

Valerio, cardenal Rinaldi, se hallaba sentado en la terraza de su villa y veía declinar el día hacia el mar. Los pliegues de la tierra ostentaban mil sombras purpúreas, los cerros mostraban destellos de oro y bronce, y los tejados de la aldea y de la granja brillaban bermejos en el resplandor del atardecer. Una leve brisa acariciaba la tierra, llevando el perfume de lilas y rosas y el aroma del heno recién cortado. Risas infantiles provenientes del jardín inferior recordaron al cardenal que entre los mármoles órficos jugaba la hijita de su sobrina.

Era ésta la hora más hermosa: la hora entre el día y la oscuridad, cuando el ojo descansaba de la dureza del sol y el espíritu no caía aún en la melancolía del crepúsculo. Las cigarras permanecían quietas, y los grillos no comenzaban aún su lastimero chirriar. Rinaldi cogió el libro que yacía en su regazo y comenzó a leer los retorcidos caracteres griegos que escondían las mágicas palabras de Eurípides:

¡Oh ese tranquilo jardín en el mar del Oeste
donde las hijas de la tarde cantan
bajo el manzano dorado;
donde el marino audaz al vagar
descubre que el Dios del Océano ha obstruido
su sendero hacia el Oeste sobre el irreal púrpura!
¡Donde el colosal Atlas vive para guardar

las solemnes fronteras del cielo!
Donde las fuentes palaciegas de Zeus su ambrosía divina manan.
¡Mientras la tierra sagrada reúne sus frutos de sabores exóticos
para bendecir la fiesta inmortal con generosa abundancia!

Rinaldi era un hombre afortunado, y lo sabía. Eran pocos los que llegaban a la eminencia y sobrevivían a ella con el corazón sano y buena digestión, para gozar del jardín tranquilo en el cual cantaban las hijas de la tarde. Pocos en su profesión podían escuchar voces de niños en su propio huerto, verlos apretujarse sobre sus rodillas pidiendo cuentos, darles un beso y la bendición de un viejo sacerdote al enviarlos al lecho.

Rinaldi conoció a algunos que murieron prematuramente. Otros sobrevivían dolorosamente, con ojos nublados, o miembros temblorosos, o lentos cánceres, mantenidos por la caridad de la Iglesia. Algunos llegaban a la senilidad o a la pobreza de bienes y de espíritu. Pero él se sentaba aquí, en el esplendor de un día que declinaba, próspero, independiente, el último de los principescos cardenales de la Iglesia. Tenía pocos remordimientos, porque el remordimiento siempre le había parecido una vanidad ajena a su naturaleza. Estaba preparado para su retiro; y preparado también por su mente inquisitiva y estudiosa, y una diversidad de amistades e intereses. No temía a la muerte, porque en el curso normal de la vida aún estaba lejos, y porque había vivido una vida ordenada, invirtiendo sus talentos como mejor supo en el servicio de la Iglesia.

Y, sin embargo, a veces, en la hora crepuscular, en las noches desveladas de los ancianos, o cuando observaba a los campesinos inclinados sobre los labrantíos de su pertenencia, acudía a su mente una pregunta punzante: ¿por qué tengo tanto? ¿Por qué he recibido tanto, cuando otros tienen tan poco? ¿O es ésta una ironía divina que sólo comprenderemos en la eternidad?

El viejo Eurípides había hecho la misma pregunta, y su respuesta no había sido mejor:

Vagan sobre las olas, visitan ciudades extrañas
buscando un mundo de riquezas,
todos igualmente seguros de lograrlas; pero
la visión de un hombre pierde el momento afortunado,
otro encuentra la fortuna en su regazo.

Y había aún otra pregunta. ¿Qué hacía uno con estos frutos de la vida? ¿Tirarlos, como el hermano Francisco, y recorrer el mundo entonando alabanzas a la Señora Pobreza? Ya era demasiado tarde para eso. La gracia del abandono había pasado junto a él, si es que alguna vez le había sido realmente ofrecida. Ahora estaba uncido a la

carrera que había forjado.

No era codicioso ni pródigo. Estaba educando a los hijos de su hermana y a un par de estudiantes necesitados, que serían sacerdotes. Cuando muriese, la mitad de su fortuna pasaría a su familia; la otra mitad, a la Iglesia. El Pontífice había aprobado sus disposiciones. ¿Qué podía reprocharse entonces? Nada, aparentemente, excepto cierta mediocridad de espíritu, la necesidad de su naturaleza de obtener lo mejor de ambos mundos. Y, sin embargo, Dios los había hecho a ambos, al visible y al invisible, para habitación y beneficio del hombre. Y también había hecho al hombre, y estaba en la naturaleza de Su misericordia el no exigir más que una justa retribución de los talentos que había concedido a cada ser.

Sabiamente, Valerio Rinaldi no se regocijaba libremente en su buena fortuna. Pero no podía llorar, porque no tenía motivos. De manera que suspiró levemente mientras las sombras se cernían sobre la Tierra y continuó leyendo la historia de Hipólito, el hijo de Teseo:

¡Penetrar en las tinieblas! ¡Dejadme morir,
y pasar al mundo bajo tierra, en la triste oscuridad!
Desde que tú, la más querida, no estás ya a mi lado.
Y la muerte que has dado es más cruel que la muerte
que te ha tragado.

Cuando llegó, por fin, el crepúsculo, Rinaldi cerró su libro y entró para recitar las oraciones vespertinas con los miembros de su casa, y prepararse luego para cenar con el cardenal Leone.

El inquisidor de blancos cabellos pareció tan áspero y gruñón como de costumbre, pero se suavizó instantáneamente al entrar las niñas. Y cuando éstas inclinaron las tres cabecitas morenas para recibir su bendición, sus ojos se nublaron y sus manos temblaron al posarlas sobre sus frentes. Cuando las chiquitinas retrocedieron respetuosamente, las atrajo hacia él y habló con la gravedad de un abuelo sobre sus lecciones y sus muñecas, y del trascendental acontecimiento que significaba una visita al zoológico. Rinaldi sonrió secretamente al ver domesticado al león con tanta facilidad. Se sorprendió aún más cuando el hombre que custodiaba tantos misterios armó torpemente un rompecabezas y rogó que dejasen a las niñas con él hasta terminarlo.

Cuando, finalmente, las chicas abandonaron la habitación y se anunció la cena, Leone parecía curiosamente sumiso. Dijo gravemente:

—Usted es un hombre afortunado, Rinaldi. Esto es algo que debería agradecer a Dios todos los días de su vida.

—Lo agradezco profundamente —dijo Rinaldi—. Me perturba haber hecho tan poco para merecer mi felicidad.

—Goce de ella, amigo mío. Es la más pura que conocerá jamás. —Y luego añadió unas palabras conmovedoras—. Cuando estaba en el seminario, uno de mis viejos maestros decía que cada sacerdote debería recibir un niño a quien criar durante cinco años. Entonces no comprendí lo que quería decir. Ahora sí.

—¿Tiene usted parientes? —preguntó Rinaldi.

—Ninguno. Antes pensaba que los sacerdotes no los necesitábamos. Esa es una ilusión, por supuesto… Uno se siente tan solitario con sotana como sin ella. —Gruñó y esbozó una sonrisa triste—. ¡Bah! Todos nos ponemos sentimentales cuando nos hacemos viejos.

Cenaron solos, como convenía a dos príncipes, hombres cargados con los más pesados secretos de la Iglesia. Los servía un sirviente anciano, que se retiraba luego de cada plato, para que los cardenales pudieran conversar libremente. Leone parecía curiosamente conmovido por su encuentro con las niñas, y mientras pinchaba abstraídamente el pescado con el tenedor, volvió otra vez a los problemas de la vida célibe.

—Usted sabe que todos los años coleccionamos algunos casos en el Santo Oficio; sacerdotes que tienen líos con mujeres, turbias relaciones entre maestros y alumnos y protestas por insinuaciones de sacerdotes en el confesionario. Es inevitable, por supuesto. En todos los cestos hay manzanas podridas, pero a medida que envejezco, me siento menos seguro de la forma en que hay que tratarlas.

Rinaldi asintió con la cabeza. También había prestado servicios como comisionado del Santo Oficio, y estaba al corriente de sus diversas deliberaciones.

Leone continuó:

—En este momento tenemos un caso muy lamentable, que afecta a un sacerdote romano y a una joven de su congregación. Las pruebas son asaz concluyentes. La muchacha está encinta, y hay posibilidades de escándalo público. Me sentí obligado a poner este asunto en conocimiento del Padre Santo.

—¿Cómo lo tomó?

—Con más calma de la que yo esperaba. El sacerdote en cuestión ha quedado suspendido de sus funciones, por supuesto; pero Su Santidad ha ordenado que se le someta a un examen médico y psiquiátrico antes de adoptar la decisión definitiva… Un paso desusado.

—¿Está usted en desacuerdo con él? —preguntó Rinaldi inquisidoramente.

—Tal como se me planteó la situación —dijo Leone pensativamente—, no me encontré facultado para opinar contrariamente. Su Santidad indicó que, hiciese lo que hiciese un sacerdote, era siempre un alma extraviada que necesitaba ayuda; que castigar no era suficiente; que debíamos ayudar a ese hombre para que enmendase su falta y su vida. Continuó diciendo que la investigación moderna había demostrado que muchas aberraciones sexuales tenían su origen en alguna enfermedad real de la

mente, y que la vida célibe planteaba problemas especialísimos a los seres de tendencias psicóticas… Las disposiciones de los cánones sobre este punto son cautas, pero no prohibitivas, por supuesto. Un sacerdote puede buscar o recibir tratamiento psiquiátrico sólo en casos graves y con la autorización del obispo. Sobre esta materia, la autoridad del Padre Santo es suprema.

—Aún no me ha dicho si estuvo usted de acuerdo con la decisión de Su Santidad —dijo Rinaldi con su voz suave e irónica.

Leone rió.

—Lo sé, lo sé. Tengo una mala reputación. Para la Iglesia en general aún soy el Gran Inquisidor, dispuesto a purgar el error en el potro y el fuego… Pero no es así. En estas materias siempre me veo en un dilema. ¡Tengo que cuidar tanto de no dañar la disciplina…! Y siempre me veo desgarrado entre la compasión y mi deber de cumplir con la ley… Conocí a ese sacerdote. Es una criatura atribulada, desolada. Podemos quebrantarlo con una palabra, y con esa misma palabra lanzarlo por el camino de la condenación. Por otra parte, están la mujer y el niño que ha de nacer.

—¿Qué dijo Su Santidad acerca de ello?

—Quiere que el niño sea pupilo de la Iglesia. Quiere que la muchacha reciba una dote y un empleo. Y aquí está otra vez el problema del precedente. Pero admiro la actitud del Padre Santo, aunque no sé si puedo estar totalmente de acuerdo con ella. Tiene el corazón blando… El peligro estriba en que sea demasiado blando para el bien de la Iglesia.

—Ha sufrido más que nosotros. Tal vez tenga más derecho que nosotros a confiar en su corazón

—Lo sé. Desearía que confiase algo más en mí

—Sé que confía en usted. —Rinaldi estableció este punto con firmeza—. Sé que siente gran respeto por usted. ¿Ha actuado de alguna forma el contra suya?

—Aún no. Creo que la verdadera prueba está todavía por llegar.

—¿Qué quiere decir?

Leone miró astutamente a su anfitrión.

—No me diga que no lo ha oído. El padre general de los jesuitas ha traído de regreso a Roma a ese Télémond. Y ha dispuesto que hable en presencia del Papa durante la festividad de San Ignacio de Loyola.

—Lo sé. Estoy invitado a asistir. No creo que signifique mucho. Télémond es un distinguido hombre de ciencia. Me parece natural que Semmering desee rehabilitarlo y proporcionarle un mayor campo de acción dentro de la Iglesia.

—Creo que es un paso calculado —dijo Leone categóricamente—. Semmering y yo no nos tenemos gran simpatía. Sabe que las opiniones de Télémond aún se contemplan con sospecha.

—¡Vamos, vamos, mi querido amigo! Ha tenido veinte años para revisarlas, lo

que no demuestra precisamente un espíritu rebelde. ¿No se sometió cuando se le impuso silencio? Ni siquiera el Santo Oficio puede negarle la oportunidad de plantear nuevamente su posición.

—La ocasión es demasiado pública. Demasiado simbólica, si usted quiere. Creo que Semmering ha cometido una indiscreción.

—¿Qué es lo que teme realmente, amigo mío? ¿Una victoria de los jesuitas?

Leone gruñó y sacudió su blanca melena.

—Bien sabe que no es así. Los jesuitas llevan a cabo la obra de Dios, como lo hacemos nosotros, a su manera.

—Entonces, ¿qué?

—¿Conoce a Jean Télémond?

—No.

—Yo sí. Es un hombre encantador y, creo, de singular espiritualidad. Me parece que puede causar una impresión favorable al Padre Santo. Creo que es lo que espera Semmering.

—¿Y eso le parece pernicioso?

—Podría serlo. Si obtiene la protección del Pontífice, tendrá mayor libertad para promulgar sus opiniones.

—Siempre estará allí el Santo Oficio para dirigirlas.

—Es más difícil actuar contra un hombre que se halla bajo la protección papal.

—Creo que está usted basándose en dos premisas que no tienen fundamento: que Télémond logrará la protección papal, y que usted tendrá que actuar contra él.

—Debemos estar preparados para lo que pueda suceder.

—¿No hay ningún medio más sencillo? ¿Por qué no hablarlo ahora con el Padre Santo?

—¿Y qué puedo decirle? ¿Qué desconfío de su prudencia, y que debe confiar más en mí?

—Ya veo que resultaría difícil —rió Rinaldi, y pulsó el timbre para que les trajesen el plato siguiente—. Le daré un consejo. Tranquilícese. Goce de la cena y deje que el asunto se desenvuelva por sí solo. Ni siquiera el Santo Oficio puede obrar con tanto beneficio para la Iglesia como el Espíritu Santo…

Leone sonrió amargamente y se dedicó al asado.

—Me estoy haciendo viejo, amigo mío, viejo y testarudo. No me puedo acostumbrar a la idea de que un muchacho de cincuenta años lleve la triple corona.

Rinaldi se encogió de hombros con ademán muy romano.

—Creo que la tiara le cae perfectamente. Y en la Fe no hay nada que prescriba que la Iglesia debe ser una gerontocracia, un gobierno de ancianos. Ahora tengo tiempo para pensar, y me he convencido de que no siempre la edad nos hace más sabios.

—No me interprete mal. Veo lo bueno que este hombre nos trae. Avanza como un verdadero pastor entre su rebaño. Visita hospitales y prisiones. El domingo pasado, por increíble que parezca, escuchó tres sermones en tres diferentes iglesias romanas… para saber qué tipo de prédicas se pronuncian en nuestros púlpitos.

—¿Obtuvo una buena impresión?

—No —dijo Leone con acre humor—. Y no se reservó su opinión. Habló de «retórica pomposa» y de «vaga devoción». Creo que oiremos algo al respecto en la encíclica que está preparando ahora.

—¿Está terminada ya?

—Aún no. Sé que está trabajando en la primera versión rusa… Tal vez nos llevemos algunas sorpresas… —Rió tristemente—. Yo ya he tenido algunas. Su Santidad desaprueba el tono de ciertas proclamas del Santo Oficio. Opina que son demasiado secas, demasiado duras. Quiere que nos abstengamos de la condenación expresa, especialmente de personas, y que adoptemos un tono más bien de amonestación y advertencia.

—¿Explicó por qué?

—Con toda claridad. Dijo que debíamos permitir cierta libertad de movimientos a los hombres de buena voluntad, aun cuando estén en un error. Debemos señalar el error, pero no debemos cometer la injusticia respecto a las intenciones de quienes lo cometen.

Rinaldi se permitió una breve sonrisa.

—Ahora veo por qué le preocupa Jean Télémond.

Leone desestimó la chanza y gruñó:

—Me siento inclinado a convenir con Benedetti. Este hombre es un reformador. Quiere barrer todas las estancias al mismo tiempo. Creo que ha hablado de una reforma de la Rota, de cambios en la enseñanza de los seminarios, e incluso de comisiones separadas que representen a las diversas iglesias nacionales en Roma.

—Eso podría ser un paso muy conveniente —dijo Rinaldi, meditabundo—. Creo que todos en Roma sabemos que hemos centralizado en exceso.

Vivimos tiempos convulsionados, y si hay otra guerra, entonces las Iglesias del mundo estarán mucho más aisladas de lo que lo han estado jamás. Cuanto antes puedan desarrollar una vida local vigorosa, mejor para la Fe.

—Si hay otra guerra, amigo mío…, puede muy bien ser el fin del mundo.

—Gracias a Dios, las cosas parecen más tranquilas por el momento.

Leone sacudió la cabeza.

—Esta calma es engañosa, creo yo. La presión sube, y me parece que antes de finalizar el año veremos una crisis. Goldoni me lo decía ayer. Está preparando un informe especial para el Pontífice.

—Me gustaría saber —dijo Rinaldi suavemente— qué aspecto adquiere la crisis

para un hombre que ha vivido durante diecisiete años a la sombra de la muerte.

Para Cirilo el Pontífice la crisis adquiría una variedad de aspectos.

La vio primero en microcosmos, en el campo de batalla de su propia alma. En el nivel más bajo, el nivel en el cual había vivido en la litera de la prisión, existía el simple impulso de la supervivencia: el esfuerzo desesperado por aferrarse a ese débil destello de vida que, una vez extinguido, no volvería a encenderse jamás. Sólo había una infusión de vida en el frágil recipiente del cuerpo. Y si ese recipiente se quebraba, no se reharía hasta el día de la última restauración, de manera que con la infusión de la vida iba también infundido el instinto de conservarla a toda costa contra lo que la amenazase, o pareciera amenazarla, desde dentro o desde fuera.

Cada animal contiene en sí mismo un mecanismo de supervivencia. Sólo el hombre, el último y el más noble miembro del reino animal, comprende, aunque oscuramente, que el mecanismo falla finalmente y que tarde o temprano debe ejecutar un acto consciente de abandono del don de la vida en manos del Creador, que se lo ha dado inicialmente. Éste es el acto para el cual la vida es una preparación; rehusarlo es incurrir en la rebelión última, de la cual no hay retractación.

Y, sin embargo, cada día de la vida de todos los hombres es una serie de pequeñas rebeliones contra el temor a la muerte, o de victorias esporádicas de esperanzas en lo invisible. Incluso Cirilo, Vicario de Dios en la Tierra, no podía retroceder ante la lucha diaria. El impulso de supervivencia tomaba muchas formas: el amor al poder, que daba al hombre la ilusión de inmortalidad; el temor a la oposición, que podía limitar esta ilusión; el deseo de amistad para afianzar el cuerpo débil y el espíritu vacilante; el instinto de acción que reafirmaba la potencia del hombre contra las circunstancias amenazantes; el deseo de poseer lo que finalmente habrá de abandonar; la cobardía que lo empuja hacia el aislamiento, como si así pudiese cerrar todas las brechas contra la invasión última de la muerte. Incluso para el Pontífice, de quien se presumía mayor proximidad a Dios, no había garantías de victoria sobre sí mismo. Cada día traía su cuota de claudicaciones, de las cuales era necesario arrepentirse para purgarlas en el tribunal de las penitencias.

Pero, ¿qué sería de otros hombres menos inspirados, mucho más vulnerables, mucho más oprimidos por el terror a la extinción corporal? Sobre ellos, las presiones de la existencia se acumulaban con dureza día a día, provocando una tensión casi insoportable. Para ellos, Cirilo tendría que hallar en sí mismo fortaleza que prestarles y caridad que darles, para evitar que se derrumbasen sin remedio bajo su carga, o se volviesen y se despedazaran unos a otros en una guerra salvaje, que los aniquilaría con mayor rapidez que la muerte misericordiosa de la cual escapaban.

Éste era el otro aspecto de la crisis que Cirilo leía en cada informe que aparecía sobre su mesa de trabajo, en cada periódico y en cada boletín que caía bajo sus ojos.

Cuando se lanzaba un hombre en su cápsula hacia una nueva dimensión de espacio y tiempo, el mundo se regocijaba como si debiese regresar con una promesa de eternidad en el bolsillo.

Cuando se anunciaba un nuevo programa de armamento, parecía que quienes lo propiciaban escribían con una mano un nuevo beneficio en el mercado de valores, mientras con la otra inscribían su propio epitafio.

Cada trabajo económico traía ventajas a sus signatarios, y cierta injusticia a los excluidos.

Las poblaciones de Oriente y de África estallaban en nuevas magnitudes y, sin embargo, los hombres confiaban en islas de color o de raza, como si por derecho divino hubiesen sido elegidos para un paraíso terrenal.

Cada nueva victoria sobre la enfermedad agotaba proporcionalmente los decrecientes recursos del planeta. Cada avance científico era otro parche en la raída capa con que el hombre protegía su cuerpo del viento helado de la disolución.

Y, sin embargo… Sin embargo, ésta era la naturaleza del hombre. Éste era el método histórico de su progreso: pasos sobre la cuerda floja hacia un destino percibido vagamente, pero sentido con profundidad. La Iglesia estaba en el mundo, aunque no pertenecía a él, y su función consistía en mantener la verdad en alto, como una lámpara para iluminar la playa lejana a la cual llegaría finalmente el hombre.

De modo que Cirilo el Pontífice, cogido como todos sus semejantes en el dilema humano, se hallaba sentado ante su escritorio y buscaba en las palabras formales de su Secretario de Estado las sombras de la inminente tormenta.

«El eje de la situación actual es China. Los informes dignos de mayor crédito indican que el programa agrícola ha fracasado otra vez, y que la cosecha de este verano será escasa, lo que significará inevitablemente que se produzca una presión militar hacia las zonas arroceras del Asia sudoriental después de los próximos monzones. Se están activando ya los entrenamientos militares, y todos los días recibimos informes acerca de medidas represivas contra elementos desafectos al régimen. Nuestra propia gente está sufriendo nuevas campañas de vigilancia y de abierta persecución.

»En Estados Unidos, la recesión económica ha amainado, pero ello se debe en gran medida a un aumento en el programa de armamentos militares. Nuestras fuentes en los Estados Unidos nos informan que cualquier nueva expansión china hacia Birmania, Indochina o Siam crearía un inmediato peligro de guerra…

»En Bonn y en París se habla ahora de que Francia y Alemania participarán en un programa conjunto para el desarrollo de armas atómicas. Ésta es una consecuencia lógica de su posición de miembros principales del bloque europeo, pero resulta evidente que será considerada una abierta amenaza para Alemania Oriental y Moscú…

»Hemos esperado durante algún tiempo que el temor ruso a los chinos redundara en un mejoramiento de las relaciones de Rusia con el Occidente, pero esta situación introduce un elemento nuevo y contradictorio.

»Parecería oportuno que Su Santidad, clara y oportunamente, hiciese algún comentario acerca de los peligros de esta nueva carrera de armamentos, que encuentra su justificación en el fortalecimiento de la alianza occidental contra el comunismo.

»Es difícil imaginar cómo hacerlo, pero si pudiésemos ponernos en contacto con el Presidium, en el Kremlin, e introducirnos como elemento mediador en las relaciones entre Oriente y Occidente, el momento actual sería el más indicado. Desgraciadamente, nuestra oposición a las doctrinas del comunismo es fácilmente interpretable como una alianza política con el Occidente. Hemos impartido instrucciones a nuestros legados y nuncios en todo el mundo, recomendándoles acentuar, tanto en público como en sus conversaciones con personalidades políticas, los peligros de la actual situación.

»Como Su Santidad sabe, ahora mantenemos relaciones cordiales con representantes de la Iglesia Ortodoxa y con miembros eminentes de otras organizaciones cristianas. Podemos esperar confiadamente su cooperación en esta materia. Sin embargo, la creación de un clima moral queda siempre rezagado tras la creación de un clima político, y debemos afrontar el hecho de que los próximos seis o doce meses pueden llevar al mundo hasta el umbral de otra guerra…

»En África…»

Cirilo el Pontífice dejó el informe y se cubrió los fatigados ojos con las palmas de las manos. Ésta era la lucha por la supervivencia humana en el macrocosmos. Los chinos querían una escudilla de arroz. Los rusos, mantener las comodidades de la civilización, con las cuales comenzaban a familiarizarse. Era preciso mantener trabajando a ciento ochenta millones de americanos, so pena de que la precaria economía de consumo se derrumbara. Francia y Alemania, despojadas de sus colonias, tenían que mantener su influencia en la comunidad europea de naciones.

«Lo que tenemos lo guardamos, porque es nuestro, porque lo hemos ganado. Todo lo que nos hace crecer es bueno. Todo lo que nos disminuye es un1 amenaza… La ley de la jungla… Supervivencia de los más aptos… No hay moral en la política…»

Pero reducida a sus términos esenciales, la supervivencia, incluso de los individuos, no era nunca una ecuación simple. La definición de derechos y deberes había ocupado a los teólogos y juristas durante los dos mil años del ministerio cristiano, y durante miles de años anteriores. Una cosa era establecer la ley, pero aplicarla, hacer que los diversos millones que formaban la Humanidad la viesen con los mismos ojos, reconocerla como decreto divino…, todo ello era aparentemente una

imposibilidad absoluta. Pero existía la promesa. «Si se me exalta, Yo atraeré todas las cosas a mí.» Y sin la promesa no quedaba asidero para la razón en el Universo. Si uno no creía que la órbita giratoria de la Tierra se mantenía a salvo por la continuidad de un acto creador, haría bien en desesperar y desear su disolución en el fuego, para hacer lugar a otro mundo mejor.

Una vez más, su memoria se deslizó, por una tangente, hacia la conversación que había mantenido diez años antes con Kamenev.

«La diferencia entre usted y yo, Cirilo, estriba en que yo estoy dedicado a lo posible, mientras usted está dedicado a una insensatez… "Dios desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad." Eso es lo que usted predica, ¿verdad? Pero usted sabe que eso es una locura… No sucede así. No sucederá. No puede suceder. ¿Qué es su cielo sino una zanahoria para hacer trotar al burro? ¿Qué es su infierno sino un montón de desperdicios donde van a parar todos sus fracasos…, fracasos de Dios, amigo mío? Y usted dice que Dios es omnipotente. ¿Y después? ¿Viene usted conmigo a la búsqueda del pequeño posible, o va tras el gran imposible…? Sé lo que quiere decirme: Dios lo hace todo posible. ¿No comprende? En este momento yo soy Dios para usted, porque ni siquiera puede moverse de esa silla sin que yo lo ordene… ¡Tome! Dios le hace un pequeño obsequio. Un cigarrillo…»

Y Cirilo recordaba que había aceptado el cigarrillo y se lo había fumado, agradecido, mientras su mente fatigada luchaba con la paradoja que Kamenev le había sometido: ¿La pequeña ganancia o la gran pérdida? ¿Cuál? ¿La sabiduría limitada o la locura monstruosa? Había elegido la locura, y lo habían confinado nuevamente a los trajes listados, al hambre y a la soledad, para extirparla de él.

Y ahora la paradoja había dado un vuelco. Kamenev se encontraba en una situación imposible de resolver, mientras Cirilo, el prisionero abyecto, representaba a Dios, para quien todas las cosas eran posibles.

Durante largo rato consideró Cirilo el gigantesco humor de la situación. Luego alzó el auricular del teléfono y llamó a Goldoni en la Secretaría de Estado.

—Estoy leyendo su informe. Me ha impresionado grandemente. Le estoy muy agradecido. Y también, muy preocupado. Y ahora, dígame algo… Si yo deseara enviar un mensaje al Primer Ministro ruso, un mensaje privado, ¿cómo podría hacerlo?

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

…He sido afortunado al mantener cierto sentido del humor, o me hubiese visto

abrumado hasta la locura por las consecuencias de mis actos más triviales. Cuando un hombre de mi posición hace la pregunta más insignificante, todo el Vaticano se agita como nido de pájaros. Si hago el menor movimiento, se diría que estoy intentando remover los cimientos del mundo. Sólo puedo hacer lo que me parece bueno, pero siempre hay veinte personas con otras tantas razones para justificar mi inmovilidad… Y sería un necio si no escuchase al menos sus opiniones.

Cuando propuse a Goldoni mi deseo de hacer un recorrido pastoral por toda Italia y observar in situ los problemas de mi clero local, aquél quedó horrorizado. No se había hecho nada semejante en siglos. Crearía dificultades con el Gobierno italiano. Suscitaría sabe Dios qué problemas de protocolo y de logística y de ceremonia local. Me recordó que yo era un príncipe y que al requerir mi presencia honores principescos, impondría privaciones a regiones pobres y arruinadas. Sobre este punto tuve que mostrarme firme y decirle que ante todo soy pastor, sucesor de un pescador ejecutado como criminal común en la Ciudad de los Emperadores. Aun así, todavía no hemos convenido cómo y cuándo haré este viaje; pero estoy decidido a efectuarlo pronto. También quiero hacer otros viajes. Quiero cruzar las fronteras de Europa y los océanos del mundo para ver a mi pueblo: dónde y cómo vive, y las cargas que soporta en su jornada hacia la eternidad… Sé que éste es un proyecto de difícil ejecución. Implica oposición de los Gobiernos, un riesgo para mí y para la administración de la Santa Sede… Pero creo que restablecería como ningún otro acto la misión apostólica del Pontífice… Por el momento, sin embargo, tengo un asunto más apremiante que resolver: establecer y mantener contacto personal con Kamenev.

Inmediatamente después de mi llamada telefónica, Goldoni acudió apresuradamente, desde la Secretaría de Estado, para hablarme. Es un hombre hábil, con mucha práctica en la diplomacia, y respeto grandemente su opinión. Su primer consejo fue negativo. No podía imaginar una base posible de comunicación con aquellos que predican una herejía atea y que se dedican a una activa persecución de los fieles… Agregó también que todos los miembros del Partido comunista quedan automáticamente excomulgados por la Iglesia. No pude dejar de decirle que en el siglo xx, la excomunión era un arma sin filo y posiblemente muy anticuada… Entonces me advirtió muy sensatamente que incluso un diálogo privado con el Kremlin podría constituir una afrenta diplomática a los Gobiernos occidentales.

No pude rebatirlo, pero me obsesiona el convencimiento de que la misión primordial de la Iglesia es pastoral y no diplomática. Enseñé a Goldoni la carta que me escribió Kamenev, y comprendió mi ansiedad por iniciar algún tipo de conversación. Sin embargo, Goldoni me hizo otra advertencia: cualquier paso que yo dé puede ser interpretado como señal de debilidad y convertirme en arma

propagandística de los comunistas…

Desde luego, Goldoni tiene razón; pero no creo que la tenga totalmente. La verdad tiene su propia virtud; la buena acción tiene su propia virtud, y no podemos desestimar jamás el poder fructificador del Todopoderoso…

Nunca he creído que todos los que llegan a Roma tengan que llegar a ella por la Via de Canossa. Creo que éste ha sido uno de nuestros errores históricos. El buen pastor busca las ovejas perdidas y las lleva a casa sobre sus hombros. No pide que regresen arrastrándose, con el rabo entre las piernas y llenas de remordimientos, y con un cordón de penitente alrededor del cuello… Fue san Agustín quien dijo: «Se requiere una mente grande para construir una herejía.» Y hay mentes nobles y espíritus nobles que no reciben el don de la Fe y para quienes la salvación llega mediante la gracia gratuita de Dios. Con todos ellos debemos tratar con paciencia, tolerancia y caridad fraternal, sintiéndonos siempre humildes al considerar la misericordia gratuita de Dios respecto a nosotros. Para ellos debemos ejercer en forma especial el ministerium de la Fe y no insistir con excesiva dureza en su magistratura.

Así, Goldoni y yo llegamos, finalmente, a un compromiso. Trataríamos de hacer llegar un mensaje a Kamenev, para decirle que he recibido su carta y que mis sentimientos hacia él y hacia su pueblo son en extremo cordiales. El problema, por supuesto, estaba en la forma de hacer llegar el mensaje, pero, con su sutileza habitual, Goldoni propuso una solución bastante graciosa. Un diplomático sudamericano que tiene contactos sociales con el Kremlin buscará una oportunidad para hablar en un cóctel con el Primer Ministro y decirle que un amigo suyo desearía hablar más del cultivo de los girasoles… Así, ni él ni yo nos veremos comprometidos, y Kamenev deberá dar el próximo paso. Dios sabe adónde conducirá ese paso, pero debo orar y aguardar esperanzado…

Es curioso, pero me perturba más profundamente un caso del Santo Oficio que me ha dado a conocer Leone: un sacerdote acusado de hacer requerimientos en el confesionario, y que ahora está en peligro de verse citado en un juicio civil de supuesta paternidad… Este tipo de escándalos es esporádico en la Iglesia, desde luego, pero me angustia el espectáculo de un alma presa de una enfermedad mortal.

Hay hombres que jamás deben ser sacerdotes. El sistema de preparación en los seminarios está dispuesto para filtrar los candidatos inadecuados, pero siempre hay algunos que se deslizan a través de la red. Hay algunos cuya única esperanza de una vida fructífera y normal radica en el matrimonio, mas la disciplina de la Iglesia occidental impone a todos los sacerdotes un celibato perpetuo.

Mis facultades de Pontífice me permiten dispensar a este desdichado de su votos y permitirle contraer matrimonio. Mi corazón me impulsa a hacerlo, pero no

me atrevo. Sería crear un precedente que podría dañar irreparablemente la disciplina clerical y una tradición que tiene sus raíces en las enseñanzas de Cristo acerca del estado de virginidad consagrada.

Tengo el poder de hacerlo, sí, mas debo usarlo para construir y no para demoler lo que ha sido confiado a mis manos. Sé que puedo estar aumentando el peligro de condenación para esa alma desdichada. Quiero obrar hacia ella con suma misericordia, pero no me atrevo a poner en peligro a diez mil almas por una sola…

Las llaves del Reino están en mis manos, mas no las poseo totalmente. Me han sido confiadas según la ley… Hay ocasiones, y ésta es una de ellas, en las cuales desearía poder cargar sobre mis hombros los pecados del mundo y ofrecer mi vida en expiación por ellos. Pero sé que soy sólo un hombre, y que la expiación se consumó ya en el Calvario. A través de la Iglesia distribuyo los frutos de la redención. No puedo cambiar el pacto de Dios con el hombre, que gobierna esta distribución…

Es tarde, y mi carta a la Iglesia aún está inconclusa. Esta noche trabajo sobre el texto «Una generación escogida, un sacerdocio real». El sacerdote es sólo un hombre, y tenemos algunos breves años para prepararlo para la carga de la realeza… A aquellos que se tambalean bajo su peso, debemos extender el amor maternal de la Iglesia. Para ellos debemos invocar la protección de la Virgen, Madre de todos los hombres…

La noche está tibia. El verano llega, pero hay seres que caminan en un invierno perpetuo, perdidos y solitarios… Quiera Dios que no frustre yo sus esperanzas, puesto que he sentido el invierno en mis huesos y he llorado de noche, pidiendo amor, en una prisión sin amor…

Capítulo 6

La princesa María Catarina Daría Poliziano era una mujercilla canosa que admitía setenta y cinco años y que estaba dispuesta a demandar a quien tuviese la osadía de dudar de sus cuentas.

Sus cabellos ralos y su piel arrugada, su nariz pronunciadamente aguileña y sus ojos negros de ágata le daban el aspecto de un águila momificada extraída de alguna tumba antigua. Pero la princesa MaríaRina distaba mucho de hallarse muerta, y era, por el contrario, una anciana imponente.

Mantenía un apartamento en Roma, que ocupaba rara vez porque «todos los romanos comienzan a parecer vendedores viajeros»; una villa en Fiésole, donde se congregaba habitualmente su Corte; propiedades en Sicilia, haciendas en los Abruzos y campos de remolacha y arroz en la Romaña y en el valle del Po. Su hacienda, iniciada por su padre y acrecentada por la afortunada muerte de dos maridos, abarcaba los más suculentos valores italianos, y la princesa negociaba con ellos con innata habilidad.

Su dedo huesudo agitaba todo budín político al norte del Lacio, y los susurros de poder que no comenzaban en sus salones circulaban allí, inevitablemente, antes de convertirse en vientos influyentes. Una invitación a su mesa era un dictamen de ejecución o una promesa de ascenso. Y más de algún político temerario que había desafiado sus iras se vio privado de fondos, favor y votos en la siguiente elección.

Su vestimenta era anticuada; sus modales, más tiránicos que reales. Bebía whisky escocés y fumaba cigarrillos egipcios en una larga boquilla. Su lengua era afilada; su memoria, peligrosa; su discreción, inesperada. Despreciaba a los viejos y buscaba a los jóvenes como un vampiro excéntrico y caprichoso que podía pagar generosamente la sangre joven. En los jardines de su villa, entre las fuentes y los cipreses y las avenidas de mármoles pulidos por la intemperie, parecía realmente que el tiempo se hubiese detenido ante su voz vieja e imperiosa.

Su lugar favorito era una glorieta emparrada, sobre la cual colgaban racimos de uvas que maduraban frente a una pequeña fuente, donde algunos lánguidos cisnes cortejaban, sobre el agua cantarina, a una Leda antiquísima. En otra época, la princesa MaríaRina había sido cortejada también aquí; ahora negociaba con los legados de su juventud: poder, dinero y prestigio. Una vez al mes, el arzobispo de Florencia acudía a beber con ella una taza de café. Una vez a la semana acudía alguien del Quirinal y la informaba privadamente por encargo del Primer Ministro. Allí donde los jovencitos de antaño se inclinaban sobre su pequeña mano, ahora los banqueros y los corredores, de valores acudían, reacios, a rendirle homenaje y entregarle el tributo de alguna confidencia.

Aquella mañana de verano se hallaba allí, en la glorieta, espetando un duro

sermón a un ministro de la República: su sobrino Corrado Calitri.

— ¡Eres un estúpido, muchacho! Llegas a un punto, y crees que es el fin del viaje. Y quieres sentarte a jugar con las florecillas. Atractivo, seguramente, pero eso no es política.

El rostro pálido de Calitri enrojeció, y su mano dejó la taza ruidosamente sobre el platillo.

—Escucha, tía. Sabes bien que eso no es verdad. Cumplo con mi cometido, y lo hago bien. Precisamente ayer el Primer Ministro tuvo la gentileza de decir que…

—¡Tuvo la gentileza de decir…! —La voz cascada de la anciana trasuntaba su desprecio—. ¿Por qué debe importarte lo que diga? ¿Y qué es la alabanza, sino desayuno para el prisionero antes de cortarle la cabeza? Me decepcionas, Corrado. Eres un niño. No ves más allá de tus narices.

—¿Qué esperas que vea, tía?

—¡El futuro! —dijo enérgicamente la princesa—. Dentro de doce meses tendremos elecciones. ¿Estás preparado?

—Desde luego. Tengo los fondos. Mis partidarios trabajan día y noche, incluso ahora. No creo que quepa duda acerca de mi reelección… Creo que el partido obtendrá una mayoría algo reducida. Tendremos que abrirnos algo más en coalición con la izquierda, pero, aun así, tengo asegurado un lugar en el Gabinete.

—¿Y ése es el fin de la historia?

Sus oscuros ojos de ágata lo traspasaban y sus delgados labios temblaban en una sonrisa de compasión.

Calitri se agitó, inquieto, en la silla.

—¿Ves otro final, tía?

—Si. —Sus manos viejas se tendieron a través de la mesa y se aferraron como garras a sus muñecas—. Tienes doce meses aún para planearlo, pero si tus planes son eficaces, puedes dirigir el país. —Corrado Calitri la miró, estupefacto, y la princesa lanzó una aguda carcajada—. Nunca subestimes a tu vieja tía, muchacho. Cuando tengas mi edad sabrás preverlo todo; te digo, sin lugar a dudas, que puedes dirigir la República…

—¿Realmente lo crees así?

La voz de Calitri era casi un suspiro.

—Nunca cuento fábulas, muchacho…, y dejé de escucharlas hace mucho tiempo. Hoy, en el almuerzo, conocerás a algunas personas que te dirán cómo puedes conseguirlo. Necesitaremos algo de… —frotó el índice y el pulgar en ese gesto internacional que significaba dinero—, pero eso no será problema. Quiero hablarte de otro cosa. Hay que pagar otro precio también, y ése sólo puedes pagarlo tú.

Corrado Calitri miró astutamente a su parienta.

—¿Y cuál es ese precio, tía?

La princesa lo observó con ojos salientes y rapaces, y se lo dijo:

—Tendrás que ordenar tu vida, y hacerlo rápidamente. Líbrate de ese grupo de alcahuetes y jovencitos disolutos que te rodean. Apresura en las Cortes ese asunto de tu matrimonio. Líbrate de Chiara. No te conviene. Y cásate otra vez, con rapidez y discreción. Encontraré a una mujer que pueda manejarte. Necesitas una mujer fuerte, no una colegiala romántica.

— ¡No lo haré! —Corrado Calitri explotó en súbita cólera—. No permitiré que me vendan y me compren como si fuese una mercancía.

Se levantó de la silla y comenzó a pasearse agitadamente por el sendero adoquinado que unía la glorieta con la fuente, mientras la vieja princesa lo observaba con ojos tranquilos y calculadores.

Cuando la cólera de su sobrino amainó, avanzó hasta su lado, enlazó su brazo con el de Calitri y lo guió lentamente en un paseo por las plantaciones de la villa. Ahora era una mujer diferente. No intentó fastidiarlo ni provocarlo, sino que habló gravemente, con suavidad, como si fuese su hijo:

—…Te diré que ya no escucho fábulas, ni siquiera acerca de mi propia persona. Sé lo que soy, Corrado: una mujer marchita con el rostro pintado y un pasado que se remonta a millones de años… Pero he vivido, hijo. He vivido cada minuto de cada hora. He succionado la naranja hasta dejarla seca, y luego he escupido las semillas. Así es que escúchame, por favor… Sé que no eres como los demás hombres. Siempre fuiste diferente, desde tu niñez… Al observarte, pensaba entonces que tratabas de borrar el mundo y pintarlo nuevo y limpio otra vez. Creo que yo hubiera podido cambiar ese mundo para ti, pero tu padre nunca me dejó acercarme a su casa… —Rió con risa breve y amarga—. Opinaba que yo era una influencia corruptora. Tu padre era un hombre recto, no tenía sentido del humor. Nunca comprendí lo que tu madre encontraba en él.

—Desdicha —dijo Corrado Calitri duramente—. Desdicha y soledad, y nada de amor. Odié a aquel hombre desde el fondo de mi corazón.

—Pero no puedes seguir huyendo de él —dijo la anciana suavemente—. Está muerto, y en sus orejas crecen margaritas. Sé lo que buscas: el amor que él no te dio. Sé que lo encuentras a veces, pero no dura. Conozco los peligros que acechan a quien busca con desesperación y sin cautela. —Sus manos delgadas oprimieron su brazo—. Tienes enemigos, ¿verdad?

—¿Quién no los tiene en una labor como la mía?

—¿Han intentado alguna vez hacerte víctima de un chantaje?

—Un par de veces.

—Entonces sabes de qué estoy hablando. Los enemigos se hacen más numerosos y más fuertes…, más fuertes de lo que imaginas. Toma a Campeggio, por ejemplo…

—¡Campeggio! Jamás le he hecho daño.

—Tienes a su hijo —dijo MaríaRina gravemente.

—De manera que ésa es la historia. —Calitri echó atrás su cabeza patricia y rió, ahuyentando a los pajarillos en los olivos—. El muchacho trabaja conmigo. Me gusta. Tiene talento, y simpatía y…

—¿Y belleza?

—También belleza, si lo quieres. Pero no para mí. ¿Crees que quiero enemistarme con Campeggio y con el Vaticano?

—Ya lo has hecho —dijo la princesa MaríaRina—. Y sin el Vaticano no puedes dirigir el país en la próxima elección. ¿Comprendes ahora lo que quiero decir?

Corrado guardó silencio largo rato, mas pareció reconcentrarse. Su rostro juvenil se cubrió de surcos. Sus ojos se nublaron con súbita emoción. Finalmente, dijo con dulzura:

—La vida es muy larga, tía. Triste también, a veces, y solitaria.

—¿Te parece que no lo sé, hijo? ¿Crees que no me sentí triste y sola cuando murió Louis? ¿Crees que no supe lo que significaba ser una mujer madura, rica y capaz de comprar lo que no podía obtener por amor? Y lo intenté durante breve tiempo. ¿Te escandalizo?

—No. Lo comprendo.

—Luego desperté, como debes despertar tú. No puedes levantarte cada mañana temiendo perder lo que, además, nunca ha sido tuyo. No puedes esperar y pesar los riesgos de chantaje. No puedes regir tu vida según los caprichos de algún chico bien parecido. ¡No! Un día tienes que decirte a ti mismo: ¿Qué tengo que sea realmente mío? ¿Cómo puedo aprovecharlo mejor? Cuando comienzas a enumerar, ves que hay bastante. E incluso puede haber un poco de amor.

—¿En el matrimonio? —preguntó Corrado con tosca ironía.

—Dentro o fuera de él. No importa mucho. Para ti… —su índice esquelético lo hirió como un puñal—, para ti es necesario el matrimonio. Muy necesario.

—Ya probé una vez, ¿recuerdas?

—Con una chicuela que aún jugaba con sus muñecas.

—¿Y ahora?

—Primero —dijo la anciana con energía—, debemos sacarte del lío en que estás metido, y para ello tendrás que hacer tu primer pago.

—¿Cuánto? —preguntó Corrado Calitri.

—En dinero, nada. En orgullo…, mucho, tal vez. Tendrás que presentarte ante la Rota y modificar todo tu testimonio anterior.

—¿Qué hago para que me crean?

La princesa MaríaRina rió otra vez.

—Te arrepientes. Habrá regocijo en el cielo y en el Vaticano cuando acudas a reparar la grave injusticia que has cometido contra una joven inocente. Y como

estarás enmendando todos tus errores, te recibirán alegremente en el rebaño.

—No puedo hacerlo —dijo Corrado Calitri pesadamente—. Es una hipocresía monstruosa.

—No necesita serlo —dijo la princesa—. Y aun siéndolo, El Quirinal bien vale una misa, ¿no es así?

A pesar de sí mismo, Calitri sonrió y puso una mano afectuosa en la mejilla de la anciana.

—A veces, tía, creo que desciendes directamente de los Borgia.

—Efectivamente —dijo la princesa—, pero por línea torcida. Y ahora… ¿Harás lo que te pido?

—Tendré que pensarlo.

—Te doy treinta minutos, hijo. Esa gente querrá conocer tu respuesta y la mía durante el almuerzo.

En el tercer piso de un ruinoso edificio, a escasa distancia del Panteón, Ruth Lewin se hallaba atrapada en otro de los dramas cotidianos de la Roma Vieja. Desde el Ángelus de la tarde hasta cerca de la medianoche había estado trabajando junto a una esposa de veinte años, ayudándole a dar a luz su primer hijo. Durante las últimas dos horas habían estado también allí el médico, un joven macilento que parecía demasiado envuelto en el drama para su propio bien o el de la paciente.

Cuando, finalmente, con la ayuda del fórceps sacaron el rorro a la luz, vieron que era un monstruo; un pequeño ser deforme y gemebundo, con cabeza humana y cuerpo de pingüino, con los pies y las manos unidos directamente al tronco.

Ruth Lewin lo miró horrorizada, y el joven médico juró frenéticamente:

— ¡Por Cristo! ¡Por el cielo! ¡Mírelo!

Ruth Lewin tartamudeó con desamparo: —Pero, ¿por qué? ¿Cuál fue la causa? ¿Qué…? — ¡Cállese! —dijo el médico con rudeza—. Cállese y deme agua y una toalla.

Ruth hizo mecánicamente lo que se le pedía y contempló fascinada cómo el doctor envolvía el cuerpo deforme y luego vertía algunas gotas de agua sobre su cabeza y murmuraba las palabras rituales: «Te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Ruth Lewin encontró de nuevo su voz.

—¿Qué sucederá ahora?

—Eso es asunto mío. Ocúpese en asear a la madre.

Indignada y próxima a las lágrimas, Ruth se dedicó a su humilde tarea, lavando aquel joven cuerpo desgarrado y reconfortando a la mujer mientras volvía, gimiendo, a la conciencia. Cuando finalmente terminó, y la joven madre yacía aseada y compuesta sobre los almohadones, Ruth Lewin alzó la vista.

—¿Y ahora, doctor?

El médico se hallaba en pie junto a la mesa, dándole la espalda y ocupado con el envoltorio que cubría el rorro. Volvió un rostro pétreo hacia ella y dijo:

—Está muerto. Haga venir al padre.

Ruth abrió la boca para hacer una pregunta, pero no emitió sonido alguno. Escrutó el semblante del médico en busca de una respuesta, pero sus jóvenes ojos brillaban inexpresivos como guijarros, mientras repetía la orden:

—Por favor, llame al padre.

Ruth Lewin fue a la puerta e hizo señas a un muchacho alto y musculoso que bebía un vaso de vino y charlaba con los vecinos en el rellano.

—¿Quiere entrar, por favor?

El muchacho se acercó a ella, perplejo, con los vecinos pisándole los talones. Ruth lo hizo entrar y cerró la puerta en las narices de los rostros curiosos.

El doctor se dirigió con el rorro muy envuelto entre sus brazos.

—Tengo malas noticias para usted, amigo. El niño nació muerto.

El muchacho lo miró estúpidamente.

—¿Muerto?

—Sucede a veces. Y no sabemos con certeza por qué. Su mujer está bien. Podrá tener otros hijos.

El joven se acercó, atontado, al lecho, y se inclinó, murmurando algo a la mujer, pálida y consciente a medias.

—Vamos —dijo de pronto el médico—. Quiero dejar esto en el hospital general.

Y, dirigiéndose al muchacho:

—Tengo que llevarme el cuerpo. Es la ley. Por la mañana volveré a ver a su mujer, y traeré el certificado de defunción.

Ni el joven ni su esposa parecieron oírle, y el médico salió, con el patético bultito, seguido por Ruth Lewin, como acompañante fúnebre procesional. El grupo del rellano los observó silenciosamente al pasar, y luego se apretujaron en la puerta de la habitación, murmurando excitadamente.

Cuando llegaron a la calle, el doctor dejó el cuerpo del niño en el asiento posterior de su automóvil y cerró violentamente la puerta. Luego miró a Ruth Lewin y le dijo bruscamente:

—No haga preguntas. Entregaré el cadáver en el hospital general. Daré un informe.

—¿No habrá autopsia?

—No. Y si la hubiese, no descubrirán nada. El niño murió por asfixia…

De pronto pareció extinguirse su sangre fría; su cuerpo comenzó a temblar, y su joven rostro se crispó en una mueca de intolerable dolor. Y, en el frenesí de su desesperación, suplicó a Ruth:

—No me deje ahora. No me deje, por Dios. Venga al hospital, y luego…, luego iremos a alguna parte. A alguna parte sana. Creo que si me quedo solo esta noche, enloqueceré.

—Por supuesto que lo acompañaré. Pero usted no tiene la culpa. Usted, como médico, sabe que estas cosas suceden todos los días.

— ¡Lo sé! ¡Oh, sí, lo sé! —Trató de sonreír, pero sólo logró un rictus de agonía —. Y le diré algo que usted no sabe. En las próximas ocho semanas debo atender veinte nacimientos, y por lo menos la mitad de esos niños serán semejantes a éste.

—¡Oh, Dios! —exclamó Ruth Lewin en voz muy baja—. ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿Por qué…?

En casa de Ruth, tranquila bajo las sombras animadas del Palatino, el médico le explicó por qué. Se lo dijo salvajemente, con brutalidad, como si la paradoja del arte curativo, su semi—promesa de continuidad, su derrota última ante la muerte, fuesen demasiado para él.

—…Es una idea absurda…, pero la farmacología parece siempre acudir con el elixir de la vida en una mano y una redoma de veneno en la otra… Hay antibióticos que curan a algunos y matan a otros. Hubo aquella droga francesa que hizo hervir los cerebros de los hombres. Y la talidomida, que brindaba sueño y luego creó monstruos en las entrañas de las madres. Ahora hay otra droga. Salió al mercado hace unos doce meses; una fórmula combinada para evitar las náuseas en el embarazo y reducir el peligro de toxemia… Tres meses atrás comenzamos a recibir de Alemania las primeras advertencias respecto a deformaciones producidas por la droga… Parece que será un caso semejante al de la talidomida, pero ahora están tratando de silenciarlo. —Se estiró en su silla, imagen de la fatiga, el desaliento y la desesperación—. Antes solía creer que era una especie de apóstol médico. Compraba medicinas de mi bolsillo a los pacientes más pobres. Fui yo quien adquirió esa maldita droga para la muchacha de hoy y para todas las demás del pueblo.

—¿Hay alguna esperanza de que el resto de los nacimientos sean diferentes?

—Algunos serán normales. Pero otros… —Extendió sus manos en una súplica apasionada—. ¿Qué debo hacer? No puedo asesinarlos a todos.

—Ante todo, no vuelva a emplear esa palabra. Esta noche no vi nada. No escuché nada.

—Pero lo sabe, ¿no es así?

—Sólo sé esto: que no debe culparse y que no ha de volver a actuar como si fuese Dios. Hay algo de locura en eso.

—Sí, locura. —El médico se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Lo de esta noche fue una locura, y sin embargo… ¿De qué dispone esa gente para hacer frente a una situación así? ¿Sabe lo que habrían dicho si hubiesen visto ese feto? Mal occhio! El mal de ojo. Alguien miró a la madre y la maldijo mientras el niño estaba en sus

entrañas. Usted no se imagina el poder de la superstición en la mente de esa pobre gente. ¿Qué habrían hecho con el niño? Algunos, muy pocos, lo hubieran cuidado. Otros lo hubiesen sofocado o tratado de lanzarlo al río. Algunos pocos lo habrían vendido a mendigos profesionales, que obtendrían provecho de su deformidad. ¿Y qué será de los demás que deben nacer? ¿Qué hago con ellos? Santo cielo, ¿qué puedo hacer?

De pronto le sacudieron sollozos cansados y profundos, y Ruth Lewin corrió hacia él, le rodeó con sus brazos y le confortó con palabras suaves e impotentes. Cuando, finalmente, se calmó, Ruth le hizo tenderse en su propia cama, le cubrió con una manta y permaneció a su lado, teniendo su mano hasta que cayó en un sueño misericordioso. Y entonces se halló sola, sola en las horas dolorosas, enfrentada con el misterio último de la vida y con el maldito enredo que era el mundo.

Había visto nacer un monstruo como resultado de un acto de caridad y de curación. Había visto cometer un asesinato en nombre de la misericordia, y su corazón aprobaba, en parte, la acción. Aquí estaba, en pequeño, la gran tragedia del hombre, el helado misterio de su existencia y de su destino.

Frente a aquel lastimoso embrión, ¿cómo podía decirse que los engranajes de la Creación no se salían de su sitio, reduciéndolo todo a una monstruosa confusión? ¿Cómo hablar de omnipotencia y omnisciencia y de una bondad siempre presente? ¿Cómo encontrar un alma o un espíritu en esa criatura débil, gimiente, con forma de pez, que nadaba ciegamente desde el fluido del útero para enfrentarse con la luz del día?

¿Dónde estaban ahora los cimientos de la Fe, y la esperanza, y el amor? ¿Dónde encontrar un vestigio de cordura en eso matrimonio de víctimas de la civilización, enfermas, lisiadas e impotentes? Si no existían, entonces era tiempo de abandonarlo todo y partir. La salida era fácil, y Ruth había estado ya muy cerca de ella. Era imposible errar indefinidamente, enloquecidamente, a través de una sala de espejos, sintiéndose confundida, desquiciada, carente de objetivo y atenazada por el miedo. Si no existía una solución para esa discordia, más valía enviar los músicos a casa. Pero si la había, tenía que llegar pronto, antes de que los nervios destrozados gritasen el horror de la ruina.

El cansancio de la vigilia se le incrustó en los huesos, y se tendió en la cama junto al hombre dormido. Pero el contacto de su cuerpo la perturbó, y cuando el joven, en sueños, se volvió hacia ella, Ruth se levantó y fue a la cocina a prepararse una taza de café.

Recordó una noche anterior con otro hombre en aquella misma casa, y cómo por un momento había vislumbrado un destello de luz. Se preguntó lo que aquel hombre habría visto en lo sucedido esta noche, y cuál habría sido su respuesta para el horror que aún estaba por llegar. Y entonces surgió en ella una idea súbita, fría y vivificante.

El hombre había dicho que ésta era su ciudad. La había reclamado como propia. Se había calificado de pastor y siervo de este pueblo

Ruth Lewin permanecía aún despierta cuando el gris del alba reptó sobre el Cerro Palatino. Y antes de que la ciudad se desperezase, escribió una carta pidiendo una audiencia privada a Cirilo el Pontífice.

La carta de Cirilo a la Iglesia estaba terminada, y el manuscrito ruso, en manos de los traductores. Ahora que ya estaba hecho, Cirilo se sentía extrañamente vacío, oprimido por una sensación de futilidad y frustración.

Mientras escribía, se había sentido poseído más que nunca por el poder de la palabra, por la convicción de su inevitable fructificación en el corazón de los hombres buenos. Pero ahora se enfrentaba al hecho descarnado de que sin la gracia de Dios, y sin hombres que cooperaran con la gracia de Dios, la semilla podría yacer fértil, pero sin dar frutos, durante cien años. Entre los millones de creyentes que profesaban obediencia a la Palabra, y a su autoridad como predicador supremo, ¿cuántos habría que se sintiesen impulsados a darle cabal cumplimiento?

Veía con claridad meridiana lo que sucedería con su carta. Dentro de algunos meses se leería en todos los púlpitos católicos del mundo. Recibiría comunicaciones de obispos que expresarían su lealtad a sus consejos y prometerían ejecutarlos en la medida de su capacidad. Pero entre la promesa y el cumplimiento había cien obstáculos: falta de hombres, falta de dinero, falta de visión y, a veces, de valor, y el resentimiento natural del hombre que se halla en el umbral de la acción y que se pregunta por qué se le pide que haga tantos ladrillos con tan poca paja.

Lo más que podía esperar era que allá o acullá la Palabra tomase cuerpo en el alma de algún hombre, iluminase sus ojos de visión y lo lanzara en busca de un divino imposible. En cuanto a sí mismo, Cirilo sabía que no podía dejar de predicar, de enseñar, de impulsar a la acción, y de aguardar, vacío de todo menos de esperanza, confiado en la promesa del Paráclito.

Oyó un golpe dado en su puerta, y el maestro de Cámara entró a preguntar si Su Santidad estaba dispuesto a comenzar las audiencias de la mañana. Cirilo recorrió rápidamente la lista, y vio que el primer nombre era el de Ruth Lewin.

Su carta lo había perturbado profundamente, porque le había llegado en un momento de tentación: la tentación de sumergirse en los aspectos políticos de la Iglesia y de desafiar mediante un despliegue de poder a aquellos hombres que, como Leone, no ocultaban su desacuerdo con el Pontífice. Había algunos, lo sabía, que consideraban su encíclica como una novedad. Opinaban que era demasiado personal, demasiado específica. Criticaba demasiado abiertamente la política anterior. Pedía nuevas modalidades en el adiestramiento del clero v en la dirección de la educación misional. Encontrándose en la cima, le era fácil, demasiado fácil imponer su

autoridad y acallar las críticas con un llamamiento a la obediencia religiosa.

La carta de Ruth Lewin le recordó que el verdadero campo de batalla estaba en otra parte: en cuartos desiertos y corazones solitarios, entre gente que no conocía la Teología, pero que conocía íntimamente, con aterradora intimidad, los problemas de vivir y morir. Ruth Lewin representaba un contacto con esa gente. Si podía hacer que la Fe fuese eficaz en ella, entonces, cualquiera que fuese la obra de su Pontificado, no habría fracasado totalmente.

Cuando Ruth Lewin compareció ante él, Cirilo la saludó cordialmente y abordó el tema sin preámbulos.

—La hice llamar con la mayor rapidez posible, porque sé que debe de estar sufriendo mucho.

—Lo agradezco, Santidad —dijo Ruth, con su habitual franqueza—. No tengo derecho a molestarle, pero éste es un asunto espantoso.

—¿Para usted? —preguntó Cirilo curiosamente. —Para mí significa ponerlo todo en duda. Pero quiero hablarle, ante todo, de los otros.

—¿Qué otros?

—De las mujeres que darán a luz esos hijos. La mayoría de ellas, creo yo, no están preparadas para lo que sucederá.

El rostro delgado de Cirilo se nubló, y en la cicatriz que lo cruzaba palpitó un nervio.

—¿Qué desea que haga yo?

—Nosotros… Es decir, las madres necesitan ayuda. Necesitan algún lugar donde dejar esos niños si no son capaces de cuidarlos personalmente. Esos niños necesitan que se los cuide. Se me dice que seguramente vivirán poco, pero necesitan cuidados especiales…, ternura especial…

—¿Usted cree que la Iglesia puede dárselos?

—Tiene que dárselos —dijo Ruth categóricamente—. Si cree en lo que enseña.

Se ruborizó, comprendiendo que había cometido una imprudencia, y luego se apresuró a explicarse:

—Soy mujer, Santidad. La otra noche me pregunté qué haría, qué sentiría, si fuese la madre de un niño así. No lo sé. No creo que pudiera comportarme decentemente.

Cirilo el Papa sonrió tristemente su aprobación.

—Creo que se subestima. Usted posee más valor del que cree… Dígame. ¿Cuántos de esos nacimientos se esperan en Roma?

—Alrededor de veinte en los próximos dos meses. Puede haber muchos más.

El Pontífice guardó silencio un instante, pensativo. Luego sonrió con un mohín torcido y juvenil.

— ¡Bien! Veamos cuál es mi autoridad en la Iglesia.

Cogió el teléfono y marcó el número del secretario de la Sagrada Congregación de lo Religioso.

Explicó con vivacidad la situación, y luego preguntó:

—¿Cuáles de nuestras monjas enfermeras de Roma están mejor equipadas para cuidar a esos niños?

Desde el otro extremo de la línea se escuchó un rumor indescifrable, y Ruth Lewin vio que la boca del Pontífice se contraía de cólera, mientras decía enfáticamente: «Sé que es difícil. Todo es difícil. Pero ésta es una labor de caridad apremiante, y debe hacerse. Si se necesita dinero, lo proporcionaremos. Usted se encargará de encontrar el lugar y las enfermeras necesarias. Quiero que todo quede dispuesto dentro de veinticuatro horas.»

Colgó con violencia el auricular, y dijo irritadamente:

—Esta gente vive en un mundo propio. Hay que hacerlos brincar hacia la realidad… En todo caso, puede usted dar por sentado que proporcionaremos cuidados y hospitalización a los que lo necesiten. Se la informará por teléfono y por carta de los detalles. Luego haré publicar un anuncio en el Osservatore, que circulará también en la Prensa romana.

—Quedo muy agradecida a Su Santidad.

—Y yo le quedo también muy agradecido, jovencita. Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

—No lo sé —dijo Ruth Lewin desoladamente—. Me lo he preguntado mientras venía hacia el Vaticano. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿Por qué permite un Dios que estas cosas sucedan?

—Si pudiese decírselo —dijo Cirilo el Pontífice—, sería Dios mismo. No lo sé, aunque a veces desearía saberlo. No debe usted creer que el misterio de la Fe es más simple para mí que para usted. El Acto de Fe es un acto de aceptación…, no una explicación. Le relataré una historia acerca de mí… Cuando me hicieron prisionero en Rusia, los tiempos eran malos. Había mucha tortura, mucha crueldad. Una noche trajeron de regreso a mi cabaña a un hombre que había sufrido el trato más brutal que yo había conocido. Agonizaba, y gritaba una y otra vez que alguien lo matara para poner fin a tanto sufrimiento. Le digo sinceramente que me sentí tentado. Es horroroso presenciar tanto dolor. Degrada y aterra a quienes lo ven, pero no pueden hacer nada por aliviarlo. Por eso puedo comprender, aunque no perdonar, lo que hizo su amigo el médico. A veces nos parece que dispensamos una misericordia divina con el don de la muerte. Pero no somos divinos, no podemos dispensar la vida ni la muerte.

Por un momento pareció sumirse en una contemplación interior.

Ruth sugirió suavemente:

—¿Cuál fue el final de la historia, Santidad?

—El hombre murió en mis brazos. Me gustaría poder decirle que murió piadosamente, pero no tengo medio de saberlo. No pude penetrar a través de su dolor hasta las fuentes de su voluntad. Murió, simplemente, y tuve que encomendarlo a Dios… Ésa es la única respuesta que puedo darle.

—Es un salto en la oscuridad —dijo Ruth Lewin gravemente—. No sé si podré darlo.

—¿Le es más fácil permanecer donde está?

—Más difícil, creo.

—Pero usted ya ha dado un salto en la oscuridad.

—No comprendo.

—No pudo perdonar ese asesinato, incluso de un recién nacido monstruoso.

—No totalmente, no.

—Y ha acudido a mí buscando ayuda, no para usted, sino para esos niños.

— ¡Me sentí tan impotente…! Necesitaba a alguien que pudiese actuar…

—Tal vez —dijo Cirilo suavemente—, tal vez ése es el significado del dolor: que desafía nuestra arrogante posesión de la vida; que nos confronta con nuestra propia debilidad y nos hace percibir, aunque sea débilmente, el poder sustentador de Dios.

—Ojalá pudiese creerlo. Pero, ¿cómo ver a Dios en un rorro humano que parece un pez?

—No es un misterio nuevo, Ruth. Es uno muy antiguo. ¿Cómo ver a Dios en un criminal agonizante clavado en una horca?

—No basta decirlo —dijo Ruth Lewin con dureza—. Tiene que haber amor en alguna parte. Tiene que haberlo.

—Verdad… Tiene que haber algo de amor. Si el misterio del dolor no es un misterio de amor, entonces todo esto… —sus manos deformadas abarcaron el cuarto ornamentado y toda la Ciudad Santa tras él—, entonces todo esto es un contrasentido histórico. Y mi misión es la misión de un charlatán.

Su rudeza sorprendió a Ruth. Lo contempló fijamente un instante, fascinada por el contraste entre su rostro torcido, curiosamente burlón, y la formalidad religiosa de sus atavíos. Luego dijo:

—¿Su Santidad cree realmente eso?

—Sí.

—¿Por qué, entonces, no puedo creerlo yo?

—Me parece que sí lo cree —dijo Cirilo el Pontífice dulcemente—. Por eso está aquí y quiso verme. Por eso actúa usted dentro de un contexto de Fe, aunque todavía lucha con Dios.

—Si sólo pudiese saber que soy amada…, que soy digna de ser amada…

—Eso es algo que usted no exige de quien quiere… ¿Por qué debe exigirlo de sí misma?

—Su Santidad es demasiado inteligente para mí.

— ¡No! No soy un hombre inteligente. La comprendo mejor de lo que usted cree, Ruth Lewin, porque he recorrido el mismo camino que usted recorre ahora. Le contaré otra historia, y luego deberé despedirla, porque hay mucha gente esperando verme… Mi fuga de Rusia fue preparada, usted lo sabe. Me liberaron de la prisión y me enviaron a un hospital porque había estado muy enfermo durante cierto tiempo. Los médicos me trataban bien, y me cuidaron solícitamente. Después de diecisiete años de sufrimientos, resultó una experiencia curiosa. Fue como si me hubiese transformado de la noche a la mañana en otro ser humano. Estaba aseado y bien alimentado. Tenía libros para leer, y tiempo, y una cierta libertad. Y todo esto me deleitaba. Me enorgullecía de mi apariencia decente… Tardé algún tiempo en comprender que me estaban sometiendo a una nueva tentación. Me sentía querido otra vez. Deseaba que me quisieran. Aguardaba con ansias la llegada de la enfermera, su sonrisa, sus cuidados. Luego llegó el momento en que comprendí que lo que Kamenev, mi atormentados, no había logrado, lo estaba haciendo yo. Estaba pidiendo una experiencia de amor. A pesar de mi sacerdocio, de mi obediencia, me sentía tentado por la atracción de una simple comunión humana… ¿Comprende lo que estoy tratando de decir?

—Sí, lo comprendo. Es lo que siento todos los días.

—Entonces comprenderá algo más. Que recibir y exigir es sólo una cara de la medalla del amor. Dar es la otra cara, y sólo en ella se demuestra la calidad del cuño. Si yo recibía, no hubiera tenido nada que dar. Si daba, el dar renovaba mi provisión, y era esto lo que me había mantenido entero durante diecisiete años de prisión…

—¿Y el pago del amor?

—Usted es parte de él —dijo Cirilo el Pontífice suavemente—. Usted y esos niños a quienes amaremos juntos, y aquellos a quienes llegue yo de vez en cuando en la Iglesia, porque mi voz resuena en sus corazones… También ahora me siento solo a menudo, como usted. Pero sentirse solo no significa que no se es amado, sino que se está aprendiendo el valor del amor, y que éste toma muchas formas, y que a veces es difícil de reconocer. —Se levantó y alzó ambas manos—. Y ahora debo despedirme, pero nos veremos otra vez.

Ruth había rechazado por mucho tiempo la autoridad que el Pontífice representaba, pero dobló la rodilla y posó sus labios sobre el anillo del Pescador, y escuchó con gratitud las palabras de la bendición:

—Benedictio Dei omnipotentes descendat, Patris et Filii et Spiritus Sancti, super te et ma—neat semper…

Para Cirilo el Pontífice fue una ironía sorprendente que su encíclica sobre la educación cristiana causara mucha menos agitación que su declaración en el Osservatore Romano respecto a las víctimas de la nueva droga. Todos los

corresponsales en Roma cablegrafiaron el texto completo de la publicación en el Osservatore, que en Europa y en América se interpretó como una orden clara del Papa para poner los recursos médicos y sociales de la Iglesia a disposición de las madres y niños afectados por la medicina letal.

Durante una semana, el escritorio del Pontífice estuvo cubierto de cartas y telegramas de obispos y de dirigentes laicos, alabando su acción como una demostración oportuna de la caridad de la Iglesia. El cardenal Platino escribió expansivamente:

«…Me parece que Su Santidad ha mostrado en forma muy especial la relevancia de la misión de la Iglesia en todo acto o circunstancia de la vida humana. Es posible que el pronunciamiento de Su Santidad señale el camino a un método misional de gran importancia: la reintroducción de la IgIesia en la vida pública y privada a través de la caridad práctica. Históricamente hablando, este método ha sido el comienzo de la actividad evangélica más permanente, y es, en realidad, una copia fiel de la obra del Maestro, el cual, en las palabras del Evangelio, va curando a los enfermos y haciendo el bien…»

Otro hombre se hubiese sentido halagado por tan espontánea respuesta a una acción ejecutiva, pero Cirilo Lakota estaba preocupado por aquellos aspectos del problema que la Prensa desestimaba o convertía en un drama falso.

Día y noche lo perseguía la imagen de una mujer esperando durante nueve meses de terror e incertidumbre el nacimiento de un monstruo; la del médico apremiado a intervenir antes del momento trágico; la del propio niña, y lo que sería de él cuando llegase a la madurez. Para todos estos seres, la caridad de la Iglesia sólo podía ser, en el mejor de los casos, un apéndice; y en el peor, una indeseada prolongación del dolor y la desesperación.

La misión de la Iglesia hacia todos estos seres no estaba en esta dispensación de bondad. Su misión era confrontarlos con los hechos descarnados de la existencia, con todos sus riesgos y todo su espanto, y también con el hecho de que esa existencia implicaba una relación precisa con el Creador, que les había dado el ser. La Iglesia no podía cambiar esta relación. No podía eliminar una sola de sus consecuencias. Su única función era la de interpretarlas a la luz de la razón y de la revelación, y dispensar la gracia que podía hacer efectiva esta relación.

En teoría, los miles de sacerdotes que bullían por las calles de Roma con sotanas y sombreros negros, eran intérpretes oficiales de la doctrina, dispensadores oficiales de la gracia, y pastores rebosantes de compasión por su rebaño. En la práctica, eran escasos los que poseían el talento o la comprensión necesarios para participar realmente en estas tragedias íntimas de la Humanidad.

Era como si la simbiosis de la Iglesia fallara en cierto punto y la vida de los hombres divergiese desde allí de las vidas del clero. Era como si la interpretación de

Dios ante el hombre se convirtiese en un ejercicio didáctico y las realidades de la gracia de Dios se borraran tras las realidades del dolor y la pérdida.

En la metodología de la Iglesia, el sacerdote estaba siempre al alcance de sus feligreses. Si no recurrían a él, era por negligencia o falta de Fe. Éste era, por lo menos, el texto de muchos sermones dominicales, pero la brecha se había producido porque el clero ya no compartía la tragedia de su pueblo; aún más, estaba protegido de ella por su sotana y su educación…

¡Educación! Cirilo regresó a ella por este desvío, viendo con más claridad que nunca que el fruto de su misión ante el mundo no podría juzgarse jamás por apariencias o aclamaciones, sino sólo por su florecimiento en el corazón secreto del individuo.

Aunque sepultado bajo un rimero de felicitaciones, lo cierto es que había cartas más inquietantes, como la del cardenal Pallenberg, en Alemania:

«…Con el mayor respeto, por tanto, ruego a Su Santidad que emprenda la revisión de la presente constitución y el método de trabajo de la Sacra Rota. Su Santidad sabe ya que, debido a nuestras especiales circunstancias en Alemania, cada año referimos una gran cantidad de casos matrimoniales a Roma. Muchos de éstos han sido demorados tres o cuatro años, con la consiguiente angustia y con grave riesgo espiritual para las partes implicadas. Creo yo, y creen mis hermanos obispos, que hay necesidad de pronta reforma en esta materia, ya sea concediendo mayores facultades a los tribunales provinciales o aumentando el número de funcionarios de la Rota, e instituyendo un método más rápido de examen. Sugerimos que en lugar de traducir todos los documentos al latín, procedimiento lento y costoso, éstos se presenten y sean estudiados en el original vernáculo…»

A primera vista, la Sacra Rota estaba a kilómetros de distancia de un infanticidio en un sórdido tercer piso. Y, sin embargo, las causas que llegaban a los lentos archivos de este augusto cuerpo no eran menos dramas de amor y pasión. La Sacra Rota era el último tribunal de apelaciones para los casos maritales dentro de la Iglesia, y cada caso marital era una historia de amor o de carencia de amor, y de una relación humana, defectuosa o no, que debía ser medida junto a la divina.

Para el teólogo y el canonista, la función de la Rota era muy simple. Tenía que decidir si un matrimonio era o no válido según la ley moral y las prescripciones de los cánones. Para muchos, dentro de la Iglesia, este punto de vista parecía excesivamente simple. La Rota cuidaba minuciosamente de que se hiciera justicia. No le importaba que pareciera hacerse. Sus métodos eran anticuados y, a menudo, dilatorios. Cada documento y cada deposición debía traducirse al latín. El personal de clérigos y seglares, absurdamente poco numerosos, veíase incapaz de manipular ese inmenso volumen de trabajo con cierta agilidad. El hombre menos comprensivo no podía dejar de adivinar las angustias que esta lentitud deparaba a quienes apelaban al

tribunal.

Cirilo el Pontífice comprendía el problema más claramente que otros, pero ya había aprendido que para efectuar una reforma en Roma había que prepararse lentamente y actuar con energía en el momento indicado; de otra manera, terminaría disputando con la burocracia, lo que equivalía a disputar consigo mismo.

Hizo una anotación en su calendario, para discutir el asunto con Rinaldi, el cual, habiéndose apartado de la política de la Iglesia, tal vez podría aconsejarle cómo derrotarla.

De Rugambwa, el cardenal negro de Kenya, había una carta aún más apremiante:

«…Los acontecimientos en África se producen con rapidez que no parecía posible hace dos años. Creo que dentro de los próximos doce meses veremos un sanguinario levantamiento de negros contra blancos en Sudáfrica. Ésta es una consecuencia casi inevitable de las brutales medidas represivas adoptadas por el Gobierno sudafricano bajo la divisa del "Apartheid", y por los métodos feudales arcaicos de los portugueses. Si esta revolución tiene éxito —y con el apoyo de otras naciones africanas hay razones para creer que lo tendrá—, posiblemente traerá el fin del Cristianismo durante cien años en el África del Sur. Estamos preparando catequistas con la mayor rapidez, pero no podemos preparar un número ni siquiera mínimo de sacerdotes nativos en el tiempo de que disponemos. Sé que esto puede parecer una sugerencia revolucionaria, pero me pregunto si no debemos considerar muy seriamente un nuevo programa de preparación en el cual el idioma local y no el latín sea la base de la enseñanza, y en el que toda la liturgia se celebre en lengua vernácula. Si se aprobara esta medida, sería posible preparar a un sacerdote nativo en casi la mitad del tiempo que se necesita ahora para adiestrarlos de acuerdo con el sistema impuesto por el Concilio de Trento.

»Comprendo perfectamente que esto significaría un clero menos instruido que el de otras tierras, pero el problema estriba en decidir si tendremos esos sacerdotes para predicar la Palabra y dispensar los Sacramentos válida y religiosamente, o si no tendremos sacerdotes. Su Santidad comprenderá que hablo de medidas desesperadas para una época desesperada, y que…»

Una vez más Cirilo se encontró ante el tema de su carta, la educación de los ministros de la Palabra. Una vez más se vio encarando la X intangible que dominaba todo el pensamiento de la Iglesia; la infusión del Espíritu Santo, que provee lo que falta en el hombre para mantener vivo el Cuerpo Místico. ¿Hasta qué punto era legítimo poner la Palabra y los Sacramentos en manos de hombres parcialmente instruidos, confiando en que el Paráclito supliría lo que faltase? ¿Y quién sino el Pontífice podría decir cuál instrucción era parcial y cuál suficiente? ¿Obraba más débilmente el Espíritu Santo ahora, en el siglo xx, que en la Iglesia primitiva, cuando doce pescadores recibieron el Depósito de Fe y la misión de predicarlo a todas las

naciones…?

Fuera, el día moría. Las campanas de la ciudad tañían su vano llamamiento a la meditación y al retiro. Pero la ciudad estaba llena de otros sonidos, y tocó a Cirilo el Pontífice reunir junto a él a los miembros de su casa para las vísperas y un recordatorio del Dios oculto.

—Ha hecho un trabajo muy concienzudo, amigo mío —Campeggio dejó la hoja mecanografiada y miró a George Faber con nuevo respeto—. Éste es el informe más completo que he visto respecto a Corrado Calitri y sus amigos.

Faber se encogió de hombros en gesto que indicaba profunda desdicha.

—Me inicio como cronista de crímenes. Tengo habilidad para este tipo de cosas… Pero no me siento muy orgulloso.

—El amor es asunto caro, ¿no es así?

Campeggio sonrió al decirlo, pero no había humor en sus ojos oscuros y astutos.

—Iba a hablarle de eso. La información contenida en ese documento me costó mil dólares. Probablemente necesitaré gastar mucho más.

—¿En qué?

—En obtener una declaración oficiosa firmada por una o más personas de las mencionadas en el expediente.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que costará?

—No. Pero, por lo que he averiguado hasta ahora, varios de ellos están escasos de dinero. Yo solo no puedo aportar otros mil dólares. Quiero saber si usted está dispuesto a poner más.

Campeggio guardó silencio algunos instantes, con los ojos fijos en el desordenado escritorio de Faber. Finalmente, dijo con deliberación:

—Yo no discutiría la proposición en esos términos.

—¿Qué quiere decir?

—Desde el punto de vista de la Rota y de la ley civil, podría constituir soborno de testigos.

—Ya lo pensé.

—Ya lo sé. Usted es un hombre honesto, demasiado honesto para su propia comodidad, o para la mía. Mirémoslo desde otro ángulo. ¿Cómo se propone abordar a sus presuntos testigos?

—He señalado tres nombres en el documento. Cada uno de ellos experimenta una abierta animosidad contra Calitri. Uno es un actor que no ha desempeñado ningún papel de importancia durante doce meses. Otro es un pintor Calitri le financió una exposición, y luego lo dejó entregado a su propia suerte. La tercera es una mujer. Me dicen que es escritora, aunque jamás he visto publicada obra suya alguna. Los dos hombres pasan siempre el verano en Positano. La mujer tiene una casa en Ischia. Me

propongo ir al Sur durante las vacaciones de verano y tratar de establecer rápidamente contacto con cada uno de ellos.

—¿Llevará a Chiara?

—No. Quiere ir, pero no me parece muy diplomático. Además, necesito…, necesito probarme lejos de ella.

—En eso, probablemente tiene razón. —Los astutos ojos de Campeggio escrutaron su rostro—. ¿Cree usted que alguno de nosotros se conoce a sí mismo antes de llegar a la edad madura…? Y, ahora, dígame otra cosa. ¿Por qué cree que sus testigos pedirán dinero?

—Así es el mundo— dijo George Faber torcidamente—. Nadie desea con sinceridad verse perseguido por amor a la justicia. Todos quieren obtener algún beneficio en el proceso.

—Usted es católico, Faber. ¿Cómo se siente en conciencia respecto a esta transacción?

Faber enrojeció.

—Mi conciencia ya está comprometida. Estoy con Chiara; no puedo permitirme el lujo de tener escrúpulos.

Campeggio asintió agriamente.

—Un punto de vista muy nórdico. Probablemente más honesto que el mío.

—¿Y cuál es el suyo?

—¿Sobre el dinero? Estoy dispuesto a darle otros mil dólares. Pero no quiero saber lo que hará con ellos.

El frío humor de Faber hizo una de sus poco frecuentes apariciones.

—¿Y eso deja limpia su conciencia?

—Soy casuista —dijo Campeggio, con una leve sonrisa—. Puedo hacer distinciones tan sutiles como las de los jesuitas. Me acomoda permanecer en la duda. Pero si desea la verdad… —Se puso en pie y comenzó a pasearse por la oficina de Faber—. Si quiere saber la verdad, estoy sumido en la mayor confusión. Creo que Chiara tiene a la justicia de su parte. Creo que usted tiene derecho a intentar que esa justicia se haga efectiva. Creo también que la justicia está de mi parte cuando trato de alejar a mi hijo de la influencia de Calitri. Tengo ciertas dudas respecto a los medios, de manera que no deseo examinarlos con demasiada prisa. Por eso estoy cooperando con usted, pero dejo que el peso de la decisión legal y moral recaiga sobre sus hombros… Una treta muy latina…

—Por lo menos ha sido franco conmigo —dijo Faber, con curiosa sencillez—. Se lo agradezco.

Campeggio dejó de pasearse y miró a Faber, derrumbado sobre su silla y vagamente encogido tras el escritorio.

—Usted es un hombre de corazón blando, amigo mío. Merece un amor más

sencillo.

—Es culpa mía más que de Chiara… Debo trabajar el doble para poder tomarme esas vacaciones. Me preocupa el dinero. Temo que no pueda controlar las consecuencias de lo que estamos haciendo.

—¿Y Chiara?

—Es joven. La han herido. Se halla en una situación muy incómoda para una mujer… De manera que quiere divertirse… No la culpo. Pero no tengo resistencia para cinco noches semanales en la «Cábala» o el «Papagayo».

—¿A qué se dedica mientras usted trabaja?

Faber dejó escapar una sonrisa breve y triste.

—¿Qué hace cualquier señora joven en Roma…? Almuerzos, desfiles de modas, cócteles…

Campeggio rió.

—Lo sé. Lo sé. Nuestras mujeres son buenas amantes y buenas madres. Como esposas, incluso extraoficiales, les falta algo. Sus maridos las molestan y malcrían a sus hijos.

Por un momento, Faber pareció perderse en una contemplación interior. Dijo abstraídamente:

—Aún nos queremos… Pero siento que ambos estamos comenzando a calcular. Cuando Chiara acudió a mí, estaba casi totalmente quebrantada. Y parecía que yo era capaz de darle todo lo que necesitaba. Ahora ha regresado a la normalidad, y soy yo quien la necesita.

—¿Lo comprende ella?

—Acertada pregunta… Por naturaleza, Chiara es impulsiva y generosa, pero su vida con Calitri la ha cambiado. Es como si… —buscó torpemente las palabras—, como si creyese que los hombres tienen una deuda especial para con ella.

—¿Y usted no está seguro de podérsela pagar totalmente?

—No, no estoy seguro.

—Entonces, si yo fuese usted —dijo Campeggio enfáticamente—, cortaría ahora mismo. Dígale adiós, llore en su almohada, y olvide todo este asunto.

—Estoy enamorado de Chiara —dijo Faber simplemente—. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio por retenerla.

—Entonces vamos los dos en la misma galera, ¿no es así?

—¿Qué quiere decir?

Campeggio se resistió un instante, y luego explicó sus palabras con claridad:

—Al comienzo, la posesión parece siempre el triunfo fundamental del amor. Usted tiene ahora a su Chiara, pero no puede ser totalmente feliz hasta que la posea por contrato legal. Cree que entonces se sentirá seguro. Coge la rosa y la coloca en un vaso en el salón, pero pronto sus colores se marchitan, y la posesión de esa flor

desfalleciente deja de tener importancia. Cuando llegan los hijos, constituyen otro tipo de posesión. Dependen totalmente de nosotros. Y los sujetamos a nuestro lado mediante su necesidad de sustento y de seguridad. Al crecer, esos lazos se debilitan, y vemos que ya no los poseemos como antes. Yo quiero tener a mi hijo. Quiero que sea la imagen y la continuación de mí mismo. Me digo que lo que hago es por su propio bien, pero sé, en lo profundo de mi corazón, que lo hago también por mi propia satisfacción. No puedo soportar que se aleje de mí y se entregue a otro, hombre o mujer, a quien considero menos digno… Pero finalmente se irá, para bien o para mal… Míreme ahora. Soy el hombre de confianza del Vaticano. Como director del Osservatore soy el portavoz de la Iglesia. Tengo una reputación de integridad, y creo haberla ganado. Y, sin embargo, hoy estoy comenzando a comprometerme. ¡No por usted! ¡No piense que le estoy culpando! Por mi hijo, a quien perderé de todos modos, y por mí, porque aún no he comenzado a reconciliarme con la vejez y la soledad…

George Faber se alzó pesadamente de su silla y se enfrentó con su colega. Por primera vez pareció adquirir fuerzas y dignidad desusadas. Dijo, con voz sin inflexiones:

—No tengo derecho a atarlo a ningún trato. Su posición es más delicada que la mía. Le dejo en libertad para retirar su ofrecimiento.

—Gracias —dijo, simplemente, Orlando Campeggio—. Pero no puedo retirarme ya. Estoy comprometido…, debido a lo que quiero y a lo que soy.

—¿Y qué es usted? ¿Qué soy yo?

—Deberíamos haber sido amigos —dijo Orlando Campeggio con helada ironía —. Nos hemos conocido durante largo tiempo. Pero perdimos la oportunidad. De manera que temo que ambos seamos sólo conspiradores… ¡Y ni siquiera muy buenos!

Diez días antes de la festividad de San Ignacio de Loyola, Jean Télémond recibió una carta de Su Eminencia el cardenal Rinaldi:

Querido reverendo padre:

Esta no es una comunicación oficial, sino personal. Poco antes de su llegada a Roma, el Padre Santo me permitió separarme de mis funciones, y ahora vivo retirado en el campo. Sin embargo, estoy invitado en la próxima semana a escuchar su disertación ante los alumnos y la facultad de la Universidad Gregoriana. Antes de ese día, desearía vivamente tener la oportunidad de conocerle y de conversar con usted.

Sé ya mucho, probablemente más de lo que usted imagina, de su personalidad

y su trabajo. Opino que usted es un hombre favorecido por Dios con lo que sólo puedo llamar la gracia de la entrega.

Esta gracia es un don escaso. Yo carezco de ella, pero tal vez por esta razón la percibo más intensamente en otros. Y comprendo también que para el que la recibe es con más frecuencia cruz que consolación.

Creo que su regreso a Roma puede constituir un acontecimiento de gran importancia para la Iglesia. Sé que para usted es decisivo. Me gustaría, por tanto, ofrecerle mi amistad, mi apoyo, y tal vez mi consejo en sus futuras actividades.

Si le acomoda, tal vez quiera usted tener la gentileza de visitarme el próximo lunes y pasar la tarde conmigo. Me hará usted un gran favor, y espero sinceramente poder serle de alguna utilidad.

Fraternalmente suyo en Jesucristo,
VALERIO RINALDI
Cardenal Sacerdote.

Era un aliento principesco, para un hombre en crisis, y conmovió profundamente a Télémond. Le recordó, cuando más necesitaba recordarlo, que a pesar de su Fe monolítica, la Iglesia era morada de diversos espíritus, entre los cuales reinaba aún la virtud de la fraternidad y la compasión.

En la sociedad bulliciosa, gregaria y clerical de Roma, Télémond se sentía un ser aparte. Sus conversaciones le irritaban. Su ruda ortodoxia lo perturbaba como si le estuviesen reprochando sus veinte años de soledad entre los misterios de la Creación. La melancolía del climaterio lo oprimía. Por una parte, temía el momento en el cual tendría que presentar la especulación de su vida a la luz pública. Por otra, se encontró aproximándose a aquel instante con una especie de cálculo que hacía parecer fútiles y casi culpables los riesgos que había soportado en carne y espíritu.

Y ahora, de pronto, una mano se tendía hacia él, y una voz le hablaba con acento de rara comprensión y dulzura. No había carecido de amistad en su vida. Su trabajo no había necesitado de protección o de aliento. Pero nadie había visto con tanta claridad lo que significaba realmente. Un riesgo, una entrega a la vida, al conocimiento y a la Fe, con completa convicción de que cada minuto de existencia, cada extensión de conocimiento, cada acto de Fe, era un paso en la misma dirección, hacia el hombre criatura de Dios y el hombre hecho a imagen de Dios.

Lo que más lo perturbó en Roma fue comprobar que, dentro de la Iglesia, algunas personas consideraban su trabajo como una arrogancia. Pero un hombre arrogante no habría podido embarcarse en un viaje así, ni arriesgar tanto en esa entrega total a la búsqueda de la verdad.

No temía el error desde que su experiencia le había enseñado que el conocimiento se corrige a sí mismo y que una investigación bien conducida puede llevar al hombre cerca de las playas de la revelación, aunque sus contornos permanezcan eternamente

escondidos de su vista.

Había una actitud ortodoxa que era en sí misma una herejía: que exponer la verdad como había sido expuesta una y otra vez en cada siglo de la Iglesia, era desplegarla para siempre en su total significación. Y, sin embargo, la historia de la Iglesia era la historia de una revelación inmutable que se desenvolvía en mayores y mayores complejidades a medida que las mentes humanas se abrían para captarla más cabalmente. La historia del progreso espiritual del individuo era la historia de su propia preparación para cooperar con mayor voluntad, con más conciencia y con más agradecimiento con la gracia de Dios.

Para Jean Télémond, la carta de Valerio Rinaldi tuvo visos de tal gracia. La aceptó agradecido, y accedió a visitar al cardenal en su retiro campestre.

Ambos se sintieron en seguida a sus anchas. Rinaldi mostró a su huésped los lugares más agradables de la villa, y repitió su historia desde la primera tumba etrusca, en el huerto, hasta el templo órfico, cuyo piso aparecía descubierto en el jardín hundido. Télémond se sintió cautivado por la cortesía y la benevolencia de su anfitrión, y se abrió a él como no lo había hecho durante mucho tiempo, de manera que el anciano vio a través de los ojos de su visitante paisajes exóticos y un desfile de historias nuevas y extrañas.

Cuando terminaron su ronda, ambos sacerdotes se sentaron junto a la pileta de mármol, y bebieron té inglés, y observaron la corpulenta carpa que ramoneaba lánguidamente entre los lirios acuáticos. Y entonces, con gentileza y penetración, Rinaldi comenzó a sondear la mente de Jean Télémond.

—Roma es una ciudad camaleónica. Adquiere diversos matices para cada visitante. ¿Cómo se le aparece a usted, padre?

Jean Télémond meditó un instante la pregunta, y luego respondió francamente:

—Me siento incómodo. El idioma me es extraño. Soy un galo entre romanos, un provinciano entre metropolitanos. Regresé seguro de haber aprendido mucho en veinte años. Ahora siento que he olvidado algo; tal vez alguna forma esencial de expresarme. No sé lo que es, pero su falta me inquieta.

Rinaldi dejó su taza y se enjugó las delicadas manos con una servilleta de hilo. Su rostro patricio, surcado de arrugas, se suavizó.

—Creo que usted se califica con demasiada humildad, padre. Hace ya mucho que las Galias fue una provincia de Roma, y creo que somos nosotros quienes hemos perdido el arte de la comunicación… No niego que tenga usted un problema, pero me inclino a interpretarlo en forma diferente.

Los rasgos enjutos y disciplinados de Télémond se distendieron en una sonrisa.

—Me agradaría mucho escuchar la interpretación de Su Eminencia.

El viejo cardenal agitó una mano elocuente, de modo que el sol brilló en el anillo de esmeralda de su rango.

—Hay algunos, amigo mío, que llevan la Iglesia como un guante. Yo, por ejemplo. Soy un hombre hecho para crecer cómodamente dentro de un orden establecido. Comprendo la organización, sé en qué puntos es rígida y en cuáles puede ser flexible… En esto no hay mérito ni virtud especial. En el fondo, es cuestión de temperamento y de aptitud. No tiene nada que ver con la fe, la esperanza o la caridad. Hay algunos que nacen para ser buenos servidores del Estado. Hay otros que tienen aptitudes para el gobierno de la Iglesia… Es un talento, si usted quiere, pero un talento que tiene sus propias tentaciones, y yo he sucumbido a algunas en el curso de mi vida…

Bajó la vista hacia la lagunilla de lirios, donde nadaban pececillos dorados y rojos, y las flores esparcían sus pétalos cremosos bajo el sol de la tarde. Télémond esperó mientras el viejo príncipe reunía el resto de sus pensamientos.

—Hay otros, amigo mío, que llevan la Iglesia como un cilicio. No creen menos. Aman tal vez más y con mayor intensidad; pero se mueven incómodos dentro de la disciplina, como usted. Para ellos la obediencia es un sacrificio diario, mientras que para mí y para otros como yo es una adaptación, a menudo muy satisfactoria, a las circunstancias. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Comprendo, pero creo que Su Eminencia se subestima para demostrarme su bondad.

— ¡No, no! —La respuesta de Rinaldi fue rápida y enfática—. Soy demasiado viejo para ofrecer cumplidos vanos. Me he juzgado a mí mismo, y sé cuánto me falta… En este momento usted se siente atribulado…

—Muy atribulado, Eminencia —dijo Télémond suavemente—. Vine a Roma por obediencia, pero aquí no hallaré paz. Lo sé.

—Usted no ha nacido para la paz, amigo mío. Esto es lo primero que debe aceptar. No la hallará probablemente hasta el día en que muera. Cada uno de nosotros lleva su propia cruz, usted lo sabe, hecha y adaptada a sus hombros reacios. ¿Sabe usted cuál es la mía?

—No.

—Ser rico, y estar satisfecho y sentir mi vida completa, y saber en el crepúsculo de mi vida que no lo merezco, y que cuando se me llame a juicio tendré que depender totalmente de la misericordia de Dios y de los méritos de otros más dignos.

Télémond permaneció silencioso largo rato, conmovido y humillado por este atisbo de una agonía íntima y privada. Finalmente, preguntó con voz sosegada:

—¿Y mi cruz, Eminencia?

—Su cruz, hijo mío… —La voz del anciano adquirió nueva tibieza y profunda compasión—. Su cruz es estar siempre dividido entre la Fe que posee, la obediencia que ha jurado y su búsqueda personal de un conocimiento más profundo de Dios a través del Universo que Él creó. Usted cree que no hay conflicto entre ambos, y, sin

embargo, usted está en conflicto consigo mismo un día tras otro. No puede abjurar del Acto de Fe sin una catástrofe personal. No puede abandonar la búsque da sin traicionarse fatalmente y traicionar su propia integridad. ¿Tengo razón, padre?

—Sí, Eminencia, tiene razón; pero eso no basta. Usted me muestra la cruz, pero no me muestra cómo llevarla.

—La ha llevado durante veinte años sin mí. —Y ahora me tambaleo bajo su peso. Créame, me tambaleo… ¡Y ahora tengo una nueva carga: Roma!

—¿Quiere alejarse de aquí?

—Sí. Pero me avergonzaría irme.

—¿Por qué?

—Porque espero que éste sea para mí el momento de la definición. Creo que he callado lo suficiente como para que mi pensamiento haya tomado forma. Siento que tengo el deber de exponerlo al debate y a la crítica. Esta exposición me parece un deber tan evidente como mis años de estudio y de exploración.

—Entonces debe cumplir con su deber —dijo Rinaldi mansamente.

—Y ése es otro problema, Eminencia —dijo Télémond con un destello de humor —. No soy publicista. No sé presentarme bien. No sé cómo acomodarme al ambiente de este lugar.

—Entonces desestímelo —dijo Rinaldi con dureza—. Usted llega armado con un corazón recto a una visión personal de la verdad. Armadura suficiente para cualquier hombre.

Télémond frunció el ceño y sacudió la cabeza. —Dudo de mi valor, Eminencia.

—Podría decirle que confiara en Dios. —Lo hago, pero…

Se interrumpió y miró sin ver más allá de los límites del jardín clásico.

Rinaldi lo apremió suavemente. —Continúe, hijo.

— ¡Estoy asustado, terriblemente asustado!

—¿De qué?

—De que llegue un momento en el cual este conflicto interior me parta en dos y me destruya totalmente. No puedo expresarlo de una manera más adecuada. Me faltan las palabras. Sólo puedo esperar que Su Eminencia me comprenda.

Valerio, cardenal Rinaldi, se puso en pie y posó sus manos sobre los hombros agobiados del jesuita.

—¡Comprendo, hijo mío, créame! Siento por usted lo que he sentido por muy pocos hombres en mi vida. Pase lo que pase después de su alocución la próxima semana, quiero que me cuente entre sus amigos. Ya le dije que me haría un favor permitiéndome ayudarle. Lo digo con más energía aún. Usted puede brindarme la oportunidad de ganar algún mérito para mí mismo… —Reapareció su habitual buen humor, y se echó a reír—. Es una tradición romana, padre. Pintores, poetas y filósofos necesitan un protector que los resguarde de la Inquisición. ¡Y tal vez yo sea

el último de ellos!

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

…Toda esta semana me ha acosado lo que sólo puedo llamar una tentación de oscuridad. Jamás, desde mis tiempos del calabozo, me he sentido tan oprimido por la absurda insensatez del mundo, por la esterilidad de la lucha del hombre por la supervivencia, por la estupidez aparente de cualquier intento de cambiar la naturaleza humana o lograr un mejoramiento colectivo de la condición del hombre.

Razonar con la tentación era sencillamente crear otro absurdo. Razonar conmigo mismo era invitar a nuevas confusiones. Un espíritu burlón parecía habitarme. Cada vez que me contemplaba, veía un bufón, con gorro y campanillas, encaramado en una cumbre y agitando su varita estúpida ante los huracanes. Cuando oraba, mi espíritu permanecía árido. Las palabras sonaban a fórmulas mágicas de antiguas hechicerías y carecían de virtud, de recompensa. Era una especie de agonía que creí no volver a experimentar, pero tal vez me hirió más profundamente que en el pasado.

En mi confusión, acudí a una meditación sobre la pasión y la muerte del Maestro. Comencé a comprender débilmente el significado de la agonía en el jardín de Getsemaní, cuando los tormentos de Su espíritu humano se comunicaron con tanta intensidad a Su cuerpo, que su mecanismo comenzó a quebrantarse y Cristo sufrió, como sufre el enfermo de leucemia, el sudor sangriento que es anticipo de la muerte.

Durante un instante vislumbré también el significado de Su último clamor desolado en la Cruz: «,..Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» En aquel instante, creo que Cristo vio, como lo veo yo ahora, la absurda insensatez de un mundo enloquecido que estallaba en pedazos en un vuelo tangencial desde su centro.

En aquel momento, su propia vida y muerte tienen que haberle parecido una gigantesca futileza, tal como aparecen ante mis ojos mi vida y mi esfuerzo como Vicario de Cristo. Y, sin embargo, el Maestro lo soportó, y yo debo hacer lo mismo. Si Él, el DiosHombre, podía sufrir sin el consuelo de la Divinidad, ¿rehusaré yo la copa que Sus manos me ofrecen…?

Me aferré al pensamiento con una especie de terror, para que no se me escapara y me dejase eternamente presa de la oscuridad y la desesperación. Luego, poco a poco, la oscuridad se disipó, y me hallé estremecido, casi enfermo físicamente, pero convencido en absoluto de la cordura esencial de la Fe. Sin embargo, había

algo que veía claramente: el problema en que se encuentran quienes no tienen Dios para infundir significado a la monstruosa necedad de todo el esfuerzo humano.

Para el creyente, la vida es un misterio doloroso, aceptable sólo por una parcial revelación del designio divino. Para el no creyente (y hay cientos de millones de seres a quienes la gracia de la Fe no ha alcanzado), tiene que adquirir a veces visos de locura, siempre amenazante, y a veces insoportable. Tal vez sea éste el sentido de lo que soy y de lo que me ha sucedido; que siendo pobre en todo lo demás, puedo ofrecer al mundo el amor de un corazón comprensivo…

Hoy llegó una segunda carta de Kamenev. Fué entregada en París al cardenal arzobispo, y llegó mis manos por medio de un mensajero especial. Es más hermética que la primera, pero percibo en ella un aprecio mayor:

Tengo su mensaje, y se lo agradezco. Los girasoles brotan ahora en la Madre Rusia, pero antes de que florezcan otra vez, es probable que nos necesitemos mutuamente.

Su mensaje me dice que usted confía en mí, pero debo ser honesto y decirle que no debe confiar en lo que yo haga ni en lo que se le informe que digo. Usted sabe que vivimos en ambientes muy diversos. Usted goza de una obediencia y una lealtad imposibles de obtener en mi esfera de acción. Sólo puedo sobrevivir comprendiendo lo que es posible, pero cediendo a una presión para evitar otra mayor.

Dentro de doce meses, o tal vez antes, llegaremos al borde de la guerra. Yo quiero la paz. Sé que no podremos obtenerla mediante negociaciones de conveniencia unilateral. Por otra parte, no puedo dictar términos ni siquiera a mi propio pueblo. Estoy cogido en la corriente de la Historia. Puedo vadearla, pero no puedo cambiar la dirección del agua.

Creo que usted comprende lo que intento decir. Le pido, si puede, que interprete con la mayor claridad posible al Presidente de los Estados Unidos. He estado con él. Lo respeto. En un trato privado confiaría en él, pero en el dominio de la política sufre presiones, tal como yo, y tal vez más que yo, porque su mandato es más corto, y la influencia de la opinión pública es más fuerte. Si usted puede comunicarse con él, le ruego lo haga, pero secretamente y con la mayor discreción. Sabe muy bien que yo me vería obligado a repudiar violentamente cualquier sugerencia de que existe algún conducto privado de conversaciones entre ambos.

No puedo sugerirle todavía ningún método seguro para que pueda usted escribirme. De vez en cuando, sin embargo, recibirá usted una petición para una audiencia privada de un hombre llamado George Wilhelm Forster. Puede hablarle francamente, pero no ponga nada por escrito. Si logra comunicarse con el Presidente de los Estados Unidos, refiérase a él como Robert. Resulta absurdo, ¿no

es así?, que para discutir la supervivencia de la raza humana debamos recurrir a estas tretas infantiles.

Usted tiene la fortuna de poder orar. Yo estoy limitado a la acción, y si acierto a medias la mitad del tiempo, puedo considerarme afortunado.

Vuelvo a repetir mi advertencia. Usted cree que ocupa el lugar de Dios. Yo ocupo el mío propio, y el suelo es resbaladizo. No confíe en mí más de lo que yo mismo puedo confiar. El martirio ha pasado de moda en mi mundo. Saludos.

KAMENEV.

Capítulo 7

Ningún hombre permanece incólume bajo la experiencia del poder. A algunos los pervierte la tiranía. A otros, los corrompe el halago y la propia complacencia. Algunos, muy pocos, adquieren sabiduría al comprender las consecuencias de la acción ejecutiva. Creo que esto es lo que ha sucedido con Kamenev.

Nunca fue un hombre burdo. Cuando lo conocí, se había entregado al cinismo, pero esta entrega no fue nunca completa. Lo demostró su acción respecto a mí. Yo diría que en su pensamiento no hay un campo realmente espiritual o religioso. Ha aceptado demasiado totalmente una concepción materialista del hombre y del Universo. Sin embargo, creo que, dentro de los límites de su propia lógica, ha llegado a una comprensión de la dignidad del hombre, y a sentir cierta obligación de preservarla en lo posible. No creo que se rija por sanciones morales tal como nosotros las entendemos en el sentido espiritual. Pero comprende que en el orden social necesita de cierta moral práctica, que también es esencial a la supervivencia de la civilización tal como la conocemos.

Creo que lo que Kamenev trata de decirme es lo siguiente: que puedo confiar en que actuará lógicamente dentro de su propio sistema de pensamiento, pero que no debo esperar que obre dentro del mío. Por mi parte, no debo olvidar que mientras el hombre está limitado por los canales de la gracia estipulados y puestos a su alcance por el acto redentor de Cristo, Dios no tiene esa limitación, y que ulteriormente la lógica de Kamenev puede verse convertida en lógica divina. Incluso en el orden humano, la carta de Kamenev tiene una importancia histórica. El hombre que personifica en sus funciones la herejía marxista, que ha tratado de extirpar la Fe violentamente de la tierra rusa, ahora se vuelve hacia el Papado para que éste le proporcione una vía de comunicación libre y secreta con el resto del mundo.

Veo claramente que Kamenev no me ofrece nada: no habla de abrir las puertas de Rusia a la Fe, no promete suavizar la opresión ni la persecución de los fieles. El cardenal Goldoni me ha hecho notar que en este preciso momento nuestros seminarios y escuelas en Polonia, Hungría y Alemania Oriental se hallan a punto de cerrar, debido a las brutales contribuciones que se les han impuesto recientemente. Goldoni me pregunta qué se propone ofrecer Kamenev a la Iglesia o a los Estados Unidos como primera cuota en aras de la paz…

A primera vista, no ofrece nada. Incluso podría acusársele, con cierto fundamento, de intentar emplearme en su propio beneficio. Debo pesar cuidadosamente esta interpretación. Y, sin embargo, me aferro a la profunda convicción de que existe un designio divino en esta relación entre nosotros, y que no debemos permitir que se transforme en una maniobra política…

Es un hecho histórico que cuando el poder temporal de la Iglesia fue mayor, su

vida espiritual llegó a su nivel más bajo. Es peligroso leer revelación divina en cada párrafo de la Historia, pero no puedo dejar de sentir que cuando seamos, como el Maestro, pobres en temporalidad, probablemente seremos ricos en vida divina.

Esta coyuntura me exige prudencia y oración… Normalmente deberíamos comunicarnos con el Gobierno de los Estados Unidos a través de nuestra Secretaría de. Estado. En esta oportunidad no nos atrevemos a hacerlo. Por tanto, he enviado un cablegrama al cardenal arzobispo de Nueva York pidiéndole que venga a Roma con la mayor celeridad posible, para ponerlo al tanto de la situación y ordenarle que se comunique directamente con el Presidente de los Estados Unidos. Una vez que haya hablado con el cardenal Carlin, comenzaremos a caminar todos sobre huevos. Si el más leve indicio de este asunto se filtra hacia la Prensa americana, esta débil esperanza de paz puede perderse para siempre… Mañana ofreceré la misa como un ruego por resultados favorables…

Esta mañana celebraré la primera de una serie de conferencias con la Congregación de lo Religioso y con los jefes de las principales órdenes religiosas. El propósito de estas conferencias es determinar cómo pueden estas organizaciones adaptarse mejor a las cambiantes condiciones del mundo y participar más activamente y con mayor flexibilidad en la misión de la Iglesia ante las almas de los hombres.

Todo esto entraña muchos problemas, y no los resolveremos todos en el acto. Cada Orden preserva celosamente su tradición y su esfera de influencia dentro de la Iglesia. Muy a menudo, la tradición es un obstáculo al esfuerzo apostólico. Los sistemas de enseñanza y preparación difieren. El «espíritu de la Orden», esa modalidad de pensamiento y acción que le confiere su carácter específico, tiende con demasiada frecuencia a endurecerse en el «método de la Orden», de manera que reacciona con excesiva lentitud y obstinación ante las exigencias de los tiempos.

Y también hay otro problema. El ritmo de reclutamiento de nuevos miembros se ha hecho peligrosamente lento, porque muchos espíritus bien dispuestos se, encuentran limitados y constreñidos en demasía por una constitución arcaica e incluso por una forma de vestimenta y de vida que los aparta rígidamente de la época en que viven…

Una vez más me veo encarando el problema fundamental de mi pontificado: cómo traducir la Palabra en acción cristiana; cómo raspar la capa exterior de la Historia para que la veta de la Fe primitiva se revele en toda su riqueza. Cuando los hombres están verdaderamente unidos con Dios, poco importa qué vestidos llevan, qué ejercicios devotos practican, qué constitución los rige. La obediencia religiosa debería dejar libre al hombre, con la libertad de los hijos de Dios. La tradición debería ser una lámpara para sus pasos que iluminara la senda hacia el futuro. Renunciar al mundo no es abandonarlo, sino restituirle en Cristo la belleza de su

diseño primero…; heredamos el pasado, pero estamos entregados al presente y al futuro.

Creo que es hora de hacer investigaciones más profundas y dar definiciones más claras de la función de los seglares en la vida de la Iglesia. El anticlericalismo es un síntoma de insatisfacción en los fieles. Porque es un hecho que la rebelión contra la doctrina de la Iglesia es menos común que la deserción gradual de un clima religioso que parece hallarse en contradicción irreconciliable con el mundo en el cual los hombres deben vivir. Aquellos cuyas aspiraciones exceden las dimensiones de la mentalidad del pastor local, desaparecen gradualmente de los bancos parroquiales y se alejan en busca de sustitutos y verdades parciales, lo que generalmente no les trae paz ni felicidad, pero sí cierta sensación de casi sagrada integridad. El número de estos casos ha aumentado hasta el punto de constituir una especie de posición reconocida dentro de la Iglesia; situación ambigua, pero radicalmente diferente de aquellas cuyo oscurantismo intenta erradicar de la conciencia del hombre la noción de la existencia humana dependiente de Dios…

En este mundo nuestro, cuando los hombres se acercan rápidamente a la Luna, la dimensión del tiempo parece estrecharse diariamente, y me preocupa que no podamos adaptarnos con mayor rapidez al cambio…

Dentro de un par de semanas comenzará la temporada de vacaciones en Europa. Es tradición que el Pontífice abandone el Vaticano y pase las vacaciones en Castelgandolfo. A pesar de mi impaciencia, siento que espero con agrado el cambio. Me dará tiempo para pensar, para sintetizar por mí mismo las mil impresiones diversas de estos primeros meses de Pontificado.

No me he atrevido a mencionarlo al Secretario de Estado, pero creo que aprovecharé la oportunidad para viajar un poco, privadamente, por la campiña… Necesitaré un buen chófer. Sería muy molesto para mí y para el Gobierno italiano si tuviésemos algún accidente en la carretera: ¡bonito cuadro presentaría el Pontífice, descubierto en medio de alguna carretera, discutiendo con algún camionero italiano…! Desearía un compañero agradable para mis vacaciones, pero aún no he tenido tiempo para cultivar ninguna verdadera amistad. Mi aislamiento es aún mayor porque soy más joven que los miembros de la Curia, y, con la ayuda de Dios, no quiero convertirme en un anciano prematuramente.

Ahora comprendo por qué algunos de mis predecesores cayeron en el nepotismo y se rodearon de parientes, y por qué otros cultivaron favoritos en el Vaticano. No es bueno para el hombre estar totalmente solo…

Kamenev es casado y tiene un hijo y una hija. Me agradaría creer que su unión es feliz… Si no lo es, debe de sentirse mucho más aislado que yo. Yo nunca he lamentado mi celibato, pero envidio a aquellos cuyo trabajo en la Iglesia transcurre entre niños…

Un súbito pensamiento lóbrego. Si hay otra guerra, ¿qué será de los pequeños? Son los herederos de nuestros errores, y, ¿cuál será su suerte en el vasto horror de un Armagedón atómico?

¡No debe producirse…, no debe!

En su apartamento de soltero en Parioli, Corrado Calitri, ministro de la República, conferenciaba con sus abogados. El principal de ellos, Perosi, era un hombre alto y enjuto de maneras áridas y académicas. Su ayudante tenía un rostro redondo de «budín» y una sonrisa deprecativa. En un extremo alejado de la habitación, la princesa MaríaRina permanecía en su asiento, tensa y retraída, observándoles con ojos velados y rapaces.

Perosi juntó los extremos de sus dedos como un obispo dispuesto a iniciar un salmo, y resumió la situación:

—…Si he comprendido bien, su conciencia lo ha atormentado durante algún tiempo. Ha pedido consejo a un confesor, y éste le ha indicado que su deber le obliga a cambiar la declaración que usted presentó referente a su matrimonio.

El semblante pálido de Calitri no traslucía emoción alguna, y su voz era inexpresiva.

—Ésa es mi posición, si.

—Quiero que dejemos claramente establecida nuestra situación. La petición de nulidad de su mujer se acogió a los términos del Canon 1.086, que establece dos cosas: primera, el consentimiento interno de la mente se presume siempre de acuerdo con las palabras o signos que se emplean en la celebración del matrimonio; segunda, si una de las partes, o ambas, por un acto positivo de la voluntad, excluyen el propio matrimonio, o el derecho al acto conyugal o cualquier propiedad esencial del matrimonio, el contrato matrimonial es nulo. —Movió sus papeles y continuó con voz profesional—: La primera parte del Canon no nos concierne directamente. Simplemente expresa una presunción de la ley que puede ser rebatida por una prueba contraria. La demanda de su mujer se basa en la segunda parte. Afirma que usted excluyó deliberadamente de su consentimiento el derecho de la esposa al acto conyugal, y que usted no aceptó el contrato como inquebrantable, sino como una forma de terapia que podría omitirse si la terapia fracasaba. Si esa demanda pudiese comprobarse, el matrimonio sería declarado nulo. ¿Comprende?

—Lo he comprendido siempre.

—Pero usted negó bajo juramento, en una declaración escrita, que su intención haya estado viciada.

—Sí, lo negué.

—Ahora, sin embargo, está dispuesto a admitir que su declaración era falsa y que, por tanto, constituía un perjurio.

—Sí. Comprendo que he cometido una grave injusticia y quiero repararla. Deseo que Chiara quede libre.

—¿Está dispuesto a hacer otra declaración jurada admitiendo el perjurio y la intención viciada?

—Sí.

—Hasta aquí vamos bien. Esto nos dará una base para reiniciar la causa ante la Rota —Perosi oprimió sus pálidos labios y frunció el ceño—. Desgraciadamente, no bastará para obtener un decreto de nulidad.

—¿Por qué no?

—Por una cuestión de procedimiento contenida en el Canon 1.971, y por comentarios al código, fechados en marzo de 1929, julio de 1933 y julio de 1942. La parte de un matrimonio que es causa culpable de la nulidad se halla privada de sus derechos a impugnar el contrato. No puede fundamentar su posición ante el tribunal.

—¿Qué solución nos queda?

—Necesitamos uno o más testigos que puedan declarar que usted les expresó clara y explícitamente sus intenciones viciadas antes de que el matrimonio se efectuase.

La voz gastada y enérgica de la princesa terció en la conversación.

—Creo que puede usted dar por sentado que tal testimonio puede encontrarse.

—Entonces —dijo el abogado Perosi— creo que tenemos un caso bien fundamentado, y que podemos aguardar con cierta confianza un resultado favorable.

Se echó atrás en su silla y comenzó a ordenar sus papeles. Como si ésta fuese la señal estipulada, el abogado auxiliar añadió un comentario a la discusión:

—Con el respeto debido a mi colega, quisiera hacer dos sugerencias. Sería conveniente contar con una carta de su confesor, indicando que usted actúa según sus consejos al tratar de reparar la injusticia cometida. Y también ayudaría que usted escribiese una carta amistosa a su mujer, reconociendo su falta y pidiéndole perdón… Ninguno de estos documentos tendría valor como prueba, pero podrían…, digamos…, podrían ayudar a crear el ambiente…

—Haré lo que usted sugiere —dijo Calitri con la misma voz descolorida—. Ahora desearía hacerle algunas preguntas. Reconozco una falta, reconozco un perjurio. Por otra parte, debo proteger mi reputación y mi posición pública.

—Todas las deliberaciones de la Rota y las declaraciones que ante ella se hacen están amparadas por el más riguroso secreto. No necesita inquietarse en tal sentido.

—Perfectamente. ¿Cuánto cree usted que tardará todo esto?

Perosi consideró la pregunta por un momento.—No demasiado. Nada puede hacerse durante el período de vacaciones, por supuesto, pero si todas las deposiciones se hallan en nuestras manos a fines de agosto, podríamos preparar la traducción en dos semanas. Luego, en vista de su posición y de la larga suspensión de la causa, creo

que obtendríamos que el caso se viese rápidamente… Unos dos meses. Y tal vez menos aún.

—Le estoy agradecido —dijo Corrado Calitri—. Tendré preparados los papeles a fines de agosto.

Perosi y su colega se inclinaron antes de salir.

—Siempre a las órdenes del ministro.

—Buenos días, señores, y gracias.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, la princesa echó atrás su cabeza de pájaro y rió.

—Ya lo ves. Te lo dije, ¿no es así? Simple como pelar guisantes. Por supuesto que tendremos que encontrar un confesor. Hay un Monsignore encantador y muy comprensivo que me asiste en Florencia. Sí, creo que es el indicado. Es inteligente, cultivado y lleno de celo, a su manera, por supuesto. Hablaré con él y concertaré la entrevista… Y ahora, sonríe. Dentro de dos meses serás libre; y un año después dirigirás el país.

—Lo sé, tía, lo sé.

—¡Ah! Otra cosa. Tu carta a Chiara. No necesitas mostrarte excesivamente humilde. Dignidad, reserva; deseo de reparar, sí. Pero nada comprometedor. No confío en esa muchacha. Nunca lo hice.

Calitri se encogió de hombros con indiferencia.

—Es una niña, tía. No hay maldad en ella.

—Los niños crecen…, y en toda mujer hay maldad cuando no obtiene lo que desea.

—Por lo que he oído, lo está obteniendo. —Con el decano de la Prensa extranjera. ¿Cómo se llama ese hombre?

—George Faber. Representa uno de los periódicos neoyorquinos.

—El más grande —dijo la anciana princesa con energía—. Y no puedes desprenderte de él como de un resfriado. Ahora eres demasiado vulnerable, hijo. Tienes contra ti al Osservatore, y a Chiara en el lecho de la Prensa americana. No puedes permitir que esa situación se prolongue.

—No puedo cambiarla.

—¿Por qué no?

—El hijo de Campeggio trabaja para mí. Me tiene simpatía, y no se la tiene a su padre. Chiara se casará probablemente con ese Faber en cuanto obtenga el decreto de nulidad. No puedo hacer nada para variar estas dos situaciones.

—Creo que puedes. —La princesa le observó fijamente con ojos astutos y legañosos—. Considera, ante todo, al joven Campeggio. ¿Sabes lo que haría yo?

—Me gustaría oírlo.

—Asciéndelo. Hazlo subir con la mayor rapidez posible. Prométele algo aún

mejor después de la elección. Átalo a ti por la amistad y la confianza. Su padre te odiará, pero el muchacho te adorará, y no creo que Campeggio luche contra su propio hijo… Y en cuanto a Chiara y a su amigo americano, déjamelos a mí.

—¿Qué te propones hacer?

La vieja princesa dejó escapar su aguda risa de pájaro y sacudió la cabeza.

—No tienes talento para tratar a las mujeres, Corrado. Quédate tranquilo, y deja a Chiara en mis manos.

Calitri tendió sus manos elocuentes en un gesto de resignación.

—Como quieras, tía. Te la dejaré.

—No lo lamentarás.

—Seguiré tu consejo, tía.

—Sé que lo seguirás. Y ahora, dame un beso y anímate. Cenarás conmigo mañana. Quiero que conozcas a algunas personas del Vaticano. Ahora que has vuelto al seno de la Iglesia, pueden comenzar a serte de utilidad.

Corrado Calitri besó la ajada mejilla de la anciana y la contempló alejarse, admirándose de que aquel cuerpo tan frágil albergase tanta vitalidad, y preguntándose si él tenía la suficiente para mantener el trato que había hecho con los que lo apoyaban.

Durante toda su vida había hecho tratos así. Y siempre pagó el precio con la misma moneda: otro pedazo de sí mismo. Cada defección lo dejaba menos seguro de su identidad, y sabía que al fin se encontraría totalmente vacío y que las arañas hilarían su tela en la cavidad de su corazón.

La depresión cayó sobre él como una nube. Se sirvió una copa de licor, y la llevó al asiento de la ventana desde el cual podía bajar la vista hasta la ciudad y ver el vuelo de las palomas sobre sus antiquísimos tejados. El cargo de Primer Ministro tal vez valiese una misa, pero nada, nada valía la condenación a una vida huera.

Era verdad que había hecho un contrato. Sería el Caballero Blanco sin miedo y sin tacha, y los democratacristianos le dejarían que los encabezara en el poder. Pero en este contrato había espacio para una nota al pie, y la princesa MaríaRina la había deletreado… Confianza y amistad… ¡Y tal vez más aún! En el trato amargo que había aceptado hubo de pronto un pequeño destello de dulzura.

Cogió el teléfono, marcó el número de su oficina, y pidió al joven Campeggio que trajese la correspondencia a su apartamento.

A las diez y media de una mañana sin nubes aterrizó en el aeropuerto de Fiumicino el cardenal arzobispo de Nueva York, Charles Corbet Carlin. Un funcionario de la Secretaría de Estado lo recibió al pie de la escalerilla y lo guió rápidamente a través de las oficinas de Aduanas e Inmigración, instalándolo finalmente en un automóvil del Vaticano. Una hora y media después, Carlin se

hallaba reunido con Cirilo el Pontífice y con Goldoni, el Secretario de Estado.

Carlin era, por naturaleza, un hombre concluyente, y comprendía los usos del poder. En seguida apreció los cambios que algunos meses de pontificado habían producido en el Papa. No había perdido nada de su encanto ni de su cordialidad instantánea e intuitiva, pero parecía haber alcanzado una nueva dimensión de autoridad. Su rostro marcado parecía más enjuto; su voz era más enérgica; sus maneras revelaban apremio y preocupación. Sin embargo, comenzó la discusión en forma característica, con una sonrisa y una explicación:

—Agradezco a Su Eminencia que haya acudido con tanta prontitud. Sé cuán atareado está. Quise haber sido más explícito, pero no podía confiar la información ni siquiera a un cable cifrado.

Luego, en frases firmes y enfáticas, explicó el motivo de su llamada y enseñó a Carlin el texto de ambas cartas.

El americano las recorrió con ojo astuto y calculador, y luego las dio al Pontífice.

—Comprendo la preocupación de Su Santidad. Pero confieso que comprendo menos lo que Kamenev espera ganar con esta maniobra.

Goldoni se permitió una débil sonrisa.

—La reacción de Su Eminencia es la mía… ¡Una maniobra! Pero Su Santidad adopta otra actitud.

Cirilo extendió sobre la mesa sus manos deformadas y se explicó con sencillez:

—Quiero que ustedes comprendan, ante todo, que yo conozco a ese hombre. Lo conozco más íntimamente de lo que les conozco a ustedes. Durante largo tiempo fue quien me interrogaba en la prisión. Ambos hemos ejercido una gran influencia mutua. Fue él quien organizó mi fuga de Rusia. Estoy profundamente convencido de que ésta no es una maniobra política, sino una auténtica petición de ayuda en las crisis que nos envolverán muy pronto.

Carlin asintió pensativamente.

—Su Santidad puede tener razón. Sería insensato descartar su experiencia con este hombre y su íntimo conocimiento de la situación rusa. Por otra parte, y lo digo con respeto, nosotros hemos tenido una experiencia diferente con Kamenev y con los soviéticos.

—Cuando usted dice «nosotros», ¿se refiere a la Iglesia o a los Estados Unidos?

—A ambos —dijo Carlin categóricamente—. En lo que se refiere a la Iglesia, el Secretario de Estado puede confirmar mis palabras. Aún hay persecución activa en los países satélites. En Rusia ha sido extinguida totalmente la Fe. Nuestros hermanos obispos que estuvieron presos con Su Santidad han muerto. Las fronteras soviéticas están cerradas a la Fe. No veo posibilidad alguna de que se abran en nuestra época.

Goldoni expresó su asentimiento:

—Ya he expuesto claramente este punto de vista a Su Santidad.

—Yo, yo —dijo Cirilo el Pontífice—, no estoy en desacuerdo con él… Hábleme ahora del punto de vista americano.

—A primera vista —dijo Carlin—, esto me parece una nueva versión de las reuniones en la cumbre. Todos recordamos los argumentos que las apoyaban… «Evitemos los peldaños inferiores, y que los jefes hablen con libertad, familiarmente, de nuestros problemas. Omitamos los detalles y lleguemos a los postulados fundamentales que nos dividen…» Tuvimos esas reuniones. Siempre fueron un fracaso. A fin de cuentas, toda discusión naufragaba en los detalles. La buena voluntad que podía existir antes de las reuniones disminuía, si no desaparecía por completo. En el fondo, como usted sabe, los peldaños inferiores de gobierno son más decisivos que los superiores, porque, bajo nuestro sistema y el sistema ruso, el jefe está siempre sujeto a las presiones de consejos administrativos y políticos que vienen de abajo. Ningún hombre puede mantener por sí solo el peso de una decisión en asuntos de trascendencia universal. —Sonrió ampliamente al Pontífice—. Incluso en la Iglesia tenemos la misma situación. Su Santidad es el Vicario de Cristo. Pero la efectividad de sus decisiones se ve limitada por la cooperación y la obediencia de los dignatarios locales.

Cirilo el Pontífice alzó las cartas de su escritorio y las enseñó a sus dos consejeros.

—¿Qué me aconsejan, entonces, que haga con ellas? ¿Desestimarlas?

Carlin eludió la pregunta.

—¿Qué desea Kamenev que haga Su Santidad? —Me parece que lo expresa con claridad. Me pide que comunique el contenido de estas cartas al Presidente de los Estados Unidos, y que le haga llegar también mi propia interpretación de su pensamiento y sus intenciones.

—¿Cuál es el pensamiento de Kamenev, Santidad? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Permítanme citarles otra vez lo que dice la carta. «Dentro de doce meses, o tal vez antes, llegaremos al borde de la guerra. Yo quisiera la paz. Sé que no podremos obtenerla mediante negociaciones de conveniencia unilateral. Por otra parte, no puedo dictar sus términos ni siquiera a mi propio pueblo. Estoy cogido en la corriente de la Historia. Puedo vadearla, pero no puedo cambiar la dirección del agua… Creo que usted comprende lo que intento decir. Le pido, si puede, que la transmita con la mayor claridad posible al Presidente de los Estados Unidos…» Conociendo a este hombre, el mensaje me parece bastante claro. Antes de que la crisis se transforme en inevitable, quiere establecer una base para futuras negociaciones que permitan preservar la paz.

—Pero, ¿qué base? —preguntó Goldoni—. Su Santidad tiene que admitir que Kamenev no es muy explícito.

—Planteémoslo de otra manera —dijo Carlin, con su habitual pragmatismo—. Yo

regreso a los Estados Unidos. Llamo a Washington y pido una audiencia privada con el Presidente. Le muestro estas cartas. Le digo: «La Santa Sede estima que Kamenev desea entablar conversaciones secretas para evitar la crisis que todos sabemos inminente. El Papa será el intermediario en estas conversaciones…» ¿Qué creen ustedes que haría o diría entonces el Presidente de los Estados Unidos? ¿Qué haría Su Santidad, de hallarse en su lugar?

El rostro marcado de Cirilo dibujó una sonrisa de genuina diversión.

—Diría: «Hablar no cuesta nada. En tanto los hombres puedan comunicarse, aunque lo hagan intermitentemente, hay esperanzas de paz. Pero si cerramos todas las puertas, cortamos todos los cables, construimos murallas cada vez más altas, entonces cada nación es una isla que prepara secretamente la destrucción común.»

Bruscamente, Carlin opuso objeciones al argumento.

—Hay una falta de lógica, Santidad. Perdóneme, pero debo hacérsela notar. Hablar, siempre cuesta algo, especialmente este tipo de charla. Los parlamentos secretos son peligrosos, porque cuando salen a la luz, como lo hacen inevitablemente, los que tomaron parte en ellos pueden negarlo. Y esas conversaciones se convierten entonces en armas para las maniobras políticas.

—¡Recuerde! —añadió Goldoni, asaltado por una nueva idea—. Ya no hay dos grandes potencias en el mundo. Están Rusia y los Estados Unidos. Está el bloque europeo. Está China, y están las naciones no comprometidas de Asia, África y las Américas. No se trata sólo de la carrera de armamentos. Está también la carrera por alimentar a los hambrientos, y la carrera para alinear a grandes masas humanas con una u otra ideología. No podemos adoptar una actitud excesivamente simplista ante este mundo tan complejo.

—Vacilo al decirlo, Santidad —dijo Carlin gravemente—, pero no me gustaría ver a la Santa Sede comprometida al ofrecerse como intermediaria en discusiones bilaterales y probablemente abortivas… Personalmente, desconfío de una tregua con el oso ruso, por hábilmente que éste dance.

—El oso está en el escudo de armas papal —dijo Cirilo ácidamente—. ¿También desconfía de él allí?

—Permítame contestar a esa pregunta con otra. ¿Su Santidad puede confiar totalmente en sí mismo en este asunto? Esto no es doctrina, ni dogma. Es asunto de Estado. Su Santidad está expuesto al error tanto como nosotros.

Carlin se había mostrado peligrosamente franco, y lo sabía. Ser cardenal arzobispo de Nueva York significaba una posición privilegiada en la Iglesia, gran influencia, y el dominio sobre dineros y recursos vitales para la economía del Vaticano. Pero en la constitución de la Fe, el sucesor de Pedro era soberano, y en su historia, más de un cardenal príncipe había sido despojado de su título con una palabra del Pontífice ultrajado. Charles Corbet Carlin se echó atrás en su silla y

aguardó, no sin cierta inquietud, la respuesta papal.

Ante su sorpresa, ésta llegó en un tono controlado y con sincera humildad.

—Todo lo que usted me dice es verdad. En realidad, es un reflejo de mi propio pensamiento al respecto. Le agradezco que haya decidido hablarme francamente, sin tratar de doblegarme con palabras diplomáticas. Tampoco yo deseo doblegarlo. No quiero forzarle a actuar contra su prudencia. Esto no es asunto de Fe o de moral, es un asunto de convicción personal, y me gustaría poder compartir la mía con ustedes… Almorcemos primero, y luego deseo mostrarles algo. Lo han visto antes, pero espero que hoy pueda tener otro significado ante sus ojos.

Y viendo la duda y la sorpresa en los rostros de sus cardenales, Cirilo rió ingenuamente:

—No, no hay conspiraciones ni sutileza a la manera de los Borgia. He aprendido algo en Italia. No hay que discutir materias de importancia con el estómago vacío. Creo que Goldoni reconocerá que por lo menos he reforzado la cocina del Vaticano.

Vamos, descansemos un rato.

Comieron sencillamente, pero bien, en las habitaciones privadas de Cirilo. Discurrieron acerca de los hombres y los asuntos, y de las mil intimidades de la sociedad jerárquica a la cual pertenecían. Parecían miembros de un club internacional exclusivo, cuyos socios estuviesen dispersos por los cuatro puntos cardinales, pero cuyos asuntos fuesen conocimiento común en todas las lenguas.

Cuando terminaron de comer y el Vaticano recayó en la somnolencia de la siesta, Cirilo se puso una sotana negra y condujo a sus huéspedes a la Basílica de San Pedro. Los turistas eran escasos, y nadie se fijó en tres sacerdotes de mediana edad detenidos ante los confesonarios próximos a la sacristía. Cirilo señaló un confesionario, que ostentaba sobre su puertecilla la lacónica leyenda «Polaco y ruso». —Una vez por semana vengo aquí y permanezco dos horas en el confesionario, para escuchar la confesión de quienes acudan a él. Me gustaría escucharlas también en italiano, pero no domino los dialectos… Ustedes saben lo que sucede en el ejercicio de este ministerio. Los buenos acuden, los malos se mantienen alejados; pero de vez en cuando llega algún alma angustiada, alguien que necesita una cooperación especial del confesor para hacerlo regresar a Dios… Y es siempre una lotería, en la que se aventura el momento, el hombre y la fertilidad de la palabra que uno arranca de su propio corazón. Y, sin embargo, aquí, en estos cajoncillos sofocantes, se halla todo el sentido de la Fe: el diálogo privado del hombre con su Creador, y yo entre ellos, como siervo del hombre y de Dios. Ahí, rodeado por el olor a embutido y a repollo, soy aquello para lo cual fui ordenado: un oportunista sublime, un pescador de hombres, sin saber lo que cazaré en mis redes, o si llegaré a cazar algo… Y, ahora, vengan por aquí.

Indicó a un asistente que los acompañara. Luego cogió del brazo a ambos

cardenales y los hizo cruzar hasta los peldaños que llevaban al confesionario de San Pedro, frente al gran altar de Bernini. Descendieron los peldaños. El asistente quitó el cerrojo a la reja de bronce que protegía la estatua arrodillada del Papa Pío VI. Cuando los sacerdotes penetraron en el nicho, cerró la puerta tras ellos y se retiró a respetuosa distancia. Cirilo condujo a sus dos consejeros al espacio en que se abría un agujero oscuro que llevaba a las grutas del Vaticano. Entonces se volvió hacia ellos. Su voz se hizo un murmullo que resonó suavemente en el recinto.

—Dicen que allá abajo está la tumba de Pedro el Pescador. Siempre que siento temor, o que me hallo en medio de las sombras, acudo aquí a orar y le preguntó qué puedo hacer yo, su heredero. También él era un oportunista, ustedes lo saben bien. El Maestro le dio las llaves del Reino. El Espíritu Santo le dio el don de la sabiduría y de las lenguas. Y luego debió plantar la semilla del Evangelio dondequiera que hubiese tierra para recibirla, aunque seguía siendo un pescador y un forastero en el Imperio Romano… No tenía método. No tenía templo. No tenía libros, sino el Evangelio viviente. Estaba condicionado por los tiempos en los cuales vivía, pero no podía permitir que las condiciones le limitasen… Tampoco puedo permitirlo yo. ¿Recuerdan ustedes la historia de Pablo, cuando llegó a la ciudad de Atenas entre los filósofos y retóricos, y vio el altar al Dios desconocido? ¿Recuerdan lo que hizo? Gritó con voz tonante: « ¡Hombres, hermanos! ¡Lo que ustedes adoran sin conocer, lo predico yo! » ¿No les parece que Pablo también era un oportunista? No razona con el momento. No apela a un sistema o a una historia. Aventura su persona y su misión en una palabra lanzada a la muchedumbre arremolinada.

¿No lo lo comprenden? Éste es el sentido de la Fe. Éste es el riesgo de creer.

Volvió su rostro luminoso hacia Carlin, sin intentar imponerse, sino razonando con él.

—Antes de que Su Eminencia acudiera a verme, me hallaba en las sombras. Me veía como un insensato que gritaba una locura a un mundo indiferente. ¡Así sea! Eso es lo que predicamos: insensatez trascendente, y confiamos en que finalmente sea lógica divina…

Bruscamente, Cirilo relajó su tensión y les sonrió con picardía.

—En prisión aprendí a jugar, y descubrí que, a fin de cuentas, el hombre que ganaba siempre era aquel que no se cubría en sus apuestas. Sé bien lo que ustedes están pensando. Que quiero dirigir la barca de Pedro según sople el viento en sus calzas papales. Pero si el viento es el aliento de Dios y sus manos agitan el agua…, ¿hay forma mejor de hacerlo? ¡Respóndame! ¡Hay forma mejor de hacerlo?

En el estrecho recinto, Goldoni se movió inquieto sobre sus pies.

Carlin permaneció obstinado e inconmovible como la Roca de Plymouth. Dijo con voz sin inflexiones:

—Ésta es tal vez la Fe que mueve montañas, Santidad. Lamento que no me haya

sido concedida en la misma medida. Estoy limitado a trabajar de acuerdo con la prudencia normal. No puedo convenir en que los asuntos de la Iglesia sean administrados por inspiración personal.

Cirilo el Pontífice sonreía aún cuando respondió:

—Ustedes me eligieron por inspiración, Eminencia. ¿Cree usted que el Espíritu Santo me ha abandonado?

Carlin no se dejó amilanar, e insistió obstinadamente en su tesis.

—No he dicho tal cosa, Santidad. Pero sí diré esto: Nadie tiene estatura suficiente para convertirse en el hombre universal. Usted desea serlo todo para todos los hombres, pero jamás podrá lograrlo cabalmente. Usted es ruso, yo soy americano. Usted me pide que arriesgue por ese Kamenev más de lo que arriesgaría por mi propio hermano si fuese Presidente de los Estados Unidos. No puedo hacerlo.

—Entonces —dijo Cirilo con inesperada mansedumbre— no le pediré que lo haga. No le pediré que arriesgue cosa alguna. Simplemente le daré una orden. Se presentará usted ante el Presidente de los Estados Unidos. Le ofrecerá estas cartas, y una que le escribiré yo. Si se consulta mi opinión, puede usted decir lo que desee, como sacerdote particular y como americano, pero no intentará interpretar mi pensamiento ni el de Kamenev. De esta forma espero que se sienta usted en libertad de cumplir con su deber para con la Iglesia y con su patria.

Carlin se ruborizó. Dijo desmañadamente:

—Su Santidad ha sido generoso conmigo.

—Generoso, no; lógico. Si creo que el Espíritu Santo puede obrar a través de mí y a través de Kamenev, ¿por qué no habría de obrar a través del Presidente de los Estados Unidos? Nunca es prudente descartar la Omnipotencia. Además añadió suavemente—, usted puede serme más útil en la oposición. Así garantizará la buena fe de la Santa Sede hacia los Estados Unidos de América… Me parece que tal vez ahora debiéramos orar juntos. No se espera de nosotros que estemos de acuerdo en lo que consideramos prudente, sino sólo que nuestras voluntades se hallen dedicadas al servicio del mismo Dios.

Al acercarse el fin del mes de julio y comenzar el éxodo veraniego desde Roma, Ruth Lewin se encontró atrapada una vez más en el drama cíclico de la angustia mental.

El proceso era siempre el mismo: profunda melancolía, sensación de soledad, sentimiento de desarraigo, como si la hubiesen depositado súbitamente en un planeta desconocido donde su pasado no tenía significado, su futuro era un interrogante, y toda comunicación degeneraba en un galimatías.

La peor de estas sensaciones era la melancolía. Como síntoma, Ruth estaba habituada a ella, y, sin embargo, no podía disiparla por medio del raciocinio, ni

ahuyentándola. La melancolía la impulsaba a deshacerse en llanto. Cuando las lágrimas mermaban, se sentía vacía e incapaz de experimentar el placer más simple. Cuando se miraba en el espejo, se encontraba vieja y estragada. Cuando caminaba por la ciudad, era una forastera, un objeto de mofa para los transeúntes.

Estaba segura de que su angustia mental resultaba evidente para todos. Era alemana de nacimiento, judía de raza, americana de adopción y exiliada en el país del sol. Pedía creer, y al propio tiempo se negaba a hacerlo. Necesitaba amor, v se sabía impotente para expresarlo. Deseaba desesperadamente la vida, pero la perseguía la atracción insidiosa de la muerte. Era todo y nada. Había momentos en los cuales se acurrucaba desamparada en su departamento, como un animal enfermo, temerosa de la salud estruendosa de su casta.

Todas sus relaciones parecían fallarle en el mismo momento. Se movía como una extraña entre sus protegidos de la Roma Vieja. Hacía costosas llamadas telefónicas a amigos de los Estados Unidos. Cuando éstos no respondían, quedaba desolada. Cuando lo hacían con superficial agradecimiento, sentía que se había puesto en ridículo. La oprimía la perspectiva del verano, cuando Roma quedaba desierta y el calor colgaba como palio de plomo sobre las callejuelas y la vida perezosa de las piazzas.

Por la noche yacía desvelada, con los senos doloridos, atormentada por el fuego de su carne. Cuando se drogaba para dormir, soñaba con su esposo muerto, y despertaba sollozando en un lecho vacío. El joven médico con quien trabajaba acudía a visitarla, pero también él se hallaba sumido en sus propios problemas, y Ruth era demasiado orgullosa para revelarle los propios. La amaba, decía, pero sus exigencias eran demasiado rudas, y cuando Ruth se apartaba de su lado, se aburría rápidamente, de manera que al fin dejó de visitarla, y Ruth se culpó por su abandono.

Un par de veces probó la antigua receta para las viudas desdichadas de Roma. Se sentó en un bar y trató de beber hasta ahogar sus escrúpulos. Pero después de tres copas, se sintió mal, y cuando la abordaron, se encolerizó brusca e irrazonablemente.

La experiencia fue saludable. La hizo aferrarse con una especie de desesperación a los últimos vestigios de su razón. Le dio un poco más de paciencia para soportar la enfermedad que ella sabía pasajera, aunque no osaba aguardar demasiado tiempo su curación. Cada pequeña crisis agotaba sus reservas y la acercaba más al estante de las medicinas, donde la botella de barbitúricos se burlaba de ella con su ilusión de olvido.

Entonces, un día pesado y amenazante, la esperanza irrumpió otra vez en su vida. Había despertado tarde, y se vestía desganadamente, cuando sonó el teléfono. Era George Faber. Le dijo que Chiara estaba fuera de la ciudad. Se sentía solitario y deprimido. Le gustaría llevarla a cenar a alguna parte. Ruth vaciló un instante, y luego aceptó.

El incidente no duró más de dos minutos, pero la arrancó de su depresión y la instaló en un mundo casi normal. Concertó apresuradamente una cita con su peluquero. Se compró un nuevo vestido de cóctel, que le costó el doble de lo que podía gastar. Compró flores alegres para su apartamento y una botella de whisky escocés para Faber; y cuando éste llegó a buscarla a las ocho, estaba tan nerviosa como una debutante el día de su primera invitación.

«George parece más viejo —pensó Ruth—; algo encorvado, y un poco más canoso que en su último encuentro.» Pero estaba elegantísimo, como siempre, con un clavel en el ojal, una sonrisa cautivadora y un ramillete de violetas de Nemi para el tocador de Ruth, a la cual besó la mano a la manera romana, diciendo luego, tristemente, mientras la joven preparaba las bebidas:

—Debo ir al Sur por el asunto Calitri. Chiara detesta Roma en el verano, y los Antonelli le han pedido que pase con ellos un mes en Venecia. Alquilaron una casa en el Lido… Espero reunirme después con ellos. Entretanto… —dejó escapar una risita confusa—, he perdido el hábito de vivir solo… Y tú me dijiste que podía llamarte.

—Me alegro de que lo hayas hecho, George. Tampoco a mí me gusta vivir sola.

—¿No estás ofendida?

—¿Por qué había de estarlo? Una salida nocturna con el decano de la Prensa extranjera es un acontecimiento para cualquier muchacha. Aquí tienes tu whisky.

Brindaron recíprocamente, y luego iniciaron los primeros tanteos hacia una conversación.

—¿Dónde te gustaría cenar, Ruth? ¿Tienes alguna preferencia?

—Estoy en sus manos, mi buen señor.

—¿Te gustaría que fuese un lugar alegre, o uno tranquilo?

—Alegre, por favor. Mi vida ha sido demasiado tranquila últimamente.

—Perfecto. Dime, ¿te gustaría ser romana o turista?

—Romana, creo.

—Magnífico. Conozco un lugar en el Trastévere. Está abarrotado, hay mucho bullicio, pero la comida es excelente. Hay un guitarrista, uno o dos pianistas, y un individuo que dibuja retratos en el mantel.

—Suena tentador.

—Antes me gustaba mucho, pero hace tiempo que no voy allí. A Chiara no le agrada ese tipo de cosas. —Se ruborizó, y jugueteó nerviosamente con su copa—. Lo siento. Fue un mal principio.

—Hagamos un trato, George.

Faber le lanzó una mirada rápida y avergonzada.

—¿Qué clase de trato?

—Esta noche nada estará mal. Diremos lo que sintamos, haremos lo que queramos, y luego lo olvidaremos. Sin lazos, sin promesas, sin disculpas… Necesito

que sea así.

—También yo, Ruth. ¿Te parece que es una deslealtad?

Ruth se inclinó hacia él, y puso un dedo admonitor sobre sus labios.

—¡Nada de segundas intenciones, recuerda! —Lo intentaré… Háblame de ti. ¿Qué has estado haciendo?

—Trabajando. Trabajando con Miss Juden y preguntándome por qué lo hago.

—¿No lo sabes?

—A veces. En otras ocasiones no tiene sentido.

Se levantó e hizo funcionar el tocadiscos, y el cuarto se llenó con los tonos almibarados de un cantante napolitano. Ruth Lewin rió:

—Sensiblería judaica, ¿no crees?

Faber sonrió y se tendió en su silla, relajándose por primera vez.

—¿Quién ve ahora segundas intenciones? Me gusta la sensiblería.

—Es mi naturaleza yiddish. Sale a luz cuando me descuido.

—¿Te preocupa?

—Ocasionalmente.

—¿Por qué?

—Ésa es una historia muy larga, y no es éste el momento apropiado. Termina tu whisky, George. Y después llévame a pasear y conviérteme en romana por esta noche.

En el umbral del apartamento, George la besó ligeramente en los labios, y ambos salieron del brazo y dejaron atrás los mármoles fantasmales del Foro. Entonces, rindiéndose al espíritu caprichoso que los impulsaba, detuvieron una carrozza y se dejaron llevar, con las manos enlazadas, por el fatigado caballo, cuyos cascos resonaban sobre el Puente del Palatino y en las populosas avenidas del Trastévere.

El restaurante se llamaba «'o Cavallucio». Se entraba en él por una antigua puerta de encina tachonada de clavos enmohecidos. Su muestra ostentaba un brioso potro tallado burdamente en la gastada piedra del dintel y cubierto de cal. El interior era un inmenso sótano abovedado, en el cual colgaban faroles polvorientos que iluminaban las pesadas mesas del refectorio. La clientela estaba formada en su mayoría por familias del barrio, y el espíritu del lugar era de benevolente tiranía.

El propietario, un hombrecillo regordete con delantal blanco, los instaló en un rincón oscuro, colocó una botella de vino negro y otra de blanco frente a ellos, y anunció la política de la casa con una sonrisa fulgurante:

—¡Todo el vino que sean capaces de beber! Buen vino, pero sin rótulos de fantasía. Sólo dos clases de pasta. Dos guisos principales: pollo asado y cocido de ternera en Marsala. ¡Y, después, todos ustedes quedan en manos de Dios!

Tal como Faber había prometido, había un guitarrista: un muchacho moreno con un pañuelo rojo al cuello y una jarrita de latón atada a la cintura para recibir las

monedas. Había también un poeta barbudo vestido de dril azul, con sandalias hechas en casa y una camisa de arpillera, que se ganaba honestamente la vida burlándose de los comensales con versos improvisados en dialecto romano. El resto de la diversión la proporcionaban los propios clientes y algún ronco coro ocasional solicitado por el guitarrista. La pasta se servía en grandes tazones de madera, y un camarero descarado les ató inmensas servilletas al cuello, para proteger de la salsa sus nobles pechos.

Ruth Lewin gozaba con estas novedades. Y Faber, arrancado a su ambiente normal, parecía diez años menor y demostraba un ingenio insospechado.

Deleitó a Ruth con sus comentarios sobre intrigas romanas y chismes del Vaticano, y ésta se encontró hablando libremente de la ruta larga y tortuosa que la había traído finalmente a la Ciudad Eterna. Alentada por la comprensión de Faber, expuso sus problemas con la franqueza que sólo había empleado ante el psiquiatra, y se sorprendió al descubrir que ya no se avergonzaba de ellos. Por el contrario, parecieron definirse con más claridad, y el terror que una vez le provocaron disminuyó mágicamente.

—…En el fondo, para mí todo se reducía a una cuestión de seguridad y a la necesidad de echar alguna raíz en un mundo que había cambiado con rapidez excesiva para mi entendimiento infantil. Nunca pude hacerlo. En mi vida, todo, personas, la Iglesia, la felicidad de que gocé (porque conocí momentos de gran felicidad), todo parecía adquirir una calidad inestable. Descubrí que no podía creer en la permanencia de la relación más simple. Mis momentos peores fueron aquellos en que me hallé dudando de la realidad de todo lo que me había sucedido. Era algo así como haber vivido un sueño…, y como si yo, que lo soñaba, fuera también un sueño. ¿Te parece muy extraño, George?

—No, extraño, no. Triste, sí, pero más bien reconfortante.

—¿Por qué dices eso?

Faber bebió pensativamente, y luego le dirigió una mirada larga y penetrante por encima del borde de la copa.

—Seguramente porque Chiara es el polo opuesto. A pesar de todo lo que le ha sucedido, parece estar completamente segura de lo que quiere en la vida, y de cómo lo obtendrá. Hay una sola manera de ser feliz: su manera. Hay una sola forma de estar entretenido o contento: la forma que ella aprendió. Su matrimonio con Calitri le causó una horrible conmoción, pero, básicamente, no cambió su actitud ante la vida… Creo que, al fin, tal vez seas tú más afortunada que ella.

—Me gustaría poderlo creer.

—Me parece que debes creerlo. Tal vez no seas feliz todavía. Tal vez nunca te sientas totalmente a salvo. Pero eres más flexible, estás más capacitada para comprender las mil formas en las cuales vive, sufre y piensa la gente.

—A menudo me he preguntado si eso es una ventaja…, o si es simplemente otra

ilusión mía. ¿Sabes? Tengo siempre el mismo sueño. Hablo con alguien. Pero ese alguien no responde. Tiendo la mano hacia alguien. No me ve. Estoy aguardando a alguien. Pasa de largo junto a mí. Me convenzo de que no existo en absoluto.

—Existes, te doy mi palabra —dijo Faber con una sonrisa apesadumbrada—. Existes, y me pareces muy perturbadora.

—¿Por qué perturbadora?

Antes de que Faber pudiese responder, el poeta barbudo se instaló junto a ellos y declamó una larga jerigonza que provocó grandes carcajadas entre los asistentes. George Faber rió también, y le entregó un billete de Banco como recompensa. El poeta añadió otra copla que provocó otro estallido de risas, y luego retrocedió inclinándose como un cortesano.

—¿Qué dijo? No comprendí mucho de su dialecto.

—Dijo que no éramos tan jóvenes como para ser solteros, pero que no éramos tan viejos como para no parecer amantes. Preguntó si tu marido sabía lo que hacías, y si el rorro se parecería a él o a mí. Cuando le di el dinero, dijo que yo tenía dinero suficiente para no preocuparme, pero que si quería conservarte sería mejor que nos casáramos en Ciudad de México.

Ruth Lewin se ruborizó.

—Un poeta algo molesto, pero me gusta, George.

—También a mí. Ojalá pudiera permitirme protegerlo.

Permanecieron silenciosos unos instantes, escuchando, momentáneamente felices, el bullicio y la música suave y melancólica de la guitarra. Luego, Faber preguntó con aparente despreocupación:

—¿Qué harás durante el verano?

—No lo sé. En este momento sólo sé que me asusta. Creo que acabaré por adherirme a alguna de esas giras CIT. A veces resultan muy aburridas, pero, por lo menos, no se está sola.

—¿No considerarías la posibilidad de pasar algunos días conmigo? Primero, Positano; luego, Ischia.

Ruth no soslayó la pregunta, sino que le hizo frente con su franqueza habitual.

—¿En qué términos, George?

—Los mismos que esta noche. Sin lazos, sin promesas, sin disculpas.

—¿Y Chiara?

George se encogió de hombros y respondió con cierto desasosiego:

—Yo no me inmiscuiré en lo que hace en Venecia. No creo que Chiara se inmiscuya en lo que hago yo. ¿Y qué tendría de malo? Estaré trabajando por Chiara. Tú y yo somos personas adultas. Me gustaría que lo pensaras.

Ruth sonrió y lo rechazó suavemente.

—No debo pensarlo, George. Tienes dificultades suficientes con las cosas de la

mujer que tienes. Dudo mucho de que también pudieras cargar con las mías. —Tendió sus manos y cogió la de George entre sus palmas—. Tienes ante ti una dura pelea, pero no puedes ganarla si te divides en dos. Y yo tampoco puedo dividirme… Por favor, no te enfades conmigo. Me conozco demasiado.

George se sintió instantáneamente compungido.

—Lo siento. Comprendo que lo que dije sonó bastante crudo, pero no fue ésa mi intención.

—Sé que no, y si intento decirte cuánto te lo agradezco, lloraré. ¿Me llevas a casa ahora?

El cochero que los había traído los esperaba aún, paciente y comprensivo, en la oscura callejuela. Despertó al caballo, que dormitaba, y lo animó a iniciar el largo trayecto a casa: el puente Margherita, la Villa Borghese, la Piazza del Quirinale, y, descendiendo junto al Coliseo, hasta la calle de San Gregorio. Ruth Lewin apoyó la cabeza en el hombro de George Faber y dormitó intermitentemente, mientras su acompañante escuchaba el clopclop del viejo jamelgo e interrogaba su corazón atormentado.

Cuando llegaron al apartamento de Ruth Lewin, George la ayudó a descender y la estrechó un momento contra su pecho en la sombra del portal. —¿Puedo subir un instante?

—Si quieres…

Ruth estaba demasiado adormilada para protestar, y demasiado ansiosa por proteger lo que quedaba de aquella noche. Preparó café, y ambos se sentaron a escuchar música, esperando que el otro rompiese el peligroso hechizo. Impulsivamente, George Faber la cogió en sus brazos y la besó, y Ruth se aferró a él en un abrazo largo y apasionado. Luego, George la apartó un poco y suplicó sin reservas:

—Quiero quedarme contigo, Ruth. Por favor, por favor, deja que me quede.

—Yo también quiero que te quedes, George. Lo deseo más que nada en el mundo… Pero voy a enviarte a tu casa.

—No me atormentes, Ruth. Tú no eres así. Por Dios, Ruth, no me atormentes.

Todas las ansias de años surgieron en Ruth y la impulsaron a rendirse, pero apartó a George y suplicó a su vez:

—Vete a casa, George. No puedo tenerte así. Me falta fortaleza. Por la mañana despertarías y te sentirías culpable respecto a Chiara. Me darías las gracias y desaparecerías rápidamente. Y porque te sentirías desleal, no volvería a verte. Y quiero verte. Podría enamorarme de ti si me lo permitiera, pero no quiero la mitad de un corazón y la mitad de un hombre… ¡Vete, por favor!

George se sacudió como quien despierta de un sueño.

—Volveré; lo sabes.

—Lo sé.

—¿No me odias?

¿Cómo puedo odiarte? Pero no quiero que te odies a ti mismo por mi causa.

—Si Chiara y yo fracasamos…

Ruth le cerró los labios con un leve beso final.

— ¡No lo digas, George! Lo sabrás muy pronto… Tal vez demasiado pronto para nosotros dos.

Bajó con él hasta el portal, lo miró trepar a la carrozza, y aguardó hasta que el ruido de cascos se desvaneció en el murmullo de la ciudad. Luego se fue a la cama, y, por primera vez en muchos meses, durmió sin soñar.

En el aula magna de la Universidad Gregoriana, Jean Télémond estaba cara a cara con su público.

Su discurso estaba ante él, en la tribuna, traducido a un latín impecable por un miembro de la Compañía. Estaba erguido, sus manos no temblaban, su mente se hallaba despejada. Ahora que había llegado el momento de crisis, se sentía extrañamente tranquilo, e incluso alborozado por esta entrega final y decidida del trabajo de una vida al riesgo del juicio abierto.

Toda la autoridad de la Iglesia se hallaba aquí, sintetizada en la persona del Pontífice, que se sentaba entre el padre general y el cardenal Leone, delgado, moreno y curiosamente juvenil. Aquí estaban reunidos los cerebros más brillantes de la Iglesia: seis cardenales de la Curia; teólogos y filósofos, vestidos con sus diversos hábitos, de jesuitas, dominicos, franciscanos y de la antiquísima Orden de San Benito. El futuro de la Iglesia estaba aquí: en los estudiantes de rostros limpios y ansiosos, escogidos en todos los países del mundo para estudiar en el centro de la Cristiandad. La diversidad de la Iglesia estaba aquí también, expresada en sí mismo, el exiliado, el buscador solitario que, sin embargo, vestía la túnica negra de la fraternidad y compartía el ministerio de los siervos de la Palabra.

Aguardó un instante, concentrándose. Luego, hizo la señal de la cruz, pronunció la introducción dedicada al Pontífice y a la Curia, y luego comenzó su discurso:

—Me ha traído a este lugar un viaje de veinte años. Por tanto, debo pediros paciencia mientras me explico y explico los motivos que me impulsaron a este largo y a veces doloroso peregrinar. Soy hombre, y soy sacerdote. Me convertí en sacerdote porque creía que la relación primaria y la única perfectamente reconfortante era aquella entre el Creador y las criaturas, y porque deseaba afianzar esta relación en forma especial mediante una vida de servicio. Pero jamás he dejado de ser hombre, y como hombre, me he encontrado comprometido sin apelación con el mundo en el cual vivo.

»Mi convicción más profunda como hombre, convicción confirmada por toda mi

experiencia, es la de que soy una persona. Yo que pienso, yo que siento, yo que temo, yo que conozco y yo que creo, soy una unidad. Pero la unidad de mi yo es parte de una unidad mayor. Yo soy diferente del mundo, pero pertenezco a él porque he emanado de su crecimiento, tal como el mundo ha emanado de la unidad de Dios como resultado de un solo acto creador.

»Por tanto, yo, unidad, estoy destinado a participar de la unidad del mundo, así como estoy destinado a participar de la unidad de Dios. No puedo verme aislado de la Creación, así como tampoco puedo aislarme del Creador sin destruirme.

»Desde el momento en que esta convicción se hizo evidente para mí, otra le siguió por inevitable consecuencia. Si Dios es uno, y el mundo es un resultado de su acto eterno, y yo soy una persona individual nacida de esta compleja unidad, entonces todo conocimiento de mí mismo, de la Creación, del Creador, es un solo conocimiento. Que yo no tenga todo el conocimiento, que se me aparezca en forma fragmentaria y diversificada, sólo significa que soy finito, limitado por el espacio y el tiempo y la capacidad de mi cerebro.

»Cada descubrimiento que hago apunta en la misma dirección. Por contradictorios que parezcan los fragmentos de conocimiento, nunca pueden contradecirse verdaderamente. He dedicado una vida a una pequeña rama de la ciencia, la Paleontología. Pero estoy entregado a todas las ciencias, Biología, Física, Química de las materias inorgánicas, a la Filosofía, y a la Teología, porque todas son ramas de un mismo árbol que crece hacia el mismo sol. Por tanto, jamás arriesgaremos demasiado si nos aventuramos en exceso en busca de la verdad, ya que cada paso hacia delante es un paso hacia la unidad: del hombre con el hombre, del hombre con el Universo, del Universo con Dios…

Télémond alzó la vista, tratando de leer en los rostros de su auditorio alguna reacción ante sus palabras. Pero no había nada que leer. Sus hermanos querían escuchar toda su tesis antes de definirse en un veredicto. Télémond regresó a sus papeles y continuó:

—Hoy quiero compartir con vosotros una parte del viaje que he hecho durante los últimos veinte años. Pero, antes de comenzar, hay dos cosas que deseo decir. Ésta es la primera: Una exploración es un viaje muy especial. No se desarrolla como un viaje de Roma a París. No se puede pedir llegar a tiempo y con todo el equipaje intacto. Se avanza lentamente, con los ojos y la mente abiertos. Cuando las montañas son demasiado altas para coronarlas, se las rodea y se intenta medirlas desde la planicie. Cuando la selva es muy tupida, hay que abrirse paso en ella, y no lamentar demasiado el trabajo ni la frustración que causa.

»La segunda cosa es ésta: Cuando se comienza a tomar nota del viaje, de los nuevos contornos, las nuevas plantas, de todo lo que es extraño y misterioso, a menudo el vocabulario resulta inadecuado. Inevitablemente, la narración será un mal

reflejo de la realidad. Si encontráis este defecto en mis notas, entonces os pido que lo soportéis y no permitáis que os disuada de la contemplación de extraños paisajes que llevan impreso, sin embargo, el dedo creador de Dios.

»Y ahora, para comenzar…

Se detuvo, acomodó su sotana sobre los delgados hombros y alzó el semblante, surcado de pliegues, hacia sus hermanos, en una especie de desafío.

—Quiero que vengáis conmigo, no como teólogos ni filósofos, sino como hombres de ciencia, como hombres cuyo conocimiento comienza viendo. Lo que quiero que veáis es el hombre: un ser especial que existe en un ambiente visible, en un punto determinable del tiempo y del espacio.

»Examinémoslo primero en el espacio. El universo que habita es inmenso, galáctico. Se extiende más allá de la Luna y el Sol, en una inmensidad de dimensión que nuestras matemáticas sólo pueden expresar con una extensión indefinida de ceros.

»Miremos al hombre en el tiempo. Existe ahora, en este momento, pero su pasado retrocede hasta un punto en el cual lo perdemos en una nebulosa. Su futuro se prolonga más allá de nuestra concepción de cualquier circunstancia posible.

»Mirad al hombre en su número, y os encontraréis tratando de contar los granos de arena de una playa sin límites.

»Miradlo en escala y proporción, y lo veis por una parte como un enano minúsculo en un universo aparentemente ilimitado. Medidlo en otra escala, y lo halláis controlando parcialmente la inmensidad en la cual vive…

Sus oyentes más escépticos —y había algunos que estaban inclinados a dudar de él— se encontraron atrapados y transportados por la poderosa corriente de su elocuencia. Su apasionada convicción se expresaba en cada pliegue de su rostro curtido, en cada ademán de sus manos delgadas y expresivas.

Rudolf Semmering, el hombre severo y disciplinado, se encontró aprobando con la cabeza el noble tenor de sus palabras. El cardenal Rinaldi sonrió con su sonrisa fina e irónica, y se preguntó qué opinarían los pedantes de este valeroso intruso en sus dominios privados. Incluso Leone, el viejo perro guardián de la Fe, apoyó su mejilla rugosa en la mano y rindió un reticente tributo al coraje de aquel espíritu sospechoso.

En Cirilo el Pontífice creció, rápida como planta de prestidigitador, la convicción de que éste era el hombre que requería; un hombre totalmente entregado al riesgo de vivir y de saber, pero anclado como roca azotada por el mar a la Fe en una unidad planeada por la inteligencia divina. Tal vez las olas lo zahiriesen, y los vientos azotaran su espíritu, pero permanecería inconmovible ante sus embates. Se descubrió de pronto murmurando un mensaje en apoyo del orador: « ¡Continúe! No tema. Su corazón está bien inspirado y late al unísono con el mío… No importa que las

palabras tropiecen y que las notas tiemblen. La visión es clara, la voluntad señala con rectitud y veracidad hacia el Centro. ¡Continúe…! »

Télémond se hallaba ya de lleno en el tema, exponiendo ante sus auditores su visión de la materia: lo material del Universo, que se expresaba en tantas apariencias diferentes, y, finalmente, en la apariencia del hombre.

—… ¡Dios hizo al hombre del polvo de la tierra! La imagen bíblica expresa adecuadamente la creencia más primitiva del hombre, confirmada por los experimentos científicos más avanzados, que la materia de la cual está formado es capaz de infinita reducción a partículas infinitamente pequeñas… En un punto determinado de esta reducción, la visión que el hombre tiene de sí mismo se hace nebulosa. Necesita gafas, luego un microscopio, y luego todo un equipo de instrumentos que suplementen su vista menguante. Por un momento se pierde en la diversidad: moléculas, átomos, electrones, neutrones, protones… ¡Tantos y tan diferentes! Y luego, súbitamente, todos vuelven a unirse. El Universo, desde la nebulosa más distante hasta la estructura atómica más simple, es un todo, un sistema, un cuanto de energía: en otras palabras, una unidad. Pero… Y ya debo pediros que aceptéis y atesoréis y meditéis este «pero» trascendental… Pero este Universo no es un todo estático, sino que está en constante estado de cambio y de transformación. Está en estado de génesis…, en estado de devenir, en estado de evolución. Y éste es el problema que os pido afrontéis ahora conmigo. El Universo está evolucionan do, y el hombre evoluciona con él… ¿Hacia qué…?

Ahora estaban con él. Críticos o cautivos de su idea, todos estaban con él. Los veía inclinarse hacia delante en sus banquillos, atentos. Sentía su interés proyectado hacia él como una ola. Se concentró una vez más y comenzó a esbozar con pinceladas rápidas la imagen de un cosmos en movimiento, reordenándose, diversificándose, preparándose para el advenimiento de la vida, para la llegada de la conciencia, para el advenimiento de la primera especie subhumana y para el adveni miento final del hombre.

Ahora marchaba por su propio terreno, y los arrastraba con él desde el confuso telón de fondo de un mundo que cristalizaba hasta el momento en el cual se produjo el cambio de la no vida a la vida, cuando la primera megalomolécula se convirtió en microorganismo y las primeras formas de vida aparecieron en el planeta.

Télémond les hizo ver cómo las formas primitivas de vida se extendieron en una vasta red alrededor de la superficie del Globo en movimiento; cómo algunas conjunciones desaparecieron rápidamente porque estaban adaptadas en forma excesivamente específica a una época y a una condición del avance evolutivo; cómo otras sobrevivieron, transformándose, haciéndose más complejas, para garantizar su propia resistencia.

Les mostró también los primeros esquemas de una ley fundamental de la

Naturaleza: la forma de vida excesivamente especializada era la que primero perecía. El cambio era el precio de la supervivencia.

No retrocedió ante las consecuencias de su pensamiento. Cogió a sus oyentes por el cuello y los forzó a afrontar con él esas consecuencias.

—…Incluso en esa etapa primitiva de la cadena evolutiva nos hallamos cara a cara con el hecho brutal de la competencia biológica. La lucha por la vida es incesante. Va acompañada siempre por muerte y destrucción, y por violencia de una u otra naturaleza… Os preguntaréis, como me lo he preguntado mil veces, si esta lucha se transfiere necesariamente a los dominios del hombre en una etapa posterior de la Historia. A primera vista, la respuesta es sí. Pero me opongo a una aplicación tan burda y total del esquema biológico. El hombre no vive ahora en el mismo nivel que ocupaba cuando hizo su primera aparición sobre el Planeta. Ha atravesado niveles sucesivos de existencia; y es mi opinión, apoyada por pruebas considerables, que la evolución del hombre está señalada por un esfuerzo para encontrar otros medios menos brutales y menos destructores de competir por la vida.

Se inclinó hacia sus hermanos y los desafió con el pensamiento que él sabía estaba ya en sus mentes:

—Podéis preguntaros por qué no invoco en este momento una intervención divina en el esquema de la evolución humana. No lo hago, porque debemos seguir la senda exploratoria que nos hemos impuesto. Nos estamos limitando sólo a lo que vemos. Y todo lo que vemos en este momento es el hombre emergiendo como fenómeno en un universo cambiante. Si lo que vemos nos perturba, debemos soportar esa perturbación y no buscarle una respuesta excesivamente fácil. Y lo digo aunque el hombre no ha aparecido aún bajo nuestros ojos indagadores. Nos hemos adelantado a su encuentro. Ahora debemos retroceder.

Télémond pudo palpar casi el relajamiento de la tensión ambiental. Lanzó una mirada rápida a la primera fila de su público. Leone sacudía su blanca cabeza y susurraba un comentario al cardenal sentado a su izquierda. Rinaldi sonreía, y alzó una mano en un ademán casi imperceptible de aliento. Cirilo el Pontífice permanecía erguido en su silla, con su rostro marcado en perfecta inmovilidad y sus ojos oscuros brillantes de interés.

Suavemente, Télémond los condujo de regreso a la corriente principal de su relato. Les mostró las formas primitivas de la vida reproduciéndose, multiplicándose, uniéndose y volviendo a unirse, tanteando, ingeniosa, pero indiferentemente, su camino hacia la estabilidad y la permanencia. Dibujó para ellos el árbol de la vida, y mostró cómo echaba ramas, y, sin embargo, crecía hacia lo alto; cómo ciertos vástagos morían y caían a tierra; cómo ciertas ramas dejaban de crecer; pero cómo siempre el impulso principal del crecimiento tendía a subir hacia el gran cerebro superior y del organismo complejo y el mecanismo de supervivencia más flexible.

Les habló también de las primeras especies subhumanas: del humanoide, preludio del ser humano, y, finalmente, llegó al hombre.

Entonces, bruscamente, les planteó un rompecabezas.

—…Desde donde nos hallamos ahora vemos una continuidad, una unidad en el proceso evolutivo. Pero si observamos atentamente, vemos que la línea de avance no siempre constituye un trazo firme y definido. En algunos lugares es una línea de puntos, o quebrada. No podemos decir en qué punto del tiempo comenzó la vida. Pero sabemos que comenzó. Sabemos que el pterodáctilo existió. Hemos encontrado sus huesos en la tierra. Pero cuándo y a través de qué mutaciones llegó a ser, no está totalmente claro para nosotros. Lo vemos primero como plural…, muchos pterodáctilos. Pero, ¿hubo una pareja inicial o fueron siempre muchos? No lo sabemos… Así también con el hombre; cuando lo encontramos en la Tierra, son muchos hombres. Hablando como científico, no tenemos constancia de la aparición del hombre como pareja única. En los archivos históricos, escritos sobre la arcilla primaria, los hombres se hacen presentes. No digo que apareciesen de repente, así como el pterodáctilo no apareció súbitamente. Todas las evidencias señalan hacia un lento emerger de la especie, pero, en cierto punto de la Historia, el hombre está allí, y con el hombre hay también algo más… Conciencia… El hombre es un fenómeno muy especial. Es un ser que sabe, y también es un ser que sabe que sabe. Hemos llegado, ya lo veis, a un momento muy especial de la Historia. Existe una criatura que sabe que sabe…

»Y ahora, amigos míos, quiero que consideréis mi pregunta sólo como científicos, sólo como testigos de la evidencia visible. ¿Cómo emergió este fenómeno especial?

»Retrocedamos por un instante. Consideremos todos esos fenómenos que le precedieron, muchos de los cuales aún coexisten con él, desde el microorganismo hasta el simio humanoide. Todos ellos tienen algo en común: el impulso, la búsqueda, la necesidad de adaptarse para sobrevivir. Empleando un término gastado y poco preciso, es el instinto para hacer esas cosas, para participar en esas combinaciones, en esas asociaciones, lo que los capacitará para seguir la línea de su propia continuidad. Prefiero elegir una palabra diferente a instinto. Prefiero decir que este impulso, esta capacidad, es una forma primitiva, pero en evolución, de aquellos que culminan en el hombre: la conciencia…

Los había traído otra vez a una crisis, y Télémond lo sabía. Por primera vez se sintió verdaderamente incapaz de desplegar ante ellos el alcance y la sutileza de su pensamiento. Luchaba contra el tiempo, y contra la mera limitación semántica y el poder retórico para llevarlos a una visión nueva pero siempre armoniosa de la Naturaleza y del origen de la Humanidad. Sin embargo, continuó resueltamente desarrollando para ellos su propia visión del esquema cósmico: la energía primaria, la vida primitiva, la conciencia primitiva, evolucionando todas y convergiendo en el

primer punto focal de la Historia: el hombre. Y los llevó aún más lejos con un audaz salto dentro del terreno que les era propio, mostrándoles todas las líneas del desarrollo humano en su convergencia hacia la unidad final, la unidad del hombre con su Creador.

Télémond sintió ahora con mayor intensidad que antes el cambio en el estado anímico de su auditorio. Algunos parecían espantados, otros, dudosos, y otros se habían definido en completa hostilidad a su pensamiento.

Pero cuando llegó al final de su peroración, supo que había dado lo mejor de sí, y que a pesar de su ocasional vaguedad, o sus ocasionales especulaciones arriesgadas, su discurso había sido la expresión fiel de su propia posición intelectual. Ya no podía hacer si no someterse al juicio y esperar valerosamente el resultado. Humildemente, pero con profunda emoción, llegó a su síntesis final.

—No os pido que estéis de acuerdo conmigo. Mis actuales conclusiones no quedan libres de reconsideración o de nuevo desarrollo, pero de esto estoy totalmente convencido: el primer acto creador de Dios estuvo dirigido a la realización, no a la destrucción. Si el Universo no se halla centrado en el hombre, si el hombre como centro del Universo no se halla centrado en el Creador, entonces el Cosmos es una blasfemia sin sentido. No está distante el día en el cual los hombres comprendan que incluso en términos biológicos sólo tienen una posibilidad: el suicidio, o un acto de adoración.

Sus manos se estremecían y su voz temblaba cuando leyó las palabras de Pablo a los Colosenses:

—«En Él todas las cosas creadas adquirieron su ser, celestiales y terrenas, visibles e invisibles… Todas fueron creadas a través de Él y en Él; Él tiene precedencia sobre todo, y en Él todo subsiste… Fue la voluntad de Dios que toda perfección habitase en Él, y a través de Él traer otra vez todas las cosas, en la Tierra o en el Cielo, a la unión con Él, reconciliándose con ellas a través de su sangre vertida en la cruz.»

Télémond no escuchó los aplausos atronadores que saludaron su descenso del púlpito. Mientras se arrodillaba para rendir homenaje al Pontífice y dejaba el texto en sus manos, sólo escuchó la bendición y la invitación (¿no era una orden?) que la siguió:

—Usted es un hombre temerario, Jean Télémond. El tiempo dirá si tiene o no tiene razón, pero en este momento yo le necesito. Todos le necesitamos.

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETASDE CIRILO I, PONT. MAX.

…Ayer conocí a un hombre íntegro. Es una experiencia desusada, pero siempre

noble y enaltecedora. Cuesta tanto ser un ser humano completo, que hay muy pocos que posean el esclarecimiento o el valor necesarios para pagar el precio requerido… Para serlo hay que abandonar totalmente la búsqueda de la seguridad, y tender los brazos al riesgo de vivir. Hay que abrazar el mundo como un amante, sin esperar una fácil retribución de ese amor. Hay que aceptar la duda y la oscuridad como precio del conocimiento. Hay que tener una voluntad obstinada en el conflicto, pero siempre dispuesta a la aceptación total de todas las consecuencias de vivir y morir.

Así veo yo a Jean Télémond. Por eso he decidido atraerlo a mi lado, pedirle su amistad, para emplearlo como mejor pueda en el trabajo de la Iglesia… Leone lo observa con inquietud. Me lo ha dicho francamente. Hace notar, y con toda razón, lo que es ambiguo y oscuro en su sistema de pensamiento, y lo que el anciano cardenal llama peligrosa impetuosidad en algunas de sus especulaciones. Leone exige otro examen completo de los escritos de Télémond por el Santo Oficio antes de que se le permita enseñar públicamente o publicar sus trabajos.

No estoy en desacuerdo con Leone. Mi temeridad no llega hasta aventurar el depósito de Fe, que, después de todo, es el testamento del nuevo convenio de Cristo con el hombre. Preservarlo intacto es la esencia de mi misión. Y ésta es la tarea que recae sobre Leone en la Iglesia…

Por otra parte, no temo a Jean Télémond. Un hombre que está centrado como él en Dios, que ha aceptado veinte años de silencio, ha aceptado ya todos los riesgos, incluso el de estar equivocado. Lo dijo hoy claramente, y creo en sus palabras… Tampoco temo a su obra; no tengo los conocimientos ni el tiempo suficientes para juzgar con veracidad su valor último. Por eso tengo consejeros y expertos versados en Ciencias, Teología y Filosofía para ayudarme…

Más aún, creo que el error honesto es un paso hacia un mayor esclarecimiento de la verdad, ya que expone a debate y a definiciones más claras las materias que de otra manera permanecerían oscuras e indefinidas en las enseñanzas de la Iglesia. En un sentido muy especial, la Iglesia también está evolucionando hacia una superior comprensión, hacia una conciencia más profunda de la vida divina en su seno.

La Iglesia es una familia. Como toda familia, tiene sus hombres de hogar y sus aventureros. Tiene críticos y conformistas; hombres celosos de sus tradiciones más triviales; hombres que desean impulsarla hacia el porvenir, como lámpara para un futuro glorioso. De todos ellos soy el padre común… Cuando los aventureros retornan trayéndose cicatrices y el cansancio del viaje hasta alguna nueva frontera, de sus irrupciones de éxito o fallidas contra las murallas de la ignorancia, debo recibirlos con la caridad de Cristo y protegerlos con dulzura contra aquellos que han tenido mejor suerte porque han arriesgado menos. He pedido al padre general

de los jesuitas que envíe a Jean Télémond a Castelgandolfo, para que me acompañe durante el verano. Confío en que aprenderemos a ser amigos, y oro por que así sea. Creo que Télémond puede enriquecer mi espíritu. Y, por mi parte, yo podré infundir valor y un respiro en su largo y solitario peregrinar…

Curiosamente, este hombre me ha infundido también valor. Durante algún tiempo he estado envuelto en un constante debate con el cardenal secretario de la Congregación de Ritos sobre el problema de la introducción de la liturgia vernácula y un sistema vernáculo de enseñanza en los seminarios y las iglesias de los países misionales. Esto significaría inevitablemente una declinación del lenguaje litúrgico latino en muchas regiones del mundo. También implicaría un inmenso trabajo de traducción y comentario, de manera que las obras de los padres de la Iglesia pueden quedar al alcance de los seminaristas en su propia lengua.

La Congregación de Ritos considera que las desventajas del cambio superan ampliamente a sus méritos. Señalan que esta decisión contradiría las conclusiones del Concilio de Trento, y los pronunciamientos de Concilios y Pontífices posteriores. Afirman que la estabilidad y uniformidad de nuestra organización depende en gran parte del empleo de un idioma común en la definición de la doctrina, en la preparación de los maestros y en la celebración de la liturgia.

Personalmente, opino que nuestro primer deber es predicar la Palabra de Dios y dispensar la gracia de los Sacramentos, y que todo lo que obstaculice estos propósitos, debe apartarse de nuestro camino.

Sin embargo, sé que la situación no es tan sencilla. Por ejemplo, hay una curiosa divergencia de opiniones en la pequeña comunidad cristiana de Japón. Los obispos japoneses quieren conservar el sistema latino. Debido a su posición singular y aislada, tienden a mostrarse temerosos ante cualquier cambio. Por otra parte, los sacerdotes misioneros que trabajan en ese país informan que su labor es más difícil cuando no se emplea el idioma vernáculo.

En África, el nativo cardenal Rugambwa desea emplear el sistema vernáculo. Comprende sus riesgos y problemas, pero, a pesar de todo, opina que debe intentarse. Rugambwa es un hombre piadoso y de esclarecida inteligencia, y respeto en extremo su opinión.

En último término, la decisión recae en mis manos, pero la he diferido porque he sentido intensamente la complejidad del problema y el peligro histórico de que los grupos pequeños y aislados de cristianos puedan verse separados del desarrollo cotidiano de la vida de la Iglesia por una falta de comunicación común. No estamos construyendo sólo para hoy, sino para mañana y para la eternidad…

Sin embargo, al escuchar a Jean Télémond me sentí alentado a dar un paso decisivo. He decidido escribir a aquellos obispos que deseen introducir el sistema vernáculo y pedirles que propongan un plan definido para su empleo. Si sus planes

parecen factibles, y si al mismo tiempo puede prepararse en la forma tradicional a un número selecto de sacerdotes, estoy dispuesto a permitir que se pruebe el nuevo sistema… Seguramente hallaré una fuerte oposición en la Congregación de Ritos, y en muchos obispos de la Iglesia, pero hay que hacer algo para romper el estancamiento que inhibe nuestras obras apostólicas, para que la Fe pueda comenzar a surgir con más libertad en las naciones nacientes.

Todas esas naciones están orgullosas de su nueva identidad, y hay que hacerles ver que pueden crecer dentro y con la Fe hacia un legítimo mejoramiento social y económico. Aún no somos un solo mundo, ni lo seremos en mucho tiempo, pero Dios es uno, y el Evangelio es uno, y debe repetirse en todas las lenguas que se hablan bajo el cielo… Ésa era la modalidad de la Iglesia primitiva. Ésa, la visión que Télémond renovó en sí: la unidad del espíritu en los lazos de la Fe y en la diversidad de todo conocimiento y de todas las lenguas…

Hoy concedí las últimas audiencias antes de las vacaciones de verano. Entre aquellos a quienes recibí privadamente estaba cierto Corrado Calitri, ministro de la República. Había recibido ya a la mayoría de los miembros del Gabinete italiano, pero no conocía a este hombre. La circunstancia era desusada, y hablé de esto al maestro de Cámara.

Éste me dijo que Calitri era un hombre de habilidad poco común, que se había elevado meteóricamente dentro del Partido democratacristiano. Incluso se ha hablado de que posiblemente dirija el país después de las próximas elecciones.

El maestro de Cámara me contó también que la vida privada de Calitri había dado bastante que hablar durante largo tiempo, y que estaba comprometido en un caso matrimonial que considera actualmente la Sagrada Rota. Parece, sin embargo, que ahora Calitri está haciendo serios esfuerzos para reformarse, y que ha puesto su persona y sus asuntos espirituales en manos de un confesor.

Por supuesto que ni Calitri ni yo nos referimos a estas materias. Una audiencia es asunto de Estado, y no tiene nada que ver con la relación espiritual de un pastor y de su pueblo.

A pesar de todo, sentí curiosidad por este hombre, y por un instante estuve tentado de pedir los autos de su caso. Finalmente, decidí no hacerlo. Si llega al poder, tendremos relaciones diplomáticas, y es preferible que no se vean complicadas por conocimientos privados de mi parte. Y también es preferible que yo no intervenga con demasiada minuciosidad en las variadas funciones de los tribunales y congregaciones. Mi tiempo es muy limitado. Mis energías son limitadas, y actualmente están tan agotadas, que me alegraré de hacer el equipaje y salir de aquí hacia la comparativa serenidad del campo.

Veo claramente el contorno de un gran problema personal para todo hombre que ostente la dignidad de Papa: la presión de los asuntos a su cargo y las

exigencias de tanta gente pueden empobrecerlo hasta tal punto, que no le dejen tiempo ni voluntad para regular los asuntos de su alma. Anhelo soledad y sosiego para dedicarlos a la contemplación… « ¡Mirad los lirios del campo…, no trabajan, ni se afanan! » ¡Afortunados aquellos que tienen tiempo para aspirar el perfume de las flores y dormitar a mediodía bajo los naranjos…!

Capítulo 8

George Faber abandonó Roma en las primeras horas de una mañana de domingo. Salió por la Puerta Lateranense y descendió por la Via Apia hacia la Autostrada que llevaba hacia el Sur.

Ante él tenía cinco horas de viaje. Terracina, Formia, Nápoles, y luego el serpenteante camino peninsular a Castellammare, Sorrento, Amalfi y Positano. No llevaba prisa. El aire de la mañana era fresco aún, y el tránsito, muy intenso, y Faber no deseaba arriesgar su vida además de su reputación.

En Terracina lo detuvieron dos muchachas inglesas que recorrían la costa confiando en la buena voluntad de los automovilistas. Durante una hora le resultó agradable su compañía, pero al llegar a Nápoles, se alegró de librarse de ellas. Su risueña seguridad respecto al mundo y sus costumbres le hicieron sentirse abuelo.

El calor del día pesaba ahora sobre él: una opresión seca y polvorienta que hacía danzar el aire y llenaba la nariz con el hedor amoniacado de la ciudad antigua y abarrotada. Giró hacia la calle Caracciolo, y se sentó un rato en un café de los muelles, bebiendo café helado y meditando acerca de lo que haría al llegar a Positano. Tenía que visitar a dos personas: Sylvio Pellico, artista; y Theo Respighi, actor ocasional; ambos, según los informes reunidos por Faber, habían tenido relaciones infortunadas con Corrado Calitri.

Hacía semanas que George pensaba en la mejor manera de abordarlos. Había vivido en Italia el tiempo suficiente para conocer la afición italiana al drama y a la intriga. Pero su temperamento nórdico se rebelaba contra el espectáculo de un corresponsal americano jugando al detective latino de impermeable y fieltro negro. Finalmente había decidido iniciar la conversación con sencilla franqueza.

«He sabido que usted conoció a Corrado Calitri… Estoy enamorado de su mujer y quiero casarme con ella. Me parece que usted puede proporcionarme algunas pruebas contra él. Estoy dispuesto a pagarlas bien…»

Durante mucho tiempo había rehusado razonar más profundamente. Pero ahora, a tres horas de Roma, y a mayor distancia aún de Chiara, estaba dispuesto a hacer frente a todos los interrogantes. Si todo fracasaba, se habría demostrado a sí mismo lo que era capaz de hacer. Habría demostrado a Chiara que estaba dispuesto a arriesgar su carrera por ella. Podría exigir toma y daca en el amor. ¿Y si eso también fracasaba? Finalmente estaba comenzando a creer que podría sobrevivir a ese fracaso. La mejor cura para el amor era enfriarlo un poco y dejar que el hombre pudiese comparar a una mujer con otra, y el tormento de un amor unilateral, con la fría paz de no amar en absoluto.

No podía hacer rebotar un corazón ya maduro de un amorío en otro, como si fuese una pelota de goma; pero era levemente reconfortante pensar en Ruth Lewin y

en su negativa a comprometer el corazón de George o el suyo propio en un nuevo dolor sin promesa de seguridad.

Ruth era más sabia que Chiara. George lo sabía. Su prueba había sido más dura, y la había superado mejor. Pero el amor era una palabra arco iris que tal vez señalase hacia una oculta olla de oro, o tal vez no. George pagó su bebida, salió al crudo sol e inició la última etapa de su viaje hacia la incertidumbre.

La bahía de Nápoles era un espejo plano oleoso, quebrado sólo por la estela de los vapores de excursión y la espuma de las alicafi, que zarandeaban su carga de turistas a cincuenta millas por hora hacia las islas serenas de Capri e Ischia. La cima del Vesubio se divisaba vagamente en una nube de polvo y calor. El stucco pintado de las casas aldeanas se descascarillaba al sol. La tierra gris de los cultivos estaba reseca, y los campesinos caminaban arriba y abajo entre las hileras de tomates como figuras de un paisaje medieval. Había olor a polvo y a estiércol, a tomates podridos y a naranjas frescas. Las bocinas sonaban en todas las curvas, y las carretas de madera rodaban ruidosamente sobre los adoquines. De vez en cuando llegaban oleadas de música, mezclada con gritos de niños y el ocasional taco de algún campesino atrapado en el denso tránsito veraniego.

George Faber se encontró conduciendo con rapidez y libertad, entonando una canción sin melodía. En la escarpada espiral de la carretera de Amalfi, un automóvil deportivo que corría velozmente casi lo lanzó fuera del camino, y Faber maldijo en voz alta y alegremente, empleando el dialecto romano. Al llegar a Positano, el pueblecillo raído y espectacular que trepaba en forma abrupta y escalonada desde el agua hasta la cumbre del cerro, Faber se sentía dueño de sí mismo, y la sensación era tan embriagadora como el vino crudo de las montañas de Sorrento.

Dejó el automóvil en un garaje, cargó su maleta y bajó por una calleja escarpada y estrecha a la plaza de la ciudad. Media hora más tarde, después de un baño y de haberse puesto pantalones de algodón y una camisa marinera listada, se hallaba bajo un toldo, bebiendo un «Carpano» y preparándose para su encuentro con Sylvio Pellico.

La galería del artista era un túnel largo y helado que se extendía desde la calle hasta un patio sembrado de chatarra y de fragmentos de antiguos mármoles. Sus cuadros colgaban en las murallas del túnel; abstracciones ostentosas, algunos retratos en el estilo de Modigliani, y una cantidad de paisajes baratos para embaucar al turista sentimental. Era fácil ver por qué Corrado Calitri lo había abandonado con tanta rapidez. Más difícil era comprender por qué lo había protegido alguna vez.

El pintor era un joven alto y de rostro delgado, con una barba desordenada; vestía blusa de algodón, desteñidos pantalones de tela burda y zapatos de lona muy gastados. Se hallaba tendido sobre dos sillas en la entrada del túnel, y dormitaba al sol con un sombrero de paja echado sobre los ojos.

Cuando George Faber se detuvo a examinar los cuadros, se animó inmediatamente y se presentó a sí mismo y su trabajo con un floreo.

—Sylvio Pellico, señor, a sus órdenes. ¿Le gustan mis cuadros? Algunos de ellos han sido exhibidos en Roma.

—Lo sé —dijo George Faber—. Estuve en la exposición.

— ¡Ah! Entonces usted es un connaisseur. ¡No trataré de tentarle con esta basura! —Descartó los paisajes con un ademán de su flaca mano—. Ésos no tienen valor. Sólo sirven para comer.

—Lo sé, lo sé. Todos tenemos que comer. ¿Le va bien esta temporada?

— ¡Bah…! Ya sabe usted cómo son las cosas. Todos miran, nadie quiere comprar. Ayer vendí dos cuadros pequeños a una americana. El día anterior, ninguno. Y el día anterior a ése… —Se interrumpió y examinó a George Faber con ojo comercial—. ¿Usted no es italiano, signore?

—No. Soy americano.

—Pero habla un italiano espléndido. —Gracias… Y, dígame, ¿quién patrocinó su exposición en Roma?

—Un hombre muy importante. Un ministro de la República. Y muy buen crítico, además. Tal vez conozca su nombre. Se llama Calitri.

—Sí, conozco su nombre —dijo George Faber—.

Me gustaría hablarle de Calitri.

—¿Por qué? —inclinó hacia un lado su enmarañada cabeza, como un papagayo amistoso—. ¿Lo envió él a verme?

—No. Se trata de un asunto personal. Pensé que usted podría ayudarme. Me agradaría pagar esa ayuda. ¿Le interesa?

—¿A quién no le interesa el dinero? Siéntese; permítame prepararle una taza de café.

—No, gracias. No le entretendré mucho.

Pellico desempolvó una de las sillas, y ambos se sentaron cara a cara bajo la estrecha arcada.

Faber explicó su posición y lo que deseaba, y luego hizo su oferta:

—…Quinientos dólares americanos por una declaración jurada referente al matrimonio de Calitri, escrita en los términos que yo le dictaré.

Echándose atrás en su silla, encendió un cigarrillo y esperó, mientras el artista sostenía su rostro cobrizo en las manos y pensaba largamente. Luego, Pellico levantó la cabeza y dijo:

—Le agradecería un cigarrillo americano. Faber le entregó el paquete, y luego se inclinó hacia él con un encendedor.

Pellico fumó algunos minutos, y luego comenzó a hablar.

—Soy un hombre pobre, señor. Además, no soy un buen pintor, de manera que seguramente seré pobre mucho tiempo. Para alguien como yo, quinientos dólares es una fortuna; pero temo que no podré hacer lo que usted me pide.

—¿Por qué no?

—Por varias razones.

—¿Tiene miedo a Calitri?

—Un poco. Usted ha vivido en este país, sabe cómo funciona. Cuando se es pobre, se está siempre algo fuera de la ley, y no conviene enemistarse con la gente importante. Pero ésa no es la única razón.

—Dígame otra.

El delgado rostro se arrugó, y la cabeza del pintor pareció embutirse más entre sus hombros. Se explicó con singular sencillez:

—Comprendo lo que esto significa para usted, señor. Cuando un hombre está enamorado, ¡eh…! Hielo en el corazón y fuego en las entrañas… Se pierde temporalmente todo orgullo. Cuando el amor se desvanece, el orgullo vuelve. A menudo es lo único que queda… Yo no soy como usted… Soy, si lo quiere, más como Calitri. Calitri fue bondadoso conmigo en una época… Le tuve un gran afecto. No creo que pueda traicionarle por dinero.

—Pero él le traicionó a usted, ¿no es así? Le proporcionó una exposición y después le abandonó.

— ¡No! —Las delgadas manos se hicieron súbitamente elocuentes—. No. No debe entenderlo así. Por el contrario, Calitri fue muy honrado conmigo. Me dijo que todo hombre tenía derecho a una prueba de su talento. Si el talento no existía, más le valía olvidarlo… Pues bien, me brindó la prueba. Fracasé. No le culpo.

—¿Cuánto cobraría por culpado? ¿Mil dólares?

Pellico se levantó y se sacudió las manos. A pesar de su desaliño, pareció investido de una curiosa dignidad. Señaló las murallas grises del túnel.

—Por veinte dólares, señor, puede usted comprar mis visiones. No son grandes visiones, lo sé. Son lo mejor que tengo. Yo no me vendo. Ni por mil dólares, ni por diez mil. Lo siento.

Mientras se alejaba por la calle empedrada, George Faber, el puritano nórdico, se permitió una sensación de vergüenza. Su rostro ardía, sus manos estaban húmedas. Sintió un resentimiento súbito e irrazonable contra Chiara, que tomaba el sol en Venecia, a quinientas millas de distancia. Se dirigió a un bar, pidió un whisky doble y comenzó a leer el historial de su próximo contacto: Theo Respighi.

Respighi era un italoamericano nacido en Nápoles y trasladado a Nueva York durante su infancia. Era un actor mediocre que representaba papeles cortos en televisión, papeles cortos en Hollywood, y luego regresaba a Italia para representar papeles cortos en episodios bíblicos y necedades seudoclásicas. En Hollywood había

provocado algunos escándalos de poca importancia: conducción en estado de ebriedad, un par de divorcios, un romance breve y turbulento con una estrella que comenzaba a brillar. En Roma se había unido al grupo bravucón que vivía de esperanzas y ocasionales producciones, y de la protección de los libertinos romanos. En suma, Faber vio en él a un personaje dudoso, que seguramente respondería cordialmente al crujido de los billetes de Banco.

Aquella misma noche atrapó a Respighi en un bar, junto a los acantilados, donde bebía con tres muchachos muy alegres y una francesa marchita que hablaba italiano con acento genovés. Tardó una hora en apartarlo de sus compañeros, y otra, en librarlo de los efectos del alcohol con comida y café muy fuerte. Pero, aun así, cuando lo tuvo relativamente sobrio, se halló ante un cascarón musculoso y hueco, que tendía nerviosamente la mano hacia la botella de aguardiente cada vez que la apartaba de sus largos cabellos rubios. Faber sofocó la voz vacilante de su conciencia y explicó otra vez su proposición:

—…Mil dólares por una declaración firmada. Sin compromisos ni problemas. Todo lo que se presenta ante la Rota se mantiene en estricto secreto. Nadie, y Calitri menos que nadie, sabrá jamás quién prestó ese testimonio.

— ¡Idiotas! —dijo el rubio categóricamente—. No trate de engañarme, Faber. En Roma no existen los secretos. No me importa si se trata de la Iglesia o de Cinecittá. Tarde o temprano, Calitri llegará a saberlo. ¿Y qué me sucederá entonces?

—Tendrá mil dólares más, y Calitri no podrá hacerle daño.

—¿Lo cree? Mire, encanto, usted sabe cómo se hacen las películas en este país. El dinero viene de todas partes. La nómina de los capitalistas se extiende de Nápoles a Milán, y de allí hasta aquí. Y también tenemos aquí una lista negra, como en Hollywood. El que figura en esa lista es hombre muerto. Y no quiero morir por esos cochinos mil dólares.

—No ha ganado una suma así durante seis meses —le dijo Faber—. Me consta, porque me informé.

—¿Y qué? Así sucede en este oficio. Se pasa un poco de hambre, luego se come, y se come bien. Ahora, si usted me hablase de diez mil dólares, entonces tal vez comenzara a considerarlo. Con esa suma podría irme a los Estados Unidos y aguardar hasta que se me presentara una oportunidad decente… ¡Vamos, encanto! ¿Qué quiere obtener? ¿Un gran amor o un paquete de rosetas de maíz?

—Dos mil —dijo Faber.

—No.

—No puedo ofrecerle más.

— ¡Migajas! Puedo ganármelas levantando el auricular del teléfono y diciéndole a Calitri que usted anda tras su pellejo… Le propongo otra cosa. Deme mil dólares, y no haré esa llamada.

—Váyase al diablo.

George Faber empujó su silla hacia atrás y salió del bar. La risa del mocetón lo persiguió como una burla hasta la calle oscurecida.

—Mientras más vivo —decía Jean Télémond pensativamente—, más claramente comprendo la profunda vena de pesimismo que tiñe la mayor parte del pensamiento contemporáneo, incluyendo el pensamiento de muchos dentro de la Iglesia… Nacimiento, crecimiento, decadencia. El esquema cíclico de la vida es tan evidente que oscurece el esquema subyacente, el del crecimiento constante, y, digámoslo burdamente, el esquema del progreso humano. Para mucha gente, la rueda de la vida gira simplemente sobre su propio eje; no parece dirigirse a parte alguna.

—Y usted, Jean, ¿cree que se dirige a alguna parte?

—Más que eso, Santidad. Creo que tiene que dirigirse a alguna parte.

Se habían quitado las sotanas, y estaban sentados cómodamente a la sombra de un pequeño arbusto, con una hilera de fresas silvestres tras ellos, y al frente el agua lisa y brillante del lago Nemi. Jean Télémond chupaba su pipa con fruición, y Cirilo lanzaba guijarros al agua. El aire vibraba con el grito estridente de las cigarras, y en las rocas y los troncos tomaban el sol las lagartijas pardas.

Los dos sacerdotes se habían entregado hacía ya tiempo a la placidez bucólica y al bienestar de la mutua compañía. Por la mañana trabajaban separadamente: Cirilo, en su escritorio, manteniéndose al tanto de los despachos diarios desde Roma; Télémond, en el jardín, ordenando sus papeles para el escrutinio del Santo Oficio. Por la tarde paseaban en automóvil por el campo, con Télémond al volante, explorando los valles y las mesetas, y los pueblos minúsculos que se aferraban a los riscos desde hacía quinientos años o más. Al caer la noche, cenaban juntos, luego leían o jugaban a los naipes hasta la hora de Compline y de las últimas plegarias del día.

Era una temporada beneficiosa para ambos: para Cirilo, un respiro del peso de su ministerio; para Télémond, un verdadero regreso del exilio a la compañía de un espíritu comprensivo y auténticamente afectuoso. El jesuita no necesitaba medir sus palabras. No temía exponer sus pensamientos más profundos. Por su parte, Cirilo se sinceró totalmente con Télémond, y encontró un curioso solaz en compartir su carga personal.

Lanzó otro guijarro al agua, y observó cómo las ondas se abrían en abanico hacia la playa más distante, perdiéndose finalmente en los reflejos del sol. Luego hizo otra pregunta:

—¿Ha sido pesimista, alguna vez, Jean? ¿Nunca se ha sentido atrapado en el eterno girar de la rueda de la vida?

—A veces, Santidad. Cuando me hallaba en China, por ejemplo, en el valle estéril de los grandes ríos. Allí había monasterios. Lugares inmensos que sólo podían haber

sido construidos por grandes hombres, hombres visionarios, para desafiar el vacío en que vivían… En alguna forma, pensé entonces, Dios ha tenido que estar con ellos. Pero cuando entré allí y vi a los hombres que los habitaban ahora: opacos, sin inspiración, y a veces casi estúpidos, me invadió la melancolía… Cuando regresé a Occidente y leí los periódicos y hablé con otros hombres de ciencia, me sobrecogió la ceguera con la cual parecemos estar atrayendo nuestra propia destrucción. A veces se hacía imposible creer que el hombre estaba creciendo realmente del lodo hacia un destino divino…

Cirilo asintió con la cabeza, meditabundo. Recogió una varilla e hizo cosquillas a una lagartija dormida, que se perdió apresuradamente entre las hojas.

—Conozco ese sentimiento, Jean. Lo experimento a veces hasta en la Iglesia. Aguardo y oro por el gran movimiento, el gran hombre que nos volverá otra vez a la vida…

Jean Télémond nada dijo. Fumó plácidamente su pipa, esperando que el Pontífice terminara su pensamiento.

—…Un hombre como san Francisco de Asís, por ejemplo. ¿Qué significa, efectivamente, san Francisco de Asís…? Un rompimiento total con el esquema de la Historia… Un hombre nacido fuera de su tiempo. Un revivir súbito e inexplicado del espíritu primitivo de la Cristiandad. La obra que él comenzó continúa… Pero no es lo mismo. La revolución concluyó. Los revolucionarios se transformaron en conformistas. Los hermanitos del Poverello agitan sus alcancías en la plaza del ferrocarril o comercian con bienes raíces en beneficio de la Orden. —Rió calladamente—. Por supuesto que ésa no es la historia completa. También enseñan, predican, ejecutan la obra de Dios como mejor saben, pero ya no es una revolución, y me parece que ahora necesitamos una.

—Tal vez Su Santidad sea el revolucionario —dijo Jean Télémond, con una chispa de malicia en sus agudos ojos.

—Lo he pensado, Jean. Créame, lo he pensado. Pero creo que ni siquiera usted puede comprender hasta qué punto estoy limitado por la organización que es mi herencia, por las actitudes históricas que me constriñen. Me es difícil actuar directamente. Necesito instrumentos adecuados para mis manos. Aún me queda vida, sí, para presenciar grandes cambios, pues todavía soy joven. Pero serán otros los que tendrán que efectuarlos por mí…

Usted, por ejemplo.

—¿Yo, Santidad? —Télémond volvió su rostro sorprendido hacia el Pontífice—. Mi campo de acción es más limitado que el suyo.

—¿Lo será? —preguntó Cirilo en tono inquisitivo—. ¿Ha pensado usted alguna vez que la Revolución rusa, y el actual poderío de la Unión Soviética, se construyeron sobre la obra de Karl Marx, que pasó gran parte de su vida en el

«Museo Británico» y que ahora se halla sepultado en Inglaterra? No existe cosa más explosiva en el mundo que una idea.

Jean Télémond rió, y golpeó su pipa contra un tronco para vaciarla.

—¿No cree que eso depende más bien del Santo Oficio? Debo someterme todavía a su escrutinio.

Cirilo le dirigió una mirada larga y grave, y luego lo interrogó otra vez.

—Y si el Santo Oficio se pronuncia contra usted, Jean, ¿qué hará entonces?

Télémond se encogió de hombros. —Someterme después a otro examen, supongo. Espero tener energías para hacerlo.

—¿Por qué lo dice?

—En parte, porque tengo miedo; en parte, porque…, porque mi salud no es buena. He vivido con dureza durante largo tiempo. Me han dicho que el estado de mi corazón deja bastante que desear.

—Lamento saberlo, Jean. Debe cuidarse. Me preocuparé de que lo haga.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Santidad?

—Por supuesto.

—Usted me ha honrado con su amistad. A los ojos de muchos, aunque no de los míos, esto significa que usted aprueba mi trabajo. ¿Qué hará usted si el Santo Oficio lo considera deficiente?

Ante su sorpresa, Cirilo echó atrás la cabeza y rió de todo corazón.

—Jean, Jean. Habla como un verdadero jesuita. ¿Qué haré? Seré siempre su amigo, y oraré para que tenga salud y valor para continuar con sus investigaciones.

—Pero, ¿y si muero antes de haberlas concluido?

—¿Le preocupa ese pensamiento?

—A veces… Créame, Santidad, que cualquiera que sea el resultado, he tratado de prepararme para recibirlo. Pero estoy convencido de que hay una verdad en mis investigaciones… No quiero verla perdida o silenciada.

—No será silenciada, Jean. Se lo prometo.

—Perdón, Santidad, he dicho más de lo que debiera.

—¿Por qué disculparse, Jean? Usted me ha mostrado su corazón. Para un hombre solitario como yo, ése es un privilegio… Valor ahora. ¿Quién sabe? Es posible que lleguemos a verlo como doctor de la Iglesia. Y ahora, si esto no ofende a sus ojos jesuitas, el Papa de Roma nadará un rato.

Cuando Cirilo se quitó la camisa y se dispuso a zambullirse, Jean Télémond vio las señales del látigo en sus espaldas y se avergonzó de su propia cobardía.

Dos días después, un correo de Washington entregó al Pontífice una carta privada del presidente de los Estados Unidos:

…Leí con vivo interés la carta de Su Santidad y las copias de las dos cartas del

Primer Ministro de la URSS que puso en mis manos el cardenal Carlin. Convengo en que es necesario mantener un estricto silencio sobre esta situación.

Permítame decir, ante todo, que estoy profundamente agradecido por su información respecto a su relación personal con Kamenev, y las opiniones de Su Santidad sobre el carácter y las intenciones del Primer Ministro. También me impresionó el franco desacuerdo del cardenal Carlin. Sé que no hubiese hablado tan libremente sin la autorización de Su Santidad, y esto me alienta a mostrarme igualmente franco con usted.

Debo decir que tengo grandes dudas respecto al valor de conversaciones privadas a este nivel. Por otra parte, me complacerá continuarlas mientras parezca haber la menor esperanza de impedir la explosiva crisis que parece inevitable en los próximos seis o doce meses. Estamos atrapados en la corriente de la Historia. Podemos vadearla, pero no podemos cambiar la dirección del agua. Lo único que podría hacerlo es una acción de tal magnitud y riesgo, que ninguno de nosotros debería estar autorizado para intentarla.

Por ejemplo, no puedo comprometer a mi país en un desarme unilateral. No podría abandonar nuestro clamor por la reunificación de Alemania. Me gustaría mucho salir de Quemoy y Matsu, pero no podernos entregarlos sin una grave pérdida de prestigio e influencia en el sudoeste de Asia. Comprendo que Kamenev tema a los chinos, pero no puede abandonar una alianza que garantiza un sólido bloque comunista desde Alemania Oriental hasta las Kuriles, por molesta y peligrosa que esta alianza le resulte.

Lo más que podemos esperar es que la situación pueda mantenerse estática, y dé lugar a negociaciones y a la evolución histórica. Debemos evitar a toda costa una colisión franca, que causaría inevitablemente una guerra atómica catastrófica.

Si la correspondencia secreta con Kamenev puede servir algún propósito, estoy dispuesto a arriesgarme, y acepto agradecido la mediación de Su Santidad. Haga usted llegar mi pensamiento a Kamenev, y hágale saber el contenido de mi carta. Kamenev sabe que no puedo actuar solo, como tampoco puede hacerlo él. Ambos vivimos bajo la sombra del mismo peligro.

No pertenezco a la Fe de Su Santidad, pero me encomiendo a sus plegarias y a las plegarias de toda la Cristiandad. Llevamos sobre nuestros hombros el destino del mundo, y si Dios no nos sostiene, caeremos inevitablemente, abrumados por la carga…

Cuando leyó la carta, Cirilo exhaló un suspiro de alivio. No era más de lo que había esperado, pero tampoco era menos. Las nubes de la tormenta se cernían aún sólidas y amenazadoras sobre el mundo, pero en ellas había una resquebrajadura diminuta, y era posible comenzar a adivinar el sol que brillaba tras ellas. El problema estribaba ahora en agrandar esa brecha, y el Pontífice se preguntó en qué forma

podría cooperar con más eficacia a ese fin.

De una cosa estaba seguro: sería un error que el Vaticano asumiera la actitud de negociador, que propusiese fundamentos para un acuerdo. También la Iglesia llevaba una carga histórica sobre sus hombros. Políticamente, se recelaba de ella; pero ese mismo recelo era una indicación de su tarea: reformar, no el método, sino los principios de una sociedad humana capaz de sobrevivir, capaz de ordenarse a sí misma de acuerdo con los términos de un plan establecido por Dios. La Iglesia debía ser maestra, no forjadora de tratados. Su tarea no consistía en gobernar a los hombres en el orden material, sino adiestrarlos para que éstos se gobernasen de acuerdo con los principios de la ley natural. Tenía que aceptar el hecho de que el resultado final, si era posible hablar sin cinismo de un fin, debía ser siempre una aproximación, una etapa en un crecimiento evolutivo.

Fue este pensamiento el que lo trajo una vez más al jardín de Castelgandolfo, donde Jean Télémond, diligente y absorto, hacía anotaciones en sus papeles bajo la sombra de una vieja encina.

—Usted se sienta aquí, mi querido Jean, escribiendo sus visiones de un mundo que se perfecciona a sí mismo, mientras yo me convierto en una especie de operador telefónico entre dos hombres, cada uno de los cuales puede volarnos en partículas infinitesimales oprimiendo un botón… Ahí tiene un bonito dilema. ¿Le dice su ciencia cómo resolverlo? ¿Qué haría usted si se encontrara en mi lugar?

—Rezar —dijo Jean Télémond con una sonrisa maliciosa.

—Lo hago, Jean… Lo hago todo el día, para ser más preciso. Pero la plegaria no basta; también tengo que actuar. Antes de llegar a este lugar, usted tuvo que ser explorador. Dígame ahora: ¿cuál es mi próximo movimiento?

—En esta situación, no me parece que deba moverse, sino sentarse a esperar el momento apropiado.

—¿Le parece suficiente?

—En el sentido más amplio, no. Creo que la Iglesia ha perdido la iniciativa que le corresponde en el mundo de hoy.

—Estoy de acuerdo. Me gustaría creer que en mi Pontificado podemos recuperar algo de ella. ¿Tiene algunas ideas al respecto?

—Algunas —dijo Télémond con energía—. Toda mi vida ha sido un viaje. Uno de los primeros deberes de un viajero es aprender a adaptarse al lugar y al tiempo en los cuales vive. Tiene que comer alimentos extraños, aprender a no ruborizarse entre gente que no tiene nada privado, a buscar el bien que subsiste en las sociedades más burdas y primitivas. Cada individuo, cada organización, tiene que mantener una conversación con el resto del mundo. No puede hablar siempre en negativas y contradicciones.

—¿Cree que nosotros lo hemos hecho?

—No siempre, Santidad. Pero últimamente lo hemos hecho con excesiva frecuencia. Cuando digo nosotros, me refiero a toda la Iglesia, incluyendo a pastores y fieles. Hemos ocultado la lámpara de la Fe bajo una cubierta, en lugar de alzarla para que ilumine el mundo.

—Continúe, Jean. Muéstreme cómo la exhibiría usted.

—Éste es un mundo plural, Santidad. Podemos desear que sea uno en la Fe, la Esperanza y la Caridad. Pero no lo es. Hay muchas esperanzas, extrañas variedades de amor. Pero éste es el mundo en el cual vivimos. Si queremos participar en el drama de la acción de Dios en él, entonces debemos comenzar con palabras que todos comprendamos. Justicia, por ejemplo. Eso lo comprendemos… Pero cuando los negros de los Estados Unidos buscan justicia y la ciudadanía total, ¿somos nosotros quienes los encabezamos? ¿O los que apoyamos con mayor energía sus legítimas demandas? Bien sabe que no. En Australia está prohibido el ingreso de inmigrantes de color. Muchos australianos consideran que ésta es una afrenta a la dignidad humana. ¿Apoyamos sus protestas? Los archivos demuestran que no lo hacemos. En principio, sí; pero en la práctica, no. Afirmamos que el culi chino tiene derecho al trabajo y a la subsistencia, pero no fuimos nosotros quienes lo condujimos hacia estos objetivos. Fueron los hombres de la Larga Marcha. Si oponemos objeciones al precio que asignan a la escudilla de arroz, somos tan culpables nosotros como ellos… Si queremos participar otra vez en el diálogo humano, entonces debemos buscar cualquier terreno común de entendimiento, que es lo que Su Santidad está haciendo con Kamenev: el terreno de la fraternidad humana y de las legítimas esperanzas de la Humanidad toda… He pensado a menudo en ese pasaje del Evangelio en el cual Cristo alzó la moneda del tributo y proclamó: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» ¿A qué César? ¿Ha pensado Su Santidad en esto…? A un asesino, un adúltero, un pederasta… Pero Cristo no prohibió el diálogo de la Iglesia con un hombre tal. Por el contrario, lo expresó como un deber…

—Pero lo que me ha mostrado, Jean, no es la decisión de un hombre. Es la decisión de toda la Iglesia: Papa, pastores y quinientos millones de fieles.

—Así es, Santidad, pero, ¿qué ha sucedido? Los fieles están indecisos sólo porque les falta esclarecimiento y una dirección vigorosa. Comprenden mejor que nosotros lo que es el peligro. Nosotros estamos protegidos por la organización. Ellos sólo tienen el manto de Dios para protegerse. Luchan día a día con todos los dilemas humanos: nacimiento, pasión, muerte, y el acto de amor… Pero si no escuchan trompetas, si no ven en alto la cruz de un cruzado… —Se encogió de hombros y se interrumpió—: Perdón, Santidad. Me estoy poniendo excesivamente quejumbroso.

—Por el contrario, Jean. Usted me es muy útil. Me alegro de tenerle conmigo.

En aquel momento se acercó un sirviente que traía café y agua helada, y una carta recibida minutos antes en la verja. Cirilo la abrió y leyó el mensaje, breve y poco

ceremonioso:

«Soy un hombre que cultiva girasoles. Me gustaría visitarle mañana a las diez treinta de la mañana.»

Estaba firmado: «George Wilhelm Forster.»

Forster resultó sorprendente en más de un sentido. Su aspecto era el de un bávaro vestido por un sastre italiano. Llevaba toscos zapatos alemanes y gafas muy gruesas, pero su traje, su camisa y su corbata eran de «Brioni», y en su mano pequeña y regordeta brillaba una sortija de oro cuyo sello alcanzaba el tamaño de media avellana. Sus modales eran deferentes, pero vagamente irónicos, como si se burlase de sí mismo y de lo que representaba. A pesar de su nombre alemán, hablaba ruso con un marcado acento georgiano.

Cuando Cirilo lo recibió en su estudio, hincó un rodilla y besó el anillo papal; luego se sentó muy erguido en la silla, equilibrando su sombrero de Panamá sobre las rodillas, tal como un empleadillo a quien se entrevista para darle un empleo. Sus primeras palabras también fueron una sorpresa.

—Creo que Su Santidad ha recibido una carta de Robert.

Cirilo alzó la vista vivamente y vislumbró una leve sonrisa en los labios llenos.

—No hay misterios, Santidad. Basta llevar cuenta del tiempo. El tiempo es muy importante en mi trabajo. Supe cuándo regresó al Vaticano la carta de Kamenev. Supe cuándo regresó a Nueva York el cardenal Carlin. Me dijeron la fecha y la duración de su entrevista con Robert. Desde ese momento era fácil deducir que la carta de Robert llegaría a manos de Su Santidad en Castelgandolfo.

Ahora fue Cirilo quien debió sonreír. Aprobó con la cabeza y preguntó:

—¿Usted vive en Roma?

—Tengo habitaciones allí. Pero como usted supondrá, viajo mucho… Hay mucho movimiento en el negocio de semillas de girasol.

—Así lo imagino.

—¿Puedo ver la carta de Robert?

—Por supuesto.

Cirilo le entregó el documento por encima de la mesa. Forster lo leyó cuidadosamente durante algunos instantes, y luego lo devolvió.

—Puedo entregarle una copia si lo desea —dijo Cirilo—. Como usted ve, el Presidente no se opone a que Kamenev lea la carta.

—No necesitaré copia. Tengo memoria fotográfica, lo que significa una fortuna en mi oficio. Veré a Kamenev dentro de una semana. Recibirá una transcripción exacta de la carta y de mi conversación con usted.

—¿Está usted facultado para hablar por Kamenev?

—Hasta cierto punto, si.

Ante el asombro de Cirilo, Forster citó de inmediato el pasaje de la segunda carta

de Kamenev.

«De vez en cuando… recibirá una petición de audiencia de un hombre llamado George Wilhelm Forster. Puede hablarle libremente, pero no ponga nada por escrito. Si logra comunicarse con el Presidente de los Estados Unidos, refiérase a él como Robert. Resulta absurdo, ¿no es así?, que para discutir la supervivencia de la raza humana debamos recurrir a estas tretas infantiles.»

Cirilo se echó a reír.

—Una hazaña impresionante. Pero, dígame, si usted sabe de quién estamos hablando, ¿por qué debemos referirnos al Presidente como Robert?

George Wilhelm Forster se explicó con satisfacción.

—Puede llamarlo una treta mnemotécnica. Nadie puede impedirse del todo hablar en sueños, o cometer deslices verbales en un interrogatorio… De manera que practicamos este tipo de subterfugio. Y resulta, además. Aún no me han cogido.

—Espero que no le cojan ahora.

—También yo, Santidad. Este cambio de cartas puede traer consecuencias prolongadas.

—Me gustaría poder adivinarlas.

—Robert las ha señalado ya en su carta. —Citó otra vez—: «Una acción de tal magnitud y peligro que a ninguno de nosotros debiera permitírsele intentarla.»

—La proposición se contradice —dijo Cirilo mansamente—. Tanto Kamenev como el Presidente…, disculpe, Robert…, señalan la necesidad de tal acción, pero al mismo tiempo ambos afirman que no son ellos quienes la ejecutarán.

—¿Tal vez busquen un tercer hombre, Santidad?

—¿Quién?

—Usted.

—Si yo pudiese prometerlo, amigo mío, créame que sería el hombre más feliz del mundo. Pero tal como dijo una vez nuestro compatriota Stalin: «¿Cuántas Divisiones tiene el Papa?»

—No es problema de Divisiones, Santidad, y usted lo sabe. En el fondo es un problema de influencia y de autoridad moral. Kamenev cree que usted posee o llegará a poseer esa autoridad… —Sonrió, y añadió como una idea propia—: Por lo que he sabido, diría que Su Santidad tiene en el mundo una estatura mayor de la que cree.

Cirilo consideró la idea por unos instantes, y luego se pronunció firmemente:

—Hay algo que usted debe comprender, amigo mío. Repítalo claramente a Kamenev, así como yo lo he transmitido directamente hacia el otro lado del Atlántico. Sé cuán pequeñas son nuestras esperanzas de paz. Estoy dispuesto a hacer lo que sea moralmente recto y humanamente posible para conservarla, pero no permitiré que mi persona ni la Iglesia se vean empleadas como instrumentos para beneficiar a uno u otro lado. ¿Me comprende?

—Perfectamente. He estado aguardando que Su Santidad lo dijese. ¿Puedo hacerle ahora una pregunta?

—Hágalo, se lo ruego.

—Si fuese posible, y pareciese conveniente, ¿Su Santidad estaría dispuesto a ir a algún lugar que no sea Roma? ¿Estaría dispuesto a emplear un medio de comunicación que no fuese la Radio del Vaticano y los púlpitos de las iglesias católicas?

—¿Qué lugar?

—No soy quien debe sugerirlo. Someto mi proposición en líneas generales.

—Entonces responderé con una generalización. Si puedo hablar libremente y mis palabras son repetidas honestamente, iré a cualquier parte y haré cualquier cosa por ayudar al mundo a respirar libremente, aunque sea por breve tiempo.

—Informaré de sus palabras, Santidad. Lo repetiré con alegría. Y ahora hay un pequeño problema de orden práctico. Si no recuerdo mal, el maestro de Cámara tiene una lista de quiénes pueden obtener prestamente una audiencia con Su Santidad. Desearía que mi nombre se añadiese a esa lista.

—Ya está en ella. Será bien recibido en todo momento… Y ahora, yo también tengo un mensaje para Kamenev. Ante todo, le dirá que no estoy negociando, que no estoy suplicando, que no estoy estableciendo condiciones en el libre paso de estas conversaciones a través de mí. Soy realista. Sé hasta qué punto está limitado Kamenev por lo que cree y por el sistema del que es súbdito, como yo lo soy del mío. Habiéndole dicho eso, dígale de mi parte que mi pueblo sufre en Hungría, y en Polonia, y en Alemania Oriental, y en el Báltico. Lo que pueda hacer por aliviarles la carga, por poco que sea, lo consideraré un favor personal, y lo recordaré con gratitud y en mis oraciones.

—Se lo diré —dijo George Wilhelm Forster—. ¿Puedo retirarme ahora?

—Vaya con Dios —dijo Cirilo el Pontífice.

Acompañó al extraño hombrecillo hasta la verja del jardín y lo observó alejarse en su vehículo hacia el mundo brillante y hostil que se extendía en la distancia.

La princesa MaríaRina era un general fogueado, y había planeado la campaña de su sobrino con cuidado excepcional. Ante todo, lo había reconciliado con la Iglesia, sin lo cual no podía subir al Poder ni comenzar a gobernar adecuadamente. Luego había aislado a Chiara durante un mes de su amante americano. La había colocado en medio de agradables diversiones, rodeada de hombres jóvenes, entre los cuales seguramente habría alguno cuyo ardor la sedujese hacia un nuevo afecto. La princesa MaríaRina estaba ahora preparada para su próxima maniobra.

Acompañada por Perosi y con la carta de Calitri en su bolso, se hizo conducir a Venecia, arrancó a Chiara de la playa y la llevó apresuradamente a un tranquilo

restaurante de Mu—rano. Luego añadió un brusco comentario a la carta de Calitri:

—…Ya lo ves, hija; ahora todo será muy sencillo. Corrado ha recuperado el seso. Ha tranquilizado su conciencia, y dentro de dos meses quedarás libre.

Chiara estaba aún estremecida y feliz ante tales noticias, y dispuesta a confiar en el mundo entero.

—No comprendo. ¿Por qué? ¿Qué le impulsó a hacerlo?

La anciana princesa descartó la pregunta con un ademán.

—Está madurando. Durante mucho tiempo se sintió herido y amargado. Ahora piensa mejor… El resto no es cosa que necesite preocuparte…

—¿Y si cambia de opinión?

—No cambiará, te lo prometo. Sus nuevas declaraciones se hallan ya en manos de Perosi, aquí presente. Los documentos definitivos estarán preparados para la presentación en la Rota en cuanto terminen las vacaciones. Lo que sigue es sólo una fórmula… Como verás por esta carta, Corrado está dispuesto a ser generoso. Quiere pagarte una cantidad considerable como finiquito. Naturalmente, con la condición de que no harás otras demandas.

No deseo pedir nada. Sólo quiero mi libertad.

—Lo sé, lo sé. Y eres una muchacha razonable. Pero hay un par de asuntos que debemos considerar. Perosi te los explicará.

La maniobra había sido tan hábil, que Chiara se encontró totalmente desarmada. Sólo atinó a permanecer en su asiento, mirando a la princesa y a Perosi, mientras el abogado se explicaba con afable formalidad:

—Usted comprende, signora, que su marido es una figura. Me parece que usted reconocerá que sería injusto, después de su generoso rasgo, exponerlo a comentarios y a cierta notoriedad.

—Por supuesto. Yo tampoco lo deseo.

—Bien. Entonces nos comprendemos. Una vez que el asunto haya concluido, debemos dejar que muera calladamente. Sin publicidad. Sin declaraciones a los periódicos ni actos precipitados de su parte.

—¿Qué clase de actos? No comprendo.

—Se refiere al proyectado matrimonio, querida —dijo la princesa MaríaRina dulcemente—. Sería muy, pero muy inconveniente que tú o Corrado os precipitarais hacia una apresurada unión en cuanto se dicte el decreto de nulidad.

—Sí, ya lo veo.

—Lo que nos trae el problema siguiente —dijo Perosi, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Su actual relación con un corresponsal americano. Creo que su nombre es George Faber.

Chiara enrojeció, y súbitamente montó en cólera.

—Eso es asunto mío. No afecta a nadie más que a mí.

—Por el contrario, mi querida señora. Espero convencerla de que es asunto de todos. La suma que usted recibirá como finiquito no podrá ser percibida si usted se casa con Faber… o con cualquier otro, dentro de seis meses.

—Entonces no quiero ese dinero,

—Yo no decidiría tan precipitadamente, hija. Es mucho dinero. Y además… —Extendió su zarpa esquelética y aprisionó la mano de Chiara. Y además, supongo que no querrás equivocarte otra vez. Ya has sufrido bastante. No me gustaría verte herida otra vez. Tómate tiempo, hija. Diviértete. Aún eres joven. El mundo está lleno de hombres atrayentes. Goza un poco de la vida. No te ates antes de echar una mirada a lo que se ofrece en el mercado matrimonial. Y hay otra cosa… Incluso si quisieras casarte con Faber, tal vez encontrarías ciertas dificultades.

—¿Qué clase de dificultades?

Chiara estaba asustada ahora, y sus interlocutores podían leer el miedo en sus ojos. Perosi aprovechó hábilmente la ventaja:

—Ustedes son católicos, de manera que seguramente desean casarse por la Iglesia.

—Por supuesto, pero…

—En ese caso, ambos se encontrarían en seguida en conflicto con la ley canónica. Si puedo decirlo francamente, ustedes han estado viviendo en pecado. Sería un problema delicado decir si, en los términos de la ley canónica, esta situación ha constituido «concubinato público y notorio». Mi opinión es afirmativa. En este caso se aplica un principio: que un culpable no puede gozar de los frutos de su culpa. En la ley canónica, esto se llama crimen, y es un impedimento que invalida el matrimonio. Sería necesario pedir una dispensa a la Iglesia. Y debo decirle que no hay seguridad alguna de que esa dispensa se otorgue.

La anciana princesa dio el toque final:

—Y tú no quieres ese tipo de complicaciones, ¿verdad? Mereces algo mejor. Lo que tú has pasado basta para toda una vida… Lo comprendes, ¿verdad?

Chiara lo comprendía con toda claridad. Vio que la habían atrapado, bloqueado, y que no la dejarían ir sin luchar. Y también comprendió algo más. Algo que la avergonzó y excitó al mismo tiempo. Que deseaba esta solución. Que deseaba librarse de un afecto que se había agriado. Que deseaba estar libre y enlazar sus manos y jugar a juegos de amor con el joven Pietro Antonelli, mientras la luna brillaba y las mandolinas tocaban una música suave en alguna góndola del Gran Canal.

Al día siguiente de su encuentro con Theo Respighi, George Faber regresó a Nápoles. Su dignidad había sufrido bastante en manos de un hombre con demasiado honor, y de otro con muy poco. Se sentía irritado y sórdido. Apenas podía soportar su

imagen en el espejo al afeitarse. Aún aparecía allí el rostro de un gran corresponsal, pero tras ese rostro se ocultaba un hombre vacío que m siquiera tenía coraje suficiente para pecar con audacia.

Ansiaba, con desesperación, algo de tranquilidad y el olvido en el amor. Trató de telefonear a Chiara en Venecia, pero nunca la encontró en casa, y como ella no lo llamó a su vez, se sintió invadido por una amarga cólera. Su imaginación se desbocó pintándole una Chiara despreocupada y coqueta, mientras él hacía por ella este viaje sombrío e inquietante hasta el vacío centro de su propio ser.

Aún tenía que entrevistar a una persona: Alicia de Nogara, escritora de Ischia. Pero debía recuperar su compostura antes de hablar con ella. Pasó un día en Nápoles buscando algún ejemplar de las obras de esa mujer, y, finalmente, halló un volumen breve y muy caro, La isla secreta. Se sentó en los jardines, tratando de leerlo, pero pronto abandonó su tentativa, desalentado por su prosa florida y sus recatadas insinuaciones de amor pervertido entre doncellas. Finalmente, lo dejó para obtener información que le permitiese entablar un diálogo, y luego lo regaló a un pillete andrajoso, que lo empeñaría por el valor de un bizcocho.

Regresó al hotel, y llamó a Ruth Lewin. Pero la sirvienta de Ruth le dijo que su señora estaba de vacaciones y no regresaría hasta dentro de varios días. George renunció a sus llamadas con disgusto, y en súbita reacción decidió divertirse. Si Chiara podía jugar, también lo haría él. Partió hacia Capri en una escapada de soltero, para pasar allí tres días. Nadó durante el día, flirteó esporádicamente por las tardes, bebió mucho más de lo conveniente y terminó con una noche fracasada en la cama de una viuda alemana. Más disgustado que nunca consigo mismo, a la mañana siguiente preparó sus maletas y se dirigió a Ischia.

La villa de Alicia de Nogara era una dispersa estructura seudomorisca situada en la ladera oriental de Epomeo, con una vista espectacular de sol y terrazas de viñedos y agua azul. Abrió la puerta una muchacha pálida y de busto plano, vestida con una blusa gitana y pantalones de seda, que condujo a George hasta el jardín en que la gran escritora trabajaba, en una glorieta de parras. La primera impresión que producía era de asombro. Estaba ataviada como una sibila, con ropas transparentes y flotantes, pero su rostro era el de una muchacha marchita, y sus ojos brillaban de humor. Escribía con una pluma de ganso en papel grueso y caro. Al aproximarse George, la escritora se levantó y tendió su mano delgada y fría para que éste la besara.

Todo parecía tan estilizado, de carácter tan teatral, que George casi rió en voz alta. Pero cuando miró otra vez aquellos ojos luminosos e inteligentes, lo pensó mejor. Se presentó ceremoniosamente, se sentó en la silla que le ofrecían, y trató de ordenar sus pensamientos. La pálida muchacha revoloteaba, protectora, junto a su ama.

Faber dijo desmañadamente:

—He venido a verla por un asunto delicado. Alicia de Nogara hizo un ademán imperioso de despedida:

—Vete, Paula. Puedes traernos café dentro de media hora.

La muchacha pálida se alejó desconsolada, y la sibila comenzó a interrogar a su visitante:

—Usted está bastante preocupado, ¿verdad? Lo siento. Soy muy sensible a las emanaciones. Tranquilícese ante todo. Mire la tierra y el mar. Míreme si lo desea. Soy muy serena, porque he aprendido a flotar en el aire con sus movimientos. Así deberíamos vivir, así deberíamos amar. Flotando en el aire, en la dirección que éste lleve. Usted ha estado enamorado, ¿no es así…? Muchas veces, diría. Y no siempre con felicidad.

—Estoy enamorado ahora —dijo George Faber—. Y por eso vine a verla.

— ¡Qué extraño! Solamente ayer le decía yo a Paula que aunque mis libros no eran extensamente leídos, llegarían a los corazones comprensivos. Me parece que usted tiene un corazón comprensivo. ¿No es así?

—Así lo espero. Creo que usted conoce a un hombre llamado Corrado Calitri.

—¿Corrado? Sí, lo conozco mucho. Un muchacho muy inteligente. Algo pervertido, me temo, pero brillante. La gente dice que también yo soy una pervertida. Usted ha leído mis libros, supongo. ¿Lo cree usted?

—Estoy seguro de que no lo es —dijo George Faber.

—Ya veo que usted tiene un corazón comprensivo. La perversión es algo diferente. Perversión es destruir lo que se ama. Yo quiero protegerlo, alimentarlo. Por eso Corrado está condenado. Nunca podrá ser feliz. Se lo dije muchas veces… Antes de su matrimonio, después de su separación.

—Precisamente de esto quería hablarle. Del matrimonio de Calitri.

—Por supuesto. Lo sabía. Me lo decían las emanaciones. Usted está enamorado de la mujer de Corrado.

—¿Cómo lo supo?

—Soy mujer. Y no una mujer corriente. ¡Oh, no! Mujer sáfica, me llaman, pero prefiero decir que soy una mujer integral, una guardiana de los profundos misterios de nuestro sexo… De manera que usted está enamorado de la mujer de Corrado.

—Quiero casarme con ella.

La sibila se inclinó hacia él, apoyando su pequeño rostro en las manos y fijándolo con sus ojos azules y centelleantes.

—Matrimonio. No creo que deba permitirle que desperdicie su vida en un matrimonio, pero supongo que tendrá que aprender por propia experiencia… Muy bien, lo firmaré.

Cogió la pluma y firmó el documento con un floreo.

—Ya está. ¿Eso es todo?

—Creo que necesitamos un testigo.

— ¡Paula!

La muchacha pálida se aproximó velozmente. Puso su firma al pie del papel, y George Faber lo dobló y se lo puso en el bolsillo. Estaba hecho. Se había ensuciado para hacerlo, pero ya estaba hecho. Permitió que las mujeres le brindaran el ritual del café y una charla aburrida e interminable

Se esforzó por mostrarse amable. Rió con sus chanzas patéticas al despedirse, y se inclinó como un cortesano sobre la mano de la sibila.

Mientras el taxi avanzaba hacia el puerto abarrotado, mientras se apoyaba contra la barandilla del vapor lacustre que lo llevaba de regreso a Nápoles, sentía arder y crujir el documento contra su pecho. La sombría farsa había concluido, y podía comenzar otra vez a ser hombre.

Cuando regresó a Roma, encontró la carta de Chiara en que le comunicaba que su marido había decidido cooperar con su petición y que se había enamorado de otro hombre. Finita la commedia! Rompió el papel en mil fragmentos, y luego procedió a embriagarse, brutalmente, sistemáticamente.

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

> …He tenido unas vacaciones maravillosas, las primeras en más de veinte años. Me siento descansado, renovado. Me sostiene una amistad que crece día a día en calor y profundidad. Nunca tuve hermanos, y mi única hermana murió en la infancia. De manera que el lazo fraternal que me une a Jean Télémond se me ha hecho muy preciso. Nuestras vidas están llenas de contrastes. Yo me hallo en la cúspide de la Iglesia; él permanece bajo la rígida férula de su Orden. Yo pasé diecisiete años en prisión; él ha viajado veinte años por los rincones más apartados de la Tierra. Y, sin embargo, nos comprendemos perfectamente. Nuestra comunión es rápida e intuitiva. Ambos estamos envueltos en esa esperanza resplandeciente de unidad y de crecimiento común hacia Dios, principio, centro y fin…
>
> Mucho hemos hablado durante estos días de las simientes de verdad que yacen bajo los errores más diversos. Para el Islam, Dios es uno, y éste ya es un avance desde el paganismo hacia la idea de un Creador espiritual único. Es el comienzo de un universo centrado en Dios. El budismo ha degenerado en una serie de fórmulas estériles, pero el código budista, aunque establece pocas exigencias morales, conduce a la cooperación, a la no violencia, a un diálogo cortés entre mucha gente. El comunismo ha suprimido el Dios personal, pero en su tesis está implícita la idea de la fraternidad de los hombres…

Mi predecesor inmediato alentó el desarrollo del espíritu ecuménico en la Cristiandad, la exploración y la confirmación de bases comunes, de creencias y acción. Jean Télémond y yo hemos conversado mucho acerca de la posibilidad de que la idea cristiana comience a penetrar las grandes religiones no cristianas. Si podremos, por ejemplo, penetrar en el Islam, que se está expandiendo tan rápidamente a través de las naciones nuevas de África y a través de Indonesia. Un sueño, tal vez, pero quizá también una oportunidad para otro experimento audaz como el de los Padres Blancos.

¡El gesto sublime! ¡El acto que cambia el curso de la Historia! Me pregunto si tendré oportunidad de ejecutarlo… El gesto de Gregorio el Grande, o de Pío V. ¿Quién sabe? Es un problema de circunstancia histórica y la disposición de un hombre para cooperar con Dios y en el momento…

Desde la visita de George Wilhelm Forster he tratado de pensar con las mentes de Kamenev y del Presidente de los Estados Unidos. Creo que es cierto que los hombres que llegan al poder tienen ciertas actitudes comunes. No siempre son las actitudes acertadas, pero por lo menos proporcionan una base de entendimiento. El hombre en el poder comienza a ver con mayor alcance. Si no está corrompido, sus pasiones tienden a disminuir con los años y la responsabilidad. Busca, ya que no la permanencia, por lo menos un desarrollo pacífico del sistema que ha ayudado a crear. Por una parte, es vulnerable a las tentaciones del orgullo. Por otra, no puede menos de sentirse humilde ante la magnitud y la complejidad del problema humano.. Comprende el sentido de lo contingente y la mutua dependencia…

Creo que es una ventaja que el Papado haya perdido lentamente su poder temporal. Da a la Iglesia la oportunidad de hablar más libremente y despertando menos sospechas de interés material que en otra época. Debo continuar construyendo su autoridad moral, que tiene cierta analogía con la influencia política de naciones pequeñas como Suecia y Suiza, e incluso Israel.

He dado instrucciones a la Secretaría de Estado para que aliente las visitas al Vaticano de representantes de todas las naciones y todos los credos. Son valiosas como útil cortesía diplomática, y pueden llegar a convertirse en el comienzo de una amistad fructífera y comprensiva…

Esta semana almorzó conmigo el cardenal Rinaldi. Me gusta este hombre. Hablé con él de la posible reforma de la Sagrada Rota y me proporcionó datos valiosos sobre sus métodos y personalidades. Con sus modales siempre suaves, me hizo también un reproche. Me dijo que el cardenal Leone sentía que yo no confiaba suficientemente en él. Me señaló que a pesar de su vigor, Leone era un anciano que había merecido bien de la Iglesia, y que tal vez yo debiese concederle alguna muestra de simpatía y reconocimiento. Me cuesta simpatizar con Leone; es tan terriblemente romano… Pero estoy de acuerdo con Rinaldi. He escrito a Leone

una carta amable, agradeciéndole su labor y pidiéndole que me visite a mi regreso a Roma. También le he pedido su consejo privado respecto al nombramiento de un nuevo cardenal para remplazar al inglés Brandon, que murió hace dos días. Brandon fue uno de los que votaron contra mí en el conclave, y nuestras relaciones fueron siempre distantes y formales. Pero era un hombre apostólico, y siempre es lamentable la desaparición de un trabajador de la viña. Ayer dije una misa especial por el descanso de su alma.

Las noticias de Polonia y Hungría son malas. Las nuevas leyes impositivas han hecho cerrar sus puertas a varias escuelas y seminarios. Potocki está enfermo en Varsovia. Me informan de que se restablecerá. Pero su mal es grave, y tendré que pensar en algún hombre que pueda ayudarle y hacerse cargo más tarde de sus funciones como primado de Polonia. Potocki es un hombre de visión política y profunda vida espiritual. No será fácil encontrarle un sustituto…

El primer volumen de Jean Télémond, El progreso del hombre, está preparado para la publicación. Constituye la parte crucial de su obra, sobre la cual descansa todo el resto. Jean está impaciente por someterla cuanto antes al Santo Oficio. Y por él, yo también estoy ansioso. He pedido al cardenal Leone que nombre a los encargados de examinar el libro, y que me informen con la mayor rapidez posible. Sugerí que aquéllos no fuesen los mismos que hicieron el primer examen. Tendremos entonces dos grupos de opiniones y no habrá resabios de una obra anterior muchísimo menos completa. Me alegra poder decir que Jean está tranquilo. Parece sentirse bien, aunque noto que se fatiga fácilmente y que a menudo le falta el aliento después de algún pequeño esfuerzo. Le he ordenado que se someta a un reconocimiento por el médico del Vaticano en cuanto regresemos a Roma…

Deseo mantenerlo a mi lado, pero Jean teme hacerme un flaco servicio. La jerarquía y la Curia recelan y temen a una eminencia gris en el Vaticano. El cardenal Rinaldi repitió su invitación para que Jean trabajase en su villa. La idea agrada a Jean, de manera que seguramente tendré que dejarlo partir. Por lo menos, no nos hallaremos a gran distancia, y tendré el placer de su compañía en la cena de los domingos. Ahora que lo he encontrado, detesto la idea de dejarlo ir…

¡Aprendí tanto a su lado durante nuestros viajes por la campiña italiana…! Lo que más me impresionó fue el contraste entre la riqueza atrincherada y la abrumadora pobreza en la cual vive aún tanta gente. Éste es el motivo de la fuerza y la atracción del comunismo en Italia. Se necesitará mucho tiempo, más del que se me concederá, para equilibrar la balanza. Sin embargo, he pensado en un gesto que puede convertirse en un símbolo de lo que se necesita.

La Congregación de Ritos me ha informado de que están a punto de proceder a la beatificación de dos nuevos siervos de Dios. Es un proceso largo y costoso, y las

ceremonias que le ponen fin son también muy caras. Me dicen que el costo total será de cincuenta mil dólares americanos. Tal vez se me acuse de disminuir el esplendor de la vida litúrgica de la Iglesia, pero he decidido reducir la ceremonia a una sencilla fórmula y dedicar los fondos disponibles al establecimiento de obras de caridad. Me preocuparé de que se dé amplia publicidad a mis razones, para que la gente comprenda que el servicio de los siervos de Dios es más importante que su glorificación.

Curiosamente, en este momento me viene a la memoria la mujer Ruth Lewin, y la obra que lleva a cabo ella, y otros como ella, sin aliento y sin ayuda espiritual aparente, en diversos lugares del mundo. Recuerdo también las palabras del Maestro: incluso un vaso de agua dado en su nombre es un obsequio que a Él se le hace. Mil velas en San Pedro nada significan junto a un hombre pobre que da gracias a Dios porque siente agradecimiento hacia uno de sus semejantes…

Adondequiera que me vuelvo, me encuentro atraído irresistiblemente hacia el pensamiento primitivo de la Iglesia, .y no puedo creer que se me esté conduciendo hacia el error. No poseo una inspiración privada. Estoy en la Iglesia, a ella pertenezco, y si mi corazón late al unísono con el pulso de la Iglesia, no puedo estar muy equivocado… «Júzgame, oh, Dios, y distingue mi causa de aquella de los indignos.»

Capítulo 9

El verano declinaba. Los primeros colores del otoño aparecían sobre la Tierra. Había un escozor en el aire, y pronto los vientos fríos comenzarían a soplar desde las estepas, descendiendo por las montañas alpinas. Pero las multitudes endomingadas de la Villa Borghese cortejaban aún la tibieza del sol y desfilaban alegremente entre los vendedores de dulces y los mercaderes de novedades, mientras sus hijos observaban boquiabiertos las correrías de Polichinela.

Ruth Lewin estaba entre ellos, niñera de una criatura afecta de espasmos, que balanceaba la cabeza y babeaba, y a quien Ruth había traído desde su sórdida vivienda para que respirase el aire puro. Estaban sentados en un banco, mirando a un violinista y su mono bailarín, mientras el niño se atiborraba de caramelos y balanceaba su cabeza grotesca, en feliz ignorancia de su infortunio.

A pesar del patetismo de su misión, Ruth Lewin se sentía tranquila y contenta. Su mal había desaparecido. Había regresado descansada de las vacaciones. Finalmente, había echado pie a tierra. Después de años de confusión, su mente estaba despejada. Ruth sabía lo que era y lo que tenía derecho a ser. No era una conversión, sino una llegada. Si no se sentía realizada, por lo menos ya no huía. Si no se sentía colmada, por lo menos podía aguardar algo mejor.

Era judía. Había heredado una raza y una historia. Estaba dispuesta a aceptarlas, no como una carga, sino como un enriquecimiento. Comprendía ahora que jamás las había rechazado verdaderamente, sino que se había visto forzada a la fuga por las circunstancias de su niñez. La fuga no era una culpa, sino una cuita, y había sobrevivido a ella, como sus antepasados habían sobrevivido a los cautiverios, a las dispersiones y al baldón de los ghettos europeos. Por el simple hecho de su supervivencia, por el acto semiconsciente de aceptación, había conquistado el derecho a ser lo que quería ser, a creer lo que necesitaba creer para desarrollarse en la forma que su naturaleza dictaba.

Comprendía también otra cosa: que la alegría es un don que se acepta con agradecimiento y sin intentar pagarlo, así como no se intenta pagar la luz del sol ni el canto de los pajarillos. Se tienden las manos agradecidas para recibir ese don, y luego se alza el don para compartirlo. Pago es una palabra demasiado burda para designar un desembolso así. Las flores crecen de los ojos de los muertos, pero no llevamos un cadáver sobre los hombros el resto de nuestras vidas por el hecho de coger esas flores. Nacen niños lisiados y deformes, pero negarles la belleza y el amor como penitencia personal es una paradoja monstruosa. La duda pesa sobre todos los espíritus que buscan, pero cuando la duda se resuelve, no hay que aferrarse a ella en una orgía de autotormento.

Ruth ya no tenía dudas. Había penetrado en la Fe cristiana de su infancia. La

había convertido en un refugio, y luego se había alejado de ella en medio del terror y la confusión. Ahora ya no era un refugio, sino un ambiente en el cual quería vivir y crecer. Como el sol, como el canto de los pájaros y las flores, era gratuito. No tenía derecho alguno a él, pero tampoco tenía razones para rehusarlo. Todos tienen derecho a dormir en su propia almohada, dura, blanda o áspera, porque sin sueño no hay vida; y la muerte no paga las deudas: sólo las liquida.

Así, simplemente, aquella mañana de domingo regresó Ruth al hogar.

Para el viajero que se mece en un océano azotado por los vientos, el regreso a casa adquiere caracteres dramáticos, es un momento de revelación y de conquista. Pero cuando ese momento llega, generalmente es un acontecimiento vulgar. No hay banderas ni trompetas. Se llega, se camina por una calle muy conocida, se ven rostros conocidos en los umbrales, y se siente que tal vez el desfile de los acontecimientos, el paso del tiempo, eran sólo una ilusión.

El niño, con dedos pringosos, tiró del brazo de Ruth pidiendo que lo llevase al retrete. Ruth rió la ironía en voz alta. Ésta era finalmente la forma real de la vida: una sucesión de cosas sencillas: narices moqueantes y ropas sucias, huevos con tocino para el desayuno, algunas lágrimas, y, cerniéndose sobre todo esto, la majestad de la mera existencia. Condujo al niño de la mano y lo llevó a través del césped, entre risas y tropezones, para desabrocharle los pantalones…

Cuando llegó a casa, había oscuridad, y el otoño helado se enseñoreaba de la ciudad. Se bañó, se cambió de ropas, preparó su cena, porque la sirvienta había salido, colocó un grupo de discos en el tocadiscos y se instaló para una agradable cena hogareña.

No hacía tanto tiempo que la perspectiva de una noche solitaria la hubiera llevado a la desesperación. Ahora, en paz consigo misma, se alegraba. No se bastaba a sí misma, pero la vida, con sus pequeños servicios y sus ásperos encuentros ocasionales, podría bastarle ahora. Ya no era una extraña. Tenía su propio dominio al donar, y tarde o temprano podría llegar también la época de recibir. Podía comulgar consigo misma, porque se había descubierto. Era una, era real. Era Ruth Lewin, viuda, judía de nacimiento, cristiana por adopción. Tenía edad suficiente para comprender, y aún tenía juventud suficiente para amar, si el amor llegaba. Para un día, para una mujer nueva, era suficiente.

Entonces sonó el timbre, y cuando abrió la puerta vio a George Faber, ebrio y mascullante, que permanecía en lo alto de la escalera. Su camisa estaba arrugada, sus ropas sucias, su cabello en desorden, y no se había afeitado desde hacía varios días.

Ruth tardó casi una hora en volverlo a la sobriedad con café muy fuerte, y en entender su historia. Desde que Chiara lo abandonó, estuvo bebiendo continuamente. No había trabajado. Su oficina funcionaba gracias a la bondad de sus colegas, que enviaban artículos, respondían sus cablegramas y ocultaban su situación a Nueva

York.

Para un hombre tan fino y puntilloso, era una caída lamentable. Para alguien tan prominente en Roma, pronto la tragedia podría resultar irremediable. Pero George Faber no parecía capaz de ayudarse. Se despreciaba intensamente. Barbotó la historia de su virilidad ofendida. Se abandonó a lágrimas de autocompasión. La ambición lo había abandonado, y parecía haber perdido todo asidero para recuperar su dignidad.

Se sometió como un niño cuando Ruth le ordenó darse un baño y lo acomodó luego en su propia cama para que durmiese los efectos de la bebida. Mientras George dormía, agitado y murmurando, Ruth vació sus bolsillos, hizo un paquete con sus ropas manchadas y luego se dirigió al apartamento de George en busca de otro traje, ropa limpia y una navaja de afeitar. George dormía aún cuando la joven regresó, y Ruth se instaló para otra vigilia, examinando críticamente su propio papel en el drama de George Faber.

En aquel momento era muy fácil presentarse como Nuestra Señora del Socorro, con los ungüentos y la tela adhesiva para curar su orgullo herido. Sería peligrosamente fácil envolver su amor como una caja de caramelos y ofrecérselo para una distracción ante el amor perdido. Por su propio bien, y por el de George, no debía hacerlo. El amor era una respuesta mínima cuando los pilares de la dignidad de un hombre vacilaban y el techo se derrumbaba sobre su cabeza. Tarde o temprano tendría que salir de los escombros sobre sus propios pies, y la mejor prescripción del amor era dejar que lo hiciera.

Cuando George bajó a desayunar, demacrado pero presentable, Ruth se lo dijo rudamente.

—Esto tiene que terminar, George, ¡y en seguida! Te has puesto en ridículo por una mujer. No eres el primero, ni serás el último. Pero no puedes destruirte por Chiara ni por nadie.

— ¡Destruirme! —Inició un ademán de derrota—. ¿No comprendes? Eso es lo que he descubierto. No hay nada que destruir. No hay yo. Sólo un manojo de buenos modales y de hábitos periodísticos… Chiara supo verlo. Por eso se fue.

—En mi opinión, Chiara es una zorra egoísta. Has tenido suerte al librarte de ella.

George se obstinaba en compadecerse. Sacudió la cabeza.

—Campeggio tenía razón. Soy demasiado blando. Un golpe, y me deshago.

—Hay un momento en el cual todos nos deshacemos, George. La verdadera prueba llega cuando debemos rehacernos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me sacuda el polvo, me ponga una flor en el ojal y vuelva a mis actividades como si nada hubiese sucedido?

—¡Precisamente, George!

— ¡Sensiblería! —Le lanzó la palabra con furioso sarcasmo—. ¡Sensiblería yiddish judaica! ¡Salida directamente de Brooklyn y de Mar jorie Morningstar! Roma

se está riendo a carcajadas de Chiara y de mí. ¡Si crees que puedo incorporarme y dejar que me lancen cocos para divertirse…!

—Creo que debes hacerlo.

—No lo haré.

—¡Muy bien! ¿Cuál es la alternativa? ¿Embriagarte todos los días con el dinero que tus amigos ganan para ti?

—¿Por qué diablos debe importarte lo que haga?

Ruth estuvo a punto de decir «Te quiero», pero se dominó y le dio una respuesta brutal:

—¡No me importa, George! ¡Tú viniste a mi. ¡No fui yo quien fue a ti! ¡Te he aseado y te he hecho parecer hombre otra vez! Pero si no quieres ser hombre, es asunto tuyo.

—¡Pero si no soy hombre, querida! Chiara me lo demostró. Dos semanas de ausencia, y comenzó a besarse en el Lido con otro. Lo arriesgué todo por ella, y me puso los cuernos. ¿Soy un hombre, entonces?

—¿Serías más hombre por beber como un cerdo?

Lo había silenciado finalmente, y ahora comenzó a razonar con él.

—Escucha, George, la vida de un hombre es asunto suyo. Me gustaría convertirte en asunto mío, pero no lo haré hasta que me digas con claridad, cuando estés sobrio, que lo deseas. No voy a compadecerte, porque no puedo arriesgarme a hacerlo. Te pusiste en ridículo. ¡Admítelo! Por lo menos podrás soportarlo con más dignidad que los cuernos. ¿Crees que no me he sentido como te sientes ahora? Me he sentido así, y por mucho más tiempo. Finalmente maduré. Ahora soy una mujer madura, George. Un poco tarde, pero lo soy. Y tú tienes que madurar.

—¡Me siento tan endiabladamente solo…! —dijo George patéticamente.

—También yo. Y yo también recorrí los bares, George. Si no hubiese tenido el estómago tan sensible, ahora sería una ebria perdida. No es ésa la respuesta, George, créeme.

—¿Cuál es la respuesta?

—Una camisa limpia y una flor en el ojal.

—¿Y nada más?

— ¡Oh, sí! Pero eso vendrá después. Inténtalo, por favor.

—¿Me ayudarás?

—¿Cómo?

—No lo sé con certeza. Tal vez… —y por primera vez sonrió tristemente—, tal vez dejándome lucirte en el ojal.

—Si es por amor propio, George, sí.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que también soy algo romana. Pierdes una mujer, debes encontrar otra.

Es la única forma de librarse de los cuernos.

—No quise decir eso.

—Lo sé, querido; pero yo sí quiero decirlo. En cuanto puedas decirme que estoy tratando de protegerte materialmente, o de convertirme en una segunda Chiara, dejaré de serte útil. De manera que conviérteme en flor para el ojal. Lúceme para demostrar a la ciudad que George Faber vuelve a la lucha. ¿Trato hecho?

—Trato hecho… Gracias, Ruth.

—Prego, signore. —Le sirvió otra taza de café y le preguntó suavemente—: ¿Qué otra cosa te preocupa, George?

Faber vaciló un instante y luego se lo dijo. —Tengo miedo de Calitri.

—¿Crees que sabe lo que hiciste?

—Creo que podría llegar a saberlo. El hombre que entrevisté en Positano me amenazó con decírselo. Si pudiera conseguir dinero haciéndolo, ya se lo hubiera contado.

—Pero no has tenido noticias de Calitri.

—No. Pero podría estar haciendo tiempo.

—¿Para qué?

—Para vengarse.

—¿En qué forma?

—No lo sé. Pero estoy en una posición delicada. Cometí una acción criminal. Calitri podría llevarme a los tribunales si quisiera.

Ruth respondió resueltamente.

—Si sucede, también sabrás sobrellevarlo, George.

—No me quedará otro remedio… Entretanto, creo que debería decírselo a Campeggio.

—¿Está comprometido en esto?

—Abiertamente, no; pero me prestó el dinero. No oculta su enemistad hacia Calitri… Y Calitri podría adivinar fácilmente nuestra conexión. Como servidor del Vaticano, Campeggio es aún más vulnerable que yo.

—Entonces debes decírselo… Pero, George…

—¿Sí?

— ¡Pase lo que pase, recuerda la camisa limpia y la flor en el ojal!

George la miró largamente, interrogativamente, y luego dijo con dulzura:

—Te importa, ¿no es así?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Pregúntame dentro de un mes y te lo diré… Ahora vete a tu oficina y comienza a trabajar… Déjame tu llave y te asearé el apartamento. Parece una cochiquera.

Cuando se separaron, George la besó en la mejilla, y Ruth le miró mientras

caminaba calle abajo hacia su primer encuentro con la realidad. Era demasiado pronto para saber si recuperaría su dignidad íntima, pero Ruth sabía que ella había mantenido la suya, y este conocimiento era fuente de fortaleza. Subió, se puso un vestido nuevo, y media hora más tarde estaba arrodillada en el confesionario del ábside de la basílica de San Pedro.

—Nos ha derrotado —dijo Campeggio—. En nuestro propio juego, y obteniendo beneficios.

—Aún no comprendo por qué lo hizo —dijo George Faber.

Estaban sentados en el mismo restaurante donde habían tramado la conspiración. Campeggio dibujaba el mismo diseño sobre el mantel, y George Faber, severo y perplejo, trataba de ordenar el rompecabezas.

Campeggio interrumpió sus trazos y alzó la vista. Dijo, con voz sin inflexiones:

—Supe que había estado fuera de la circulación.

—Anduve de parranda.

—Entonces se ha perdido el comienzo de una buena historia. Están aderezando a Calitri para que dirija el país después de las próximas elecciones. La princesa María Poliziano dirige la campaña entre bastidores.

— ¡Dios mío! —exclamó George Faber—. ¡Eso era! ¡Tan simple!

—Simple y complicado. Calitri necesita las simpatías de la Iglesia. Se ha dado discreta publicidad a su retorno al confesionario. El paso siguiente, por supuesto, es la regularización de su matrimonio.

—¿Y usted cree que lo logrará?

—Ciertamente. La Rota, como cualquier otro tribunal, sólo puede basarse en las pruebas que se le presenten. No puede juzgar el foro interno de la conciencia.

— ¡Astuto el bastardo! —dijo George Faber apasionadamente.

—Como usted dice, astuto el bastardo. También se ha mostrado astuto conmigo. Ha ascendido a mi hijo. Y éste cree que el sol, la luna y las estrellas brillan desde el trasero de Calitri.

—Lo siento.

Campeggio se encogió de hombros.

—Usted tiene sus problemas.

—Sobreviviré. ¡Así lo espero! Estoy aguardando que Calitri actúe contra mí en cualquier momento. Me gustaría imaginar lo que puede hacer.

—Si imaginamos lo peor —dijo Campeggio, pensativo—, podría hacerlo juzgar, presentando una acusación criminal, y expulsarlo luego del país. Personalmente, no creo que lo haga. Puede perder mucho en un escándalo público sobre su causa matrimonial. Si imaginamos lo mejor, que tampoco resulta tentador, podría hacerle la situación tan difícil, que usted tendría que irse de todas maneras. Es imposible actuar como corresponsal si no se está en relaciones normales con los hombres que originan

las noticias. Y también podría molestarlo con una infinidad de detalles legales.

—Es lo que he pensado. Pero hay una posibilidad de que Calitri no sepa nada de mis actividades. Nuestro borrachín de Positano puede haber estado fanfarroneando.

—Es verdad. Pero no podrá usted saberlo hasta que el caso haya salido de manos de la Sagrada Rota. Aunque Calitri lo sepa, no hará nada hasta que la causa concluya.

—De manera que no me queda más que esperar.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Faber?

—Por supuesto.

—¿Ha mencionado usted nuestra conexión a alguien?

—Pues, sí. A Chiara y a otra amiga. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, en ese caso, creo que no puedo esperar. Tengo que hacer algo.

—¿Qué, por Dios?

—Tengo que renunciar al Osservatore. Ya le dije que yo era hombre de confianza en el Vaticano. No podría comprometerme ni comprometer a quienes en mí confían continuando mi labor bajo una amenaza constante de verme descubierto.

—Pero es posible que nadie lo descubra.

Campeggio sonrió, y sacudió la cabeza.

—Incluso así, no puedo reconciliarme con una conciencia inquieta. Ya no soy un hombre de confianza, porque ya no puedo confiar en mí mismo. El único problema es cómo hacerlo… ¿Con una declaración completa al Pontífice o pretextando vejez v enfermedad?

—Si usted hace una declaración —dijo George Faber—, me arruina más rápidamente de lo que puede hacerlo Calitri. Debo moverme en el Vaticano tanto como en el Quirinal.

—Lo sé. Tiene suficientes problemas sin mí. De manera que esto es lo que me propongo hacer. Esperaré a que la Rota entregue su decisión en el caso Calitri. Si Calitri no actúa contra usted, iré al Padre Santo y le ofreceré mi renuncia, diciéndole simplemente que lo hago por consejo médico. Por el contrario, si Calitri lo ataca, entonces explicaré todo lo sucedido. Así, tal vez ambos podamos salvar algo del desastre. —Guardó silencio un momento, y luego añadió en tono más cordial—: Lo siento, Faber. Más de lo que puedo expresar. Usted perdió a su Chiara; yo perdí a mi hijo. Y ambos hemos perdido algo más importante.

—Lo sé —dijo Faber melancólicamente—. Yo debería hacer lo mismo que usted. Preparar calladamente mis maletas y marcharme a casa. Pero he vivido aquí durante quince años. Me subleva la idea de verme trasplantado por un hijo de perra como Calitri.

Campeggio agitó una mano y citó suavemente:—Che 1'uomo il suo destino fugge di raro…¡Raramente el hombre escapa a su destino! Y usted y yo nacimos para un destino inquieto. No luche demasiado contra él. Siempre debemos conservar algo de

dignidad para la salida.

En su oficina del Borgo Santo Spirito número cinco, Rudolf Semmering, padre general de los jesuitas, hablaba con su subordinado Jean Télémond. En sus manos había cartas que contenían los informes de los médicos del Vaticano. Las tendió a Télémond.

—¿Sabe usted lo que dicen, padre?

—Sí.

—Sus cardiografías muestran que usted sufrió ya uno o, posiblemente, dos ataques cardíacos.

—Así es. Tuve un ataque leve en la India hace dos años, y otro mientras estaba en las Célebes en enero pasado. Me han dicho que puedo sufrir otro en cualquier momento.

—¿Por qué no escribió para decirme que había estado tan enfermo?

—No parecía valer la pena. No se podía hacer nada.

—Le hubiésemos destinado a una vida más fácil.

—Me sentía feliz con mi trabajo. Deseaba continuar en él.

El padre general frunció el ceño y dijo con firmeza:

—Era un asunto de regla y obediencia, padre. Debería habérmelo dicho.

—Lo siento. No lo consideré desde ese punto de vista. Debería haberlo hecho.

Las facciones severas del padre general se distendieron, y continuó con mayor suavidad:

—¿Sabe lo que esto significa, padre? Que está usted a las puertas de la muerte. Dios puede llamarlo sin aviso en cualquier momento.

—Lo he sabido durante meses.

—¿Está preparado para ese momento?

Jean Télémond nada dijo, y el padre general continuó sosegadamente:

—Usted comprende, padre, que éste es el sentido esencial de mi ministerio: el cuidado de las almas que me han confiado la Compañía y la Iglesia. Con razón o sin ella, he echado cargas sobre sus hombros. Ahora quiero ayudarlo cuanto pueda.

—Le estoy muy agradecido, padre —dijo Jean Télémond—. No sé con certeza cómo responder a su pregunta. ¿Está el hombre alguna vez verdaderamente preparado para la muerte? Lo dudo. Lo más que puedo decir es esto: He tratado de vivir una vida lógica como hombre y como sacerdote. He tratado de desarrollar mis habilidades para hacerlas útiles al mundo y a Dios. He tratado de ser un buen ministro de la Palabra y de la gracia de los Sacramentos. No lo he logrado siempre, pero creo que mis fracasos han sido honorables. No temo partir… No creo que Dios quiera que alguno de nosotros quede fuera de sus manos.

El rostro arrugado de Semmering se contrajo en una sonrisa de sincero afecto.

—Bien. Me alegro mucho por usted, padre… Espero que podamos tenerlo aún mucho tiempo con nosotros. Quiero decir que me impresionó profundamente su alocución en la Gregoriana. No sé si concuerdo con todas sus opiniones. Hubo ciertas proposiciones que me inquietaron, y que aún me inquietan. Pero de usted sí estoy seguro. Dígame otra cosa. ¿Hasta qué punto sostiene usted lo que expuso entonces, y en sus otras obras?

Télémond consideró la pregunta cuidadosamente, y luego respondió:

—Desde un punto de vista científico, padre, lo explicaría así. Los experimentos y los descubrimientos llevan, por cierta línea, hasta cierto punto de llegada… Hasta ese punto está uno científicamente seguro, porque los descubrimientos han sido documentados, y la lógica se ha probado mediante los experimentos… Más allá del punto de llegada, la línea se proyecta infinitamente lejos. Y uno la sigue por hipótesis y por etapas especulativas… Se presume que la lógica continuará demostrándose eficaz, como lo hizo antes… No se puede estar totalmente seguro, por supuesto, hasta que la lógica de la especulación se ha comparado con la lógica del descubrimiento… Así, y siempre desde el punto de vista científico, hay que mantener lamente abierta. Creo que lo he hecho… Como filósofo, tal vez estoy menos preparado, pero creo que el conocimiento no puede contradecirse a sí mismo. Se desarrolla en planos sucesivos, de manera que lo que vemos primero como símbolo puede agrandarse en otro plano hasta una realidad que resulta diferente para nuestros ojos mal habituados. También trata uno de mantener la mente abierta a nuevas modalidades de pensamiento y de conocimiento… Se comprende que el lenguaje es, en el mejor de los casos, un instrumento limitado para expresar nuestros conceptos en expansión. Como teólogo, creo en la validez de la razón como instrumento para adquirir un conocimiento limitado del Creador. También creo, por un acto de Fe, en la validez de la revelación divina, expresada en el depósito de Fe… De una cosa estoy seguro, como lo estoy de mi propia existencia: de que no hay conflicto posible de conocimiento en ningún plano, una vez que el conocimiento se aprehende totalmente… Recuerdo el antiguo proverbio español: «Dios escribe recto con líneas torcidas», pero el factor final es una flecha que lleva directamente al Todopoderoso. Ésta es la razón por la cual he tratado de vivir en forma completa, en y con el mundo, y no separado de él. El acto redentor es estéril sin la cooperación del hombre… Pero el hombre, tal como es, en el mundo que habita… —Se interrumpió con un encogimiento de hombros deprecativo—. Disculpe, padre. No pretendí darle una conferencia.

—Fue una buena conferencia, padre —dijo Rudolf Semmering—. Pero quiero que agregue algo a ella. Por su voto, usted es un hijo de la obediencia, de una obediencia en actos formales, de voluntad sumisa y humilde intelecto. ¿Ha conformado, los términos de su voto con los términos de su búsqueda personal?

—No lo sé —dijo Télémond lentamente—. No sé si podré saberlo hasta que se me someta a la prueba final. El cardenal Rinaldi lo expresó claramente cuando dijo que ésta era una cruz que yo nací para llevar. Admito que a menudo su peso me oprime. Pero sí, estoy seguro de que no puede haber conflicto entre lo que busco y lo que creo. Desearía poder expresarlo con mayor claridad.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle yo ahora, padre?

Télémond sacudió la cabeza.

—Me parece que no. Si lo hubiese, créame que se lo pediría. En este momento creo que temo más a este dilema que a la muerte.

—¿No cree haber sido temerario?

—No, no lo creo. He tenido que arriesgar mucho, porque toda exploración es un riesgo. Pero, ¿temerario? No. Frente al misterio de un universo ordenado, sólo se puede ser humilde. Frente a la muerte, como lo estoy yo, sólo se puede ser verídico… —Un nuevo pensamiento pareció asaltarlo. Se detuvo un instante para sopesarlo, y luego dijo francamente—: Pero hay un problema en nuestras relaciones con la Iglesia; no con la Fe, comprenda, sino con el cuerpo humano de la Iglesia. El problema es éste. Hay algunos creyentes que son tan ignorantes del mundo real como ciertos incrédulos lo son del mundo de la Fe. «Dios es grande y terrible», dicen. Pero el mundo también es grande y terrible, y somos herejes si lo ignoramos o lo negamos. Somos como los antiguos maniqueos que afirmaban que la materia es mala, y la carne, corrompida. Esto no es verdad. No es el mundo lo corrompido, ni la carne. Es la voluntad del hombre, desgarrada entre Dios y el Yo. Éste es el sentido de la Caída.

—Una de las cosas que me inquietaron en su alocución fue que usted no mencionó la Caída. Sé que eso preocupará al Santo Oficio.

—No la mencioné —dijo Jean Télémond vigorosamente— porque no creo que tenga un lugar en el orden fenomenológico, sino sólo en el orden espiritual y moral.

—El Santo Oficio dirá que usted confundió ambos —insistió Rudolf Semmering.

—Jamás ha habido esa confusión en mi mente. Puede haberlo en mis expresiones.

—Lo juzgarán según sus expresiones.

—En ese terreno, estoy sometido a juicio. —Será juzgado, y muy pronto. Espero que encuentre paciencia para soportar el veredicto.

—Yo también lo espero —dijo Jean Télémond fervientemente—. A veces me siento tan fatigado…

—No tengo miedo por usted —dijo Rudolf Semmering, con una sonrisa—. Y Su Santidad habla con mucha cordialidad de usted, y quiere que permanezca en el Vaticano, como usted sabe.

—Lo sé. Me gustaría estar con él. Es un gran hombre, y un hombre afectuoso, pero hasta pasar esta prueba no quiero comprometerlo de ningún modo. El cardenal Rinaldi me ha invitado a trabajar en su villa mientras el Santo Oficio examina mi

obra. ¿Tengo autorización para ello?

—Por supuesto. Quiero que se sienta lo más libre y cómodo que sea posible. Creo que lo merece.

Los ojos de Jean Télémond estaban nublados. Se oprimió las manos para evitar que temblaran.

—Le estoy muy agradecido, padre, a usted y a la Compañía.

—Y nosotros le estamos agradecidos a usted. —Semmering se puso en pie, rodeó su mesa de trabajo y puso una mano amistosa sobre el hombro de su subordinado—. Extraña fraternidad esta de la Fe y de la Compañía. Somos muchas mentes y muchos caracteres. Pero caminamos por una senda común, y necesitamos también una común caridad.

Jean Télémond pareció retirarse de pronto a un mundo privado. Dijo abstraídamente:

—Vivimos en un mundo nuevo. Pero no lo sabemos. En la masa humana están fermentando ideas profundas. Con toda su fragilidad, el hombre está sometido a monstruosas tensiones políticas, económicas y mecánicas. He visto máquinas que hacen cálculos incomprensibles para la mente de Einstein… Hay quienes temen que estamos estallando en un nuevo caos. No me atrevo a considerarlo. No lo creo. Creo, sé, que esto es sólo una época de preparación para algo infinitamente maravilloso en el designio de Dios para sus criaturas. Deseo ardientemente, deseo intensamente poder hallarme aquí para verlo.

—¿Por qué esperar? —dijo Rudolf Semmering con desusada suavidad—Cuando parta, irá hacia Dios. En Él y a través de Él verá la realización. Espere en paz, padre.

—¿El juicio? —preguntó Jean Télémond con torcida sonrisa.

—A Dios —dijo Semmering—. Estará en Sus manos.

Inmediatamente después de su regreso de Castelgandolfo, Cirilo el Pontífice se vio constreñido por la presión de nuevos y diversos asuntos.

El Instituto de Obras de Religión había preparado su informe anual de los recursos financieros del Papado. Era un documento largo y complejo, y Cirilo tuvo que estudiarlo con cuidado y concentración. Sus reacciones fueron mixtas. Por una parte, tenía que elogiar el trabajo y la inteligencia de aquellos que habían convertido el Estado Papal y el Banco del Vaticano en instituciones estables y solventes, cuyas operaciones se extendían por el mundo entero. Ésta era la naturaleza de su admiración. Cinco cardenales y un personal financiero en extremo competentes administraban los bienes temporales de la Iglesia. Compraban y vendían en los mercados de valores del mundo. Invertían en bienes raíces y hoteles y servicios de utilidad pública, y de sus esfuerzos dependía la estabilidad de la Santa Fe como institución temporal, que debía alimentar, vestir, albergar y hospitalizar a sus

miembros para que éstos tuviesen libertad para trabajar con referencia a la eternidad.

Pero Cirilo tenía ironía suficiente para ver la disparidad entre la eficiencia de una operación financiera y la duda que se cernía sobre tantas obras para la salvación de las almas humanas. Costaba dinero preparar a un sacerdote y mantener a una hermana enfermera. Costaba dinero construir escuelas, orfanatos y hogares de ancianos. Pero todo el dinero del mundo no podía comprar un espíritu bien dispuesto ni infundir el amor a Dios en un alma negligente.

Al terminar el documento y las conferencias finales, llegó a una resolución. Sus administradores habían actuado bien. Los dejaría estar, pero él debería concentrar todo su tiempo y toda su energía en la función primordial de la Iglesia: llevar a los hombres el conocimiento de su relación con el Creador. Un hombre centrado en Dios podía sentarse con los pies desnudos bajo un árbol y encender el mundo. Un mercader con un millón de oro y montañas de valores y bonos, podía abandonar el planeta sin que nadie lo llorase o recordara.

Había problemas en España. El clero joven se rebelaba contra lo que consideraba la actitud arcaica de ciertos prelados mayores. El problema tenía dos aspectos. Debía mantenerse la autoridad pastoral y preservarse al mismo tiempo el celo y el espíritu apostólico de los españoles más jóvenes.

Después de una semana de discusiones con sus consejeros, Cirilo decidió una doble medida: Una carta secreta al Primado y a los obispos de España, instándoles a adaptarse con mayor liberalidad a los tiempos cambiantes, y una carta abierta al clero y a los seglares, aprobando las buenas obras ejecutadas, pero apremiándoles a cumplir con el deber de obediencia a los dignatarios locales. En el mejor de los casos, era sólo un compromiso, y Cirilo lo sabía. Pero la Iglesia era una sociedad humana tanto como divina, y su desarrollo, el resultado de controles y balances, de conflictos y retrocesos, de desacuerdos y de lento esclarecimiento.

En Inglaterra había que nombrar un nuevo cardenal para suceder a Brandon. El nombramiento planteaba una clara alternativa. ¿Político o misionero? ¿Un hombre de calidad y reputación que mantuviese la dignidad de la Iglesia y el lugar que ésta había conquistado en el orden establecido? ¿O un evangelista curtido, que comprendiera el fermento de un país industrial súperpoblado y la desilusión de una sociedad antaño imperial, y su menguante confianza en una religión social y humanitaria?

La elección, a primera vista, era simple. Pero dados el temperamento de los ingleses, su recelo histórico hacia Roma, su curiosa reacción hacia los despertares religiosos, no era tan sencilla como parecía.

El cardenal Leone lo resumió diestramente:

—Parker, en Liverpool, es el típico obispo misionero. Su labor entre las clases trabajadoras y los inmigrantes irlandeses ha sido bastante espectacular. Por otra parte, a menudo es excesivamente franco, y se le ha acusado de ser una tea política. No lo

creo. Es un hombre impaciente. Tal vez demasiado impaciente para los flemáticos ingleses. Ellison, en Gales, está en muy buenas relaciones con el medio. Es un hombre culto, inteligente y comprende el arte de lo posible. La ventaja que tiene para nosotros es que puede preparar una situación en la cual hombres más apostólicos puedan trabajar con mayor libertad.

—¿De cuánto tiempo disponemos —preguntó Cirilo— antes de que sea necesario hacer el nuevo nombramiento?

—Dos meses, diría yo, tres como máximo. Inglaterra necesita un capelo rojo.

—Si Su Eminencia debiera decidir, ¿a quién elegiría?

—Elegiría a Ellison.

—Me inclino a pensar como usted. Hagamos lo siguiente. Diferiremos la decisión por espacio de un mes. Durante este tiempo me gustaría que usted hiciera otra encuesta de opiniones entre la Curia y la jerarquía inglesa. Y después de eso, decidiremos.

Cirilo examinó luego los despachos de Polonia. El cardenal Potocki tenía una neumonía y estaba gravemente enfermo. Si moría, se presentarían dos problemas inmediatos. Potocki era muy amado por el pueblo y muy temido por el Gobierno, contra el cual se había resistido obstinadamente durante dieciséis años. Su funeral bien podría ser ocasión de manifestaciones espontáneas que el Gobierno podría usar como acción provocativa contra la población católica. Igualmente importante era el problema de su sucesor. Era preciso designarlo para que estuviese preparado a asumir sus funciones en cuanto muriese el viejo luchador. El sucesor tendría que conocer su nombramiento, pero éste debía mantenerse secreto para impedir que las autoridades actuaran contra él antes de la muerte de Potocki. Un emisario secreto tendría que ir desde el Vaticano hasta Varsovia, y presentar allí el decreto papal de sucesión…

Así, uno a uno, desfilaron los países del mundo, y el recuerdo de las vacaciones veraniegas se desvaneció más y más en su memoria. Finalmente, hacia fines de setiembre, llegó una carta del cardenal Morand, desde París.

Al Ilustre Predecesor de Su Santidad se le sugirió que una visita papal al santuario de Nuestra Señora de Lourdes podría tener un efecto espectacular sobre la vida de la Iglesia en Francia. En esa época hubo varios obstáculos para el proyecto: la salud del Padre Santo, la guerra en Argelia y el clima político de la Francia metropolitana.

Esos obstáculos no existen ahora. Se me ha informado de que el Gobierno francés miraría con mucho agrado una visita papal, y se sentiría dichoso de dar la bienvenida a Su Santidad en París, después de su visita a Lourdes.

No necesito decir qué felicidad constituiría para el clero y los fieles tener al Vicario de Cristo en suelo francés después de tanto tiempo.

Si Su Santidad estuviese dispuesto a considerar esta idea, me agradaría sugerir que la época más apropiada sería la festividad de Nuestra Señora de Lourdes, el 11 de

febrero, del año próximo. El Gobierno francés aprueba de todo corazón esa fecha.

Permítaseme suplicar humildemente a SuSantidad que considere nuestra petición y el bien que puede emanar de ella, no sólo para la Francia católica, sino para el mundo entero. Constituiría una ocasión histórica: el primer viaje de un Papa a esta tierra en más de un siglo. Los ojos del mundo se concentrarían en la persona de Su Santidad, y durante algún tiempo habría disponible un púlpito público y universal…

La carta excitó al Pontífice. Aquí estaba el gesto histórico, aguardando que se ejecutase. Después de su primera salida de Roma, seguirán otras casi inevitablemente. En el mundo convergente del siglo xx la misión apostólica de la Iglesia debía reafirmarse en forma sorprendente.

Inmediatamente y sin consulta, respondió a Morand de su puño y letra:

…Estamos encantados con la proposición de Su Eminencia de una visita a Francia en febrero del año próximo. No dudamos de que algunas voces dentro de la Iglesia se opondrán a él, pero, personalmente, estamos favorablemente dispuestos. Discutiremos el asunto, lo más pronto posible, con el cardenal Goldoni, y luego, con los miembros de la Curia.

Entretanto, Su Eminencia puede considerar esta carta como nuestra autorización personal para iniciar discusiones preliminares con las autoridades francesas correspondientes. Sugerimos que no se haga ningún anuncio público hasta que se concluyan todas las formalidades.

A Su Eminencia y a nuestros hermanos obispos, al clero y al pueblo de Francia, enviamos, desde un corazón henchido, nuestra bendición apostólica…

El Pontífice sonrió al sellar la carta, y la hizo enviar. Goldoni y la Curia estarían llenos de dudas y de los temores consiguientes. Invocarían la Historia y el protocolo, la logística y los efectos políticos. Pero Cirilo el Pontífice era un hombre elegido para reinar en nombre de Dios, y en nombre de Dios reinaría. Si se le abrían puertas, las atravesaría sin esperar a que lo condujeran de la mano, como a un reyezuelo…

La idea de un Papa peripatético se había hecho extraña a la Iglesia con el transcurrir del tiempo. Había muchos que veían en ella una sucesión de peligros: para la dignidad papal, pues un hombre que hacía sus maletas y volaba alrededor del mundo podía parecer demasiado humano; para su autoridad, puesto que tendría que hablar extempore sobre muchos temas, sin estudio y sin consejo; para el orden y la disciplina, ya que la Corte Vaticana necesitaba siempre una mano firme que la mantuviese unida; para la estabilidad, puesto que el viaje aéreo moderno constituía un riesgo constante; y perder un Papa y elegir otro era asunto caro, por no decir peligroso… Además, el mundo estaba lleno de fanáticos que podrían afrentar a la

augusta persona del Vicario de Cristo, e incluso amenazar su vida.

Pero los que evitaban los riesgos no escribían la Historia. El Evangelio había sido predicado siempre por hombres que tenían a la muerte como compañera de todos los días… Sobre todo, Cirilo Lakota era un oportunista de corazón inquieto. Si el viaje era posible, lo haría, descontando todo lo que no fuese un beneficio en almas…

De Kamenev, que pasaba sus vacaciones en el mar Negro, llegó una carta por intermedio del omnipresente George Wilhelm Forster. Era más larga y menos apremiante que las anteriores, y expresaba claramente sus pensamientos acerca de la crisis que se aproximaba:

…Por fin estoy en conversaciones privadas con el otro lado del Atlántico. Le agradezco sus buenos oficios más de lo que puedo expresar.

He estado descansando algún tiempo, meditando el programa para el año próximo y preguntándome al mismo tiempo cuál es mi posición en este momento, en mi vida pública y privada. Mi carrera está en su apogeo. No puedo subir más. Me quedan tal vez cinco años más de autoridad y actividad; después comenzará el inevitable declinar, y debo estar preparado para aceptarlo.

Sé que he servido bien a mi patria. Me gustaría servirla mejor. Para ese mejoramiento es necesario tener paz. Estoy dispuesto a ir muy lejos para mantenerla, pero usted debe comprender que quiero ir más lejos de lo que me permitirá el Partido o el Presidium.

Por tanto, permítame primero esbozar la situación como yo la veo. Usted puede seguir mi tesis en un mapamundi infantil. China está en mala situación. Eso significa que seiscientos millones de personas están en mala situación. Las cosechas de este año han sido peligrosamente escasas. Hay verdadera hambre en muchas regiones. Hemos recibido informes, difíciles de confirmar debido a la censura, de que han estallado brotes de peste bubónica a lo largo de nuestras fronteras con China. Lo hemos considerado seriamente, y hemos instalado cordones sanitarios en todos los puestos fronterizos de los límites con China.

El desarrollo industrial chino es lento. Lo hemos retrasado algo deliberadamente retirando muchos de nuestros expertos y de nuestros equipos de construcción, porque no queremos que China crezca con demasiada rapidez bajo el régimen actual.

Los jefes chinos actuales son hombres viejos. Están sujetos a crecientes presiones de sus subordinados. Si la crisis económica empeora, los cabecillas se verán obligados a actuar, e inevitablemente montarán movimientos militares en dirección a Corea del Sur y Birmania, en la frontera nordeste de la India. Al mismo tiempo, nos pedirán que les proporcionemos un frente que desvíe la atención mundial, renovando nuestra presión en Berlín y urgiendo una solución al problema de la Alemania Oriental, incluso hasta llegar a la intervención arreada.

Una vez hechos estos movimientos, los Estados Unidos tendrán que disponerse a

combatirnos.

¿Hay alguna solución para esta situación de tanto peligro? Me parece que sí. Pero no debemos creer con demasiada ingenuidad en su eficacia. Ganemos, ante todo, un poco de tiempo, para proseguir con mayor confianza en busca de una solución a largo plazo.

El primer remedio, y el más evidente, es el desarme. Lo hemos estado debatiendo durante años y no estamos más cerca de un acuerdo. Creo que aún es imposible, porque la opinión pública y del Partido puede excitarse rápidamente por el resultado. Sé que no puedo arriesgar un paso decisivo, y que tampoco puede hacerlo mi opositor. De manera que deberemos descartarlo por el momento.

El segundo remedio podría ser la admisión de China en las Naciones Unidas. Pero esto resulta complicado a causa de la ficción de las dos Chinas y la existencia de un seudogobierno armado en Formosa. Otra vez nos vemos mezclados en una situación altamente política, que puede complicar fácilmente mediante lemas y actitudes preparadas.

Es mi opinión que con alguna preparación y un mínimo de buena voluntad, puede encontrarse el remedio en otra parte. Si las miserias de China se expusiesen libremente al mundo, no como un espectáculo político, sino como una tragedia humana, y si los Estados Unidos y las naciones occidentales ofreciesen reanudar las relaciones comerciales normales con China exportando alimentos y permitiendo el libre paso de los artículos esenciales, entonces podremos, por lo menos, diferir la crisis. Por supuesto que China tendría que estar dispuesta a aceptar este gesto, y lograr que lo esté es un problema delicado. Por nuestra parte, nosotros tendríamos que hacer sentir nuestra influencia respaldando la oferta occidental, y tendríamos que hacer alguna proposición propia.

¿Hasta dónde podemos ir? 0, más correctamente, ¿hasta dónde puedo ir yo con alguna esperanza de apoyo del Partido y del país? Debo ser sincero con usted. No debo prometer más de lo que puedo cumplir.

Creo que éste es mi límite. No volveríamos a presionar en Berlín y dejaríamos de lado por el momento el problema de Alemania Oriental, mientras llegamos a algún acuerdo menos rígido. Interrumpiríamos las pruebas nucleares a cambio de la seguridad de que los Estados Unidos también las suspenderían. Reabriríamos inmediatamente, con una fórmula de compromiso más práctica, el problema del desarme nuclear, y yo agregaría mi propia autoridad personal a cualquier esfuerzo por llegar a un acuerdo dentro de un lapso razonable.

No sé si los americanos estimarán que esto es suficiente, pero es lo más que puedo asegurar en cualquier negociación. Aun así, tanto nosotros como los Estados Unidos necesitamos un clima muy favorable para lograr un acuerdo. No hay demasiado tiempo para prepararlo.

Casi puedo escucharle preguntándose hasta dónde puede confiar en mí ahora. No puedo hacer un juramento, porque no tengo nada por lo cual jurar, pero lo que he escrito es la verdad. Cómo me comporte a la luz pública, cómo me conduzca durante las negociaciones, es asunto diferente. Pero éste es el trato que propongo, e incluso si los americanos lo obstaculizan un poco, podremos llegar a un acuerdo y dar al mundo lo que necesita desesperadamente en este momento: tiempo para comparar el valor de la paz con lo que puede suceder si la perdemos.

Espero que su salud sea buena. La mía es bastante firme, pero a veces debo recordar bruscamente el paso de los años. Mi hijo ha terminado su período de entrenamiento, y ha sido admitido como piloto de bombarderos en nuestra Fuerza Aérea. Si estalla la guerra, será una de las primeras víctimas. Éste es un pensamiento helado que me ronda mientras duermo. Creo que esto es lo que me salva de la corrupción última del poder. ¿Qué deseo para él? En otras épocas, los reyes asesinaban a sus hijos para evitar que fuesen sus rivales…, y cuando se sentían solos, siempre podían procrear otro. Ahora es diferente. Hay quienes dicen que nos hemos hecho más blandos; yo prefiero pensar que hemos aprendido algo.

He pensado ahora en su petición para aliviar algunas de las cargas que pesan sobre su rebaño en Hungría, Polonia y las regiones bálticas. También en esto debo ser sincero, y no prometer más de lo que puedo hacer. No puedo dar una orden directa, ni invertir abruptamente una política tradicional del Partido en la cual, además, estoy directamente comprometido. Sin embargo, en la próxima semana habrá una reunión de primeros ministros de las naciones fronterizas, que se celebrará en Moscú. Les propondré que preparen el ambiente para lo que espero sea una discusión del problema chino entre nosotros y los Estados Unidos.

Espero que su cardenal Podocki se recupere. Es un peligro para nosotros, pero tal como están las cosas, prefiero tenerlo vivo que muerto. Lo admiro casi tanto como le admiro a usted.

Una cosa más, y tal vez la más importante. Si hemos de negociar según las líneas que he sugerido, necesitamos llegar a algún acuerdo antes de mediados de marzo del año próximo. Si los chinos inician preparativos militares, lo harán a comienzos de abril. Y una vez comiencen, nos veremos en duros aprietos.

Leí una copia de su carta a la Iglesia respecto a la educación. Me pareció excelente, incluso conmovedora, pero nosotros hemos hecho mucho más que la Iglesia durante cuarenta años. Se diría que ustedes tienen menos que perder que nosotros. Perdóneme la ironía. Es difícil perder los malos hábitos. Ayúdenos si puede. Saludos. KAMENEV.

Cirilo el Pontífice permaneció largo rato ponderando la carta. Luego se dirigió a su capilla privada y se arrodilló en oración durante casi una hora. Aquella misma

noche, después de la cena, convocó a Goldoni desde la Secretaría de Estado, y estuvo hablando con él hasta después de la medianoche.

—Usted es un estorbo para mí, señor Faber —dijo Corrado Calitri amablemente —. Me imagino que también será un estorbo para Chiara. Chiara es muy joven. Ahora que la Sagrada Rota la ha declarado libre para casarse, me imagino que encontrará rápidamente un nuevo marido. La presencia de un amante de ciertos años podría dificultarle las cosas.

Calitri estaba sentado en una silla alta, tallada, tras un hermoso escritorio, esbelto, pálido y peligroso como un príncipe medieval. Sus labios sonreían, pero sus ojos eran fríos. Esperó que George Faber hablara, y como éste no respondió, continuó con la misma voz sedosa:

—¿Sabe usted, señor Faber, que según los términos del Concordato, la decisión de la Sagrada Rota tiene también efecto en la ley civil?

—Sí, lo sé.

—Legalmente, por tanto, su tentativa de sobornar a un testigo es un delito ante las leyes de la República.

—Sería muy difícil probar el soborno. No hubo dinero de por medio. No hubo testigos. Theo Respighi es un personaje de mala reputación.

—¿No cree que su testimonio le daría a usted una mala reputación?

—Tal vez. Pero usted tampoco saldría bien parado.

—Lo sé, señor Faber.

—De manera que llegamos a un mate ahogado. Yo no puedo atacarle. Usted no puede atacarme.

Calitri eligió un cigarrillo de una caja de alabastro, lo encendió y se echó atrás en su silla, contemplando los anillos de humo que subían hacia el techo artesonado de su oficina. Sus ojos oscuros brillaron con malicioso regocijo.

—¿Mate ahogado? Creo más bien que se trata de un jaque mate. Tengo que vencer, ¿ve usted? Ningún Gobierno y, por supuesto, ningún partido político, puede apoyar una situación en la cual un corresponsal de la Prensa extranjera puede determinar la carrera de uno de sus ministros.

A su pesar, Faber rió secamente:

—¿Cree probable que eso suceda?

—Después de lo que usted ha hecho, señor Faber, puede suceder cualquier cosa. Desconfío de usted. Dudo de si alguna vez podrá usted volver a confiar en usted mismo. No fue un espectáculo edificante, ¿no es así? El decano de la Prensa extranjera tratando de sobornar a un actor venido a menos para conculcar la ley…, ¡y todo porque deseaba acostarse legalmente con una muchacha! ¡Usted está desacreditado, amigo mío! Una palabra mía bastaría para que no se le recibiese más

en las oficinas del Gobierno ni en las congregaciones del Vaticano. Su nombre desaparecerá de todas las listas de invitados de Italia. Vea usted: yo nunca he ocultado lo que soy. La gente me ha aceptado así, tal como el país me aceptará otra vez en la próxima elección… De manera que es un jaque mate. La partida ha terminado. Debería usted preparar su equipaje y marcharse a casa.

—¿Eso quiere decir que se me expulsa del país?

—No del todo. La expulsión es un acto oficial de la Administración. Hasta este momento estamos hablando… extraoficialmente. Simplemente le estoy aconsejando que se marche.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—¿Cuánto necesita para acomodar su situación en el periódico?

—No lo sé. Un mes, dos meses.

Calitri sonrió:

—Dos meses, entonces. Sesenta días a contar desde esta fecha. —Rió levemente —. Notará, señor Faber, que soy más generoso que lo que usted hubiese sido conmigo.

—¿Puedo irme ahora?

—Espere un momento. Usted me interesa mucho. Dígame, ¿estaba enamorado de Chiara?

—Sí.

—¿Sufrió mucho cuando ella lo abandonó?

—Sí.

—Curioso —dijo Calitri, con humor sardónico—. Siempre creí que Chiara sería mejor amante que esposa. Usted era demasiado viejo para ella, por supuesto. Tál vez poco potente. ¿O demasiado puritano? Sí, creo que ésa es la respuesta. Hay que ser audaz en el amor, Faber. En cualquier clase de amor que uno elija… A propósito, Faber, ¿Campeggio es amigo suyo?

—Colega solamente —dijo Faber, con voz sin inflexión.

—¿Alguna vez le ha prestado usted dinero?

—Nunca.

—¿Y él a usted?

—No.

—Curioso. Campeggio libró un cheque de seiscientas mil liras, mil dólares americanos, que fue depositado en su cuenta corriente, Faber.

—Ésa fue una transacción comercial. ¿Cómo diablos lo supo?

—Soy director del Banco, señor Faber. Me gusta cumplir escrupulosamente con mis deberes… Tiene usted dos meses. ¿Por qué no se toma unas vacaciones y goza de nuestro hermoso país…? Y ahora puede irse.

Enfermo de cólera y humillación, George Faber salió al pálido sol del otoño.

Entró en una cabina telefónica y llamó a Orlando Campeggio. Luego detuvo un taxi y se hizo conducir al apartamento de Ruth Lewin.

Ruth le sirvió aguardiente y café, y escuchó sin comentarios su relato de la breve e ignominiosa entrevista con Corrado Calitri. Cuando George terminó de hablar, Ruth permaneció silenciosa un momento y luego preguntó sosegadamente:

—¿Y ahora, George? ¿Qué vas a hacer?

—Irme a los Estados Unidos, supongo. Aunque después de quince años en Roma me cuesta pensar en Nueva York como mi hogar.

—¿Tendrás problemas con el periódico?

—No lo creo. Aceptarán cualquier explicación que quiera darles. Me darán algún cargo de importancia en la oficina central.

—De manera que tu carrera no ha terminado, ¿verdad?

—Mi carrera, no. Sólo una forma de vida que deseaba y me gustaba.

—Pero no significa el fin del mundo.

George lanzó una mirada extraña e interrogadora.

—No. Pero es el fin de George Faber.

—¿Por qué?

—Porque ya no existe. Es sólo un nombre y un traje.

—¿Así te sientes, George?

—Así soy, querida. Lo supe en cuanto me senté en la oficina de Calitri esta mañana. No era nada, un hombre de paja. No creía en nada, no deseaba nada, no tenía con qué luchar, no tenía por qué luchar. Lo curioso es que me siento muy tranquilo.

—Conozco esa calma, George —le dijo Ruth gravemente—. Es la señal de alarma. La calma antes de la tempestad. Luego comienzas a odiarte y a despreciarte, y a sentirte vacío, solo e inadecuado. Luego comienzas a huir, y huyes hasta que chocas con una pared, o caes de un acantilado, o terminas en el arroyo con la cabeza entre las manos. Lo sé. He estado allí.

—Entonces no debes encontrarte cerca cuando me suceda.

—No debe suceder, George. No permitiré que suceda.

—¡Aléjate, mujer! —le dijo con súbita dureza—. ¡Aléjate y no vuelvas! Has tenido tus propias tormentas. Ahora mereces algo mejor. He sido un imbécil; soy yo quien debe pagar.

—¡No, George! —Ruth tendió sus manos apremiantes y lo obligó a volverse hacia ella—. Eso es algo que también aprendí. No se puede pagar lo que uno ha hecho, porque es imposible cambiar las consecuencias, que se prolongan indefinidamente. Las cuentas aumentan por interés compuesto, hasta que finalmente uno queda deshecho y en bancarrota. No necesitamos pagar, George. Lo que necesitamos es perdón… Dices que eres un hombre de paja. ¡Que así sea! Puedes quemar al hombre de paja y destruirlo. 0 puedes vivir con él y, ¿quién sabe?, al final

tal vez llegues a tomarle simpatía. Yo siempre se la he tenido, George. Más aún, he aprendido a amarlo.

—¡Me gustaría poder hacerlo, qué diablos! —dijo George Faber sombríamente—. ¡Pero creo que es un presumido pomposo, hueco y cobarde!

—Aun así lo quiero.

—Pero no puedes vivir con él durante los próximos veinte años, y luego llegar a despreciarlo como él se desprecia.

—No me ha pedido aún que viva con él.

—Ni lo hará.

—Entonces se lo pediré yo; él es un hombre de paja, yo soy una mujer de paja. No tengo amor propio, George. Tampoco tengo compasión. Pero me siento endiabladamente feliz de estar viva… No es año bisiesto, pero, de todas maneras, te pido que te cases conmigo. No soy tan mal partido entre las viudas. No tengo hijos. Físicamente, aún no estoy tan mal. Tengo dinero… ¿Qué me dices, George?

—Me gustaría decir sí, pero no me atrevo.

—¿Qué significan tus palabras, George? ¿Una lucha o una rendición?

Por un momento fue otra vez el inquieto George de antes, pasándose las manos por el cabello gris, burlándose y compadeciéndose de sí mismo.

—No es lo que debe decir un hombre en un caso así, pero, ¿podrías esperar un poco? ¿Po—drías darme tiempo para entrenarme para la lucha?

—¿Cómo, George?

No respondió directamente, sino que se explicó, vacilante:

—Es difícil de explicar… No quiero perderte… Tampoco quiero apoyarme demasiado en ti. Con Chiara estuve tratando de aferrarme a la juventud, y no me quedaba bastante. No quiero acudir a ti vacío como estoy ahora. Quiero tener también algo que dar… Si pudiésemos ser amigos durante algún tiempo… Caminar de la mano… Pasear por la Villa Borghese… Beber y bailar un poco, y regresar aquí cuando estemos cansados. Contigo no quiero ser lo que no soy, pero aún no estoy seguro de lo que soy. Los próximos dos meses serán extraños. Toda la ciudad se reirá de mí. Tendré que encontrar algo de dignidad.

—¿Y después, George?

—Después, tal vez podamos volver juntos a los Estados Unidos. ¿Puedes darme el tiempo que te pido?

—Tal vez sea más largo, George —le advirtió Ruth dulcemente—. No te sientas demasiado impaciente.

—¿Qué quieres decir?

Pero cuando Ruth se explicó, no supo con certeza si George la había comprendido.

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

…El día de hoy ha sido largo y penoso. Esta mañana me visitó Orlando Campeggio, director del Osservatore, para ofrecerme su renuncia. Me contó una historia sórdida y complicada de una conspiración para introducir una declaración obtenida por medio de soborno en un caso matrimonial ante la Sagrada Rota. Campeggio me dijo que había tomado parte en esa conspiración.

La tentativa fracasó, pero me chocó profundamente esta revelación de las vidas enmarañadas de personas cuya edad y educación deberían inspirarlos mejor. No tuve más alternativa que aceptar la renuncia de Campeggio. Sin embargo, tuve que elogiar su sinceridad, y le dije que no perdería sus derechos a una pensión. Comprendo perfectamente los motivos que le llevaron a este abuso de confianza, pero no puedo perdonar su acto.

Cuando Campeggio salió, pedí inmediatamente el expediente del caso Calitri, y lo estudié cuidadosamente con un funcionario de la Rota. No tengo ninguna duda de que, de acuerdo con las pruebas presentadas, la Rota actuó apropiadamente al dictar decreto de nulidad. Pero había otro aspecto de la situación; Corrado Calitri, un hombre poderoso e influyente en Italia, ha vivido largo tiempo en peligro mortal para su alma. No me cabe duda de que su testimonio en este caso inspira recelo, pero la Sagrada Rota sólo puede juzgar sobre el foro externo. El alma de un hombre sólo puede juzgarse en el tribunal del confesionario.

De manera que me encuentro en una posición curiosa. Como ministro de la República, Calitri no está sujeto a mi autoridad. Nuestra relación en el orden temporal está definida por tratados y limitada por la diplomacia. Si disputamos, puedo causar grave daño a la Iglesia y a Italia, especialmente porque no soy italiano. Pero en el orden espiritual, Calitri está subordinado a mí. Como obispo de Roma, soy su pastor. Y no sólo estoy autorizado, sino que estoy obligado a intervenir en los asuntos de su alma, si puedo hacerlo. Por tanto, le he pedido que me visite cuando le sea conveniente, y espero poder ofrecerle mis servicios pastorales para la regularización de su conciencia.

He recibido una carta breve pero optimista de Ruth Lewin. Me dice que finalmente ha resuelto su posición, y que ha decidido regresar a la práctica de la Fe católica. Tiene la bondad de decir que me debe el esclarecimiento y el coraje para dar este paso. Sé que esto es sólo una parte de la verdad, y que en el mejor de los casos sólo soy un instrumento de la gracia divina.

Pero me reconforta pensar que habiendo abandonado los rígidos confines de mi cargo, se me permitiese establecer contacto con ella y cooperar en el restablecimiento de la paz en su alma…

Una vez más me ha sido dado ver nítidamente que el verdadero campo de batalla de la Iglesia no está en la política, la diplomacia, las finanzas o la expansión material. Está en el paisaje secreto del espíritu individual. Para penetrar en este lugar oculto, el pastor necesita tacto y comprensión, y la gracia especial otorgada por el Sacramento de las órdenes Sacerdotales. Si no quiero fracasar con Corrado Calitri, y es muy fácil fracasar con quienes están moldeados en forma diferente a los demás hombres, entonces debo orar y meditar cuidadosamente antes de nuestra entrevista. Si fracaso, si se aleja de mí con enemistad, habré creado un nuevo problema, puesto que tendré que tratar con él de asuntos públicos durante mucho tiempo.

El Presidente de los Estados Unidos ha recibido la carta de Kamenev y mi comentario a ella. Su respuesta está ante mis ojos mientras escribo:

…A primera vista, Kamenev parece ofrecer una base posible para una solución a corto plazo de nuestro problema. Creo que debemos obtener condiciones más favorables que las que él ofrece. Es un regateador experimentado, y no lo ofrece todo a la vez. No puedo decir cuánto más necesitamos hasta someter el proyecto a estudio y escuchar las opiniones de mis consejeros.

Sin embargo, puede usted decirle a Kamenev que estoy dispuesto a abrir las negociaciones en este punto, pero que, en mi opinión, éstas deberían iniciarse a nivel diplomático. Y que debe ser él quien las inicie. Si Kamenev está dispuesto a cooperar de este modo, entonces, como Su Santidad, creo que haremos algún progreso.

También yo estoy preocupado por el clima político en el cual comiencen estas negociaciones. Siempre es de esperar que haya algunas escaramuzas y algo de propaganda. Nosotros tenemos que emplearla tanto como los rusos. Sin embargo, no debe permitirse que sobrepase un límite que ofrezca peligros. Necesitaremos un ambiente de moderación y de buena voluntad no sólo en nuestras negociaciones, sino también en nuestras conversaciones con los miembros del bloque europeo y los representantes de las naciones no comprometidas. En un acuerdo como éste hay tantos factores limitantes, que ya es difícil mantener la calma y el control sin provocaciones calculadas.

Convengo, en líneas generales, con la opinión de Kamenev respecto a la situación política y militar. La confirman ampliamente mis propios colaboradores, quienes también admiten que si la situación no se ha resuelto a fines del próximo marzo, la crisis sobrevendrá.

Me he enterado con vivo interés de que Su Santidad está considerando un viaje a Francia a comienzos del próximo febrero. Éste sería un acontecimiento notable, y me pregunto, como lo pregunto a Su Santidad, si no sería posible emplearlo para beneficio del mundo entero.

Comprendo perfectamente que la Santa Sede no puede y no desea entrar en negociaciones políticas directas o indirectas con las grandes potencias. Pero en esta ocasión podría sintetizar las esperanzas de paz y de solución razonada de nuestras diferencias que alientan los hombres, lo que inmediatamente crearía el clima que necesitamos.

Sé que no será fácil. Probablemente, la Santa Sede tendrá que hablar por los países donde ha sufrido las mayores injusticias; pero una ocasión histórica requiere magnanimidad histórica. No sé si Kamenev tendría en la mente algo así cuando le escribió por primera vez. Pero yo sí lo tengo.

Con todo respeto desearía hacer una insinuación. Desgraciadamente, las iglesias de la Cristiandad aún están divididas. Sin embargo, durante mucho tiempo ha habido señales de un creciente deseo de reunión. Si fuera posible asociar a otras organizaciones cristianas a la petición de paz de Su Santidad, la ventaja sería aún mayor.

Sé que el viaje aún no está decidido. Comprendo las razones poderosas y prudentes de esta dilación. Sólo puedo decir que espero y deseo que Su Santidad, finalmente, decida ir a Lourdes…

Goldoni ha visto la carta; sé que está desgarrado entre la excitación del proyecto y un deseo prudente de considerar las posibles consecuencias antes de tomar una decisión definitiva.

Sugirió modestamente que tal vez yo desease discutir este asunto con los miembros de la Curia. Me inclino a pensar como él. Mi autoridad es absoluta, pero el sentido común indica que, en un asunto tan trascendental, debo escuchar a consejeros experimentados e inteligentes. También creo que debo llamar al cardenal Pallenberg, de Alemania, y a Morand, de París, para que participen en la discusión. Hemos decidido finalmente designar cardenal arzobispo de Westminster al arzobispo Ellison. Ésta podría ser una ocasión propicia para llamarle y ofrecerle el capelo rojo…

Jean Télémond vino ayer a cenar conmigo. Se le ve más flaco y bastante fatigado. Pero me dice que se siente bien y que trabaja regularmente. Es feliz en casa del cardenal Rinaldi, y ambos se han hecho muy amigos. Estoy un poco celoso de la suerte de Rinaldi, porque echo de menos a Jean, cuya visión del mundo podría ayudar en la resolución de los problemas planteados. Rinaldi me envió una breve nota de puño y letra, agradeciéndome mi bondad hacia Leone. Debo admitir que no fue tanto bondad como un gesto calculado. Sin embargo, no pasó inadvertido, y me alegro.

Sé que Jean aún está preocupado por el veredicto del Santo Oficio sobre su primer libro. Sin embargo, es imposible apresurar un examen de esa naturaleza, y le he pedido que tenga paciencia. El cardenal Leone ha prometido adelantarme una

opinión provisional a fines de octubre. He observado que está considerando este caso con extrema moderación, y que despliega cuidadosa buena voluntad hacia Jean Télémond. Sin embargo, afirma categóricamente que no debemos designarlo para cargo alguno de enseñanza o prédica antes de conocer las conclusiones del Santo Oficio.

Creo que tiene razón, pero desearía poder aprender a apreciarlo. Tengo relaciones fáciles y cordiales con otros miembros de la Curia, pero entre Leone y yo siempre hay una especie de inhibición, de inquietud. Es culpa mía, tanto como suya. Aún me molesta su rigidez romana…

George Wilhelm Forster acudió a verme, y le entregué la réplica del Presidente de los Estados Unidos. Forster es un hombrecillo singular, que vive una vida peligrosa con aparente ecuanimidad y buen humor. Cuando lo interrogué sobre su persona, me dijo que su madre era letona, y su padre, georgiano. Estudió en Leipzig y en Moscú, y adoptó su nombre alemán por motivos profesionales. Es miembro practicante de la Iglesia Ortodoxa rusa. Cuando le pregunté cómo conciliaba la conciencia con sus servicios a un Estado sin Dios, me devolvió limpiamente la pregunta:

«¿No es lo que usted está tratando de hacer, Santidad? ¿Servir a la Madre Rusia como mejor puede? Los sistemas pasan, pero la tierra queda, y estamos atados a ella por una especie de cordón umbilical… Kamenev me comprende. Yo le comprendo a él. Ninguno de los dos exige demasiado del otro… Y Dios nos comprende a todos mejor que nosotros mismos.»

Esta idea me ha acompañado todo el día, mezclada con pensamientos acerca de la crisis inminente, de Jean Télémond, del peregrinaje a Lourdes y del extraño convenio de Corrado Calitri. Mi propio entendimiento vacila a menudo. Pero si Dios comprende, entonces aún tenemos esperanza… Cuando el poeta escribe, la pluma no necesita comprender el verso. Esté el cacharro entero o roto, siempre es testimonio de la pericia del alfarero…

Capítulo 10

En la última semana de octubre, el cardenal Leone entregó al Pontífice, en audiencia privada, el juicio del Santo Oficio acerca del libro de Jean Télémond. El anciano, incómodo y alterado, se esforzó por explicar la naturaleza y la forma del documento:

—Ha habido un problema de tiempo, Santidad, y el problema de las circunstancias especiales de la vida del padre Jean Télémond y de la amistad particular con que le honra Su Santidad. Con referencia al factor tiempo, los Padres de la Sagrada Congregación del Santo Oficio han preferido emitir una opinión provisional de su obra más que un juicio formal. Su opinión es breve, pero está acompañada por un comentario que establece ciertas proposiciones básicas para toda la tesis. Con respecto a la persona de Jean Télémond, los comisionados han hecho notar especialmente la evidente espiritualidad del hombre y su espíritu sumiso como hijo de la Iglesia y como miembro del clero regular. No lo censuran, ni recomiendan un proceso canónico.

Cirilo asintió y dijo sosegadamente:

—Agradecería a Su Eminencia que me leyese esa opinión provisional. —Leone alzó vivamente la vista, pero los ojos del Pontífice estaban velados y su rostro aparecía inexpresivo como una máscara. Leone leyó cuidadosamente el texto latino:

—«Los Eminentísimos y Reverendísimos Padres de la Congregación Sagrada Suprema del Santo Oficio, actuando según instrucciones de Su Santidad Cirilo I, Supremo Pontífice, transmitidas por el Secretario de la dicha Sagrada Congregación, han examinado diligentemente un trabajo manuscrito del reverendo padre Jean Télémond, de la Compañía de Jesús, y titulado El progreso del hombre. Hacen notar que este trabajo fue sometido voluntariamente y con espíritu de obediencia religiosa por el autor, y recomiendan que mientras este espíritu se mantenga, no debe censurársele ni instruírsele proceso según los cánones. Reconocen la intención honesta del autor y la contribución que ha hecho a la investigación científica, especialmente en el campo de la paleontología. Es su opinión, sin embargo, que el trabajo antes citado adolece de ambigüedades e incluso de graves errores en materias filosóficas y teológicas, que ofenden la doctrina católica. A esta opinión se ha adjuntado una lista completa de las proposiciones objetables en forma de extractos de la obra, y comentarios de los Eminentísimos y Reverendísimos Padres de la Sagrada Congregación del Santo Oficio. Los principales puntos objetables son los siguientes:

»Uno: La tentativa del autor de aplicar los términos y conceptos de la teoría evolucionista a los campos de la Metafísica y la Teología es impropia.

»Dos: El concepto de unión creativa expresado en dicho trabajo parece convertir a la Creación divina en una consumación del ser absoluto más que en el efecto de una

causalidad eficiente. Algunas de las expresiones empleadas llevan al lector a pensar que el autor cree que la Creación es, en cierto sentido, una acción necesaria en contraste con el concepto teológico clásico de la Creación como acto de la libertad absoluta y perfecta de Dios.

»Tres: El concepto de unidad, de acción unificante, estrictamente vinculada a la teoría evolucionista de Jean Teiémond, se extiende y aplica más de una vez incluso al orden sobrenatural. Como consecuencia, parece atribuirse a Cristo una tercera naturaleza, ni humana ni divina, sino cósmica.

»Cuatro: En la tesis del autor, la distinción y diferencia entre el orden natural y sobrenatural no es clara, y es difícil ver cómo puede salvar lógicamente la naturaleza gratuita del orden sobrenatural, y, por tanto, de la gracia.

»Los Reverendísimos Padres no han deseado tomar al pie de la letra lo que el autor ha escrito sobre estos puntos; pues de hacerlo, se verían forzados a considerar algunas de las conclusiones del autor como herejía real y verdadera. Comprenden las dificultades semánticas implícitas en la expresión de un pensamiento nuevo y original, y desean conceder que el pensamiento del autor puede estar aún en una fase problemática.

»Sin embargo, los Reverendísimos Padres opinan fundamentalmente que el reverendo padre Sean Télémond debe revisar su obra, y las siguientes que dependan de este primer volumen, para ponerla en conformidad con la doctrina tradicional de la Iglesia. Entretanto, debe prohibírsele enseñar, predicar, publicar o diseminar en cualquier otra forma las dudosas opiniones anotadas por los Padres de la Sagrada Congregación.

»Dado en Roma, el día veinte de octubre, en el primer año del Pontificado de Su Santidad Cirilo I, gloriosamente reinante.»

Leone terminó de leer, dejó el documento sobre la mesa de Cirilo y esperó en silencio.

—Veinte años —dijo Cirilo en voz baja—. Veinte años destruidos de golpe. ¿Cómo le afectará?

—Lo siento, Santidad. No podíamos hacer otra cosa. Yo no tuve participación en esto. Los encargados de examinar la obra fueron nombrados por Su Santidad.

—Lo sabemos —las palabras de Cirilo eran estudiadamente formales—. Cuenta usted con nuestro agradecimiento, Eminencia. Puede hacer llegar nuestra gratitud, y nuestro aprecio también, a los Reverendos Padres de la Sagrada Congregación. .

—Lo haré, Santidad. Entretanto, ¿en qué forma anunciaremos esta noticia al padre Télémond?

—Se lo diremos personalmente. Su Eminencia tiene nuestro permiso para retirarse.

El viejo león no se movió, obstinado y valeroso.

—Éste es un dolor para Su Santidad. Lo sé, y desearía poder compartirlo. Pero ni mis colegas ni yo podríamos haber emitido un veredicto diferente. Su Santidad seguramente lo sabe.

—Lo sabemos. Nuestro dolor es nuestro y personal. Y ahora desearíamos estar solo.

Sabía que su respuesta era brutal, pero no pudo evitarla. Vio alejarse al viejo cardenal, orgulloso y erguido, y luego se dejó caer en la silla, tras su escritorio, contemplando fijamente el documento.

Estaban atrapados, Jean Télémond y él mismo. Ambos habían llegado al mismo tiempo, y súbitamente, al momento de la decisión. Para el Pontífice el camino era claro. Como custodio del depósito de Fe, no podía aceptar el error ni el riesgo de su diseminación. Si el peso del juicio quebrantaba a Jean Télémond, tendría que apartarse y verlo destruido antes que permitir una sola desviación de la verdad transmitida por Cristo a los Apóstoles, y por los Apóstoles a la Iglesia viviente.

Para Jean Télémond, y Cirilo lo sabía, el problema sería mucho mayor. Se sometería, sí. Doblegaría obedientemente su voluntad a la Fe. Pero, ¿qué sería de su intelecto, ese instrumento sutilmente templado y de vasto alcance que había luchado tanto tiempo con el misterio cósmico? ¿Cómo soportaría el esfuerzo inmenso que se le impondría? Y su morada, ese cuerpo debilitado y ese corazón palpitante, incierto. ¿Cómo soportaría la batalla que dentro de poco se libraría en él?

Cirilo el Pontífice inclinó la cabeza entre las manos y oró un instante con desesperación por sí mismo y por el hombre que se había convertido en su hermano. Luego levantó el auricular del teléfono y pidió que lo pusieran en comunicación con el cardenal Rinaldi, en su villa.

El anciano acudió al teléfono casi en seguida. Cirilo le preguntó:

—¿Dónde está el padre Télémond?

—En el jardín, Santidad. ¿Desea hablar con él?

—No, con usted, Eminencia… ¿Cómo está hoy el padre?

—No muy bien, creo. Pasó una mala noche. Parece fatigado. ¿Ha sucedido algo?

—Acabo de recibir el veredicto del Santo Oficio.

—¡Oh…! ¿Bueno o malo?

—No muy bueno. Han suavizado en lo posible sus objeciones, pero éstas subsisten.

—¿Son válidas, Santidad?

—La mayoría de ellas, me parece.

—¿Su Santidad desea que lo comunique a Jean?

—No. Desearía decírselo personalmente. ¿Puede instalarlo en un automóvil y enviarlo al Vaticano?

—Por supuesto… Creo que sería conveniente prepararlo un poco.

—Si puede hacerlo, se lo agradeceré.

—¿Cómo se siente, Santidad?

—Preocupado por Jean.

—Trate de no atormentarse demasiado. Jean está mejor preparado de lo que él cree.

—Así lo espero. Cuando regrese, cuídelo.

—Lo haré, Santidad. Siento gran afecto por él.

—Lo sé. Y se lo agradezco.

—¿Quién entregó el veredicto?

—Leone.

—¿Estaba muy alterado?

—Creo que sí. Nunca he podido comprenderlo bien.

—¿Quiere usted que lo llame por teléfono?

—Si lo desea… ¿Cuánto tardará Jean en llegar aquí?

—Una hora, diría yo.

—Que venga hasta la Puerta Angélica. Daré las órdenes pertinentes para que lo conduzcan directamente a mi habitación.

—Así lo haré, Santidad… Créame, lo siento profundamente.

Cuando Jean Télémond entró en la sala, erguido y marcial, Cirilo se adelantó a recibirlo con las manos extendidas. Cuando Télémond hubo besado el anillo del Pescador, Cirilo lo hizo alzarse y lo condujo a una silla junto a su escritorio. Dijo afectuosamente:

—Tendré que dalle una mala noticia, Jean.

—¿El veredicto?

—Sí.

—Lo imaginaba. ¿Puedo verlo, por favor?

Cirilo le entregó el papel por encima del escritorio, y lo observó atentamente mientras leía. Su rostro, bien delineado, pareció encogerse ante el choque, y en su frente y en sus labios aparecieron pequeñas gotas de sudor. Cuando hubo terminado, dejó el documento sobre el escritorio y miró al Pontífice con ojos llenos de dolor y perplejidad. Dijo con voz vacilante:

—Es peor de lo que pensé… Han tratado de mostrarse bondadosos, pero es muy malo…

—No es definitivo, Jean; usted lo sabe. En parte parece ser problema de semántica. No ha habido censura. Simplemente piden una revisión.

Télémond pareció recogerse en sí mismo. Sus manos temblaban. Sacudió la cabeza.

—No hay tiempo… Veinte años de trabajo dependen de ese volumen. Es la base de toda la estructura. Sin él, lo demás no resiste un análisis.

Cirilo se acercó a él rápidamente y puso sus manos en los hombros estremecidos de Télémond.

—No todo es error, Jean. Los padres no dicen que lo sea. Simplemente objetan algunas proposiciones. Es sólo eso lo que debe esclarecer…

—No hay tiempo… Cada noche oigo que golpean a mi puerta. Me están llamando, Santidad, y de pronto mi obra ha quedado deshecha. ¿Qué debo hacer?

—Sabe lo que debe hacer, Jean. Éste es el momento que temíamos. Estoy a su lado. Soy su amigo, su hermano. Pero el momento es suyo.

—¿Desea que me someta?

—Tiene que hacerlo, Jean; lo sabe.

Cirilo pudo sentir en las yemas de sus dedos la lucha que destrozaba a Télémond en cuerpo y espíritu. Sintió el temblor de nervios y músculos, la humedad del sudor. Sintió el dolor de un hombre en tormento mortal. Luego el temblor disminuyó.

Lentamente Jean Télémond alzó un rostro estragado por el dolor. Con una voz que parecía arrancada de su ser, dijo al fin:

—Está bien. Me someto… ¿Y ahora qué? Me someto, pero no veo luz. Estoy sordo a toda la armonía que solía escuchar. ¿Dónde está ahora? Estoy perdido, abandonado… Me someto, pero, ¿adónde voy ahora?

—Quédese conmigo, Jean. Déjeme compartir esa oscuridad. Somos amigos…, hermanos. Ésta es la hora del vinagre y la hiel. Déjeme beberlos con usted.

Por un instante pareció que Télémond accedería. Pero, con un gran esfuerzo, se dominó otra vez. Se alzó de la silla y encaró al Pontífice, demacrado, convulsionado, pero siempre un hombre íntegro.

— ¡No, Santidad! ¡Se lo agradezco, pero no! Todos debemos beber solos la hiel y el vinagre. Ahora desearía irme.

—Iré a verlo mañana, Jean.

—Necesito más tiempo, Santidad.

—¿Me telefoneará?

—Sólo cuando esté preparado, Santidad… Sólo cuando vea luz. Ahora todo está oscuro para mí. Me siento abandonado en un desierto. ¡Veinte años al sumidero!

—No totalmente, Jean. Apóyese en eso, se lo ruego. No totalmente.

—Tal vez no tiene importancia.

—Todo tiene importancia, Jean. Lo bueno y lo malo. Todo tiene importancia. Valor, Jean.

—¿Valor? ¿Sabe lo único que tengo en este momento? Un pequeño latido en mi interior que vacila y pulsa y me dice que mañana tal vez esté muerto… Lo he dicho, Santidad. Me someto. Déjeme ir, por favor.

—Jean, mi afecto es profundo —dijo Cirilo el Pontífice—. Le quiero como no he querido jamás a otra persona en toda mi vida. Si pudiese evitarle este dolor

llevándolo yo, lo haría gozosamente.

—Lo sé —dijo Jean Télémond sencillamente—. Lo agradezco más de lo que puedo decir. Pero aun con amor, el hombre debe morir solo. Y he sabido siempre que esto sería diez veces peor que morir.

Cuando la puerta se cerró tras él, Cirilo el Pontífice golpeó con los puños sobre el escritorio y sollozó de cólera ante su propia impotencia.

Ni al día siguiente, ni al otro, recibió noticias de Jean Télémond. Sólo podía imaginar lo que estaría sufriendo. A pesar de su autoridad como Pastor Supremo, éste era un drama, un diálogo muy íntimo, en el cual no osaba intervenir.

Además, se hallaba abrumado de trabajo, de asuntos de la Secretaría de Estado, de la Congregación para los asuntos de la Iglesia Oriental, de la Congregación de Ritos… Cada tribunal y cada comisión de Roma parecían exigir su atención simultáneamente. Tuvo que obligarse a vivir esos días con férrea disciplina, y por la noche, su mesa de trabajo estaba cubierta de papeles, y su alma clamaba por el consuelo de la oración y la soledad.

Pero no pudo quitarse a Télémond de la mente, y en la mañana del cuarto día, un día dedicado a audiencias privadas y semiprivadas, el Pontífice llamó al cardenal Rinaldi en su villa.

El informe de Rinaldi fue poco reconfortante:

—Está sufriendo mucho, Santidad. No cabe duda de su sumisión, pero no sé aún cuánto llegará a costarle.

—¿Cómo está de salud?

—Regular. He hecho venir al médico dos veces. Su presión sanguínea es peligrosamente alta, pero esto, por supuesto, es el resultado de la tensión y la tatiga. Es poco lo que se puede hacer.

—¿Siempre se siente feliz a su lado?

—Más feliz que en cualquier otra parte, me parece. Tiene toda la soledad que desea y, curiosamente, creo que las pequeñas le hacen bien.

—¿En qué emplea su tiempo?

—Por la mañana dice misa, y luego camina un poco por el campo. A mediodía va a nuestra iglesia parroquial y lee su oficio solo. Después del almuerzo, descansa, aunque no creo que duerma. Por la tarde pasea por el jardín. Conversa con las niñas cuando regresan a casa. Por la noche jugamos al ajedrez.

—¿No trabaja?

—No. Está sumido en la mayor perplejidad… Ayer vino Semmering a verlo. Hablaron largo rato. Y después, Jean pareció más tranquilo

—¿Cree usted que le gustaría que yo le visitara?

Rinaldi vaciló un momento.

—No lo creo, Santidad. Siente gran afecto por usted, habla de usted con ternura y

gratitud. Pero estima, creo yo, que no debe hacer descender su persona o su ministerio hasta su propio problema personal. Usted sabe que Jean es muy valeroso y muy noble.

—¿Sabe que yo le quiero mucho?

—Lo sabe. Me lo ha dicho. Pero la única forma en que puede corresponder a ese amor es conservando su propia dignidad. Su Santidad debe comprenderlo.

—Lo comprendo. Y, Valerio… —Era la primera vez que Cirilo empleaba el nombre de pila del cardenal—. Le estoy muy agradecido.

—Y yo a usted, Santidad. Me ha dado paz y la oportunidad de compartir mi vida con un gran hombre.

—Si empeora, ¿me avisará inmediatamente?

—Inmediatamente, se lo prometo.

—Dios le bendiga, Valerio.

Colgó el auricular y permaneció un momento sentado, reuniendo sus energías para las formalidades de la mañana. Ni siquiera en Jean Télémond podía emplear más que parte de sí mismo.

Pertenecía a Dios, y, a través de Dios, a la Iglesia. Ningún hombre tenía caudal suficiente para soportar un gasto constante de cuerpo y espíritu. Y, sin embargo, tenía que continuar gastando y confiando en que el Todopoderoso renovase los fondos.

La lista de las audiencias estaba sobre su escritorio. Al levantarla, vio que el primer nombre era el de Corrado Calitri. Pulsó el timbre. Se abrió la puerta de la sala de audiencias y el maestro de Cámara introdujo al ministro de la República ante su presencia.

Una vez terminadas las formalidades, Cirilo despidió al maestro de Cámara y rogó a Calitri se sentase. Notó el dominio del hombre, sus ojos inteligentes, la seguridad con la cual se movía en un ambiente de autoridad. Éste era un hombre nacido para la eminencia. Se le debía tratar con sinceridad. Había que respetar su inteligencia, y también su amor propio. Cirilo se sentó y habló sosegadamente a su visitante:

—Estoy anclado en este lugar, amigo mío. No puedo moverme con la libertad de otro, de manera que debí pedirle que viniese a visitarme.

—Me siento muy honrado, Santidad —dijo Calitri formalmente.

—Tendré que rogarle que sea paciente conmigo y que no me guarde rencor. Creo que con el tiempo se sentará usted en el Quirinal; yo estaré aquí en el Vaticano, y entre ambos regiremos Roma.

—Hay que recorrer un largo camino antes de llegar allí, Santidad —dijo Calitri con una breve sonrisa—. La política es asunto arriesgado.

—Por tanto —dijo Cirilo suavemente—, hagamos caso omiso de la política. Soy

sacerdote y soy su obispo. Quiero hablarle de usted mismo.

Vio que Calitri se ponía rígido, revelando el golpe, y observó el súbito enrojecimiento de sus mejillas. Continuó apresuradamente:

—El director del Osservatore Romano renunció hace algunos días. Creo que usted conoce el motivo.

—Sí, lo conozco.

—Todo esto me preocupó hasta el punto de pedir el expediente de su caso ante la Sagrada Rota. Lo examiné cuidadosamente. Debo decirle que el proceso está totalmente en orden, y que el decreto de nulidad emitido estaba perfectamente justificado por las pruebas.

El alivio de Calitri fue evidente.

—Me alegro de escucharle, Santidad. Hice mal al intentar ese matrimonio. No me siento muy orgulloso de mi papel, pero me alegro de que se haya hecho justicia.

Cirilo el Pontífice dijo, con voz sin inflexiones:

—Había otra cosa en el expediente que me interesó más que el proceso legal. Era la evidencia de un profundo dilema espiritual en su alma. —Calitri abrió la boca para hablar, pero el Pontífice lo detuvo levantando una mano—. ¡No, por favor! Déjeme terminar. No le pedí que viniese para acusarle. Usted es mi hijo en Cristo; quiero ayudarle. Usted tiene un problema especial, y muy difícil. Me gustaría poder ayudar a darle solución.

Calitri enrojeció otra vez, y luego se encogió de hombros irónicamente.

—Somos lo que somos, Santidad… Tenemos que pactar con la vida como mejor podamos. Y creo que el expediente demuestra que he intentado mejorar los términos de mi pacto.

—Pero el problema subsiste, ¿no es así?

—Sí. Uno trata de buscar sustitutos, sublimaciones. Algunos resultan, otros no. No todos estamos preparados para una vida de crucifixión, Santidad. Tal vez debiéramos estarlo, pero no lo estamos. —Rió breve y secamente—. Y tal vez sea mejor así; de otra manera, podría suceder que la mitad del mundo se encerrara en los monasterios y la otra mitad se lanzase a algún precipicio.

Ante su sorpresa, Cirilo recibió la ironía con una sonrisa de buen humor.

—Por extraño que parezca, no estoy en desacuerdo con usted. En una u otra forma, todos debemos reconciliarnos con nosotros mismos tal como somos, y con el mundo tal como es. Y nunca he creído que debamos hacerlo destruyéndonos… o, lo que es más importante, destruyendo a otros. ¿Puedo hacerle una pregunta, hijo mío?

—Tal vez no pueda responderla, Santidad.

—Ese problema suyo, lo que lo impulsa, ¿cómo se lo ha definido usted?

Ante su sorpresa, Calitri no esquivó la pregunta. Respondió francamente:

—Lo definí hace mucho tiempo, Santidad. Es un problema de amor. Hay muchas

variedades de amor, y yo, lo digo sin vergüenza, tengo susceptibilidad y capacidad para una variedad muy especial. —Continuó apresuradamente—: Algunas personas quieren a los niños, otras los consideran unos pequeños monstruos. ¡No las culpamos, las aceptamos como son! La mayoría de los hombres pueden amar a las mujeres, pero, aun así, tampoco pueden amar a todas las mujeres. A mí me atraen los hombres. ¿Por qué debería avergonzarme de ello?

—No debería avergonzarse —dijo Cirilo el Pontífice—. Sólo cuando su amor se hace destructivo, como lo ha sido en el pasado, y puede serlo para el hijo de Campeggio. Un hombre promiscuo no es un amante sincero. Está demasiado concentrado en sí mismo. Le falta recorrer un largo camino para llegar a la madurez. ¿Comprende lo que intento decir?

—Lo comprendo. Y también comprendo que no se llega a la madurez de un salto. Creo que estoy comenzando a llegar a ella.

—¿Sinceramente?

—¿Quién de nosotros es totalmente sincero consigo mismo, Santidad? También eso requiere una vida entera de práctica. Digamos que tal vez estoy comenzando a ser sincero. Pero la política no es la mejor escuela, ni tampoco el mundo.

—¿Está enfadado conmigo, amigo mío? —preguntó Cirilo el Pontífice con una sonrisa.

—No, Santidad, no enfadado. Pero no puede usted esperar que me someta como una colegiala en su primera confesión.

—No lo espero, pero tarde o temprano tendrá usted que someterse. No a mí, sino a Dios.

—También eso requiere tiempo.

—¿Quién de nosotros puede prometerse tiempo? ¿Es tan segura su jornada? ¿O la mía? Calitri guardó silencio.

—¿Meditará usted en lo que le he dicho?

—Sí, Santidad.

—¿Y no me guardará rencor?

—Trataré de no guardarle rencor, Santidad.

—Gracias. Antes de que parta, me gustaría decirle que aquí, en este mismo lugar, estuve y sufrí con un hombre a quien quiero como a mi vida. Lo quiero. Lo quiero en espíritu y en la carne. No me avergüenzo, porque el amor es el sentimiento más noble de la Humanidad… ¿Lee usted el Nuevo Testamento?

—Hace mucho tiempo que no lo leo.

—Entonces debería usted leer la descripción de la Última cena, donde Juan el Apóstol se sentó a la diestra del Maestro, apoyó la cabeza en su pecho, y todos los demás se admiraron y dijeron: «Ved cómo lo ama.» —El Pontífice se puso en pie y dijo vivamente—: Usted es un hombre muy ocupado. Le he quitado mucho tiempo.

Discúlpeme, por favor.

Calitri también se levantó, y se sintió empequeñecido por la figura elevada y autoritaria del Pontífice. Dijo con cierto humor:

—Su Santidad corrió un gran riesgo al llamarme aquí.

—Éste es un cargo arriesgado —dijo Cirilo con voz sin inflexión—. Pero poca gente lo comprende… Además, su propio riesgo es mayor. Le ruego que no lo subestime.

Pulsó el timbre, y devolvió el visitante a las manos experimentadas del maestro de Cámara.

Cuando Corrado Calitri cruzó la verja de bronce y salió al sol pálido que brillaba sobre la Plaza de San Pedro, la princesa MaríaRina lo esperaba en el automóvil. Al verlo, lo interrogó con ansiedad y penetración:

—Y bien, hijo, ¿cómo te fue? ¿Nada de problemas, espero? ¿Os habéis entendido? ¿Habló del veredicto? ¿Sobre política? Este tipo de cosas es muy importante, ya lo sabes. Tendrás que convivir con ese hombre durante mucho tiempo.

—¡Por el cielo, tía! —dijo Corrado Calitri con irritación—, ¡cállate y déjame pensar!

A las once en punto de aquella misma noche sonó el teléfono en las habitaciones privadas de Cirilo. El cardenal Rinaldi estaba al aparato. Parecía muy afectado. Jean Télémond había sufrido un ataque cardíaco, y los médicos esperaban otro en cualquier instante. No quedaban esperanzas de salvarlo. Rinaldi le había administrado ya los últimos Sacramentos, y había llamado al padre general de los jesuitas. Cirilo colgó violentamente el auricular y ordenó que dispusieran su automóvil para dentro de cinco minutos, con una escolta de policías italianos.

Mientras se vestía apresuradamente para la visita, a sus labios acudían plegarias, sencillas, infantiles. No debía ser. No podía ser. Dios tenía que mostrarse más bondadoso con Jean Télémond, que había arriesgado tanto durante tanto tiempo.

—¡Por favor, por favor, manténlo un poco aún! Manténlo hasta que yo pueda llegar e infundirle paz. ¡Lo quiero! ¡Lo necesito! ¡No te lo lleves tan bruscamente!

Mientras el gran automóvil rugía a través de la ciudad nocturna, con el estandarte del Vaticano flameando y los policías abriéndole camino con sus sirenas, Cirilo el Pontífice cerró los ojos y pasó las cuentas de su rosario, concentrando todos los recursos de su espíritu en una sola súplica por la vida y el alma de Jean Télémond.

Se ofreció en su lugar como prenda, como víctima, si fuese necesario. Y aún, mientras oraba, debía luchar contra un resentimiento culpable al ver que el hombre que amaba iba a serle arrebatado súbitamente. La oscuridad que había soportado Jean Télémond, parecía haber descendido ahora sobre Cirilo, de manera que incluso cuando desgarraba su voluntad para forzarla a la sumisión, su corazón clamaba

amargamente por la suspensión de este juicio.

Pero cuando Rinaldi lo recibió en la puerta de la villa, con el rostro grisáceo y conmovido, supo que su petición no había sido escuchada. Jean Télémond, el viajero inquieto, se había embarcado ya paró su último viaje.

—Decae rápidamente, Santidad —dijo Valerio Rinaldi—. El doctor está con él. No pasará la noche.

Condujo al Pontífice a una antigua habitación, donde el médico y el padre general de los jesuitas bajaban la vista hacia Jean Télémond, y las velas ardían por el espíritu que abandonaba el mundo. Télémond yacía, fláccido e inconsciente, sus manos descansaban sobre el cobertor blanco, su rostro estaba encogido, y sus ojos cerrados se hundían profundamente en las órbitas.

Cirilo se arrodilló junto al lecho y trató de llamarlo a la conciencia.

—¡Jean! ¿Puede oírme? Soy yo, Cirilo. Vine en cuanto pude. Estoy aquí, sosteniendo su mano. ¡Jean, hermano mío, hábleme si puede!

No hubo señales de inteligencia en Jean Télémond. Sus manos seguían lacias, sus párpados, cerrados contra la luz de los candelabros. De sus labios cianóticos brotaba sólo el respirar superficial y estertóreo de los moribundos.

Cirilo el Pontífice apoyó la cabeza en el pecho de su amigo y sollozó como no había sollozado desde sus noches de locura en el calabozo tapiado. Rinaldi y Semmering lo observaban, conmovidos pero impotentes, y Semmering, inconsciente de la triquiñuela del destino, murmuró las palabras del Evangelio: «Ved cómo lo ama.»

Luego, cuando los sollozos se consumieron, Rinaldi posó su vieja mano sobre el hombro sagrado y lo incorporó dulcemente:

—¡Déjelo ir, Santidad! Está en paz. Es lo mejor que podemos desearle. ¡Déjelo ir!

A la mañana siguiente, muy temprano, el cardenal Leone se presentó en las habitaciones papales. Debió esperar alrededor de veinte minutos, y luego se le condujo al estudio del Pontífice. Cirilo se hallaba sentado tras su escritorio, delgado, remoto, con la boca y los ojos fatigados después de su vigilia, de toda una noche. Su actitud era tensa y distante. Parecía como si hablar constituyera para él un enorme esfuerzo.

—Habíamos pedido que se nos dejase solos. ¿Hay algo especial que pueda hacer por Su Eminencia?

El rostro áspero de Leone se contrajo ante el desaire, pero se dominó y dijo:

—Vine para ofrecer a Su Santidad mis condolencias por la muerte del padre Télémond. Supe la noticia por mi amigo Rinaldi. Pensé que a Su Santidad le agradaría saber que esta mañana ofrecí una misa por el descanso de su alma.

Los ojos de Cirilo se suavizaron un poco, pero se atuvo al lenguaje formal.

—Damos las gracias a Su Eminencia. Ha sido una gran pérdida personal para nosotros.

—Me siento culpable de ella —dijo Leone—. Como si, en cierto sentido, fuese yo el responsable de su muerte.

—No hay motivos para sentirlo así, Eminencia. El padre Télémond estaba enfermo desde hacía algún tiempo, y el veredicto del Santo Oficio fue un choque emocional muy fuerte. Pero ni usted ni los Eminentes Padres podrían haber actuado de otro modo. Debería apartar esa idea de su mente.

—No puedo apartarla, Santidad —dijo Leone, con su habitual energía—. Debo hacer una confesión.

—Entonces debería hacerla a su confesor. Leone sacudió su blanca melena, y alzó su vieja cabeza en respuesta al desafío.

—Usted es sacerdote, Santidad. Soy un alma atribulada. Exijo confesarme con usted. ¿Me rechaza?

Por un instante pareció que el Pontífice dejaría estallar su indignación. Luego, lentamente, sus rasgos se distendieron y su boca se curvó en una sonrisa cansada.

—Tiene razón, Eminencia. ¿Cuál es su confesión?

—Estuve celoso de Jean Télémond, Santidad. Hice lo que debía, pero, al hacerlo, mi intención era mala.

Cirilo el Pontífice miró al anciano con ojos perplejos.

—¿Por qué estaba celoso de él?

—A causa de usted, Santidad. Porque yo necesitaba pero no podía tener lo que usted le dio desde su primer encuentro: intimidad, confianza, afecto, un lugar en sus deliberaciones privadas. Soy un hombre viejo. He servido largo tiempo a la Iglesia. Creí que merecía mejor suerte. Estaba equivocado. Nadie merece más que el salario prometido al obrero de la viña… Me arrepiento. ¿Me absolverá ahora Su Santidad?

Mientras el Pontífice avanzaba hacia él, Leone se arrodilló dificultosamente e inclinó su blanca cabeza bajo las palabras de la absolución. Terminadas éstas, Leone preguntó:

—¿Y la penitencia, Santidad?

—Mañana dirá misa por un hombre que ha perdido un amigo y aún no se resigna del todo a la voluntad de Dios.

—Lo haré.

Las fuertes manos de Cirilo se tendieron hacia el anciano y lo alzaron, de manera que ambos quedaron frente a frente, sacerdote y penitente, Papa y cardenal, sumidos en un momento maravilloso de comprensión.

—También yo he pecado, Eminencia —dijo Cirilo—. Lo mantuve alejado de mí porque no podía tolerar su oposición a mis proyectos. Y también obré mal respecto a Jean Télémond, porque me aferré demasiado a él; y cuando llegó el momento de

dejarlo ir en manos de Dios, no pude hacerlo sin amargura. Hoy me siento vacío y muy atribulado. Me alegro de que haya venido.

—¿Puedo decirle algo, Santidad?

—Por supuesto.

—He visto a tres hombres ocupando esta habitación; usted será el último que vea. Cada uno de ellos llegó a su vez al momento en el cual se halla usted; el momento de la soledad. Debo decirle que no hay remedio, ni puede escaparse de él. No puede retirarse de aquí, como lo ha hecho Rinaldi, y como espero que me permitirá usted nacer muy pronto. Usted estará aquí hasta el día de su muerte. Mientras más viva, mayor será su soledad. Empleará a este hombre o a aquél en la labor de la Iglesia, pero cuando la tarea esté cumplida, o cuando el hombre se haya demostrado incapaz de ejecutarla, entonces lo dejará ir y encontrará otro. Usted desea amor. Lo necesita como lo necesito yo, aunque soy viejo. Tal vez lo obtenga por corto tiempo, pero lo perderá, porque un hombre noble no puede entregarse a un afecto desigual. Y un hombre burdo no le satisfará. Quiéralo o no, está condenado a un solitario peregrinaje. Desde el día de su elección hasta el día de su muerte. Éste es un Calvario, Santidad, y usted está comenzando a subirlo. Sólo Dios puede acompañarle todo el camino, porque se hizo carne para subir por esa misma senda… Desearía poder decirle algo muy diferente. No puedo.

—Lo sé —dijo Cirilo sombríamente—. Lo siento en la médula de los huesos. Creo que me he negado a admitirlo desde el día de mi elección. Cuando anoche murió Jean Télémond, con él murió una parte de mi ser.

—Si morimos para nosotros mismos —dijo el viejo león—, finalmente llegamos a vivir en Dios. Pero es un largo y lento agonizar. Lo sé, ¡créame! Usted es un hombre joven. Aún tendrá que aprender lo que significa ser viejo. —Se detuvo un instante, se recuperó y luego preguntó—: Y ahora que nos comprendemos, Santidad, ¿puedo pedirle un favor?

—¿Cuál, Eminencia?

—Me gustaría que me permitiera retirarme, como Rinaldi.

Cirilo el Pontífice meditó un instante, y luego sacudió la cabeza.

—No, no puedo dejarlo ir todavía.

—Me pide mucho, Santidad.

—Espero que se muestre generoso conmigo. Usted no está hecho para descansar bucólicamente ni para marchitarse en un jardín conventual… Hay leones en las calles, allá afuera, y necesitamos leones para combatirlos. Quédese conmigo algún tiempo más.

—Sólo puedo quedarme si Su Santidad confía en mí.

—Confío en usted, se lo prometo.

—No debe halagarme, Santidad.

—No lo halago, Eminencia —dijo Cirilo gravemente—. Usted tiene mucho coraje, y quiero que me lo ceda por algún tiempo… Porque en este momento tengo miedo, mucho miedo.

Su miedo era tangible, familiar y poderosamente amenazante. Era el mismo que había sufrido a manos de Kamenev, y había llegado a él por el mismo proceso… Meses de interrogar su mente. Crisis recurrentes de dolor. Revelaciones súbitas y espectaculares de las complejidades de la existencia, junto a las cuales las solas proposiciones de la Fe parecían lastimosamente inadecuadas.

Si la presión se mantenía lo bastante, el delicado mecanismo de la reflexión y de la decisión fallaba como un motor excesivamente cargado. Todos los procesos de la personalidad parecían caer en síncope, y uno quedaba confuso e irresoluto, e incluso agradecido a la voluntad más fuerte que lo dominaba.

Durante esos primeros meses de su Pontificado, día a día había debido poner en duda sus motivos y capacidades. Se había visto forzado a medir sus convicciones personales contra la experiencia acumulada de la burocracia y la jerarquía. Se sentía como el hombre que empuja una roca cerro arriba. Sólo para que ruede sobre él cada tres pasos.

Entonces, cuando el avance parecía más fácil, había debido hacer frente a una necesidad profunda y largamente escondida en su ser: la necesidad de amor que lo había llevado a aferrarse con tales ansias a la amistad de Jean Télémond, que su desprendimiento de religioso se había visto destruido casi totalmente. Los fundamentos de su confianza en sí mismo se habían debilitado aún más al permitirse un resentimiento contra Leone. No fue él quien dio el primer paso hacia la reconciliación, sino el viejo cardenal. No fue él quien ayudara a Jean Télémond a encontrar la conformidad en que necesitaba morir, sino Rinaldi y Rudolf Semmering.

Si había fracasado tan horriblemente en esas sencillas relaciones, ¿cómo podría confiar en sí mismo y en sus convicciones con respecto a las complejas exigencias de la jefatura de la Iglesia Universal

Así, aun después de diecisiete años de sufrimiento por la Fe, todo parecía vacilar nuevamente, y Cirilo vio cuán fácil resultaría desprenderse del peso de la acción. Bastaba con dejarse estar, con permitir que el sistema de la Iglesia actuase por él. No necesitaba decidir nada. Bastaba simplemente con que propusiera y sugiriera, y trabajara de acuerdo con las opiniones facilitadas por la Secretaría de Estado y por todos los cuerpos administrativos, grandes o pequeños, dentro de la Iglesia.

Era un método legítimo de gobierno. Y también seguro. Se asentaba firmemente sobre la sabiduría colectiva de la Iglesia, y podía justificarse como un acto de humildad por parte de un jefe que se ha sentido deficiente. Preservaría la integridad de la Iglesia y la dignidad de su ministerio contra las consecuencias de su propia incapacidad. Pero en lo más íntimo de su ser, profunda como las raíces de la vida

misma, estaba la convicción de que la misión para la cual se le había llamado era muy otra. Tenía que demostrar en sí mismo la facultad de renovación que era uno de los signos de la Iglesia viviente. Ahora su problema era que no podía ya raciocinar esa convicción. Su temor era el de estar viviendo una ilusión de amor propio, de autoengaño y de orgullo destructivo.

Diariamente se acumulaban las pruebas contra él. EL problema de su visita a Francia y su intervención en la discusión política de las naciones estaba sometiéndose ya a encuesta entre los cardenales y primados de la Iglesia. Diariamente llegaban sus opiniones a su escritorio, y Cirilo veía con preocupación cuán inmensamente diferían de la suya propia.

El cardenal Carlin escribía desde Nueva York.

«Hasta ahora, el Presidente de los Estados Unidos ha manifestado su alegría por lo que Su Santidad ha hecho para ayudar a la iniciación de las negociaciones con la Unión Soviética. Sin embargo, ahora que esas conversaciones se han iniciado a nivel diplomático, se teme que la Santa Sede pueda tratar de obrar sobre ellas empleando su influencia en el bloque europeo de naciones, cuyos intereses divergen en ciertos puntos importantes de los intereses americanos. Desde este punto de vista, la visita que Su Santidad se propone hacer a Francia puede tomar un cariz diferente del que se pretende.»

El arzobispo Ellison, que aún no había recibido su capelo rojo, hizo el siguiente frío comentario.

«Su Santidad debe tener en cuenta que la República de Francia fue la oponente más encarnizada a la participación de Inglaterra en la comunidad europea de naciones. Si Su Santidad va a Francia, será inevitablemente invitado a visitar Bélgica y Alemania. Podrá parecer a muchos ingleses que Francia está tratando de emplear la Santa Sede, como lo ha hecho antes, para fortalecer su posición en Europa a costa de la nuestra…»

Platino, «el Papa Rojo», tenía otro punto de vista:

«Estoy convencido, como lo está Su Santidad, de que, tarde o temprano, el Vicario de Cristo deberá aprovechar los modernos medios de transporte para recorrer personalmente el mundo. Me pregunto, sin embargo, si el primer gesto en este sentido no debiera estar libre de asociaciones históricas. ¿ No sería tal vez mejor planear en un futuro más lejano una visita, digamos, a Sudamérica o a las Filipinas, para que el trabajo misional de la Iglesia recibiera un ímpetu que en este momento necesita imperiosamente?»

Desde Polonia, donde Potocki agonizaba y su sucesor había sido nombrado ya secretamente, llegó una advertencia aún más directa. La comunicó verbalmente el emisario que había llevado el nombramiento pontificio al nuevo cardenal:

«Existe el sentimiento, que se ha hecho sentir fuertemente, de que Kamenev, a

quien se conoce como un político sutil y despiadado, está tratando de crear una situación en la cual la Santa Sede pueda mencionarse como cooperadora del Kremlin. El efecto de tal interpretación entre los católicos tras el telón de acero puede ser desastroso.»

Por otra parte, estaba ahí la última carta de Kamenev, la cual, si tenía algún significado, era el de un cambio sorprendente en el rígido pensamiento marxista, y un cambio aún más profundo en su propia persona. El hombre no es un animal estático. La sociedad no es estática, y tampoco lo es la Iglesia. Ya fuese en el sentido de Jean Télémond o en algún otro, todos ellos evolucionan, desprendiéndose de adherencias históricas, desarrollando nuevas actitudes y potencialidades, avanzando a tientas, consciente o instintivamente, hacia la promesa de más luz y de una vida más plena. Todos necesitan tiempo, tiempo y el fermento de la divinidad obrando sobre la masa humana. Cada indicio de bien es una evidencia del fermento de Dios en su propia creación… Kamenev escribía:

«…De manera que gracias a sus buenos oficios, hemos podido comenzar una negociación con los Estados Unidos a nivel diplomático, con algunas esperanzas de éxito. Habrá palabras duras, y las discusiones serán arduas, pero nos queda muy poco tiempo, y de esto al menos todos estamos convencidos.

»Me interesa su proyecto de visitar Francia en los primeros días de febrero. Estoy de acuerdo, aunque el Partido pediría mi cabeza si lo supiera, en que usted puede hacer mucho por preparar un clima apropiado a nuestras conversaciones.

»Me interesará aún más leer lo que usted habrá de decir. Inevitablemente, deberá hablar de los derechos y deberes entre naciones. ¿Cómo se referirá usted a los derechos de Rusia, donde sufrió tanto y donde su Iglesia está extirpada? ¿Cómo se referirá a los derechos de China, donde sus obispos y sacerdotes están en la cárcel?

»Perdóneme. Soy un bromista incurable, pero esta vez me río de mí mismo. Si algún hombre pudiera convencerme de que hay un Dios, usted, Cirilo Lakota, sería ese hombre. Pero para mí el cielo sigue estando vacío, y debo conspirar y planear, y mentir y regatear, y cerrar los ojos al terror y la violencia, para que mi hijo y un millón de otros hijos puedan crecer y reproducirse sin cáncer en las entrañas o un monstruo en la cuna debido a la radiación atómica.

»La ironía está en que todo lo que hago puede resultar una locura y apresurar lo que estoy tratando de impedir. Usted es más afortunado. Cree que descansa en la providencia de Dios. A veces deseo, y lo deseo terriblemente, poder crecer con usted. Pero el hombre lleva su destino escrito en la palma de la mano, y la mía presenta caracteres diferentes. A menudo me avergüenza lo que le hice; desearía probarle que tiene alguna razón para estar orgulloso de lo que hizo por mí. Si logramos paz, aunque sea durante un año, a usted deberemos parte de ella.

»Piense alguna vez con bondad en mí. Suyo, KAMENEV.»

Eran todas voces muy diversas. Pero en sus diferentes acentos expresaban la esperanza común de que, viviendo bajo la sombra de un hongo nebuloso, el hombre pudiese aún sobrevivir en paz para cumplir un plan divino respecto a él.

Cirilo debía escucharlas todas. Podría esperar que, al final, el conflicto de estas opiniones se resolviese en armonía, pero sabía que esa esperanza era una ilusión.

No podía, sin grave riesgo, salirse de la esfera de acción fijada por mandato divino. Pero, dentro de esa esfera de acción, su autoridad era suprema. El gobierno recaía sobre sus propios hombros, y no sobre otros. Y sería él quien debería decidir en definitiva… Pero conociendo su debilidad, retrocedía ante la decisión.

La promesa divina le garantizaba sólo dos cosas: que al hallarse en el lugar del Pescador, no erraría en materias de doctrina, y que cualesquiera que fuesen sus desatinos, la Iglesia sobreviviría… En lo demás estaba entregado a sus propios recursos. Podía aumentar la gloria de la Iglesia o disminuirla terriblemente. Y esta perspectiva lo aterraba.

Tenía libertad para actuar, pero nada se le prometía respecto a la consecuencia de sus actos. Se le ordenaba orar, pero debía orar en la oscuridad y no podía conocer la forma que adoptaría la respuesta…

Aún se debatía en este dilema cuando el padre general de los jesuitas telefoneó para solicitar una audiencia. Tenía muchos asuntos que tratar con el Pontífice, dijo, pero podrían esperar hasta el día fijado para las audiencias ordinarias. Esta vez deseaba comunicar al Padre Santo la esencia de su última conversación con Jean Télémond.

—Cuando fui a verlo, Santidad, lo encontré sumido en profunda confusión —comenzó Semmering—. Nunca había visto a un hombre más conmocionado. Me costó mucho calmarlo. Pero estoy convencido de lo siguiente: la sumisión que expresó a Su Santidad era firme y sincera, y cuando murió lo hizo en paz…

—Me alegro de saberlo, padre. Sabía que el padre Télémond estaba sufriendo. Deseaba compartir ese sufrimiento, pero él sintió que debía alejarse de mí.

—No se alejó, Santidad —dijo Semmering gravemente—. En su mente llevaba clavada la idea de que debía cargar su propia cruz y, lograr su propia salvación. Me dio un mensaje para usted.

—¿Qué mensaje?

—Me dijo que no creía haber podido ejecutar ese acto final y necesario de Fe sin usted. Dijo que cuando llegó el momento, se le presentó como el riesgo más grande de su vida. Un peligro para su integridad y su razón. En sus propias palabras, fue casi como si se estuviese lanzado a la demencia. Me dijo que lo único que le dio coraje suficiente para aceptar su cruz fue saber que Su Santidad lo había hecho antes que él, sin retroceder ante riesgo alguno de especulación o de autoridad… Desearía poder transmitir a Su Santidad la intensidad con la cual se expresó. —Sonrió severa y

contenidamente—. He aprendido a ser muy escéptico ante los despliegues de fervor y sentimiento religiosos, Santidad, pero creo firmemente que en esta lucha del padre Télémond, presencié la batalla verdadera de un alma consigo misma y con los poderes de la oscuridad. Me sentí ennoblecido por la victoria.

Cirilo se sintió muy conmovido.

—Le agradezco que me lo haya dicho, padre. También yo estoy haciendo frente a una crisis. Estoy seguro de que Jean lo habría comprendido. Espero que ahora esté intercediendo por mí ante el Todopoderoso.

—De eso estoy seguro, Santidad. En cierto sentido, su muerte fue una especie de martirio. Lo sobrellevó con valor… —Vaciló un instante, y luego continuó—: Hay otra cosa, Santidad. Antes de morir, el padre Télémond me dijo que usted le había prometido que su obra no se perdería ni se prohibiría. Esto, por supuesto, antes del veredicto del Santo Oficio. Todos los manuscritos del padre Télémond se hallan en mis manos. Desearía que Su Santidad me indicara lo que desea hacer con ellos.

Cirilo asintió pensativamente con la cabeza:

—He estado pensando en eso. Debo convenir con la conclusión del Santo Oficio en el sentido de que la obra de Jean necesita revisión. Es mi opinión personal que en ella hay mucho de valor. Desearía someterla a un nuevo estudio, y posiblemente publicarla después con anotaciones y comentarios. Creo que la Compañía de Jesús está admirablemente preparada para cumplir con esta labor.

—Seríamos felices de hacerlo, Santidad.

—Bien. Ahora desearía hacerle una pregunta… Usted es teólogo y superior religioso. ¿Hasta qué punto estuvo justificado Jean al arriesgarse como lo hizo?

—Lo he pensado mucho, Santidad —dijo Rudolf Semmering—. Es una pregunta que he debido hacerme muchas veces, no sólo respecto al padre Télémond, sino respecto a muchos otros hombres de mentes brillantes de la Compañía.

—¿Y la conclusión, padre?

—Si un hombre está concentrado en sí mismo, el menor riesgo es excesivo para él, porque tanto el éxito como el fracaso pueden destruirlo. Si está concentrado en Dios, no hay riesgo excesivamente grande, porque el éxito está siempre garantizado: la unión invicta del Creador y la criatura, junto a la cual el resto no tiene significado.

—Estoy de acuerdo con usted, padre —dijo Cirilo el Pontífice—. Pero usted ha desestimado otro riesgo, el que estoy considerando yo ahora: que en cualquier momento hasta el de su muerte, el hombre puede separarse de Dios. Incluso yo, que soy su Vicario.

—¿Qué puedo decir, Santidad? —preguntó Rudolf Semmering—. Tengo que admitirlo. Desde el día que comenzamos a razonar hasta el día de nuestra muerte, estamos en peligro de condenación. Todos nosotros. Es el precio de la existencia. Su Santidad debe pagarlo igual que nosotros. Pude juzgar a Jean Télémond, porque era

mi subordinado. Pero a usted no puedo juzgarlo, Santidad.

—Entonces, rece, padre…, y haga que recen todos sus hermanos, porque el Papa camina por la cuerda floja.

La reunión de la Curia romana que Cirilo había convocado para discutir la situación internacional y su proyectada visita a Francia se fijó para la primera semana de noviembre. Estuvo precedida por una semana de discusiones privadas en las cuales se pidió a cada cardenal que examinara con el Pontífice las opiniones personales de ambos.

Cirilo no intentó influir sobre ellos, sino que se limitó a exponer su pensamiento y a otorgarles la confianza que merecían como sus consejeros. Los cardenales aún estaban divididos. Había algunos, los menos, que opinaban como el Pontífice; muchos que dudaban; algunos, abiertamente hostiles. Los temores del Papa no eran menores, y aún esperaba que, al reunirse en asamblea, la Curia encontrase una voz común para aconsejarles.

Para asesorar a la Curia en sus deliberaciones, el Pontífice había llamado al cardenal Morand, de París, a Pallenberg, de Alemania, a Ellison, de Londres, a Charles Corbet Carlin, de Nueva York. El cardenal Rugambwa estaba también en Roma casualmente, porque había volado desde África a conferenciar con la Congregación de Ritos respecto a las nuevas sugerencias litúrgicas.

El lugar de la reunión sería la Capilla Sixtina. Cirilo la había elegido porque albergaba los recuerdos de su propia elección y los de otras que allá se habían efectuado. El Pontífice pasó la noche en vela, orando y pidiendo preparación para expresar sus pensamientos a la Curia y recibir de ella la expresión clara y concertada del sentir de la Iglesia.

Ya no estaba confuso, pero sí atemorizado, sabiendo cuánto dependía del resultado. La proposición que Semmering le había presentado era devastadoramente simple: un hombre concentrado en Dios no tenía nada que temer. Pero aún le inquietaba saber que se había visto separado con facilidad de ese centro para extraviarse en el egotismo. No era la enormidad del acto lo que le inquietaba, sino saber que las pequeñas caídas podían ser sintomáticas de debilidades mayores ocultas en él.

De manera que cuando el cardenal camarlengo le condujo a la capilla y se arrodilló para entonar una invocación al Espíritu Santo, se encontró orando con vívida intensidad para que el momento no lo hallase mal preparado. Terminada su plegaria, se alzó para dirigirse a los cardenales:

—Os hemos convocado aquí, hermanos y consejeros míos, para compartir con vosotros un momento de decisión en la vida de la Iglesia. Todos vosotros sabéis que en la primavera del próximo año puede producirse una crisis política que traerá al

mundo más cerca de la guerra de lo que ha estado desde 1939. Queremos exponeros la forma de esa crisis. Queremos exponeros también ciertas proposiciones que se nos han hecho y que pueden ayudar a minimizar esa crisis.

»No tenemos la ingenuidad de creer que lo que podamos hacer en el orden material cambiará en forma efectiva la peligrosa situación militar y política que existe hoy. El dominio temporal de la Santa Sede se ha reducido a un fragmento de Roma, y creemos que así es mejor, porque no nos sentiremos tentados a usar los instrumentos de intervención creados por el hombre cuando deberíamos estar empleando aquellos que nos proporciona Dios.

»Creemos, sí, y lo creemos con firme convicción, que nuestra misión es la de cambiar el curso de la Historia estableciendo el reino de Cristo en los corazones de los hombres, para que puedan establecer ellos un orden temporal basado firmemente en la verdad, la justicia, la caridad y la ley moral.

»Ésta es la misión recibida de Cristo. No podemos revocarla. No debemos retroceder ante ninguna de sus consecuencias. No osamos descuidar oportunidad alguna de cumplirla, por peligrosa que la oportunidad sea.

»Ante todo permitidme exponeros la forma de la crisis.

Con pinceladas rápidas y decididas la esbozó ante ellos: el mundo convulsionado mientras dirigía la vista a un hombre sentado en el pináculo, con las naciones extendidas abajo y la amenaza atómica cerniéndose sobre ellas.

Nadie estuvo en desacuerdo. ¿Cómo podrían estarlo? Cada uno de los cardenales había visto la misma situación desde su propio punto de vista.

El Pontífice les leyó luego las cartas de Kamenev y las del Presidente de los Estados Unidos. Les leyó sus propios comentarios y su propia valoración de los caracteres e intenciones de ambos hombres. Luego continuó:

—Puede pareceros, hermanos míos, que en la intervención que ya hemos efectuado hay un gran elemento de riesgo. Lo admitimos, está claramente definido incluso en las cartas de Kamenev y del Presidente de los Estados Unidos. Como Supremo Pontífice, reconocemos ese riesgo, pero debemos aceptarlo, o dejar escapar de nuestras manos una posible oportunidad para servir la causa de la paz en una época peligrosa.

»Comprendemos, como lo comprende cada uno de vosotros, que no podemos contar totalmente con la sinceridad o las protestas de amistad de los hombres que ocupan un cargo público, aunque sean miembros de la Iglesia. Estos hombres están sujetos siempre a la presión de influencias, de opinión, y a las acciones de otros sobre los cuales no tienen control alguno. Pero en tanto destelle una luz de esperanza, debemos tratar de mantenerla encendida y protegerla de los rudos vientos de las circunstancias.

»Siempre hemos creído, como convicción personal, que nuestra conexión con el

Primer Ministro de Rusia, que data de diecisiete años, época de nuestro primer encarcelamiento por la Fe, tenía un elemento de divina providencia que algún día podría emplear Dios para bien de Kamenev o nuestro, o para bien del mundo. A pesar de todos los peligros y dudas, ésta sigue siendo mi convicción.

»Todos sabéis que hemos recibido una invitación del cardenal arzobispo de París para visitar el santuario de Nuestra Señora de Lourdes en el día de su festividad, el once de febrero del próximo año. El Gobierno de Francia ha añadido una invitación para una visita oficial a París al regreso de Lourdes. No necesitamos exponeros los riesgos de una y otra especie que tal paso histórico entrañaría. Sin embargo, estamos dispuestos a darlo. Y al hacerlo, indudablemente recibiríamos otras invitaciones para visitar diversos países del mundo. Estaremos dispuestos a aceptarlas también, a medida que el tiempo y las circunstancias lo permitan. Aún somos lo bastante jóvenes, gracias a Dios, y la velocidad de los transportes nos permite hacerlo sin una interrupción demasiado grande o desastrosa del trabajo de la Santa Sede.

»Hemos dicho que estamos dispuestos a hacerlo. Antes de tomar una decisión definitiva, estamos ansiosos de escuchar vuestra opinión como hermanos nuestros y consejeros. Señalamos que si decidimos hacer esta primera visita, deberá ejecutarse un trabajo inmenso en muy poco tiempo, para preparar a la opinión pública y asegurar en lo posible una actitud amistosa de nuestros hermanos de otras comuniones dentro de la Cristiandad. No deseamos despertar animosidades históricas. Deseamos ir en caridad para mostrarnos como pastor y proclamar la hermandad de los hombres sin excepciones de nación, raza o credo, en la Paternidad de un Dios.

»Si decidimos salir así al mundo, a este mundo nuevo, tan diferente del antiguo, entonces no deseamos insistir en sutilezas de protocolo y ceremonia. Ésos son asuntos de Corte, y si bien somos príncipe por el protocolo, somos todavía sacerdote y pastor por la unción y la imposición de las manos.

»¿Qué más podemos deciros? Estos primeros meses de nuestro Pontificado han estado llenos de problemas y de trabajo. Hemos aprendido más de lo que hubiésemos creído posible acerca de la naturaleza de nuestro cargo, de los problemas de la Santa Madre Iglesia y su batalla constante para convertir el cuerpo humano en recipiente apropiado para la Vida Divina que ella infunde. Hemos cometido errores. Indudablemente cometeremos otros, pero os pedimos, hermanos de la misión pastoral, que nos perdonéis y oréis por nosotros. La semana pasada sufrimos una dolorosa pérdida personal por la muerte de nuestro querido amigo el padre Jean Télémond, de la Compañía de Jesús. Os rogamos que recéis por él, y os suplicamos que oréis por nosotros, colocados en está tormentosa eminencia entre Dios y el hombre.

»El problema está ante vosotros, queridos hermanos. ¿Saldremos de Roma y

viajaremos como los primeros apóstoles para enfrentarnos al siglo xx, o permaneceremos en casa, aquí en Roma, dejando que nuestros hermanos obispos cuiden sus viñas a su manera? ¿Dejaremos que el mundo se preocupe de sus propios asuntos, o como Supremo Pontífice arriesgaremos nuestra dignidad mundana para descender a la plaza del mercado y proclamar al Dios desconocido…?

»Quid vobis videtur…? ¿Qué os parece?

Se sentó en el trono dispuesto para él, y aguardó. El silencio pendía sobre la asamblea como una nube. Vio que los ancianos se miraban como si intercambiasen pensamientos que ya habían discutido privadamente. Entonces, lentamente, el cardenal Leone, patriarca entre los patriarcas de la Iglesia, se levantó y se puso cara a cara con la asamblea.

—No repetiré para vosotros, hermanos, las cien o más razones a favor o en contra de este proyecto. Su Santidad las conoce tanto como nosotros. No enumeraré los peligros, porque están presentes en la mente del Pontífice con tanta nitidez como en las nuestras. Hay algunas entre nosotros (yo entre ellos, lo digo francamente), que tienen serias dudas en cuanto a la prudencia de una visita papal a Francia, o a cualquier otra parte. Hay otros, lo sé, que ven esta visita como un gesto oportuno y eficaz. ¿Quién tiene la razón Sólo Dios puede decidir el resultado, y la Historia dar un veredicto. No creo que ninguno de nosotros desee aumentar la carga que lleva Su Santidad intentando influir en uno u otro sentido.

»La posición es muy simple. La autoridad del Padre Santo es suprema en este asunto. Ahora o más tarde tendrá que decidir lo que hará. Votemos a favor o en contra; él decidirá…

Durante un momento permaneció valeroso v desafiante, y luego lanzó las palabras finales a la Curia como un reto:

—Placetne, fratres… ? ¿Qué decís, hermanos míos? ¿Os place o no?

Hubo un instante de vacilación, ¡y luego los cardenales se descubrieron uno a uno y un murmullo de asentimiento recorrió la asamblea!

—Placet… Nos place. Estamos de acuerdo.

Esto era algo que Cirilo no había esperado. Constituía más que una formalidad. Era un voto de confianza. Un gesto preparado por Leone y por la Curia, para afirmar su lealtad y reconfortarlo en su hora de prueba.

Y era aún más: una ironía semejante al puñado de lino que quemaron bajo sus narices antes de la Coronación para que recordara siempre su mortalidad. Era una entrega de la Iglesia, no a sus manos, sino al Espíritu Santo, que a pesar de los errores del Pontífice, la mantendría entera y viva hasta el día del Juicio.

Ahora todo lo que había heredado, todo lo que había deseado secretamente en su cargo, se hallaba en sus manos: autoridad, dignidad, libertad de decisión, poder para atar y desatar… Y debía comenzar a pagarlo… De manera que sólo le quedaba

murmurar las palabras rituales de despedida y permitir la partida de sus consejeros.

Uno a uno, los cardenales se aproximaron y se arrodillaron ante él y besaron su anillo como símbolo de fidelidad. Uno a uno salieron. Y cuando la puerta se cerró tras el último de ellos, el Pontífice se alzó de su trono y se arrodilló en el peldaño del altar, ante el tabernáculo.

Sobre él se elevaba el esplendor grandioso del Juicio Final de Miguel Ángel. Frente a él estaba la puertecilla dorada tras la cual habitaba el Dios oculto. Llevaba sobre sus hombros el peso de la cruz. El largo calvario iba a comenzar. Estaba solo, como lo estaría desde aquel momento y durante todos los días de su vida…

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS SECRETAS DE CIRILO I, PONT. MAX.

> …Estoy tranquilo, porque el momento de la decisión llegó y pasó, y no puedo rescindir la elección que hice. Pero la calma, en el mejor de los casos, es una tregua: incierta, en pie de guerra, peligrosa para quien descansa confiadamente en ella.
>
> Al día siguiente, o al otro, comenzará otra vez el choque de las almas, la batalla de mí mismo contra mí mismo, del hombre con su ambiente… y con Dios, cuyo llamamiento al amor es siempre, extrañamente, un llamamiento a sangrientos conflictos.
>
> El misterio del mal es el más profundo de los misterios. Es el misterio del primer acto creador, cuando Dios dio existencia al alma humana, hecha a su propia imagen, y la puso frente a una aterradora elección: centrarse en sí misma, o centrarse en Él, sin quien no podría subsistir… El misterio se renueva diariamente en mí, como lo hace en cada hombre nacido de mujer.
>
> ¿Adónde voy? ¿Hacia dónde me vuelvo? Se me llama como a Moisés para que interceda por mi pueblo en lo alto de la montaña. No puedo descender hasta que me desciendan muerto. No puedo ascender hasta que Dios decida llamarme a su lado. Lo más que puedo esperar de mis hermanos en la Iglesia es que sostengan mis brazos cuando ésta intercesión de toda una vida me agote… Y aquí toma forma otro misterio: que yo, a quien se le pide que dé tanto, me encuentre tan pobre en las cosas que son de Dios…
>
> «Perdónanos nuestras deudas, como perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal. Amén.»